
ABUBÉQUER DE TORTOSA
LÁMPARA
DE LOS PRÍNCIPES
2

INSTITUTO DE VALENCIA DE DON JUAN

LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES

POR

ABUBÉQUER DE TORTOSA

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

DE

MAXIMILIANO ALARCÓN

CATEDRÁTICO DE LENGUA ARÁBIGA EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

TOMO II



MADRID

MCMXXXI


1
26016

LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES

INSTITUTO DE VALENCIA DE DON JUAN

LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES

POR

ABUBÉQUER DE TORTOSA

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

DE

MAXIMILIANO ALARCÓN

CATEDRÁTICO DE LENGUA ARÁBIGA EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

TOMO II



MADRID

MCMXXXI

PUBLICADO CON LA COOPERACIÓN DE
LA «HISPANIC SOCIETY OF AMERICA»,
DE NEW YORK

CAPÍTULO XXXIV

De la cualidad cuya posesión es garantía cierta de poseer las restantes cualidades meritorias y fiador que responde de que las gracias y favores dispensados por el Señor de la Gloria han de seguir en aumento.

ESTA cualidad es la de agradecer al Señor los bienes que de El se reciben.

Cuenta el Alcorán, en el relato de la vida de Salomón, que cuando el Señor le había concedido el dominio del mundo, de los genios, de los hombres, de los pájaros y de las bestias feroces y hasta del mismo viento, que obedecía sus órdenes, corriendo en la dirección que él le indicaba, al verse Salomón dueño de tal poderío, exclamó: "Esto es un acto de generosidad de que el Señor me hace objeto, para probar si soy agradecido o ingrato„ [1]. Y no consideró aquella grandeza como una fortuna, según la habrían considerado los reyes de la tierra, ni la estimó como una muestra de aprecio que Dios le tributaba, como la habrían estimado tales reyes, sino que, antes bien, temió no fuera un medio de arrastrarlo a la perdición sin que se diera cuenta, lo mismo que en aquel caso en que el Señor dice, refiriéndose a ciertas gentes a las que trataba de destruir: "Los conduciré, poco a poco, a la ruina, de modo que no lo adviertan, y les concederé

[1] Alc., XXVII, 40.

largo plazo. No por eso dejará mi estratagema de producir sus resultados„ [1]. Palabras que, a juicio de los comentaristas, significan: "Derramaré copiosamente sobre ellos el bienestar, haciendo que con él se olviden de atraerse mi indulgencia.„

Propio es de gentes impías encontrar placer en el disfrute de los bienes mundanos, sentirse halagados por el brillo puramente ilusorio que desprenden y dejarse fascinar por su falso esplendor.

¿No han llegado a tus oídos las palabras del maldito Carón: "Lo que poseo lo he adquirido por medio de una ciencia que yo sólo conozco„ [2], y que a estas palabras contestó el Señor: [**92**] "Hemos hecho a la tierra que se trague a él y a su palacio„? [3].

En cambio, como Salomón manifestó su temor de que los bienes que el Señor le había otorgado fuesen un instrumento para arrastrarlo al pecado sin que él lo advirtiera, le contestó el Señor: "Esto es una dádiva nuestra. Otórgalos o rehúsalos sin cuenta„ [4].

1 Alc., LXVIII, 44, 45. Alude a los que acusan de mentiroso al Alcorán.

2 Alc., XXVIII, 78. Carón, el Coré de la Biblia, cuyas riquezas son proverbiales entre los musulmanes. Había construído un palacio completamente cubierto de oro, con las puertas de oro macizo. Sus riquezas le hicieron insensible a las miserias de sus compatriotas los hebreos; y cuando le recomendaban que procurase ganar el bienestar de la otra vida con las riquezas que Dios le había concedido, dió la contestación que arriba se transcribe.

3 Alc., XXVIII, 81. Por haber tramado este individuo una conjuración contra Moisés, el Señor dió a éste permiso para que dispusiera de él a su voluntad, y Moisés mandó que se lo tragara la tierra con sus palacios y tesoros. (Vid. Alcorán, trad. Kasimirski, pág. 517, nota 1.)

4 Alc., XXXVIII, 38. Es decir, dispón de ellos a tu gusto, pues no se te pedirán cuentas.

Has de saber que el agradecimiento, no sólo contribuye a conservar el bien recibido, sino que, además de conservarlo, es firme garantía de que a ese bien se han de unir otros, y también segura defensa contra los embates de la adversidad.

Tres son los grados o fases que presenta el agradecimiento, a saber: el que reside en el corazón, el que se declara con la lengua y el que se manifiesta por medio de actos realizados con los órganos del cuerpo.

Hay uno de ellos al que ineludiblemente están obligadas todas las criaturas. Es el que tiene su asiento en el corazón.

Consiste este agradecimiento en reconocer que todo bien dimana de Dios, exclusivamente de El, y que no alcanza a los seres que pueblan cielos y tierra bien alguno que en Dios no tenga su origen, para que la gratitud sea sólo para Dios, tanto por lo que a ti se refiere como por lo que a los demás concierne, al tener noticia de algún bien que te alcanza a ti o a cualquier otro. A esta especie de agradecimiento se refieren al decir que el hombre está obligado a agradecer al Señor los beneficios que recaen en otro que no sea él.

La prueba de que el agradecimiento reside en el corazón y consiste en reconocer el origen divino del bien recibido, se halla en que así lo declara explícitamente el Señor, al decir: "Todos cuantos bienes recibís proceden de Dios„ [1]. Como si dijera: Tened la evidencia de que vienen de parte suya.

A estas palabras cabe reducir cuanto los hombres han dicho acerca del agradecimiento.

[1] Alc., XVI, 55.

También en apoyo de la opinión que sostiene que el agradecimiento reside en el corazón, vienen las siguientes palabras del Señor: "Dios os ha socorrido en la jornada de Bedr, donde os encontrabais muy quebrantados: Tened, pues, temor de Dios, porque así seréis agradecidos„ [1]. Es decir: sentid temor hacia Mí, que eso es agradecer mis favores [2]. Entre esos favores merecedores de gratitud para el hombre se halla el de habérsele concedido una nueva vida, según se desprende de las palabras: "Os hemos resucitado, después de vuestra muerte, para que seáis agradecidos„ [3].

Infiérese de lo expuesto que por agradecimiento ha de entenderse "el reconocimiento que el alma, revestida de humildad, siente hacia los beneficios que del Señor recibe„.

Dícese también de la gratitud que consiste en perseverar en la abstención del pecado con la energía de los mártires.

Según Abuotsmán, consiste en reconocer nuestra insuficiencia para agradecer debidamente los divinos beneficios.

A propósito de esto, se cuenta que David dijo al Señor: "¡Dios mío! ¿Cómo voy a ser agradecido contigo, si mi sentimiento de gratitud hacia Ti es una merced que Tú me has de conceder?„

Y le contestó el Señor: "Ahora has sido agradecido.„

1 Alc., III, 119.

2 Vid. Alcorán, ed. Fracassi. Milano, 1914, III, 119.

3 Alc., II, 53. Según los comentaristas, alude a setenta israelitas que, no conformándose con oír a Moisés conversar con el Señor, quisieron ver a éste por sus propios ojos y cayeron muertos por el rayo, siendo después resucitados, a instancias de Moisés.

También son de David las palabras que siguen, según las trasmite Uahb, hijo de Monábih: "¡Señor mío! ¿De dónde va a corresponder a tus bondades un mísero hijo de Adán que ha recibido de Ti beneficios en número suficiente para poner uno encima y otro debajo de cada uno de sus cabellos?„

A lo cual repuso el Señor: "Yo doy mucho y me conformo con poco, David. Solamente con que reconozcas que los bienes que disfrutas proceden de Mí, basta para corresponder a todo.„

Y conforme a lo expuesto, se dice que el agradecimiento más perfecto es aquel que el alma tributa al Señor, por haberle agradecido sus bondades. En efecto: Como ya has visto, tu agradecimiento se debe a la ayuda que el Señor te presta para que tu espíritu lo experimente; esta ayuda es una de sus más preciadas mercedes, luego has de agradecerle el agradecimiento que sentiste hacia El; después el habérselo agradecido, y continuar así indefinidamente. También este agradecimiento es obligatorio.

Dice Mahmud el Uarrac:

«Puesto que mi gratitud al Señor es una nueva merced, sobre mí pesa
la obligación de agradecerle la nueva, como le agradecí la primera.
Y por mucho que los días se prolonguen y la vida se dilate,
¿cómo lograr agradecérselas si no es mediante su generosidad?
Tanto si gozamos de la buena fortuna con sus bienandanzás de todo género,
como si somos presa de la desgracia (tras de la cual viene el premio),
Todo cuanto en sí llevan una y otra son favores del Señor
que ni el entendimiento es capaz de comprender ni es posible concebir [ni explicar.»

Por eso, tan sólo con que el hombre declare que reconoce los favores y beneficios que Dios le dispensa, ya

ha correspondido a los mismos en la medida a que está obligado, puesto que a nadie le es posible llegar ni remotamente a agradecer las divinas mercedes en el grado que realmente merecen ser agradecidas.

Dijo Moisés al Señor en el diálogo que con El sostuvo:

— Tú, ¡Dios mío!, creaste al hombre por tu mano y has hecho (tales y tales cosas). ¿Cómo ha de manifestarte su agradecimiento?

Contestó el Señor:

— Sólo con que el hombre reconozca que a Mí me lo debe, pues el reconocerlo así, es agradecerlo.

DEL AGRADECIMIENTO POR MEDIO DE LA LENGUA

En relación con el mismo, dice el Señor: "Da cuenta a los demás del bien que de Dios recibiste„ [1].

Unos dicen que el bien a que aquí se refiere es el Alcorán y otros que la profecía; pero, en realidad, el mandato contenido en ese versículo es extensivo a toda clase de bienes en general.

Por conducto de Anomán, hijo de Baxir, se ha trasmitido una tradición que atribuye al Profeta las siguientes expresiones:

"Quien no agradece lo poco, no agradece lo mucho.„

"El que no es reconocido para con las criaturas, tampoco lo es para con Dios.„

"El mencionar el favor recibido es agradecerlo.„

1 Alc., XCIII, 11.

Al hablar el Señor de los habitantes de la gloria, dice que sin cesar están exclamando: "¡Gracias a Dios por habernos cumplido sus promesas!„ [1].

Cuando construyeron en Basora el canal denominado *Canal Omraní,* escribió el gobernador de dicha ciudad a Omar, hijo de Abdelaziz, diciéndole:

"He construído a los habitantes de Basora un canal para traerles unas aguas de gusto excelente, tomadas de manantiales de la mejor calidad; mas no veo que nadie me lo agradezca, y, por lo tanto, si me autorizas, les haré que paguen, mediante un reparto, los gastos que he llevado a cabo.„

Y le contestó Omar, hijo de Abdelaziz:

"Yo presumo que entre los habitantes de Basora no habrá faltado, por lo menos, alguno que, cuando terminaste el canal, haya dicho: ¡Gracias a Dios! Pues bien: puesto que el Sèñor se conforma con esas palabras, por haber concedido su gloria, confórmate tú también con ellas, por tu canal.„

Lo que esencialmente constituye la especie de agradecimiento de que aquí se trata es el hecho de tributar alabanzas al Bienhechor por sus beneficios, valiéndose como medio para llevar a cabo tal tributo de alabanzas de la mención de dichos beneficios.

A esta forma de agradecimiento se refieren al calificar al Señor de *verdaderamente agradecido*, por cuanto aquí el agradecimiento del hombre a Dios consiste simplemente en alabanzas que le tributa, con sólo proclamar

1 Alc., XXXIX, 74.

los bienes recibidos, y, en cambio, el Señor agradece tales alabanzas, correspondiendo a ellas con beneficios que concede al hombre [**93**], consistentes en dichas y prosperidades de que le hace gozar. Es decir, que la palabra *agradecido* tiene aquí la misma equivalencia que le asigna el lenguaje popular, cuando llama *res agradecida* a la que presenta mayor gordura que había de tener, atendiendo a la cantidad de pienso que recibe, y "rostro agradecido„ al que exteriormente revela un aspecto inmejorable [1].

La tradición pone en boca del Profeta estas palabras: "Dice el Señor: Entre los genios, el hombre y yo existe gran desacuerdo, pues siendo yo qüien lo ha creado, adora a otras cosas distintas de Mí, y siendo yo quien le proporciona los medios de subsistir, lo agradece a otros.„

Afirma un tratadista que si las criaturas reciben bienes de Dios, es tan sólo porque al pensar en ellos, cuando esperan alcanzarlos, se les considera en el mismo caso que si ya los estuvieran agradeciendo.

DE LA MANIFESTACIÓN DEL AGRADECIMIENTO POR MEDIO DE LOS RESTANTES ÓRGANOS DEL CUERPO

Dice el Señor: "Familia de David, realizad actos piadosos, en señal de agradecimiento. Pocos de mis siervos son agradecidos„ [2].

[1] Así el texto; pero la frase se refiere al rostro del enfermo que no enflaquece, aunque el cuerpo haya adelgazado.

[2] Alc., XXXIV, 12.

Considera, pues, el Señor las prácticas piadosas como una muestra de agradecimiento hacia El.

Refiere Atá que fué a ver a Aixa, acompañado de Obaid, hijo de Omair, y que éste pidió a la madre de los fieles que le explicara lo más extraordinario que hubiese visto por parte del Enviado de Dios, a lo cual contestó Aixa, anegada en llanto:

—¿Y qué hubo en él que no fuera extraordinario? Llegó a casa una noche, y después de haberse acostado en mi lecho, cuando ya estaba tocando su piel con la mía, me dice:

—Hija de Abubéquer. Permíteme que vaya a orar ante mi Señor.

—Yo desearía continuar a tu lado — respondí; mas le di permiso.

El se levantó, se llegó a un odre de agua que allí había, hizo sus abluciones, derramando sobre sí gran cantidad de agua y se puso a orar, llorando con tanta aflicción, que las lágrimas le corrían por el pecho. Y así continuó haciendo sus reverencias, prosternaciones, movimientos de cabeza y demás ceremonias de la oración, llorando sin cesar, hasta que vino Bilal y le avisó para la oración de ritual.

—¿A qué viene ese llanto, si Dios te ha perdonado tus pecados pasados y venideros? — le pregunté.

—¿Acaso no debo, por lo mismo, ser un siervo agradecido? — me contestó —. ¿Cómo no he de practicar ejercicios piadosos, habiéndome sido revelado aquello de: "Ciertamente en la creación del cielo y de la tierra....." [1].

[1] Alc., II, 159. Sigue el versículo «..... en la sucesión alternativa

De donde se infiere que también el Profeta hacía consistir el agradecimiento en las prácticas piadosas y entendía de este modo las palabras del Sagrado Texto que antes se citan.

Dice, además, el Alcorán: "El es quien ha establecido la sucesión de los días y las noches para aquellos que quieran entregarse a la oración o demostrarle su gratitud„ [1].

Quiere decir que se suceden los días y las noches unos a otros, con el fin de que, si alguien deja escapar alguno de ellos sin haber practicado sus ejercicios piadosos, lo haga en el que viene después. Y también aquí se toman el rezo y los actos corporales realizados con fines piadosos, como demostraciones de gratitud.

Cuentan que en cierta ocasión estuvo el Profeta tanto tiempo en pie, que se le hincharon las piernas.

— ¿Por qué haces esto, Profeta de Dios — le preguntaron —, si ya te han sido perdonados los pecados anteriores y venideros?

— ¿Y acaso no debo, por ello precisamente, ser un siervo agradecido al Señor? — les contestó.

Refiere Abuharún que hallándose conversando en casa de Abuházim, preguntó a éste:

— ¿Cómo se manifiesta al Señor la gratitud por medio de los ojos?

de los días y las noches..... hay, evidentemente, avisos para todo aquel que tenga inteligencia.»

1 Alc., XXV, 63.

— Divulgando si ves con ellos alguna cosa buena y ocultando lo malo que veas — respondió Abuházim.

— ¿Y con los oídos?

— Si oyes algo bueno, hazlo penetrar en el entendimiento de los demás, y si es malo guárdalo en la más absoluta reserva.

— ¿Y con las manos?

— No tomando con ellas lo que no sea tuyo, y no reteniendo en ellas lo que de derecho pertenece al Señor.

— ¿Y con el aparato digestivo?

— Haciendo que la parte inferior sepa resistir y la superior proceder con cálculo.

— ¿Y con los órganos de la generación?

— Ateniéndose a las siguientes palabras del Señor: "Los que refrenan sus deseos lascivos, absteniéndose de toda mujer que no sea la suya propia o alguna de las esclavas que su mano derecha le ha proporcionado [1], no son merecedores de reproche„ [2].

Si esto haces, serás verdaderamente un hombre agradecido.

Según una sentencia atribuída a Idris, a nadie le es posible corresponder a los favores de Dios de mejor modo que favoreciendo a sus criaturas. Haga, pues, cada cual con ellas lo mismo que con él ha hecho su excelso Creador.

Evidentemente, el cumplimiento de todos los deberes impuestos por Dios constituye un medio de corresponder

[1] Así se denomina en el Alcorán a los esclavos, hombres o mujeres, cogidos en la guerra o adquiridos por dinero.

[2] Alc., XXIII, 5, 6.

a los beneficios que de El recibimos; pero también es cierto que entre tales deberes hay algunos cuyo cumplimiento está más indicado que el de otros, según los casos. Así, por ejemplo, el practicar la caridad para con los necesitados es medio más adecuado que ningún otro para que el rico dé testimonio de su agradecimiento al Señor, porque este acto pertenece al género de las acciones benéficas, y si quieres que el Señor persevere en prodigarte sus favores, persevera tú en el ejercicio de la caridad para con el desvalido. Cumpliendo el precepto que ordena realzar al que se encuentra humillado, desvalido y en la indigencia, sin incurrir para ello en el pecado, es como mejor demuestras tu gratitud al Señor, por la posición brillante y el renombre ilustre que has alcanzado. Asimismo, para corresponder al beneficio de la salud, no hay medio más adecuado que cumplir con el precepto de asistir a los enfermos pobres y facilitarles amorosamente el sustento. Y el precepto, cuyo cumplimiento se halla más indicado, para agradecer los honores y distinciones otorgados por el Señor, es el que manda interceder ante el sultán y facilitar la solución de los asuntos en favor de propios y extraños.

Y lo mismo que de éstos, cabe decir respecto de cada uno de los restantes favores que Dios dispensa a sus siervos.

Comprendiendo todas las modalidades del agradecimiento en una sola definición, se dice de él que consiste en un acto de reconocimiento realizado por el corazón, una declaración expresamente formulada por la lengua y diversas acciones ejecutadas por los demás órganos del cuerpo.

CONSIDERACIONES ACERCA DEL AUMENTO DE LOS BENEFICIOS DIVINOS A CAUSA DEL AGRADECIMIENTO

Dice el Señor: "Si sois agradecidos, os añadiré nuevos bienes„ [1].

Hay quien opina que las citadas palabras y estas otras: "Dirigidme vuestras súplicas, que yo os atenderé„ [2], van dirigidas por el Señor a determinadas personas, con exclusión de otras, y la prueba está — dicen — en que vemos, por ejemplo, a quienes dan muestras de gratitud por la riqueza y luego vienen a parar a la indigencia, y a individuos agradecidos por la salud de que gozan que son después víctima de las enfermedades, y Dios no va a hacer lo contrario de lo que ha prometido.

Según otros, con esas palabras se ha de entender: "Añadiré los bienes de la otra vida„, y al objetarles que los bienes a que el Señor alude han de ser de la misma naturaleza de aquel al cual se añaden, replican que los bienes mundanos y los ultraterrenos, aun cuando sean dos cosas diferentes y aun opuestas, pertenecen, sin embargo, a un mismo género en cuanto ambas son un bien.

Dicen otros que con ellas se quiere significar: "Os concederé bien„. Pero ocurre en multitud de casos que lo mejor y lo más conveniente está en que no se atiendan ciertas solicitudes o en que sobrevenga una enfermedad o algo por este orden. En efecto: cuando alguien pide a Dios que le otorgue riquezas [**94**] o que le sane su

1 Alc., XIV, 7. Sigue el versículo «..... mas, si sois ingratos..... mis castigos son terribles.»

2 Alc., XL, 62: «..... porque aquellos que por orgullo se resisten a adorarme, entrarán en el averno cubiertos de ignominia.»

cuerpo y a Dios le consta que, si le otorga las riquezas, las va a utilizar en el pecado, y si le concede la salud, va a hacer uso de ella para caminar por los senderos de la perversidad, la negativa, en este caso, es un precioso don de Dios. En este sentido dicen los teólogos que la negativa de Dios es una concesión.

En sentir de otros, cabe que aquí se haya suprimido una parte de la frase, la cual, sin la supresión, diría: "Si sois agradecidos, os añadiré nuevos favores; sólo que, como sois pecadores, os castigo con el fracaso de vuestras pretensiones, haciendo que expiéis así vuestra culpa, cosa para vosotros más conveniente que si os impusiera los castigos de la eternidad.„ Porque el hombre nunca se halla exento de pecado, pues si de ello fuera capaz, lloverían sobre él las divinas mercedes, según declara explícitamente el Señor, cuando dice: "Si hubieran perseverado en la observancia de la ley de Moisés, del Evangelio y de todo cuanto el Señor les ha revelado, gozarían de bienes que se hallan por encima de sus cabezas y por debajo de sus pies„ [1]. "Pedid perdón a vuestro Señor, porque es propicio a perdonar; os envía desde los cielos abundante lluvia y acrecienta vuestras riquezas y el número de vuestros hijos„ [2].

A juicio de algunos, el versículo a que nos venimos refiriendo ha de interpretarse indudablemente en algún sentido especial, pues tomado al pie de la letra, cabría inferir que quien esté agradecido al Señor por haberle concedido la vida, no ha de morir.

En opinión del maestro, es evidente que en esas fra-

1 Alc., V, 70.
2 Alc., LXXI, 9, 10 y 11.

ses promete el Señor aumentar los bienes concedidos, y la palabra de Dios es la verdad; sólo que el Señor se vale de las prácticas piadosas como de señal que le sirve para reconocer a la persona agradecida. Por eso, cuando se advierte que los bienes de alguien no van en aumento, hemos de pensar que esa persona no ha correspondido debidamente a los favores del Señor. De modo que sí vemos disminuir la hacienda de un hombre rico, a pesar de que ese hombre no deja de hacer, de palabra, protestas de gratitud al Señor, comprenderemos que, no obstante tales protestas, no ha cumplido con lo que debía a esa gratitud por los bienes que posee, ya porque no ha hecho limosnas con ellos, bien por haberlas hecho a quien no correspondía o después que pasó la ocasión, ya por haber dejado incumplida la obligación que sobre él pesaba de vestir a algún desnudo o alimentar a algún hambriento, etc., a costa de su hacienda.

A un individuo así cabe aplicarle el dicho del Profeta: "..... si hubiera socorrido al mendigo....., ¡cuánto más provechoso le sería que haberle despedido!„

Autorizan para creerlo así las siguientes palabras del Señor: "No varía Dios de conducta con las gentes, si ellos no cambian antes su modo de proceder para con El„ [1], ya sea por olvido de la ley moral, ya por faltar al cumplimiento de algún deber o por cometer algún pecado. A propósito de éste, afirma un teólogo que nada se aproxima tanto al agradecimiento como el abstenerse de emplear los bienes que Dios concede en pecar contra El. Y puesto que todos los órganos de tu cuerpo son dones

[1] Alc., XIII, 12. Es decir, dejan de practicar el bien, entregándose a la práctica del mal.

con los que Dios te ha favorecido, no te sirvas de ellos para pecar.

También admite el versículo esta otra interpretación: "Si sois agradecidos, os añadiré nuevos favores, SIEMPRE QUE ASÍ ME PLAZCA.„ Tú sabes, en efecto, que El ha dicho: "..... y a quien quiera emplearse en el cultivo de los bienes mundanos, nosotros se los concederemos„ [1]; y, sin embargo, son muchas las personas que no logran acrecentar tales bienes, no obstante estarlos deseando ardientemente.

Cabe asimismo suponer que la frase suplida fuera "a aquellos a quienes se los queremos conceder„, fundándose en las palabras del Señor, contenidas en este otro versículo: "..... nos apresuramos a conceder a quien nos place aquello que bien nos parece de los bienes mundanos„ [2].

Y aquí está la explicación de que, habiendo dicho: "Dirigidme vuestras súplicas, que yo os atenderé„, no sean atendidos muchos de los que a El recurren, porque ha de completarse el concepto, añadiendo "si bien me parece„ y "a quien tenga por conveniente„. Así lo comprueban las siguientes frases: "Si quisiera, os libraría de las penas que a El os hacen recurrir„ [3], frases que, aunque referidas concretamente al hecho de librar de las penas, permiten ser interpretadas en sentido general.

[1] Alc., XLII, 19. Dice el versículo completo: «A quien quiera cultivar el campo de la vida futura, nosotros se lo engrandeceremos, y a quien quiera cultivar el de los bienes terrenos, también se los concederemos; pero no logrará parte alguna de los otros.»

[2] Alc., XVII, 19.

[3] Alc., VI, 41.

Refiere el Chonaid lo siguiente:

Siendo yo de edad de siete años, me encontré un día ante Asarí, a la vez que otras personas con las cuales estaba conversando acerca de la gratitud al Señor, por los beneficios que de El se reciben. Dirigiéndose a mí Asarí, me preguntó:

— Oye niño, ¿en qué consiste la gratitud?

— En no servirse de los bienes de Dios para pecar contra El — contesté, y él exclamó:

— Si no es tu lengua un don de bendición que Dios te ha concedido, poco le falta. Nunca acabaría de llorar de la impresión que esas palabras me han producido.

Si se pregunta: ¿Cómo deben entenderse las palabras del Señor: "..... y si pretendierais hacer el cálculo de los beneficios de Dios, no conseguiríais contarlos„ [1], siendo así que el beneficio es un acto, y todo acto, desde el momento en que tiene existencia real, es susceptible de enumeración?, respondo:

— Los favores de Dios, aparte de otras formas que revistan, pueden consistir en evitar alguna cosa o en rehusar alguna otra. Es evidente que el acto de evitar puede ser enumerado; pero el hecho de impedir que tenga lugar una desgracia que amenazaba, es un beneficio de Dios, que no se puede contar, como tampoco es posible hacerlo con aquellos casos en que el Señor deja sin efecto cualquier calamidad que sobre los hombres tuviera decretada o los pone a salvo de alguna cosa.

1 Alc., XVI, 18.

CONTINÚA EL DESARROLLO DE LA MATERIA, REPRODUCIENDO ALGUNAS MANIFESTACIONES EXPUESTAS POR TEÓLOGOS Y FILÓSOFOS ACERCA DEL AGRADECIMIENTO

Dice un filósofo:

— Es el agradecimiento con respecto a los favores del Señor como la alquería para el viandante: donde éste la encuentra, allí se queda, y si no tropieza con ella, no se detiene.

De acuerdo con este pensamiento, se ha dicho por varios sabios árabes y extranjeros:

La gratitud es ligadura que retiene las mercedes divinas.

Es ligadura que sujeta las que ya se han alcanzado e instrumento para lograr las que aún no se han conseguido.

Preferible es sufrir una desgracia que tras sí lleve su recompensa, a recibir una merced que no sea correspondida con el agradecimiento.

El que es dado a cuatro cosas, no se ve privado de otras cuatro, a saber: el que es dado al agradecimiento, no se ve privado de nuevos favores; el que es dado al arrepentimiento, no se ve privado de la enmienda; el que es dado a las prácticas para pedir a Dios decisiones oportunas, no se ve privado del éxito, y el que es dado a consultar, no se ve privado del acierto.

Si apacientas el favor con el agradecimiento, es como si le pusieras un collar con el que lo mantienes junto a ti, y si lo apacientas con la ingratitud, es como llevarlo con trabas, que le permiten marcharse cuando le place.

Como dice Habib:

«Cuando un bien de Dios es apacentado con la gratitud, nunca deja de ser un bien;
mas, al no hacerlo así, se convertirá en desgracia.»

Envió Alhachach mil dracmas a Alhasán, y éste, al recibirlos, exclamó:

— ¡Gracias a Dios, por haberse acordado de mí!

Entre las exhortaciones de Alí, hijo de Abutálib, se hallan las siguientes:

"No seas de aquellos que, incapaces de agradecer un beneficio, desean, no obstante, seguirlos recibiendo en lo sucesivo; ni tampoco de los que prohiben y no se abstienen; ni de quien ordena dar a otro lo que él no ha de entregar. Tú quieres a los hombres virtuosos, pero no practicas las obras que ellos realizan, y odias a los malos, siendo uno de tantos; tienes horror a la muerte por tus muchos pecados, y no te abstienes de cometerlos durante tu vida entera.„

Aconsejaba Almoguira, hijo de Xoba:

— Sé agradecido con quien te favorece y favorece tú a quien es agradecido contigo, porque si eres ingrato no continuarán los favores, ni éstos cesarán si eres agradecido. El agradecimiento lleva consigo aumento de favores y una seguridad contra la desgracia.

[**95**] Decía Alhasán:

— Hijo de Adán, ¿cuándo podrás desprenderte de la gratitud, si estás obligadamente ligado a ella? Cada vez que agradeces un beneficio, das origen con ese agradecimiento a otro nuevo de mayor importancia para ti, y

no puedes, por tanto, abstenerte de agradecer una merced, si no es para agradecer otra más considerable.

Refiere Sofián que cuando se presentó a Jacob el mensajero, le preguntó:

— ¿Con arreglo a qué religión lo abandonas?

— Con arreglo a la musulmana — respondió.

— ¡Dios sea loado! — exclamó — . Ahora ha sido la merced completa.

Cuenta la tradición que Otsmán, hijo de Afan, mandó que hicieran comparecer ante él unos individuos para imponerles un castigo, motivado por cierta acusación que sobre ellos pesaba. Pero los acusados escaparon, cada uno por su lado, antes que los cogieran, y entonces Otsmán dió libertad a un esclavo, en agradecimiento a Dios, por no haberse llevado a efecto, mediando él, aquella afrenta que recaía sobre gentes pertenecientes al mundo musulmán.

Cuentan que Alhasán, hijo de Alí, hombre fervorosamente consagrado a la práctica de sus deberes religiosos, decía:

— ¡Señor mío! Me colmaste de bondades y no me hallaste agradecido; me afligiste con la desgracia y no me hallaste resignado, y no obstante, ni me has privado de los bienes por no habértelos agradecido, ni has prolongado mis sufrimientos por no haberlos sobrellevado con paciencia; y es, Señor mío, porque en el ser generoso no hay sino generosidad; la crueldad sólo cabe en el cruel.

Dijo Aun, hijo de Abdala:

— Entre las cosas buenas exentas de todo mal, hay

que contar la gratitud al Señor por el bienestar de que se disfruta, y la resignación, si las contrariedades nos afligen.

Cuentan que una hormiga dijo a Salomón, hijo de David:

— ¡Oh, Profeta de Dios! Si se consideran mis fuerzas, yo correspondo mejor que tú a los beneficios del Señor.

Y Salomón, que iba montado en un brioso caballo, se arrojó a tierra, prosternándose, en señal de veneración al Señor, y exclamó:

— Si he sido mezquino para contigo, te pido que me despojes de cuanto me has concedido.

Cuenta Sadca, hijo de Yasar, que hallándose David en su estrado, pasó por su lado un gusano, y reparando David en su aspecto, exclamó:

— No se ha esmerado gran cosa el Señor para dar la forma a este ser.

Pero concedió Dios el don de la palabra al gusano, y éste replicó:

— Muy pagado estás de ti, David. Pero yo, para lo que del Señor he recibido, soy más pródigo en mis alabanzas y en la gratitud que hacia El siento, que tú por los bienes que de El has alcanzado.

Compuso Mahmud el Uarrac:

«Recibe, Señor, las gracias que mereces
por un favor que de Ti alcance sin ser digno de él.
A medida que soy para Ti más tacaño, Tú eres más espléndido conmigo,
cual si yo, con mi mezquindad, fuese acreedor a tu largueza.»

Un individuo tenía amistad con cierta persona, a la cual encarceló el sultán. Envió el preso a decir lo ocurrido a su amigo, y éste le contestó: "Da gracias a Dios.„ Fué después el preso maltratado a golpes, y, al comunicárselo al amigo, éste volvió a contestarle: "Da gracias a Dios.„ Había también en la cárcel un sujeto acusado de herejía, que estaba enfermo del vientre, y lo pusieron junto a aquel hombre, sujetando uno a otro mediante unos grillos, de los cuales una argolla iba sujeta al pie del hereje y la otra al pie del compañero. Debido a la enfermedad que le aquejaba, tenía el hereje precisión de levantarse frecuentemente durante la noche, y el otro se veía obligado a levantarse con él y a permanecer en pie hasta que el enfermo satisfacía su necesidad. Dió cuenta al amigo del nuevo suceso, y otra vez volvió a escribirle: "Da gracias al Señor.„ "¿Hasta cuándo — replicó el preso — me vas a estar diciendo lo mismo, ni qué calamidad puede haber que supere a ésta?„ Y le escribió el amigo: "Pues si en vez de ponerte al pie el grillete que él lleva en el suyo, te hubieran sujetado por la cintura al cinturón que a él le han puesto, ¿qué dirías entonces?„

Citó uno los siguientes versos:

«Gran falta sería que mi gratitud guardara en silencio
lo que Tú has hecho, mientras tu generosidad habla sin cesar.
Habiendo visto tus obras, ¿consentiré que permanezcan en secreto?
Sería entonces un ladrón de las liberalidades del Generoso.»

Participó un hombre a Sahl, hijo de Abdala, que había entrado un ladrón en su casa, llevándose cuanto poseía.

— Pues da gracias a Dios — le respondió Sahl —, porque si el ladrón hubiera sido el demonio y se hubiera

introducido en tu corazón, llevándose de él la fe, ¿qué harías?

Cuando anunciaron a Idris la buena nueva de que sus pecados habían sido perdonados, pidió nuevamente el perdón de los mismos. Preguntáronle por qué hacía aquello, y respondió:

— Para tener que agradecer esta concesión que se hace a petición mía, por si antes había hecho lo necesario para merecer la otra.

Entonces desplegó el ángel sus alas y lo subió al cielo.

Cuentan que pasó un profeta junto a una pequeña piedra de la cual salía gran cantidad de agua. Estaba mirándola, lleno de admiración, cuando, de pronto, la piedra, a la que Dios había concedido el don de la palabra, se puso a decir:

— Desde que oí las palabras de Dios "..... y será alimentado aquel fuego con hombres y piedras.....„ [1], estoy llorando del espanto que tales palabras me causaron.

Entonces aquel profeta pidió a Dios que la libertara del fuego y Dios le prometió hacerlo. Prosiguiendo su camino, volvió el profeta a pasar por el mismo sitio y vió con extrañeza que aún continuaba manando agua de aquella piedra, lo mismo que anteriormente. Preguntóle a qué obedecía ahora el llanto, y la piedra, dotada nuevamente de la facultad de hablar, le contestó:

[1] Alc., II, 22. Alude al fuego donde serán quemados los infieles, fuego que se alimentará con hombres y piedras, queriendo significar con la palabra *piedras* las estatuas de piedra de las falsas divinidades. Vid. la trad. Kasimirski, pág. 5, nota 1.

— Es que aquél era llanto de tristeza y de terror y éste es llanto de gratitud y alegría.

Se dice que el Señor hizo a Moisés la siguiente advertencia en una de sus revelaciones:

— Ten compasión de mis siervos, tanto de los desgraciados como de los afortunados.

— ¿Y por qué, Señor, de los afortunados?

— Por la escasa gratitud que sienten hacia los favores que de Mí reciben.

Exclamó en cierta ocasión un beduíno, con motivo de un fausto suceso [1]:

— No te aflija Dios con un infortunio que tu resignación sea incapaz de soportar, y concédate una dicha que tu agradecimiento no alcance a corresponder en grado equivalente.

Citó uno los versos siguientes:

«Soy agradecido, no para corresponder, haciéndote merced
de mi gratitud, sino que el fin de hacer está ostensible.
Días y días estaré proclamando que me hiciste objeto de tus mercedes;
lo último que resta al que está agradecido es mencionar el favor.»

También fueron citados estos otros:

«Declaro que estoy agradecido al bien que me hiciste,
y que de todo me diste hasta la saciedad.
[96] Te lo estaré agradeciendo mientras viva y, así que muera,
te lo agradecerán mis huesos desde la sepultura.»

1 Dice el texto: بلاء حسنا. Entre las varias acepciones de la palabra بلاء, se halla la de «suceso o acontecimiento de que el Señor se vale para poner a prueba a sus siervos». Lo mismo puede ser algo que les

De un beduíno:

«¡Señor mío! Me has favorecido, renovando bienes y haciendo otros nuevos
sin que tus bondades hayan despertado en mí la gratitud.
Mas si en Ti hay para todos disculpa y excusa,
sea mi disculpa el confesar que para mí no debe haberla.»

Decía Motárrif:

— ¡Señor! De Ti proceden las dichas; Tú procuras que sean completas; prestas tu ayuda para agradecerlas, y a más, recompensas el agradecimiento. ¡Qué espléndida manera de favorecer a tus criaturas!

Para elogiar el Señor a un individuo, dijo de él que era "un siervo agradecido„ [1], y en otro lugar: "Agradecido a sus favores, lo eligió.....„ [2], empleando el calificativo "agradecido„ como uno de tantos epítetos laudatorios dirigidos a sus siervos.

También dice: "Quien practica el agradecimiento, en provecho propio lo hace„ [3]. "La pureza de que el hombre se adorna, en beneficio del mismo redunda„ [4]. "Si practicáis el bien, para vosotros es„ [5].

Es decir, que con ello no se beneficia el Señor ni poco ni mucho, porque es tan grande su excelsitud, que se halla a mayor altura de donde puede llegar bien alguno

produce sufrimiento, para poner a prueba su resignación, que algo que les causa contento, para probar su agradecimiento. (Cfr. *Tacholarús*, X, 44.) Esto último es lo que el autor ha querido significar.

1 Alc., XVII, 3.

2 Alc., XVI, 122. Se refiere a Abraham, acerca del cual dice que era hombre sumiso al Señor, verdadero creyente, que no pertenecía a los idólatras, agradecido a los beneficios de Dios, que lo eligió como uno de los suyos.

3 Alc., XXVII, 40.

4 Alc., XXXV, 19.

5 Alc., XVII, 7.

de que se pretendiera hacerlo objeto, y más alto también de donde lograría alcanzarle el elogio que cualquiera le tribute o el agradecimiento de quien se muestra reconocido a sus favores. Él mismo ha declarado que la excelsitud y la grandeza son cosas inherentes a su propia naturaleza, independientemente de que los demás se las atribuyan o dejen de hacerlo, y es ser purísimo, prescindiendo en absoluto de las criaturas, tanto si hay quien así lo proclame en sus alabanzas, como si hay impío que lo niegue.

También entre las palabras del Señor se hallan las que dicen: "..... y os llama a sí, para perdonaros los pecados„ [1]. ¡Admirable cosa! Tras la merced de llamar a sí, añade la de perdonar los pecados.

La ingratitud a los beneficios atrae el odio.

El que te corresponde con su agradecimiento te da más que de ti ha recibido.

Dijo Alí:

— Todo aquel a quien favoreces con una merced o socorres en una necesidad, está obligado a corresponderte; mas, si no puede hacerlo, agradézcate el favor, y con esto ya cumplió su obligación.

Dice un poeta:

«Si existiera alguien que, por lo excelso de su condición, grandeza de su [estado
o altura de su rango, quedara dispensado del agradecimiento al Señor,
No habría el Misericordioso ordenado a las criaturas que fuesen agrade- [cidas,
diciéndoles: Hombres y genios [2], agradeced mis mercedes.»

1 Alc., XIV, 11.
2 Vid. Alc., LV, 31.

Dice el Bustí:

«Si mis fuerzas no alcanzan a agradecer tu generosidad
porque de ello es incapaz aun el hombre más esforzado
Mis loores, mi fe y mi obediencia a tus mandatos
serán apoyo que sostiene el fanal donde amorosamente guardo
[el recuerdo de tus bondades.»

Refiere Isahac, hijo de Ibrahim, el de Musul, que se les presentó una mujer y les habló así:

— Cambió para nosotros la fortuna cuando amenguó por nuestra parte la gratitud al Señor; apartóse de nuestro lado la riqueza y se ha hecho nuestra aliada la pobreza. Que Dios se apiade del hombre que discurre con talento, da con largueza, socorre con lo mejor y ayuda a vivir honradamente.

Versos citados por varios:

«Si la gratitud admitiera representación material, perceptible a los sentidos
[tal como la imaginación la forja,
yo trazaría su figura para que la vieras.
Y entonces conocerías que soy un hombre agradecido;
mas la gratitud reside en lo más recóndito del fondo del alma,
[y sólo con fugaces palabras cabe que se le explique.»

Preguntaron a Cosroes:

— ¿En qué consiste el agradecimiento?

— En corresponder al favor divino, cumpliendo los preceptos hasta donde la obediencia exige — contestó.

— ¿Y la ingratitud?

— En abstenerse de corresponder, aunque sólo sea tributando elogios.

— ¿Y cabe que exista ser más mezquino que quien escatima las alabanzas al Señor?

— Sí, lo hay — respondió —. Quien se conduce como enemigo de Dios después de haber recibido sus mercedes.

CAPÍTULO XXXV

Norma de conducta, merced a la cual reina perfecta armonía entre el que ejerce la autoridad y quien de ella depende, y viven tranquilos jefe y subordinado.

ESTÁ sacada del Sagrado Alcorán. Dice el Señor: "No hay en la tierra bestia alguna ni ave que vuele con sus alas, que no forme una comunidad como la que vosotros formáis„ [1].

Afirma, pues, el Señor que existe una semejanza entre nosotros y el resto de los animales; mas sabido es que éstos no se nos asemejan en la forma del cuerpo ni en la figura del semblante ni en ninguna otra cosa de las que los ojos advierten en ellos y en nosotros. Resta, pues, únicamente que dicha semejanza se refiera al modo de ser unos y otros.

Y así es, en efecto, porque no hay ningún hombre

1 Alc., VI, 38. Sigue el versículo: «..... nada hemos olvidado en el libro. Todas las criaturas serán congregadas un día.» Quiere indicar el versículo que también los animales se hallan bajo la tutela y vigilancia del Señor, el cual se ocupa en ellos lo mismo que en los hombres, y que como éstos, también comparecerán el día del juicio final a dar cuenta de sus acciones. (Vide la trad. Kasimirski, pág. 103, notas 2, 3.) No resulta, pues, muy exacta la interpretación del texto alcoránico por el Tortuxí.

que no posea algún rasgo de carácter análogo en cierto modo a alguno de los que especialmente distinguen a las distintas especies de irracionales, y por esta razón encontrarás en los hombres tal variedad de caracteres.

Así, pues, si ves que cualquier individuo de la especie humana posee alguno de esos rasgos de carácter en términos que excedan del justo límite, observa en cuál de los animales se da la cualidad análoga, equipáralo a él y procede con tal individuo como harías con el animal de que se trate. De este modo tú te evitarás el enfado de chocar con ellos; a tu vez, los dejarás a ellos tranquilos y no se interrumpirá la cordialidad.

Por tanto, cuando ves un hombre soez en sus modales, de genio violento y grandes fuerzas corporales, y de cuyas insolencias y brutalidades nadie está a salvo, asígnale los rasgos peculiares de las panteras, prototipo de la estupidez, según el dicho de los árabes: "Es más estúpido que una pantera„, y así como al ver uno de esos animales, procuras alejarte y no la emprendes a disputar con él, ni a injuriarlo, sigue idéntica marcha con ese hombre.

De aquel sujeto entre cuyas condiciones adviertas que predomina la afición a robar a escondidas y a andar por caminos ocultos, en el misterio de la noche, decimos [**97**] que posee condición semejante a la que distingue a la rata. Déjate de armar polémica con él y de discutir, como te abstienes de lanzar denuestos a la rata por haberte estropeado la silla del camello, y repara la silla para dejarla en condiciones.

El individuo que veas que ataca sin miramiento la reputación de las gentes y las hace objeto de sus calumnias, ése es de condición análoga a la del perro, el cual

tiene la propiedad de tratar mal a quien en nada le ha perjudicado y hacer daño a quien no le ha causado mal alguno. Haz con él igual que haces con el perro, cuando te ladra. ¿Acaso no sigues tu camino, impertérrito, sin ponerte a disputar con él ni a insultarlo? Pues asimismo has de conducirte con quien menoscaba tu fama.

A aquel que vino al mundo para llevar la contraria, y que si tú dices "sí„, él dice "no„, y si dices "no„, él dice "sí„, atribúyele la condición propia de los burros, los cuales, cuando quieres que se aproximen, se apartan, y si lo quieres apartar, se acercan. Sin embargo, tú te aprovechas del burro y no le lanzas insultos ni te alejas de su lado. Aprovéchate también de ese hombre y no lo injuries ni rompas el trato con él.

El que ves que anda averiguando los deslices y caídas de las gentes, ése es, entre los hombres, un elemento comparable a lo que es la mosca en el mundo de los volátiles, porque también es éste el animal que, al posarse sobre un cuerpo, evita acercarse a las partes sanas del mismo y va buscando los lugares donde hay llagas, pus, sangre o inmundicia.

Cuando estés padeciendo un sultán que atenta contra las haciendas y las personas, inclúyelo en la familia de los leones, y toma contra él idénticas precauciones que contra un león adoptarías. No cabe otro recurso que alejarse de su lado, según el dicho de Anabiga: "No ha de permanecerse en el bosque donde el león tiene su guarida.„

Si tienes la desgracia de convivir con un hombre marrullero, lleno de disimulo y amigo de sobreponerse a los demás, aplícale las características propias de la zorra.

Siempre que te moleste algún chismoso de esos que

van sembrando la discordia entre los amigos, aplícale la condición del turón, animalito que tiene la propiedad de disolver cualquier agrupación de personas en medio de las cuales llegue a introducirse. Cuando se deshace alguna de esas agrupaciones, dicen los árabes: "Ha lanzado entre ellos un turón su infecta ventosidad y se han dispersado.„ Por eso, al ver que alguno se dirige al lugar donde las gentes se hallan reunidas, procuran ahuyentarlo, impidiéndole que penetre entre ellos. Asimismo debe ser arrojado el chismoso de toda colectividad, pues, de no hacerlo, se corre el peligro de que la colectividad se disuelva y surja la aversión entre las personas que la formaban.

Al individuo que veas que no presta atención a las verdades de la ciencia divina y de la filosofía y huye de las reuniones de los hombres doctos e inteligentes, siendo, en cambio, aficionado a escuchar relatos acerca de las gentes mundanas, narraciones fantásticas y todo aquello de que la plebe trata en sus tertulias, atribúyele condición propia de escarabajo, animal al que le agrada comer estiércol, es aficionado al repugnante olor de la basura y siempre lo verás por las letrinas y estercoleros. En cambio, huye del perfume del almizcle y del agua de rosas, y si le echas alguna cosa de ésas, muere.

Si ves a un hombre en el que ninguna cualidad se manifiesta en tan alto grado como el afán de poseer bienes terrenos, lanzándose en pos de ellos sin miramiento alguno, considera que en él concurren las mismas circunstancias que hacen a tus pies alejarse del lugar donde se halla el buitre.

Cuando pases por el disgusto de estar con una persona que, bajo las apariencias de una ferviente piedad y

una recta conciencia, se dedica a tender sus redes para atrapar todo cuanto el mundo considera como un bien y para comerse las haciendas de legados y fundaciones piadosas, de viudas y huérfanos, incorpóralo a la ralea del lobo y, como dice el poeta:

«Cuando veas un lobo haciendo oración,
y que, al pasar por su lado, se agacha en actitud reverente,
Rezando sus preces con gran fervor,
que no se ponga la presa a su alcance;
Quítala pronto de allí, si abrigas buenos sentimientos,
pues ya se están viendo sus entrañas hechas pedazos.»

Guárdate de un hombre de esa índole, como te guardas del lobo.

Si has de padecer la compañía de un embustero, ten en cuenta que el hombre que miente puede perfectamente equipararse a un muerto, porque como no se da crédito a las noticias que de él proceden, es igual que si no diera noticia alguna, lo mismo que hace el muerto. Y así como no buscas la compañía de los muertos, no busques tampoco la del embustero. Ya dice el proverbio: "Todas las cosas son algo, pero la amistad del embustero no es nada.„ Cabe que se le atribuya condición de avestruz. Este animal entierra sus huevos en la arena, dejando uno en la superficie, otro bajo una ligera capa de arena y los restantes en el fondo del hoyo. Si los ve el que no está enterado, coge el huevo que ha quedado encima y se marcha, o bien destapa solamente la arena de la superficie y, al encontrar el otro, cree que ya no hay más. Pero el que conoce la condición del animal, sigue escarbando hasta llegar donde sea preciso, sin dejarse engañar por el huevo que hay fuera. Pues esto mismo has de hacer cuando diga el embustero cualquier

cosa: no creerlo hasta que te hayas cerciorado plenamente de que es verdad lo que dice.

Cuando veas un hombre que sólo se ocupa en acicalarse, cual si fuera una novia que va a ser presentada al esposo, que va con unos vestidos de impecable blancura y un turbante cuidadosamente compuesto, evitando, temeroso, que nada le roce, mirándose a uno y otro lado, quitándose las partículas que le han caído en la ropa, y sin preocuparse, cuando se halla entre gentes, en otra cosa que en contemplarse a sí propio y en arreglarse los pliegues del vestido, asígnale la cualidad de los pavos reales, que también se caracterizan por marchar balanceándose con arrogancia, contemplando su figura y desplegando la cola. De él se sirven los reyes como objeto decorativo.

Si ves un sujeto vengativo que no olvida las ofensas y, aunque pase el tiempo, no deja de devolver los agravios, atribúyele la cualidad peculiar del camello, con respecto al cual dicen los árabes: "Fulano es más rencoroso que un camello„ Así como evitas acercarte al camello excitado por el rencor, evita también la proximidad del hombre que posee tal condición.

Cuando te moleste un hipócrita [98] que guarda en su interior lo contrario de lo que al exterior manifiesta, considera que posee las condiciones del gerbo, ratoncito del campo, que construye bajo tierra una guarida con dos bocas, a la que se denomina "madriguera„. Las dos bocas sirven para entrar por una y salir por la otra, si conviene. La palabra "hipócrita„ se deriva, en árabe, de la misma raíz de donde se ha formado el nombre que designa una guarida de esta especie. Cuando el gerbo teme ser cogido, se introduce por una de las puertas de su al-

bergue y sale por la otra, y aunque el cazador cave buscándolo, no consigue encontrar nada. Pues lo mismo es el hipócrita, del cual no se puede esperar lealtad alguna.

Procede de esta forma en tu trato con las gentes y vivirás satisfecho de ellos y ellos de ti; pues, ¡por vida del Señor!, si ha subsistido mi amistad con los hombres y ha estado mi espíritu tranquilo y libre de disgustos originados por la mala condición de las personas, ha sido tan sólo por haber observado con ellos la norma de conducta que aquí se preconiza.

Decía el Riahi a los Beniriah:

— No despreciéis a ningún animal, por pequeño que sea, sino que, antes al contrario, tomad ejemplo de ellos. Yo he aprendido: de la zorra, la astucia; del mono, la maña; del gato de algalia, los ardides de lucha; del perro, el apoyo que se prestan unos a otros, y del chacal, la precaución. También he aprendido: de la luna, a andar por la noche, y del sol, a mostrarme a veces, y a veces no.

CAPÍTULO XXXVI

Circunstancia de la cual depende el límite máximo de la perfección del sultán para conseguir el remedio de los pechos angustiados, el sosiego de los corazones y el contento de los espíritus.

HAS de saber, oh rey, que aun cuando en ti concurran, en su más alto grado, todas las cualidades laudables, las dotes de carácter más dignas de encomio y la mayor rectitud de conducta; por más que poseas el dominio de ti mismo y un imperio absoluto sobre tus pasiones y des a cada cosa su verdadero lugar, a pesar de ello, los vasallos atropellarán tu derecho, desconocerán la consideración que mereces y no cumplirán las obligaciones que tienen para contigo. Sólo motivos de disgusto llegarán de su parte hasta ti, y únicamente verás en ellos cosas que te desagradan.

Mas ten presente que tú, que no eres Dios, no debes aspirar a que el proceder que contigo observen se halle exento de las tachas de que no lo está el proceder que siguen con Dios.

Y para que te convenzas, he aquí unas consideraciones que no admiten réplica. Bien sabes que Dios ha creado a todos los hombres y los ha favorecido con todo gé-

nero de beneficios, dotándolos de unos sentidos y potencias perfectísimos, derramando sobre ellos el tesoro de su gracia y colmándolos de las dichas más completas. Pues, sin embargo, no le guardan la consideración que merece ni lo veneran en el grado en que deberían hacerlo; antes al contrario, le aplican calificativos que no le pertenecen en manera alguna, le asignan atributos absurdos de concebir en El y le atribuyen cosas de que se halla exento en absoluto, privándolo, en cambio, de los nombres gloriosos y magníficos epítetos que necesariamente le corresponden. Hay, en efecto, quien afirma que Dios es uno de los tres elementos que integran una trinidad; quien dice que tiene esposa, que tiene un hijo, que tiene hijas; quien le atribuye forma corpórea; quien le asigna las cualidades propias del hombre, y aún hay quien niega radicalmente su existencia, diciendo: "No tienen las criaturas hacedor alguno", y como el mismo Criador hace constar en su Alcorán, "nosotros somos los que morimos y venimos a la existencia, y el tiempo tan sólo es el que acaba con nosotros" [1].

Y, no obstante, El les da y les conserva la vida, les concede la salud de sus cuerpos y sentidos, les proporciona medios de subsistir, los conforta, les facilita el logro de sus anhelos y la realización de sus fines en mayor grado de lo que ellos necesitan. Resulta, por tanto, que sólo muestras de rebeldía suben desde los siervos hasta el Señor, y, en cambio, hasta ellos sólo descienden frutos de la bendición de Dios. Cada cual procede con arreglo a su condición y gasta de lo que tiene; pero también cada uno se halla en el estado que merece.

1 Alc., XLV, 23.

En el coloquio de Moisés, se dice que éste habló así al Señor:

— Señor mío. Yo te pido que no digan de mí lo que en mí no existe.

Y que el Señor le respondió:

— Esa es una cosa que no he hecho conmigo mismo, ¿cómo la voy a hacer contigo?

Hay en este rasgo una provechosa lección para quien atentamente lo considere y una profunda advertencia para quien sobre él medite.

Aparte de esto, si aspiras a que el pueblo entero esté complacido de ti, te propones algo imposible de lograr, porque, ¿cómo se consigue tener satisfechas a tantas gentes de opiniones y aspiraciones tan diferentes y opuestas entre sí?

Por consiguiente, ¡oh rey contra quien Dios ha decretado que ha de perecer, que su vida ha de ser corta y breve el plazo que falta para que se acabe, que tiene contados sus días y hasta marcado el número de veces que aún le quedan por respirar! ¿Cómo quieres que se halle exenta de tachas la conducta que contigo observan, si no lo está la que observan con su Criador, que les proporciona los medios de subsistir y les da la vida y la muerte? Eso de ningún modo. Imposible es que lo consigas, absurdo que lo pretendas.

En Dios tienes un magnífico ejemplo, para que estés satisfecho de ellos con lo mismo que su Creador se satisface y sigas con ellos la misma conducta que sigue su Señor. ¿No ves cómo Dios te prodiga sus bondades y queda satisfecho de ti con pocas obras buenas que realices y te colma de riquezas y de toda clase de bienes en abundancia? Observa, al mismo tiempo, cómo corre un

velo sobre tus pecados, encubre tus maldades y no pone en evidencia tus extravíos.

Las precedentes consideraciones constituyen un excelente medio para lograr el sosiego de los espíritus; para corregir a los hombres de talento; para guiar por los caminos del acierto e iluminar los senderos de la virtud.

Omar, hijo de Aljatab, tuvo siempre muy en cuenta lo que acabo de exponerte. De él se refiere que escribió a Amrú Benalas, diciéndole: "Procede con tus gobernados como quieras que tu príncipe proceda contigo.„

CAPÍTULO XXXVII

Trata de cierto requisito en el que hallarán los reyes un refugio contra las adversidades y los sultanes una fortaleza que los defienda, cuando los negocios del gobierno sufren grave trastorno y la situación política se altera y perturba.

Oh, rey! Cuando tu pecho se agite al violento impulso de intereses políticos encontrados que, cual las olas de un mar tempestuoso, se entrechocan; cuando los cimientos de tu reino se conmuevan; cuando en tu corazón sientas que se embrollan y confunden los motivos en que tu resolución ha de inspirarse, [99] porque veas que las ideas y los criterios para juzgar presentan mal cariz y el horizonte se pone sombrío, procura conservar el dominio de ti mismo, para dos cosas: para no herir a las gentes en sus intereses espirituales ni en sus intereses materiales.

De este modo quedarás a salvo de reveses, que con el tiempo sobrevendrían, y de contrariedades que los días y las noches, al sucederse, traerían consigo.

Cuentan que, al final de la contienda que sostuvo Almamún con su hermano Alamín, después que aquél había agotado los bienes del tesoro, y ya las tropas le ha-

bían dirigido, en vano, insistentes peticiones de subsidio, dijo así:

— Aún queda a mi hermano un recurso, que si lo pusiera en práctica se haría dueño de este lugar que mis pies están pisando.

— ¿Qué recurso es ése? — le preguntaron.

— ¡Por Alá! — respondió — . Una cosa con la que cuento para utilizarla en mi provecho, ¿voy a divulgarla para que otros se aprovechen de ella?

Después que el asunto hubo terminado favorablemente para él, volvieron a preguntarle, y les contestó:

— Si Alamín hubiese publicado por todos sus estados que rebajaba los impuestos sobre las tierras, los tributos reales y las cargas de todo género, por espacio de diez años, habría logrado vencerme; pero Dios ha permitido que yo triunfe de su poder.

Temiendo Almamún que los habitantes del Jorasán opusieran dificultades a su proclamación de califa, cuando emprendió la guerra con su hermano Alamín, consultó el caso con Alfadal, hijo de Sahl, su ministro, y éste le manifestó lo siguiente:

— He estudiado el Alcorán y la ciencia de las Tradiciones del Profeta, y lo que, a juicio mío, procede, es que reúnas a los encargados de la administración de justicia y les hagas aplicarse al perfecto conocimiento de las leyes, a proceder de acuerdo con ellas, a vivificar las normas jurídicas trazadas por el Profeta, a facilitar la justicia y a velar por el cumplimiento de los preceptos. Tú, por tu parte, atiende solícitamente a las víctimas de la injusticia, rodea del mayor prestigio a las personas investidas de autoridad y a los personajes de estirpe real y cuídate con gran diligencia de lo relativo a los acuerdos concer-

tados, a las altas categorías sociales y a los cargos de más delicado desempeño.

Hízolo así; rebajó, además, a los habitantes del Jorasán la cuarta parte de los tributos, e inclináronse a su favor las principales personalidades, quienes justificaban su actitud diciendo: "Es del linaje de nuestra hermana y descendiente del tío de nuestro Profeta.„ Entre otros, adhirióse a su causa Rafia, hijo de Laits, uno de los príncipes más poderosos del Jorasán.

A las ya citadas manifestaciones cabe añadir estas otras, encaminadas al mismo objeto, y cuyo acierto están unánimes en reconocer los sabios árabes, griegos, persas e indios. Son las siguientes:

Procura atraerte a los personajes importantes de cada clase social y a los superiores de cada agrupación; favorece a los hombres versados en el Alcorán y en la ciencia de Dios y a los que poseen el conocimiento de la ley; concurre a sus reuniones y ten a tu lado personas reputadas por su virtud, de las que renuncian a la vida del mundo, y a todo aquel que menosprecia los bienes terrenos por gozar de los bienes que la piedad proporciona.

Y otro tanto ha de hacerse con las personas de noble estirpe de cada cabila y con todo caudillo que lleve tras sí un núcleo de secuaces, sea este núcleo del género que quiera, porque éstos que se mencionan son las riendas a que las gentes obedecen, y por mediación de ellos son dominados los demás.

Una de las medidas políticas y de buen gobierno más acertadas consiste en dejar a cada uno en el cargo que ocupa, hacer que el poderoso conserve su poder y a quien ostenta un rango elevado mantenerlo en él. De este modo, los que figuran a la cabeza serán auxiliares tuyos,

y cuando uno tiene a su lado a los superiores de cada colectividad, consigue con ello que su poder subsista.

Son los pueblos o agrupaciones de gentes adheridas a cualquier causa, sin sus jefes o caudillos, como cuerpos sin cabeza, como fantasmas sin espíritu.

Cuando se sublevó el pueblo de Córdoba y empuñó las armas contra el sultán, hallábase un maestro herrero junto a su fuelle, ocupado en sus haciendas, y preguntó:

— ¿Qué pasa a la gente?

— Que se han sublevado contra el sultán — respondieron.

— ¿Y tienen algún jefe?

— No — le dijeron.

— Pues ata el fuelle, muchacho, que se ha desmandado un hato de ovejas — respondió.

CAPITULO XXXVIII

De las cosas que necesariamente atraen sobre el soberano el vituperio de los vasallos.

DICE el sabio persa: "Por tres razones incurre el soberano en el vituperio de los súbditos, a saber: por conceder con restricciones al hombre ilustre aquello a que por razón de su categoría tiene derecho, lo cual hace surgir en él un sentimiento de odio; por conceder al sujeto de baja ralea más de aquello a que su condición le hace acreedor, lo que provoca en él la insolencia, y por privar a uno cualquiera de la justicia que en derecho le pertenece.

En los Proverbios se dice: "El bien que haces al hombre de nobles sentimientos impulsa a éste a corresponder al bien recibido, y el que haces al hombre vil, de ruin condición, lo lleva a insistir en sus pretensiones.„

En cierta ocasión, hicieron saber a Alejandro que un individuo hablaba de él en términos denigrantes e injuriosos, y contestó a quienes se lo notificaron:

— Yo sé que no es un malvado y conviene, por tanto, indagar si, por causa mía, le ocurre algo que lo mueva a lo que está haciendo.

Hechas las averiguaciones necesarias acerca de las

circunstancias que en aquel sujeto concurrían, se vino en conocimiento de que se hallaba en una situación económica muy precaria. Entonces ordenó Alejandro que le hicieran un donativo de consideración, y después supo que desde aquel momento la lengua del individuo en cuestión sólo se empleaba en dirigirle alabanzas.

—¿Veis — dijo entonces Alejandro a quienes le rodeaban — cómo depende de nosotros mismos el que nos ensalcen o nos vituperen?

Es conveniente para el sultán que no tome a los vasallos como hacienda o propiedad que le pertenece, porque entonces no serían para él otra cosa que motivo de disgustos y revueltas; trátelos como familia y hermanos, y tendrá en ellos ejército que lo defienda y auxiliares que lo sostengan.

Hay un antiguo proverbio, que dice: "Más vale la buena armonía entre el sultán y los vasallos, que los numerosos ejércitos.„

CAPÍTULO XXXIX

Símil del sultán justo y del sultán injusto.

Es el sultán justo comparable a un jacinto precioso, del más subido valor, engarzado en el centro de un collar, del cual forman los vasallos el resto de las cuentas. A la piedra central se dirigen todas las miradas: en ella se fijan con preferencia lo mismo quienes examinan el collar detenidamente que quienes sólo de pasada lo contemplan, y a ella únicamente se dirigen las alabanzas de todos. Cuanto más valiosa es, más oscurecidas quedan las cuentas restantes, y apenas si de ellas se hace el menor aprecio.

Sucede igual que ocurrió en el siguiente caso, que refiere Abensaada:

"Encontré en el Hechaz, entre Meca y Medina, a Socaina, hija de Alhosáin. La hija de Socaina, que la acompañaba, descubrióse ante mí, poniendo de manifiesto un rostro más lindo que un pedazo de luna [100] y gran cantidad de perlas, jacintos y toda clase de piedras preciosas que sobre sí llevaba. Y dirigiéndose a mí la madre, exclamó:

— ¡Por Alá! Sólo se las he puesto para que las deje eclipsadas.

Para que el collar ofrezca una disposición adecuada, junto a la piedra del centro debe ir la mejor de las cuentas restantes; tras ésta debe seguir la que le suceda en mérito, y así sucesivamente. Y al no hacerlo de este modo, resulta una disposición imperfecta. Pues, asimismo, al lado del sultán debe estar también lo más selecto, y después lo que sucesivamente le vaya siguiendo en calidad, esto es: los teólogos, los sabios, los literatos, los hombres de claro entendimiento, los de rancio abolengo, de noble estirpe, de prudencia y sensatez y los más cabales de toda clase social. Lo que no sea hacer esto es implantar una organización defectuosa.

Y así como la belleza del collar depende de cómo sea la piedra central, el buen proceder de los vasallos depende de la perfección de cualidades del sultán, de su virtud, de la superioridad de sus dotes y de su justicia.

El sultán tirano es como una espina clavada en el pie. Aquel que la lleva siente dolor y malestar y contra ella protesta el resto del cuerpo; desea arrancarla a todo trance, valiéndose para ello de toda clase de instrumentos, pinzas y agujas, adecuados para extraerla, porque se halla fuera de su natural lugar; y, si es preciso, se paga por arrancarla.

¡Qué gran diferencia existe entre las puntas que tiene el jacinto y las púas del astrágalo!

CAPÍTULO XL

De lo que incumbe a los vasallos cuando el sultán que los gobierna es un tirano.

HAS de saber, ¡Dios te guíe por el recto camino!, que el tiempo es un recipiente que guarda dentro de sí a las gentes que en él han vivido, y lo que en la parte alta tuvo ese recipiente fué de mejor calidad que lo que actualmente hay en el fondo del mismo. Es lo que sucede con el líquido de una jarra, el cual, en su parte superior, es más claro y más puro que en su parte inferior.

Así, pues, si dices que los reyes de ahora no son como los que hubo en épocas anteriores, es cierto; mas tampoco los vasallos son como los de tiempos pasados. Por lo tanto, tú no tienes más derecho a menospreciar a tu príncipe, atendiendo a los recuerdos que se conservan de príncipes de otros tiempos, del que tiene el sultán para menospreciarte a ti, si repara en las noticias que corren acerca de los vasallos de entonces. De modo que, si el sultán es injusto contigo, a ti te toca sufrir con paciencia y a él cargar con la responsabilidad de sus actos.

En el *Sahih* del Bojarí se halla la siguiente tradición, tomada de Abada, hijo de Asámit:

"Proclamamos al Profeta por nuestro soberano, y exi-

gió de nosotros, entre otras cosas, que nos comprometiéramos a obedecer sin replicar, tanto si nos sentíamos inclinados a ejecutar las órdenes, como si nos contrariaba darles cumplimiento, e igual en los casos arduos que en los que no ofrecieran dificultad; que sus decisiones habían de prevalecer sobre las nuestras y que no opondríamos resistencia a los mandatos de quienes ejercieran la autoridad, si no es — aclaró — que vierais en ellos una impiedad evidente que os consta que lo es en virtud de alguna prueba que hayáis recibido del Señor.„

Benabbás es partidario de la misma opinión, al decir:

— Si alguien encuentra en su príncipe cosas que le desagradan, súfralas, pues todo el que se aparta de la obediencia al sultán tan sólo a la distancia de un palmo, muere en la impiedad.

A propósito del mismo asunto, trasmite Abenmasud la siguiente tradición del Profeta:

— Después de mí — dijo éste — veréis decisiones y mandatos que merecerán vuestra reprobación.

— ¿Y qué nos mandas que hagamos en tal caso, Enviado de Dios?

— Que respetéis los derechos que asisten a aquellos de quienes proceden los mandatos y pidáis a Dios que dé satisfacción a vuestro derecho.

Refiere Abudaud en el *Sonán* que el Profeta dijo a sus Compañeros:

— Vendrán sobre vosotros gentes aborrecibles que os exigirán cosas a que no estáis obligados. Cuando lo pretendan, acceded a ello y no los vituperéis, sino rogad a Dios en favor suyo.

Es éste un texto que apoya con mucha fuerza lo que venimos sosteniendo. Concedamos, pues, a los príncipes todo cuanto injustamente pretendan de nosotros, sin oponer resistencia alguna, y abstengámonos de que nuestras lenguas les dirijan ningún reproche. ¡Siervo de Dios! No emplees la maldición como arma contra quien te hace víctima de la tiranía; sírvete más bien de la confianza en Dios.

No cabe prueba más dura que aquella por que pasó Abraham, y, sin embargo, cuando ya lo habían colocado encima de la catapulta para lanzarlo al fuego, sus palabras no fueron sino "¡Señor mío! Tú que sabes cuán grande es mi fe en Ti y la hostilidad que mi pueblo te profesa, préstame tu ayuda contra ellos y líbrame de su furor.„

Refiere Málic, hijo de Dinar, que halló escrito en un libro: "Yo soy Dios, el Rey de los reyes. Domino en los corazones de éstos y hago de ellos instrumentos de misericordia para aquellos que me obedecen, e instrumentos de castigo para quienes contra mí se rebelan.„

Por lo tanto, en vez de ocuparos en vituperar a los príncipes tiranos, cuidaos más bien de arrepentiros a Dios y El suavizará el rigor con que sois tratados.

Dice un libro: "Tú invocas mi cólera contra quien te tiraniza, y el que tú tiranizas invoca también mi cólera contra ti. Pues bien, si quieres, accederé a lo que tú pretendes y a lo que se pretende en contra tuya, y si no, demoraré el asunto hasta el día del juicio, para que en él os alcance a todos el perdón.„

Dice Salomón, hijo de David: "Para defenderte de tu enemigo, no emplees como medio la devolución del mal causado, sino la confianza en Dios.„

Cuenta Abendaud en el *Sonán* que robaron a Aixa una almalafa y empezó a pedir a Dios que castigara al que se hubiera apoderado de ella. Oyóla el Profeta y le dijo:

— No hables lo primero que se te ocurra.

Esto es: *No hables a tontas y a locas,* impidiéndole, como ves, que invocara la cólera de Dios contra el culpable.

Porque cuando la víctima de la impiedad dice en su plegaria: "¡Señor! Niega tu asistencia al tirano„, pide un mal para sí mismo y para los demás vasallos. En efecto: si aquél ha atropellado tu derecho, ha sido por la escasa asistencia que Dios le prestó, ya que, de habérsela prestado en grado suficiente, el desafuero no habría tenido lugar. Y claro está que si Dios escuchara la súplica que le diriges, aumentaría la tiranía del déspota para contigo.

Entre las gente de este pueblo se viene trasmitiendo por tradición el siguiente pensamiento: "Si dispusiéramos de una oración de las que Dios escucha, únicamente la emplearíamos en favor del sultán.„

Decía Alfodail:

— Si yo fuera dueño de los bienes del estado, tomaría de aquello de que lícitamente se puede disponer, prepararía los más exquisitos manjares, invitaría después a lo más selecto de los hombres santos, virtuosos y honrados y, al terminar, les diría: "Pidamos al Señor que preste su asistencia a nuestros reyes, a quienes nos gobiernan y a todo aquel a quien haya investido de autoridad sobre nosotros.„

Hallándose Moauía en Medina, fué a visitar a Ots-

mán. La hija de éste, [**101**] Aixa, se presentó a él, diciéndole:

— ¡Oh, padre mío!

— ¡Hija de mi hermano! — contestó Moauía —. Los vasallos nos prestan su obediencia y nosotros a ellos la seguridad del respeto a sus derechos; nosotros revelamos exteriormente una afabilidad bajo la cual reina el enojo y ellos nos manifiestan una sumisión que por bajo lleva el odio. Cada hombre lleva su espada consigo y sabe perfectamente el lugar donde se encuentran sus auxiliares. Si nosotros faltamos a los deberes que para con ellos tenemos, faltan ellos a los suyos para con nosotros, y no sabemos si el resultado nos será favorable o adverso. Con todo, preferible es para ti que seas hija del tío del Príncipe de los Creyentes a que fueras simplemente una mujer del pueblo.

Cuentan que un gobernador se apoderó injustamente de una aldea que pertenecía a un hombre muy inteligente. Acudió el dueño a reclamar, ante Almansur, contra el gobernador, y habló así:

— ¡Que Dios te guarde! ¿Quieres que te exponga mi asunto, o que te cite antes un ejemplo?

— Explícame ese ejemplo — le contestó Almansur.

— ¡Que Dios te guarde! — prosiguió —. Cuando ocurre al niño pequeño algún contratiempo, corre al lado de su madre, por ser lo único que él conoce y creer, por tanto, que no existe ninguna defensa superior a ella. Así que ha crecido y tiene más fuerza, al recibir cualquier daño, dirige sus pasos y sus quejas a su padre, porque entonces ya sabe que éste tiene más fuerza que su madre para defenderlo. Después, cuando ya completó su

desarrollo y se ha hecho un hombre, si le sobreviene cualquier percance recurre al gobernador, por saber que el poder de éste es superior al de su padre. Y cuando su entendimiento está más desarrollado y ha de reprimir alguna violencia, de que injustamente es objeto, eleva sus quejas al sultán, porque le consta que éste tiene más poder que ninguno de los demás; y en el caso de que el sultán no le haga justicia, dirige sus quejas al Señor. Pues bien: contra mí se ha cometido un atropello, y como encima del tuyo no hay ningún poder superior, si me haces justicia, bien; y si no, confiaré mi asunto a Dios en la fiesta de la peregrinación, pues me dirijo a su Santa Casa y sagrado templo, porque encima de ti ya no queda sino El.

— Nada de eso — replicó Almansur — , porque yo te haré justicia.

Y mandó que escribieran al gobernador ordenándole que devolviera la aldea a su dueño.

CAPÍTULO XLI

Según seáis, así os gobernarán.

CONTINUAMENTE he oído decir a la gente: "Vuestras obras serán vuestros gobernantes„; "según vuestro modo de ser, así se os gobernará„, sin comprender el sentido de tales palabras, hasta que leí en el Alcorán: "Así es como entre los malos damos por jefes unos a otros.....„ [1].

Dicen también: "No reniegues de la época en que vives, pues la perversión que a ti te ofende, a tus obras es debida.„

Dijo Abdelmélic, hijo de Meruán:

— Gentes de mi pueblo, no seáis injustos conmigo, pretendiendo que yo observe la misma conducta que observaron Abubéquer y Omar, sin que vosotros, en cambio, procedáis conmigo ni para con vosotros mismos en la forma que ellos se condujeron. Pidamos a Dios que ayude a cada uno contra los otros.

Refiere Cutada que los hijos de Israel dijeron al Señor:

[1] Alc., VI, 129. Termina el versículo: «..... en pago de sus obras.»

— Hallándote Tú en el cielo y nosotros en la tierra, ¿cómo sabremos si estás satisfecho o enojado?

Y contestó el Señor, por conducto de uno de los profetas:

— Cuando yo confío la misión de gobernaros a los mejores de entre vosotros, es señal de que me tenéis contento; pero si hago que os gobiernen los peores, es que estoy disgustado de vosotros.

Preguntó Obaida el Salmaní a Alí:

— ¿Cómo es, Príncipe de los Creyentes, que cuando ejercieron el califato Abubéquer y Omar todo el mundo los obedecía, y siendo sus recursos tan limitados, que cabían en el espacio de un palmo, aún les venían holgados, y al ocupar tú y Otsmán el cargo de califa, las gentes no se someten a vuestra obediencia, y teniendo a vuestra disposición amplios recursos, os resultan más insuficientes que si cupieran en el espacio de un palmo?

— Pues — respondió Alí — porque los súbditos de Abubéquer y Omar eran como yo y como Otsmán, y los súbditos que yo tengo ahora, son como tú y otros parecidos a ti.

Escribió a Mohámed, hijo de Yúsuf, un hermano suyo, quejándose de que el gobernador lo había tratado injustamente, y le contestó Mohámed:

— He recibido tu escrito, donde me explicas lo que te sucede; pero el que se conduce como un rebelde no debe protestar contra las consecuencias de su mal proceder. En lo que te ocurre no veo otra cosa, sino los contratiempos que se derivan de una conducta vituperable.

CAPÍTULO XLII

Circunstancia de la cual depende que los vasallos observen buena conducta.

Has de saber que de entre todas las circunstancias que concurren en el sultán, la que con más fuerza impulsa a los vasallos a proceder correctamente y la que más poderosamente influye en el ánimo de éstos, para inclinarlos al cumplimiento de los deberes que la religión les impone y lo que de ellos exige su honor, es la de que el propio sultán se conduzca rectamente, despojándose de toda clase de hábitos ruines, apartándose de lugares mal reputados y evitando rebajarse con el trato de gente ociosa, frívola, amiga de diversiones y pasatiempos y de aquellos que se han significado por su vida licenciosa.

La amistad que tuvo Mohámed Alamín con el desvergonzado sujeto y borracho calavera, el poeta Abunuás, fué causa del gran desprestigio que debilitó su autoridad, disminuyó hasta lo último la consideración de que disfrutaba a los ojos de los altos personajes y del pueblo en general y desató las lenguas de las gentes en injurias y en invectivas contra él.

A esto se debió que su hermano Almamún lo despojara del poder y enviara contra él a Táhir, hijo de Alho-

sáin, que lo derrotó y le dió muerte en Bagdad, enviando su cabeza a Almamún.

Había éste hecho escribir unas cartas, que se leyeron en los púlpitos de las mezquitas del Jorasán, para que los hombres estuvieran al tanto de lo que ocurría, en cuyas cartas se vituperaba a las gentes del Irac, llamándoles gentes libertinas, borrachos y perdidos, de todo lo cual echaba la culpa a Alamín, diciendo de él: "..... se ha hecho amigo del desvergonzado e impío poeta Abunuás, a quien tiene como acompañante preferido para beber vino y cometer toda clase de maldades y excesos reprobables.„

Este poeta es el que dijo:

«Dame que beba vino y dime que es vino;
no me des de beber a escondidas, pudiendo hacerlo al descubierto.
[102] Dí claramente el nombre de quien amas y déjame de motes,
pues nada bueno tienen los goces, cuando algo los oculta.»

Llegaron, al cabo, las gentes a sentir aversión hacia él y a profesarle antipatía, y el mismo Alamín, en vista de sus excesos, lo mandó encarcelar, soltándolo después, con la condición de que no bebería más vino ni compondría más versos acerca del mismo.

Cuando el sultán pretende que los vasallos observen una conducta irreprochable y él se deja arrastrar por sus malas inclinaciones, es lo mismo que si alguien pretendiera que viva un cuerpo desprovisto de cabeza, o que se tenga de pie un cuerpo sin vida, o se mantengan erguidos los costados cuando la persona está encorvada.

¿Cómo es posible que viva el pez en agua corrompida?

Buen acierto tuvo Aljalil en sus palabras: "Corrígete a ti mismo y los demás te seguirán.„

Ya de antiguo se decía: "Quien corrige sus defectos personales humilla la altivez de sus enemigos.„ "Quien pone en juego su propio esfuerzo logra la meta de sus aspiraciones.„

Preguntaron a un sabio:

— ¿De qué medios ha de valerse el hombre para vengarse de sus enemigos?

— De la corrección de sus propios defectos — contestó.

Compuso Abulfatah el Bustí los siguientes versos:

«Cuando un rey amanece entregado a las diversiones,
decreta contra su reino la ruina y el pillaje.
¿No ves cómo el sol, cuando se halla en Libra, está abatido
por haber permanecido hasta la hora de amanecer en la constelación
de la diversión y el regocijo?» [1].

La compañía de los malos hace adquirir malos hábitos, lo mismo que el viento, al pasar por lugares infectos, se carga de olor nauseabundo, y si pasa por donde huele bien, se impregna de agradables perfumes.

1 A más de la redacción de que el autor se sirve para reproducir el texto de los versos citados, debe existir alguna otra que expresa la idea de un modo más completo, porque los citados versos aparecen traducidos en esta forma:

«Cuando un príncipe pasa la noche divirtiéndose, se condena a sí mismo y a su estado a una ruina inevitable.»

«El sol declina en el momento que penetra en la constelación de Libra, porque entonces sale de la de Virgo, y allí ha permanecido en la mansión de las músicas y la danza.»

Los astrónomos árabes representan el signo de Virgo con una lira en la mano, en lugar de la espiga que nosotros le ponemos. Cfr. Herbelot. Bib. Or., sub Amin-ben-Haroun (I, 320).

Es imposible que tus vasallos corrijan sus defectos, mientras tú seas un depravado; que marchen rectamente si tú vas por senderos tortuosos, y que vayan por buen camino si tú te extravías.

Dice un antiguo proverbio: "Difícilmente podrá un legañoso dedicarse a oculista.„

Dicen los árabes: "Médico, cúrate a ti mismo.„

¿Cómo podría, en efecto, un ciego servir de guía [1]; ni cómo un pobre enriquecer a alguien; ni un ser ruin realzar a nadie? Tan difícil es que tú corrijas a los demás de sus defectos, antes de haberte corregido a ti mismo, como que el médico cure a otro de la enfermedad que a él le aqueja.

Dice un filósofo indio: "Entre mil hombres que se valgan sólo de buenas palabras, pero que no practican buenas obras, no consiguen corregir a uno solo en el grado que uno de ellos corrige a mil con buenas obras, aun sin buenas palabras.„

Como dice un poeta:

«¡Oh, tú, que enseñas a los demás!
¿Por qué no está tu alma en posesión de la sabiduría?
Prescribes el remedio de su mal a aquel que lo padece,
para que con él sane, mientras tú quedas enfermo.
Sin cesar fecundas nuestro entendimiento con la idea de rectitud,
exhortando a ella, mientras a ti te falta en absoluto.
Principia por apartarte a ti mismo de tus extravíos,
y cuando lo hayas conseguido, serás un hombre sabio.

1 Cfr. Luc., IV, 23: «Medice cura teipsum.» Mat., XV, 14: «Coecus si coeco ducatum, ambo in foveam cadent.»

Entonces será bien acogido lo que tú digas, será imitado
lo que en ti se vea, y será aprovechada tu enseñanza.
No prohibas unas costumbres semejantes a las que tú practicas.
¡Oprobio para ti, si cometes una atrocidad!»

Mas en el caso de que el sultán no sea un hombre cabal, la causa que más influye en el buen comportamiento de los vasallos es el designar para gobernarlos a las personas a quienes ellos distinguen especialmente: a hombres magnánimos, a hombres de acrisolada honradez e intachable conducta, pertenecientes al pueblo bajo. El poner a la cabeza de las gentes jefes sacados de entre ellos mismos, es un medio de que los pueblos cumplan los deberes que la piedad les impone, y con aquello que su honor exige de ellos, y se abstengan de entregarse a prácticas vedadas y dedicarse a nada que se halle en contraposición con sus deberes.

Dijo el poeta:

«No se portan bien los vasallos, cuando nadie manda en ellos, cuando [están sin jefe,
y, de hecho, carecen de él, cuando tienen a su frente gentes necias.»

Afirma Mardec, el persa, que de entre todas las cualidades que posee el sultán, hay dos que cuentan con más probabilidades que ninguna otra de mover a los vasallos a conducirse bien, y son: firmeza de convicciones y vehementes sentimientos de misericordia.

¡Cuán obligado está el sultán a emplear cuantos medios sean precisos, para que los vasallos procedan correctamente y realcen su condición! Haciéndolo así será príncipe de príncipes y señor de señores y personas de

mérito. Al dejarlos campar por sus respetos, seguir los impulsos de sus apetitos y que vivan entregados a los placeres, huyen sus sentimientos religiosos y desaparece el decoro. Su situación es entonces la de una muchedumbre envilecida, y aplicando el símil que los árabes emplean para aquellos pueblos que carecen de jefes y personas de representación, puede decirse de ellos que están "cariados como dientes de asno o apolillados como púas de peine„, según el dicho del poeta:

«..... cariados como dientes de asno, no verás
entre ellos ni un anciano que sobrepuje en mérito a los jóvenes.»

Más vale que seas príncipe de gentes de valía y personas distinguidas que no que gobiernes a una turba de ruines, miserables, levantiscos y envilecidos.

Dijo un día Abdelmélic, hijo de Meruán, estando ya en posesión del poder:

—¿Quién se encargará de intimar en mi nombre, para reducirlo, a Abdala, hijo de Omar, que se niega a reconocer mi autoridad?

Y contestó uno de los presentes:

— Haz que te lo presenten, córtale la cabeza y quedarás descuidado de él.

—¡Guay de ti!—replicó Abdelmélic—. Pues si mato al hijo de Omar, ¿de quién voy a ser príncipe?

Cuando llegó Daud al Hechaz, en tiempos de la dinastía Abasí, para dar muerte a los individuos que allí se encontraran, pertenecientes a la familia [**103**] Omeya, le dijo Abdala, hijo de Alhasán:

— Si te lanzas inconsideradamente a dar muerte a

tus iguales, ¿ante quién vas a gloriarte de tu poder? Perdona tú, para que ellos te perdonen.

Y perdonó.

Dijo Aristóteles a Alejandro:

—Esfuérzate por conseguir el mayor perfeccionamiento de tus vasallos y por despojarlos de sus defectos, rige a gentes buenas, dignas de alabanza, y no a malvados envilecidos, porque entonces, en vez de un príncipe, serías una especie de pastor de vacas.

CAPÍTULO XLIII

En dónde radica la autoridad que el sultán ejerce sobre los vasallos.

ESCRIBIÓ Aristóteles a Alejandro, diciéndole: "Reina en tus vasallos haciendo el bien con ellos, y llegarás a dominarlos por amor, y la sumisión conseguida por medio de los actos bondadosos es más duradera que la que se logra por imposición. Porque ten presente que el imperio que sobre ellos ejerces sólo alcanza a sus cuerpos y has de hacerlo llegar hasta sus corazones a fuerza de acciones generosas.„

Cuando el rey es justo, manda en el corazón de los vasallos, y cuando es un tirano, manda solamente en su hipocresía y en su adulación.

En la *Historia de los antepasados* dice lo siguiente: "Los corazones de los vasallos son almacenes de que los reyes se sirven. Sepan éstos, por lo tanto, que las cosas que en ellos depositen, eso es lo que allí encontrarán.„

Mientras puedas conseguir que los vasallos se limiten a decirte: "Tú podrías hacer.....„, emplea todo tu celo en evitar que digan: "Te guardarás bien de hacer.....„.

Esto no contradice a lo que se cuenta de Moauía en aquella ocasión en que, interpelado por un individuo en

términos violentos, correspondió a ellos Moauía con la mayor afabilidad. Alguien le preguntó:

— ¿Por qué gastas tanta blandura con un hombre así?

Y contestó:

— Yo no me interpondré entre las gentes y sus lenguas mientras ellos no se interpongan entre mi autoridad y yo.

Y no existe contradicción, porque la frase "emplea todo tu celo en impedir que digan.....„, ha de entenderse en el sentido de "haz justicia para que no tengan de qué protestar„.

Más vale este modo de discurrir que las manifestaciones que hizo Ardaxir, cuando le dijeron que un grupo de sus allegados abrigaba con respecto a él intenciones aviesas, y él les contestó:

— Nosotros somos un linaje de reyes que solamente ejercemos autoridad sobre los cuerpos, no sobre las intenciones; que sentenciamos en estricta justicia, no por buscar la complacencia de nadie, y que indagamos los hechos, no los propósitos secretos.

A esto replico que tal sistema sólo está bien para aquel que se considere incapaz de seguir la norma de que antes se ha hecho mención. Realmente, el dominio de los cuerpos se consigue tanto con la justicia como con la injusticia; pero el dominio sobre los corazones sólo con la justicia se logra.

Donde van a compararse las anteriores palabras de Ardaxir con las que él mismo contestó a unos que le dijeron:

— Ayer saliste a caballo con muy poca escolta, y de ese modo no es posible librarse de una agresión imprevista por parte de los enemigos.

— Quien hace el bien por todos lados — replicó Ardaxir — nada ha de temer de sus enemigos.

¡Qué hermosas son las siguientes palabras que dirigió Abdelmélic, hijo de Meruán, a los habitantes de Siria!: "Yo soy para vosotros como el macho del avestruz para sus polluelos, que acude a limpiarles la suciedad, a quitar las piedras que hay alrededor de ellos, a abrigarlos de la lluvia, librarlos de las moscas y defenderlos de los lobos, y vosotros sois para mí la túnica y el manto que me abriga, los instrumentos de que me valgo y todo cuanto para mí hay de algún provecho.„

Dicen los persas: "El soberano que mejor rige a sus vasallos es aquel que despierta en ellos un sentimiento de obediencia, nacido del corazón.„

No conviene que el gobernante pretenda conseguir del pueblo un respeto otorgado a la fuerza, sino aquel a que se haga acreedor por su buena conducta y por sus acertadas medidas de gobierno.

Decía Omar, hijo de Abdelaziz:

— Me guardaré de apartarme de la justicia en cosa alguna que afecte a los musulmanes, porque temo que no se sometan sus corazones, y entonces yo mismo habría despertado en ellos alguna de las rebeldías de que el mundo está lleno, porque cuando los corazones huyen de la sumisión, acuden a refugiarse en la rebeldía.

Preguntó Moauía a Ziad:

— ¿Cuál de nosotros es más apto para dominar a las gentes, tú o yo?

Y respondió:

— Príncipe de los Creyentes. No considera Dios al hombre que sujeta a las gentes con su espada lo mismo que a aquel a quien el pueblo atiende y obedece por la bondad de su trato.

Se cuenta que un liberto de Ziad, llamado Solimán, ensalzaba a su señor en presencia de Moauía, y que éste replicó:

— Cállate, pues yo he conseguido con mi lengua más que tu señor con su espada.

CAPÍTULO XLIV

De los riesgos que ofrece la amistad con el sultán.

TODOS los sabios y preceptistas árabes y extranjeros están de acuerdo para recomendar que se evite el trato amistoso con el sultán.

En el *Libro de Calila y Dimna,* dice: "Hay tres cosas de las que difícilmente se escapa bien, a saber: De la amistad con el sultán, de confiar secretos a las mujeres, y de beber un veneno para ensayarlo.„

Se dice corrientemente: "A grandes peligros se expone quien se embarca en el mar; pero aún corre más grave riesgo quien tiene amistad con el sultán.„

Según Mardec, entre las cosas en que se necesita andar con pie más seguro, se hallan las que se refieren al sultán. Por eso, quien de él se hace amigo, sin hallarse dotado de claro talento, se ve rodeado de peligros en la forma que lo rodea la túnica que envuelve su cuerpo.

Dicen las sentencias de la India: "En la amistad del sultán, no obstante los honores y riquezas que con ella se granjean, existe un gravísimo peligro. Es comparable semejante amistad a un monte escarpado, en el que abundan los frutos de excelente calidad, pero también los feroces leones y las serpientes ponzoñosas. Si peligroso

es subir a la cima, mucho más lo es el permanecer en ella.„

No guardan relación los beneficios que del sultán se consiguen con los perjuicios que por su causa se padecen. Los beneficios se reducen tan sólo a mejorar de posición, mientras que los perjuicios se extienden a destruir la posición que se hubiera adquirido y a la perdición de la persona que trataba de mejorar su posición. No hay, pues, ventaja alguna en una cosa de la que, saliendo bien, se consiguen hacienda y honores, pero que, en caso adverso, es motivo de calamidades y ruina.

Por eso, cuando preguntaron al Atabí:

—¿Cómo es que no tienes amistad con el sultán, tú que eres persona de tan gran cultura?

Contestó:

— Porque lo he visto entregar a uno diez mil dinares sin ningún motivo, y lapidar a otro, por capricho, sin causa alguna, y no sé como cuál de ellos me tocaría ser.

Me contó Abulabbás el del Hechaz, uno de los que exploraron las tierras de la India y de la China, que llegó hasta Ceilán y hasta el Monte del Jacinto, en la India, en el cual hay unas serpientes de tan gran tamaño, que no se encuentran mayores en todo el mundo conocido: una sola de ellas es capaz de tragarse un buey entero. No hay quien llegue a aquel monte ni se aproxime a él; pero, cuando caen fuertes lluvias, se forman torrentes que arrastran desde el monte guijarros y muchas de las cosas de valor que en él se encuentran, llevándolas a sitios en que las aguas quedan detenidas, a varios días de distancia del monte. Y allí, lejos de él, es donde acuden las gentes, a rebuscar entre aquellos guijarros, y encuentran piedra tras piedra de jacinto.

Dijo Moauía a un individuo de la tribu de Coraix:

— Guárdate del sultán, porque se irrita y se contenta con el mismo fundamento que un chiquillo; pero sus arrebatos son tan temibles como los de un león.

Decía Almamún:

— Si yo hubiera sido un particular, no me habría hecho amigo del sultán.

Habló así Aláhnaf, hijo de Cais:

— Voy a decir tres cosas, para que sirvan de provechosa lección: "Yo no correspondo a mi visitante con otra cosa que con estarme de visita con él; no intervengo en ningún asunto en que no sea llamado a intervenir, y no me presento ante el sultán, si él no me envía a buscar.„

Recomendaba Benalmocafa a su hijo:

— Si encuentras el medio de pasarte sin el sultán y sin su amistad, bástate tú a ti mismo y no pongas empeño en acercarte a él, porque si el sultán se porta como hay obligación de hacerlo con el amigo, es cierto que le facilita el disfrute de los bienes mundanos; mas si el sultán no se conduce como debiera, entonces su amigo no saca otra cosa que afrentas en este mundo y ocasiones para recibir los castigos del otro.

Cuenta Maimún, hijo de Mahrán, que le dijo Omar, hijo de Abdelaziz:

— Consérvame bien en la memoria estas cuatro cosas: "No frecuentes el trato con el sultán, aun cuando sólo sea para exhortarlo a la práctica del bien y apartarlo del

mal; no te quedes a solas con una mujer, aunque sea para leerle el Alcorán; no tengas amistad con quien reprime sus impulsos de compasión, pues para ti los reprimirá con más fuerza, y no pronuncies hoy palabras por las que mañana hayas de pedir excusas.„

Dice en *Sentencias Divulgadas:* "La mucha ocupación, hace al hombre olvidarse de que existen placeres.„

A cuántos hombres virtuosos, inteligentes, sabios y piadosos hemos visto, y de cuántos hemos oído que se acercaron al sultán para corregirlo y han sido ellos pervertidos por el sultán. Les ha ocurrido lo que dice el antiguo:

«El contagio del necio al hombre cabal es cosa rápida,
y al poner la brasa entre ceniza, pronto se apaga.»

A quien se arrima al sultán con ánimo de corregir sus defectos, le pasa igual que a quien trata de enderezar un muro inclinado: al empujarle para ponerlo derecho, se desploma sobre él y lo mata.

Dice en el *Libro de Calila y Dimna:* "No ha logrado gran fortuna el que consigue la amistad de los reyes, pues para ellos no existe el respeto a lo convenido, ni la obligación de proceder lealmente, ni deudo ni pariente. No guardan consideraciones a nadie, fuera de aquel de quien pretenden alcanzar algo que de él depende. A éste le prodigan sus halagos hasta tanto que consiguen lo que se proponían, y una vez logrado su objeto, lo abandonan. Y no queda el menor cariño ni el más leve afecto; la única recompensa es el pesar de haber caído en desgracia, y los pecados que haya cometido y no le sean perdonados.„

Dice Buzurchomihr:

— No es perfecta la amistad con el sultán si no median obediencia y renunciamiento, ni tampoco es la de los iguales si no lleva consigo dulzura en el trato y desprendimiento.

Según un sabio persa, la hacienda y el sultán son dos motivos de perdición para todo el mundo, a no ser para aquellas personas que se hallan dotadas de claro entendimiento.

Comparan los sabios al amigo del sultán con un jinete que va cabalgando sobre un león: su presencia infunde pavor a todos; pero él tiene que temer más que nadie a su cabalgadura.

El cortesano del sultán, que se reviste de gran cantidad de paciencia, reprimiendo los enojos y haciendo caso omiso de agravios, alcanza su objeto. Así lo hace la vid, la cual no empieza agarrándose a los árboles por lo más alto, sino por su parte baja.

Entre los árabes, se dice: "Si no eres familia del sultán, procura ser de los que de él están alejados.„

Dicen las sentencias de la India: "Se parece el sultán, por su inconstancia en el afecto hacia los amigos y el poco caso que hace de los que de él se apartaron, al maestro de escuela con sus niños, porque si el uno se va, viene otro.

Dicen los árabes: "El sultán tiene días de todas clases; tiene también sus caprichos y sus arranques repentinos, y todo esto hace que sea fácilmente mudable, que cambie de antojos con frecuencia y se lance a todo con vehemencia. Lleva en sí fundamentalmente la violencia súbita, es decir, el arrebato.„

CAPÍTULO XLV

Del trato amistoso con el sultán.

CONTÓ Benabbás que le dijo su padre: —Veo, hijo mío, que tratas a solas con el príncipe, que éste solicita tus consejos y te prefiere a los más significados compañeros de Mahoma. Pues bien. Yo te recomiendo estas tres cosas: no divulgues ningún secreto suyo; que no te pille en ninguna mentira, y no digas mal de nadie en presencia suya.

— Cada una de ellas vale por mil — exclamó el Xabí.

— Ciertamente, y por diez mil — añadió Benabbás.

Se dice que para tratar con el sultán hace falta la precaución: con el amigo, la llaneza; con el enemigo, publicidad, y con las gentes en general, semblante afable.

No juzgues a nadie favorablemente porque de él tenga el rey buena opinión, sino en virtud de sus buenas acciones.

Dice un filósofo:

— No pidas al sultán que te entere de aquello que

oculta de ti, ni divulgues las cosas de que él te enteró. A quien se permite libertades con el sultán, éste lo encuentra fastidioso; el que le echa en cara favores que le hubiera prestado, se distancia de él, y a quien descubre que el sultán solicita sus consejos, éste lo aleja de su lado.

A medida que el sultán aumente su familiaridad para contigo, aumenta tú las muestras de respeto hacia él; si él te considera como un hermano, tú a él como un padre, y cuanto mayores sean sus bondades, realiza tú en mayor número los actos propios del siervo para con su señor.

Cuando te halles con el sultán, en compañía de otras personas y éstas se pongan a tributarle frases de elogio, tú debes rogar por él al Señor. Si te eleva hasta el rango de confidente suyo, suprime para con él las frases laudatorias y no prodigues tus invocaciones en favor suyo a cada momento, pues esto daría idea de poca familiaridad y falta de franqueza, a no ser que hables en presencia de gentes extrañas, para que ellos sigan empleando las frases y palabras que tú hayas pronunciado, en honor y reverencia del sultán.

Recomendaciones de Benalmocafa:

En tu relación con el sultán debes procurar tres cosas, que son: complacer a tu Dios, complacer a tu sultán y complacer a aquellos de quienes éste se halla rodeado, y no te importe desentenderte de lo relativo a dinero y riquezas, porque logradas aquellas tres cosas, éstos vendrán a ti en términos que te bastarán y te dejarán satisfecho.

Dice Móslem, hijo de Omar, dirigiéndose a quienes se hallan al servicio del sultán:

— No te envanezcas, si el sultán te aproxima a él, ni te aflijas, si de él te aleja.

Cuentan que un rey pidió a un sabio que frecuentara su compañía, y el sabio le respondió:

— Sí, te haré compañía; pero con tres condiciones.

— ¿Qué condiciones son ésas? — preguntó el rey.

— Que no me revelarás ningún secreto, no me reprenderás públicamente y no tomarás en cuenta lo que de mí te digan, hasta que me hayas pedido explicaciones sobre el caso.

— Concedido lo tienes — repuso el rey —. ¿Y tú qué ofreces?

— Que no divulgaré ningún secreto, ni me reservaré ninguna leal advertencia, ni tendré a nadie en más estima que a ti.

— ¡Oh, qué excelente amigo! Tú eres el que yo buscaba — replicó el rey.

Preguntaron a Abdala, hijo de Cháfar:

— ¿Cuál es la mayor imprudencia?

— Tener familiaridad con el sultán y lanzarse al ataque, sin estar debidamente preparado.

Según Benalmocafa, la persona que más expuesta se halla a sufrir una muerte afrentosa es aquella que ocupa lugar preferente en la estimación del sultán.

Afirma Yahya, hijo de Jálid, que la familiaridad destruye el respeto más antiguo y perjudica al cariño más arraigado.

Recomienda Buzurchomihr que cuando te halles a las órdenes de un soberano, no lo obedezcas en cosas que

vayan contra tu Criador, porque los beneficios que de éste recibes son superiores a los que del rey alcanzas y sus castigos, más duros. Trátalos con todo respeto y la mayor consideración, pues con ese objeto viven apartados del trato con todo el mundo, para que el respeto se mantenga. Nunca prescindas del mismo, por mucho que dure tu trato estrecho con el príncipe, porque del respeto que les guardes depende el aprecio que de ti hacen. No hagas desde el primer momento todo aquello de que eres capaz, porque entonces no encontrarás medio de añadir nada para lo sucesivo. Deja siempre lugar para aumentar algo más.

Instruye al sultán, como si estuvieras aprendiendo de él, y aconséjale, haciendo ver que le pides consejo.

Cuando el sultán expansiona su alma contigo, por escuchar tu opinión y por la confianza que le mereces, guárdate bien de ponerte de parte suya, frente a cualquiera de su familia, porque no sabes cuándo cambiará la actitud del sultán para contigo y tendrás en aquella persona uno que le ayudará contra ti. Y ten cuidado de no atraerte la enemistad de quien si quiere se quita los vestidos y se presenta al rey con cualquier ropa que lleve. Abstente de hacerlo.

Dice un antiguo proverbio: "Vive prevenido contra las acusaciones que se lanzan en la almohada.„

El mismo pensamiento encierran los siguientes versos:

«No es el mediador que a ti se presenta cubierto con su manto
igual que aquel que ante ti se muestra desnudo.»

Se halla en los Proverbios: "No te tomes libertades, porque molestarás, y no seas vivo de genio, porque enflaquecerás.„

Dijo Arraxid a Ismail, hijo de Sabih:

— Evita la familiaridad, porque destruye el respeto.

Consejo de Salomón, hijo de David: "No estés muy próximo al sultán ni demasiado alejado de él.„

Los filósofos, dicen: El excesivo retraimiento con respecto al sultán engendra sospechas, y la demasiada asiduidad abre la puerta al fastidio.

Has de saber que quien pretende realzarse sin sufrir humillaciones, sólo humillaciones recoge como fruto de su pretensión.

Conserva el rango que has adquirido junto al sultán con el mismo celo y la misma lealtad que empleaste para alcanzarlo, y evita que la negligencia te eche abajo del lugar donde la diligencia te hubiera encumbrado.

La persona que más padece con el sultán es la que está junto a él, por la misma razón que se queman más prontamente las cosas que más próximas se hallan al fuego.

El cortesano del sultán, que aguanta con buen semblante, reprimiendo la indignación y haciendo caso omiso de agravios, alcanza cuanto se propone.

Dice Aláhnaf, hijo de Cais:

— No seáis encogidos con el sultán ni osados en demasía, porque a quien se muestra altivo con él le busca la perdición, y al que se humilla aún lo hace de menos.

Dice Benabbás:

— Al que se enemista con tres clases de personas

todos sus honores se le convierten en vilipendio. Son estas personas: el sultán, el hijo y el acreedor.

Solamente hay dos clases de hombres a quienes sea posible conservar la amistad con el sultán, a saber: un granuja lisonjero que logra su objeto a fuerza de pillerías y después se salva a fuerza de adulación, y el hombre insignificante y sin relieve que no despierta la más leve emulación. A quien se propone tratar al sultán sincera, leal y dignamente, poco tiempo le durará la amistad que a él le une, porque se atraerá juntamente la malquerencia y la envidia del enemigo y del amigo del sultán. La de este último porque ve en él un rival que, merced a su lealtad para con el soberano, le disputa el lugar que en la consideración de éste ocupa, motivo por el cual también lo hace objeto de sus ataques, y al juntarse contra él los dos bandos, su perdición es irremediable.

Un filósofo hace las siguientes observaciones:

"Quien comparte con el sultán las grandezas de este mundo, también participa con él de las miserias de la otra vida.„

"No te contraríe si el sultán dispensa buena acogida a los malvados; esto lo hace porque le son necesarios, como lo es el alfajeme que le practica incisiones en la nuca y le saca la sangre [1].„

En los Proverbios, se encuentra: "Nadie llega a poseer la calma necesaria, si no ha tenido que soportar a un insolente.„

[1] Práctica seguida como medida de higiene y que todavía sigue observándose entre los musulmanes de Marruecos.

Cuando hizo Benomar el viaje a la Meca, llevaba en su compañía un individuo de lo más descarado [1], con cuyo trato constante se le hacían más llevaderas las impertinencias de los insolentes y de la gente necia y desvergonzada.

Observación de Almotasim:

—También el sultán padece sus ofuscaciones, una de las cuales consiste en estar complacido de quien debería aborrecer, y aborrecer a aquel de quien debiera estar complacido.

De aquí el dicho de los sabios: "Si corre grave riesgo el que se aventura entre las olas del proceloso mar, aún es mayor el que corre quien vive en la intimidad del sultán."

Dijo Benalmocafa a su hijo:

— No tomes las injurias del rey por tales injurias, ni estimes sus insultos como tales insultos, porque la posesión del poder lo saca de quicio, aun cuando no haya motivo de enojo ni de cólera.

[106] Observación de Samid, sabio persa:

"Hay cuatro cosas que necesitan ser explicadas lo mismo al hombre de talento que a quien tiene pocos alcances, pues no cabe suponer que nadie llegue a comprenderlas con la sola ayuda de su penetración natural. Son la interpretación de los principios de la fe, la com-

1 Así traduzco, interpretando por conjeturas la frase فيه ما فيه, «en el cual había lo que había» del original, cuyo sentido exacto no me ha sido posible determinar.

posición de los medicamentos, los accidentes del camino peligroso y la idea que ha de formarse respecto del sultán.„

Has de saber que cuando el sultán se distancia de ti, a lo último se olvida de lo anterior; con ellos están rotos los lazos de la sangre y cortada toda clase de ligaduras que le una a quienquiera que sea, excepto a aquel de quien ellos están complacidos en aquel momento y sazón.

Cuando observes en el que gobierna alguna cualidad reprobable, no lo importunes para hacerle despojarse de ella, pues emprenderías una obra llena de dificultades. Limítate a inculcarle por las buenas, hasta donde puedas, rectos pensamientos. Y cuando compruebes que ha habido por su parte algún desliz, éste es también el procedimiento más acertado a seguir y el que le hará darse cuenta de la más leve falta, mejor que si tú se las mencionas directamente. Parte de lo justo como fundamento para tus recomendaciones, porque justicia llama justicia. Ahora bien, siempre que puedas, evítale el yerro.

No pretendas conseguir las cosas que del sultán dependen por el solo hecho de pedirlas, y no pienses que tarda demasiado, si no accede prontamente, sino que has de pedir con justo derecho y con calma, porque, si eres merecedor de ello, tú lo lograrás, aun cuando no lo pidieras, y si no eres impaciente, conseguirás que él sea más expeditivo.

Dice Yahya, hijo de Jálid:

— Para tratar con el sultán, emplea los manejos de que se vale la mujer lista y liviana con el esposo necio y colérico.

Comunicó este mismo Yahya, hijo de Jálid, a un hermano suyo que Harún Arraxid le profesaba antipatía, y le contestó el hermano: "Confórmate si esa antipatía es poca, pensando en lo que ocurriría si fuese mucha, y no te enojes contra él, porque su enojo sería más grave que el tuyo.„

CAPÍTULO XLVI

Conducta del sultán para con las tropas.

SON los ejércitos para el soberano sus arreos, sus armas defensivas, las fortalezas en que se refugia y los puntales que lo sostienen. Ellos son la salvaguardia de las gentes pacíficas, los que evitan los desafueros y reprimen el desenfreno. Son la defensa de las fronteras, los guardianes de las puertas, elemento dispuesto para hacer frente a las contingencias, la protección de los musulmanes, la afilada punta que sale al encuentro del enemigo, la aguda saeta que contra él se dispara, el arma que se empuja contra su garganta. Por ellos son respetados los hogares, están asegurados los caminos y cerradas las fronteras. Son, en una palabra, el honor del país, la defensa de las fronteras, la protección del hogar y el arma contra el enemigo.

Debe el ejército atacar con el mayor arrojo y resistir con denuedo si es atacado, porque si se decide la victoria a su favor, podrán ir más allá en sus pretensiones; mas si se decide en contra, entonces, aflojen riendas, recojan hierros de lanzas y flechas y mediten acerca de las noticias que correrán el día de mañana.

Debe el sultán expurgar su ejército, lo mismo que el jardinero escarda su jardín para arrancar de él las hierbas que no le dan producto, pues éstas, a más de no rendir ninguna utilidad, esquilman, encima, a las plantas útiles. Y al sultán le conviene el expurgo aún más que al jardinero la escarda.

No puede considerarse un ejército completamente dispuesto, mientras no cuente con abundantes vituallas, tenga sus necesidades bien atendidas y cada cual haya alcanzado recompensa proporcionada al celo de que haya dado muestras y a las penalidades que haya sufrido.

Los ejércitos de los reyes y los elementos de que disponen, lo mismo pueden contribuir a labrar el bienestar de los soberanos, que a arrastrarlos a la desgracia.

Dijo Abruiz a su hijo Xiruya:

— No enriquezcas a tus tropas, porque podrían pasar sin ti, ni les hagas pasar privaciones, porque se apartarían de tu lado. Asígnales un sueldo moderado, sin negarles redondamente otro más importante. Proporciónales abundantes vituallas y no te excedas en la soldada.

Cuando subió al poder Abucháfar Almansur, organizó su ejército y recomendó a los jefes que siguieran una norma de conducta semejante a la que acababa de exponerse, pero le replicó Sáad el Arbí:

— Ten hambriento a tu perro y te seguirá a todos lados.

Y levantándose Abulabbás el Tausí, repuso, a su vez:

— Mas, en tal caso, es de temer, Príncipe de los Creyentes, que cualquier otro llegue a enseñarle un pedazo de pan, porque se iría tras él, dejándote a ti.

Se cuenta que a la terminación de un banquete ofrecido por Cosroes, al tiempo de retirar los cubiertos, observó el anfitrión que uno de los comensales se apoderaba de una copa de gran valor. El se calló, pero al recoger los criados la vajilla, notaron la falta de aquella copa. Les oyó Cosroes cuando estaban tratando el asunto, y les dijo:

— ¿Qué os sucede?

— Que hemos perdido una copa — respondieron.

— Pues nada — les dijo Cosroes —. Vosotros no tenéis obligación de recogerla, si es que alguien no la devolvió; ni de verla, si alguien no la puso a la vista.

Al cabo de algunos días se presentó aquel sujeto a Cosroes, ricamente ataviado, y éste le preguntó:

— ¿Esto es de aquello?

— Sí — respondió.

Y nada más le dijo.

Preguntaron a Amrú, hijo de Moads (el cual realizaba siempre con éxito las expediciones guerreras en la época del verano):

— ¿Cómo puedes operar con los ejércitos en la época del calor? (Todos los años realizaba una excursión y llevaba sus huestes hasta el país de los griegos.)

Respondió:

— Con lomos bien cubiertos de grasa, buenas lonjas de cecina y abundantes empanadas.

Cuentan que un príncipe árabe muy tirano cometía grandes desafueros contra los intereses de sus vasallos. Reprocháronle su proceder, y replicó:

— Ten hambriento a tu perro y estará sumiso.

Pero se sublevaron los vasallos contra él y le dieron muerte, y un sabio que por allí pasaba, exclamó:

— También puede ocurrir que el perro se coma a su dueño, si éste no lo tiene harto de comer.

CAPÍTULO XLVII

Norma a seguir por el sultán en lo relativo a la percepción de los impuestos.

OH, rey! Aquel que persiste en sus desafueros, se ve despojado de su poder. Has de saber que en el dinero está la fuerza del sultán, la prosperidad del estado, el germen de donde brota la seguridad, [**107**] la fuente de donde mana la justicia. Es la defensa de la autoridad y el instrumento del poder. El dinero es el más eficaz de los pertrechos utilizados contra el enemigo, el recurso con que cuenta el rey; con él se organiza el estado y se mantiene la vida del país.

Entre otras cosas, el dinero requiere que se le obtenga con justo derecho, que se le asigne su empleo adecuado y que se evite su despilfarro.

Solamente se tomará a los vasallos el sobrante de lo que han menester para atender a las necesidades de la vida y para la marcha de sus negocios, y lo recaudado se invertirá de modo que el provecho que se obtenga recaiga sobre los mismos vasallos.

¡Oh, rey! Pon tu mayor empeño en fomentar la explotación de los campos.

Ordena, ¡oh rey!, que la exacción de los tributos se

lleve a cabo con los mayores miramientos, evitando las violencias. La sanguijuela, sin hacer daño, ni dejar oír ningún ruido, saca mayor cantidad de sangre que el mosquito con su dolorosa picadura y su inquietante zumbido.

Destituyó Otsmán a Amrú, hijo de Alas, del cargo de gobernador de Egipto, y designó para el mismo gobierno a Benabisarh. Como éste trajera más dineros de los que traía Amrú, dijo Otsmán a este último:

— He notado que, después que te marchaste, dan las camellas leche en abundancia.

— Eso sucede — respondió Amrú — porque vosotros estáis dejando flacas sus crías.

Observación de Ziyad: "Tratad bien a los agricultores, porque vuestra gordura depende de lo gordos que ellos estén.„

De *Sentencias Divulgadas*: "El que ordeña más de lo debido hace salir sangre.„

De los Proverbios: "Si la ternera mama hasta agotar a la madre, ésta le da coces.„

Dice Cháfar, hijo de Yahya:

— Los tributos son las columnas que sostienen el estado. Con nada se hacen tan copiosos como con la justicia, ni nada hay que tanto los amengüe como la tiranía.

No hay cosa, en efecto, que tan prontamente produzca la ruina de las ciudades, la despoblación de los campos, la miseria de los vasallos y disminuya los rendimientos como lo injusto y excesivamente gravoso de los impuestos.

El sultán que agobia con impuestos a los contribu-

yentes, hasta el punto de privarlos de los recursos necesarios para el cultivo de las tierras, hace lo mismo que aquel que cortara de su propia carne para comérsela y aplacar con ella su hambre. Por un lado se fortalecería, pero se debilitaría por otro, y el dolor y la debilidad que experimentara serían más penosos que la molestia del hambre de que se había librado.

Quien impone a los vasallos tributos superiores a sus posibilidades, hace como aquel que quitara tierra de los cimientos de su casa, para allanar con ella el piso de la azotea, o el que practica demasiadas entalladuras en los pilares de la tienda, exponiéndose a dejar a éstos sin fuerza y a que la tienda se venga abajo.

Si los agricultores quedan sin recursos, les es imposible cultivar los campos y los abandonan, dejando la tierra improductiva. Ahuyéntanse los braceros y disminuye la extensión de los cultivos, y, por lo tanto, los tributos. Consecuencia de ello es la disminución del poder del ejército, y cuando el ejército pierde la fuerza, cóbranla los enemigos contra el sultán.

¡Oh, rey! Sírvate de mayor satisfacción lo que ha quedado en poder de los vasallos que lo que de ellos has obtenido.

Ninguna cosa viene a menos, cuando reina el orden, ni nada hay que dure cuando la turbulencia impera.

Más vale esforzarse en sostener lo poco que por aumentar lo mucho, pues no hay para el manirroto riqueza posible ni nunca el hombre arreglado llega a arruinarse.

Se cuenta que, hallándose Almamún desvelado cierta noche, hizo venir para pasar el tiempo con él a Samir, el cual le refirió la siguiente historieta:

"Había un buho en Mosul y otro en Basora. Pidió el

de Mosul al de Basora una hija que éste tenía, para esposa de su hijo, y el segundo le contestó:

— No te daré mi hija para el matrimonio que pretendes, si no le asignas en dote cien caseríos en ruinas.

— Ahora no puedo — repuso el de Mosul —, pero si continúa nuestro gobernador (que Dios guarde), por espacio de un año, entonces sí lo haré.

Y cuenta el narrador que volvió Almamún a la luz de la razón y se dedicó afanosamente a reparar injusticias, a resolver equitativamente las cuestiones que las gentes sostenían entre sí y a ponerse al tanto de cómo marchaban los asuntos en manos de los gobernadores.

Oí decir a algunos ancianos de Alandalus, unos que habían sido guerreros de profesión y otros que no lo fueron, que preponderaron los musulmanes sobre el enemigo, y el poder de éste se vió abatido y quebrantado, mientras las tierras estuvieron repartidas en poder de las tropas, las cuales les hacían producir y trataban benignamente a los campesinos, cuidándose de ellos como se cuida el negociante de su mercancía. De este modo estaban las tierras cultivadas, abundaban los recursos, los ejércitos eran muy numerosos y se disponía de ganados y de armas en cantidad superior a la requerida por las necesidades.

Así continuaron las cosas hasta los últimos tiempos de Benabiamir, el cual sustituyó el pago de las tropas por una soldada mensual que se percibía en dinero e impuso un tributo sobre las tierras, de cuya cobranza se encargaron las mismas tropas. Estas esquilmaron al pueblo, devastaron sus haciendas y lo dejaron arruinado. Ahuyentáronse las gentes y no fué posible a las tropas

seguir explotando los campos, y como consecuencia, disminuyó la cuantía de los tributos que el sultán recaudaba, se redujo el número de las tropas y dominó el enemigo sobre el territorio musulmán, apoderándose de él en su mayor parte.

A partir de aquí, continuó acentuándose la decadencia de los musulmanes y la preponderancia enemiga, hasta que vinieron los lamtunas y volvieron a hacer los repartos como anteriormente se hacían.

Después de aquello, no sé lo que ocurrirá.

CAPÍTULO XLVIII

Normas a seguir por el sultán en lo relativo al tesoro real.

La institución del tesoro real es una práctica seguida por los soberanos de los distintos estados arábigos, los de la India, China, Indochina y varios reyes cristianos, a diferencia de la que adoptaron los profetas, los apóstoles y los califas que marcharon por el recto camino. Los citados reyes juntaban el dinero, privando de él a los vasallos, y lo invertían en preparativos para un día en que estallara la guerra, según se ha explicado en el capítulo precedente.

En cambio, los profetas y los califas que les sucedieron gastaban el dinero, sin almacenarlo, [**108**] y lo empleaban en favorecer con él a los vasallos, mejorando la condición de los mismos, y en ellos tenían los guerreros y defensores.

Esta fué la norma seguida por nuestro Profeta Mahoma, del cual sabéis que su hambre fué más frecuente que su hartura, y que cuando murió tenía la coraza empeñada por una "saa„ [1] de cebada, en casa de un judío. Y otro tanto ocurría con los santos califas que le sucedieron:

[1] Medida que contiene unos 12 kilogramos de dicho grano.

Abubéquer, Omar, Otsmán, Alí, su hijo Alhasán y Omar, hijo de Abdelaziz.

Cuando el Profeta conquistó el Yemen, con la ayuda de Dios, recogieron para él cuantiosas riquezas, y en el mismo día de recibirlas, las distribuyó. Leváronlas a la mezquita, extendieron las pieles, y al día siguiente ya las tenía repartidas. No tuvo, pues, tesoro real. Y cuenta Abudaud en el *Sonán* que después que el Profeta rezó la oración de aquella noche, entró en su aposento, y al momento salió apresuradamente. Llevaba en la mano un trapito, en el que iba envuelta cierta cantidad de oro, y la distribuyó en el acto, diciendo:

— ¡Qué pensaría la familia de Mahoma, si le sorprendiera la muerte, teniendo esto en su poder!

Se ve, pues, que no tenía tesoro real.

Tampoco lo tuvieron los santos califas que gobernaron tras él, los cuales repartían entre los musulmanes el dinero que legalmente recaudaban de los tributos. Si acaso quedaba algún sobrante, lo dejaban en un local cualquiera, y al presentarse alguien que estuvo ausente al tiempo del reparto, o que, estando presente cuando se hizo, no había acudido al mismo, se le entregaba su parte, y se continuaba repartiendo, hasta que no quedaba en aquel local ni un dracma.

Así se cuenta también de Alí, hijo de Abutálib, el cual llegó al local donde se depositaba el dinero, en ocasión en que había cierta cantidad de él, y exclamó:

— ¡Oh, blanca! ¡Oh, rojo! Blanquea y rojea, pero deslumbra a otro, no a mí.

Ordenó repartir a los musulmanes todo lo que había, y mandó a Cómbar que barriera y regara la habitación. Entonces penetró en ella e hizo oración.

Ha habido, además, muchos reyes cristianos y musulmanes que han seguido una marcha parecida a ésta con los dineros del común.

El motivo que principalmente determinó la pérdida del país de Alandalus y la conquista del mismo por los cristianos, fué el no tener tesoro real aquellos que ocupaban las comarcas fronteras a las nuestras. Al percibir aquellas gentes el importe de los tributos que pagaban los soberanos musulmanes, iban a la iglesia, y allí repartía el rey los dineros entre sus hombres, con una escudilla, tomando él lo mismo que los demás, y aun, si llegaba el caso, no tomando cosa alguna para sí, con el fin de tener soldados a su disposición. Nuestros sultanes, por el contrario, se guardaban los dineros y perdían soldados. De donde resultaba que los cristianos tenían reservas de soldados y los musulmanes reservas de dineros, y a esta circunstancia se debe que nos sojuzgaran y triunfaran de nosotros.

A propósito de esta conducta, seguida por quienes no han encerrado los dineros de la nación, se cita el siguiente proverbio: "El tesoro real es el enemigo del rey y el ejército su amigo.„

A medida que el uno se debilita, se fortalece el otro. Por lo tanto, cuanto más se debilita el tesoro real, por emplearlo en la adquisición de defensores, más fuerte es la protección con que se cuenta, más enérgica la potencia ofensiva del ejército, y más poderoso el rey. Mas si se refuerza el tesoro, llenándolo de dineros, se debilita la protección, por reducirse el número de los defensores, amengua el poderío del reino y se lanzan contra él los enemigos, según hemos tenido ocasión de observar por nosotros mismos en el país de Alandalus.

Puesto que la defensa se realiza con soldados, no con dineros — y si los dineros son útiles para la defensa, es en cuanto sirve de medio para proporcionarse soldados — , son preferibles, indudablemente, las reservas de soldados a las reservas de dineros.

Ya dijo un rey a su hijo:

— No atesores dineros, hijo mío, tratando de hacerte con ellos más poderoso que los enemigos, porque, precisamente, la fuerza de esos enemigos está en que tú acumules dineros.

Es decir, que si juntas dineros disminuye el número de soldados, y entonces se aprovecha de ti el amigo y te ataca con fruto el enemigo.

Puede muy bien considerarse al sultán y a su estado en el caso de aquel individuo que posee un campo plantado de palmeras, por cuya superficie corre agua de un manantial. Si el dueño cuida la plantación y tiene todo bien acondicionado, nivelada la tierra, plantada de árboles y vallada alrededor con una cerca, y reparte por ella el agua, las plantas se llenan de verdor, se robustecen los árboles, sazonan bien los frutos, y de la finca se obtienen copiosos rendimientos. Merced a esa abundancia de productos, quedan el dueño y los suyos a salvo de la miseria, y no tienen por qué temer la pobreza ni la dispersión. Pero si no procura otra cosa que recoger la cosecha y aprovecharse de los rendimientos, sin hacer los gastos precisos ni hacer llegar hasta la finca el agua necesaria para regarla, dejándose llevar tan solo por el afán de coger los frutos y por la tacañería, para no gastar el dinero, recibe la tierra cultivo insuficiente, se debilitan los árboles, disminuyen los productos, se malogran las cosechas, y llega el tiempo en que se acaban los rendimien-

tos que antes se obtenían, quedando la familia en la pobreza, y sus individuos perecen o han de dispersarse.

Cuando el rey se dedica a atesorar dineros, para hacerse, mediante ellos, más poderoso que el enemigo, hace lo mismo que aquel pájaro que se arrancaba plumas y chupaba las raíces de las mismas, comiéndose la parte tierna que tienen dichas raíces, por encontrar exquisito aquel grato sabor y porque le complacía en extremo lo mucho que haciendo aquello engordaba y el gran vigor que adquiría, muy superior al de su enemigo. Pero persistió en lo mismo y llegó un momento en que sus plumas quedaron tan endebles, que cayó al suelo, y allí se lo comieron los reptiles y las alimañas.

He visto en una historia que cierto visir aconsejó a su rey que juntara dineros y adquiriera grandes riquezas, porque así — decía — aunque los hombres estuvieran hoy apartados de ti, al ofrecerles dinero, acudirían a tu lado todos cuantos necesitaras.

—¿Hay manera de probar eso palpablemente?—preguntó el rey.

—Ya lo creo—respondió el hombre—. ¿Hay alguna mosca aquí donde nos encontramos en este momento?

— No — respondió.

— Pues bien — prosiguió el hombre — . Manda que traigan una fuente con miel.

La trajeron, y en el acto se arrojaron las moscas sobre ella.

Consultó el sultán aquel caso con [**109**] una persona de su intimidad, y éste le recomendó que se abstuviese de hacerlo, diciéndole:

— No tengas a los hombres descontentos, porque no

siempre los hallarías a tu lado en el momento de necesitarlos.

Preguntó el rey:

— ¿Hay forma de demostrarlo?

— Sí, la hay — respondió —. Cuando llegue la noche te lo explicaré.

Por la noche, así que oscureció, dijo al rey:

— Trae la fuente.

Trajéronla y no acudió ni una sola mosca.

Nos contaron la historia de un rey que gobernó en Egipto, llamado Yaldacur, el cual se afanaba por juntar dineros, pero no por juntar soldados.

En cierta ocasión, las personas de su intimidad le dijeron:

— El príncipe de los ejércitos se halla en Siria y amenaza avanzar prontamente contra ti. Moviliza las tropas y gástate los dineros en organizarlas.

Mas él, señalando a unas cajas que allí junto había, les contestó:

— Las tropas están en esas cajas.

Pero lo atacó el príncipe de los ejércitos, en Egipto, le dió muerte y se apoderó de las cajas aquellas. Y es que el rey se equivocaba, pensando de aquel modo, porque unos hombres a los que organizó en el momento crítico y a los que equipó al tiempo mismo de necesitarlos, no eran otra cosa que un desordenado amontonamiento de soldados, una amalgama de turbas sin entusiasmo ni empuje ni preparación para la guerra.

Entre los casos dignos de mención que guardan relación con este asunto, se halla el siguiente:



Cuando conquistaron el Irac, trajeron a Omar las riquezas de que se habían apoderado. Indicó el tesorero a Omar que las llevaran al tesoro real, y contestó el califa:

— ¡Por el Señor de la Caaba, que hasta que no las reparta no entrarán bajo el techo de casa alguna!

Pusiéronlas en la mezquita, cubiertas con pieles, bajo la custodia de algunos compañeros de Mahoma y Ansares, y, al amanecer, dirigió Omar una mirada al oro, plata, jacintos, topacios y perlas que fulguraban, y rompió a llorar. Al verlo, Alabbás o Abderrahmán, hijo de Auf, exclamó:

— ¡Por Alá! Príncipe de los Creyentes. No es éste día de llanto, sino de reconocimiento al Señor y de regocijo.

— No opino yo lo mismo — repuso Omar — , pues siempre que un pueblo ha llegado a poseer de todo esto en abundancia, se ha desencadenado sobre él la adversidad.

Luego, volviéndose hacia la alquibla y elevando sus manos al cielo, exclamó:

— ¡Señor! Tu ayuda imploro para que me impidas caminar insensiblemente al pecado, porque yo te he oído decir: "Los arrastraremos insensiblemente al pecado, por donde ellos no saben„ [1].

Después preguntó:

— ¿Dónde está Saraca, hijo de Chatsam?

Trajeron a un individuo que tenía la parte delgada de los brazos cubierta de pelos y le dió Omar los brazaletes de Cosroes, diciéndole:

— Póntelos.

[1] Alc., VII, 181; LXVIII, 44.

Se los puso, y le dijo Omar:

— Dí: ¡Dios es grande!

Así lo dijo.

— Añade ahora: ¡Gracias a Dios que se los ha arrebatado a Cosroes, para que se los ponga Saraca, hijo de Chatsam! (Un beduíno de los Benimodbah.)

Después los besó, y repuso:

— El que trajo esto es un hombre fiel, en verdad.

Y replicó uno:

— Yo te explicaré lo que pasa. Tú eres un hombre leal a Dios y los demás cumplen contigo igual que tú cumples con el Señor, puesto que, si a ti te satisface el ser de ese modo, eso ha de ser también lo que a ellos les satisfaga.

— Tienes razón — repuso Omar —. Le he puesto los brazaletes a Saraca, porque el Profeta le dijo en una ocasión, mirándole a los brazos, como yo te miro ahora: "Ya te has puesto los brazaletes de Cosroes.„

Y, sin más, le adjudicó los brazaletes.

Cuando ejercía el califato Abubéquer el Sidic, le trajeron unos dineros enviados por los gobernadores. Pusiéronlos en la mezquita y mandó pregonar que todo aquel a quien el Profeta hubiera dejado pendiente alguna deuda o incumplido algún ofrecimiento de su parte, se presentara. Y refiere lo siguiente Abuayub el Ansarí:

— Yo me presenté a él, y le dije: Sucesor del Enviado de Dios. A mí me dijo el Profeta: "Si yo consiguiera reunir dineros, te daría tanto y tanto (e indicó la cantidad).„

Calló Abubéquer y yo me marché. Volví después y

tampoco dijo nada. Volví a marcharme, regresé de nuevo y le pregunté:

— ¿Me entregarás eso, o vas a ser un mezquino conmigo?

— No soy mezquino — repuso — . Ve y tómalo.

Cogí un puñado, lo conté, por indicación suya, y había en él quinientos dinares.

Este Abuayub era uno de los Ansares más ricos y había sido huésped del Profeta.

Demuestra esta tradición que los dineros del tesoro real deben ser tanto para el pobre como para el rico, y demuestra, además, que no han de ser iguales, forzosamente, las cantidades para todos los musulmanes, sino que la cifra debe confiarse a la apreciación del príncipe.

Como dato interesante para esta cuestión, refiere lo siguiente Alhasán, hijo de Alí el Asadí:

— Me contó mi padre que había hallado un libro copto, escrito en la lengua del Alto Egipto, de los que se tradujeron después al árabe, en el cual decía:

"Ascendía la cantidad que recaudaba José para Faraón, en dinero egipcio procedente de los impuestos legales que anualmente se cobraban, por medio de los distintos tributos, con toda equidad y justicia, ateniéndose estrictamente a los usos establecidos, sin violentar ni apremiar a nadie y después de dejar lo necesario para futuras atenciones, tales como auxilios a los trabajadores y socorros en dinero, a veinticuatro millones cuatrocientos mil dinares.

De ellos se invertían en el cultivo de los campos, para abrir el canal, gastos de malecones y diques para los pantanos, construcción de acequias de distribución, socorros en granos que se concedían a título gratui-

to a gentes necesitadas para mantenimiento de las bestias de labor, ampliación de la superficie sembrada, adquisición de utensilios, jornales a los ayudantes de las faenas de la sementera y demás gastos para poner las tierras en condiciones de producir, ochocientos mil dinares.

En subsidios a los jefes afectos al servicio de las armas y a los acemileros, servidores y tropas que de ellos dependían y en equipar a todas estas gentes, con más mil escribientes destinados a las oficinas del estado, aparte de los tesoreros y otros funcionarios del mismo orden que estaban a su cargo, [**110**] ciento once mil dinares y ocho millones de dracmas.

Con destino a las viudas y huérfanos, a título de socorro que el tesoro real les proporcionaba, aun cuando no estuvieran necesitados, para que semejantes personas no quedaran desatendidas de la piedad de Faraón, cuatrocientos mil dinares.

También había una cantidad destinada a limosnas que se hacían por medio de repartos anunciados con el siguiente pregón: "Quedará sin socorrer toda persona necesitada que deje de presentarse.„

Presentárase quien se presentara, nadie era rechazado. Estaban allí los administradores, y cuando veían a alguno que no figuraba en la lista de los que habían de recoger el donativo, lo retiraban a un lado, después de recibir lo que fuera. Una vez terminada la repartición de dinero, se formaba un grupo compuesto por las gentes a quienes se había dejado aparte de las demás, los cuales, acompañados de los administradores de Faraón, entraban a presencia de éste, hacían votos por que el reparto de dineros llevado a cabo atrajera sobre el soberano bienes sin cuento, y pedían a Dios que le con-

cediera larga vida y perdurara su gloria y su dicha. Luego le exponían la situación de aquellas gentes y ordenaba que les arreglaran en el baño sus descuidados cabellos y los vistieran. Después se extendían los manteles y comían y bebían en presencia de Faraón. Este se iba informando, uno por uno, de las causas que le habían traído al estado en que se encontraba. Si su desgracia era debida a la adversa fortuna, le restituía una cantidad análoga a la que antes tuviera, y si su miseria era consecuencia de su mala cabeza o de una conducta desarreglada, lo ponía junto a alguien que tuviera ascendiente sobre él y se ocupara en corregirlo y enseñarle lo que es imprescindible para llevar buena vida. Destinábanse a este objeto doscientos mil dinares.

Y para los gastos de Faraón había marcado para cada año doscientos mil dinares.

Ascendían, pues, los gastos, según resulta de las partidas antes enumeradas, a nueve millones ochocientos mil dinares. Y lo que después de esto quedaba en poder de José, y éste hacía llegar a Faraón, ingresándolo en el tesoro real, en previsión de futuras eventualidades, ascendía a catorce millones seiscientos mil dinares.

Según refiere Aburaham, toda la superficie de Egipto estaba canalizada. El agua circulaba hasta por debajo de las casas y cercados, haciéndole detenerse donde tenían por conveniente, y llevándola por donde querían. A esto se refería Faraón al pronunciar aquellas palabras: "¿Acaso no es mío el reino de Egipto y estas aguas que corren por debajo de mí? ¿Es que no lo veis?„ [1].

Era el Egipto una nación tan floreciente, que no ha

[1] Alc., XLIII, 50.

habido en la tierra ninguna otra que le supere. Sucedíanse las plantaciones de árboles a lo largo de ambas orillas del Nilo, contiguas unas a otras, sin interrupción, y lo mismo ocurría con los campos de cultivo, desde Asuán hasta Raxid.

Se regaba el país en toda su extensión por medio de dieciséis canales y derivaciones practicadas en ellos desde los diques y márgenes de dichos canales.

Ocupaban las tierras de cultivo todo el espacio que se extiende entre las dos cadenas de montañas, desde el principio hasta el final.

A esto se refieren las palabras del Señor, que dicen: "¡Cuántos jardines, fuentes, campos sembrados, espléndidas mansiones y delicias, en que pasaban alegremente la vida, han abandonado!„ [1].

Las "espléndidas mansiones„ a que alude son las mezquitas, de las cuales había mil en Egipto.„

Refiere Abdala, hijo de Amrú, que encargó Faraón a un *Hamán* la apertura del canal de Sardus. Al emprender los trabajos de excavación y distribución, los habitantes de los distintos poblados le pedían cada cual que pasara el canal junto al suyo, y para ello le entregaban cantidades de dinero. El llevaba el canal de un lado para otro, de Oriente a Occidente, y de Sur a Norte, echándolo por allí por donde le parecía oportuno. No hay en Egipto ningún otro canal que haga tantas curvas como éste de que se trata. Por este procedimiento reunió una importante cantidad de dinero y lo llevó a Faraón, informándolo de lo ocurrido.

Mas Faraón le replicó:

[1] Alc., XLIV, 24, 25, 26.

— El soberano está obligado a tratar con la mayor solicitud a los vasallos, y a derramar sobre ellos a manos llenas cuanto guardan sus almacenes y tesoros, y no ha de ambicionar lo que les pertenece. Devuelve a la gente de los caseríos lo que de ellos has recogido.

Y les devolvió sus dineros.

Pues si así procedía un hombre que no creía en Alá ni tenía esperanza de gozar de su presencia, ni temía sus castigos, ni creía en el día de la rendición de cuentas, ¿cuál habrá de ser la conducta de quien confiesa que no hay más Dios que Alá y tiene la evidencia de que ha de rendir estrecha cuenta de sus acciones y de que existen premios y castigos?

Según Benabbás, las palabras del Señor: "Confíame la administración de los almacenes del país: yo soy un guardián inteligente„ [1], se refieren a los almacenes de Egipto, cuyas dimensiones alcanzaban cuarenta parasangas.

No se sometió José a la obediencia de Faraón ni fué lugarteniente y representante hasta que, a instancias suyas, se había convertido aquél al islamismo. Entonces fué cuando le dijo: "Confíame la administración de los almacenes del país.„

Cuando ya estaba el poder afianzado en manos de José y lo ejercía por derecho propio; cuando todas las cosas se le presentaban por el lado favorable y el Señor quiso recompensarlo por su fortaleza para no contravenir a las divinas prohibiciones, sobrevinieron los años de escasez y de hambre. Durante ellos murió Elaziz, perdiéronse totalmente sus riquezas y quedó Zulaija reducida a

[1] Alc., XII, 55.

la miseria, y, además, ciega, viéndose reducida a implorar la caridad de las gentes [1]. Algunos le decían:

— ¿Por qué no te presentas al rey? Tal vez se compadezca de ti y te haga rica, pues tú lo protegiste a él y lo favoreciste durante mucho tiempo.

Mas otros le aconsejaban:

— No hagas tal cosa, porque quizá se acuerde de la mala acción que le querías obligar a cometer y de la prisión y te maltrate para corresponder a lo que antes hiciste con él.

A lo cual ella respondía:

— Yo conozco muy bien la bondad de su carácter y su generosidad.

Situóse en una altura, junto al camino que José acostumbraba seguir el día de su salida. Pasó José a caballo, escoltado por cerca de cien mil altos personajes de la gente del país y de sus estados, y al darse ella cuenta de su presencia, se levantó exclamando:

— ¡Alabado sea el que convierte a los reyes en siervos, por sus pecados, y a los siervos en reyes, por su obediencia al Señor!

— ¿Quién eres tú? — le preguntó José.

— Yo soy — respondió ella — la que te tuvo a su servicio, ocupando el primer lugar en mi preferencia, la que peinaba [**111**] tu cabellera por mi mano y atendía a tu cuidado con toda solicitud. Pero me ha sucedido — lo que le sucedió — y me hallo bajo el peso de mi desgracia. Se desvaneció mi poderío, se perdió mi fortuna, cegaron mis ojos y he quedado reducida a pedir li-

1 Elazíz es el nombre con que los musulmanes designan al Putifar de la Biblia, y Zulaija, su esposa.

mosna. Hay quienes se compadecen de mí, pero hay otros que no me tienen lástima. Después de haber sido envidiada por todos los habitantes de Egipto, he venido a ser compadecida o despreciada de ellos. Este es el resultado de las gentes depravadas.

Rompió José en amargo llanto, y le preguntó:

— ¿Queda aún en tu corazón algo del amor que me profesabas?

— ¡Por Aquél que tomó a Abraham por amigo! — exclamó ella —. Más quisiera gozar de tu presencia que si me dieran la tierra entera llena de oro y plata.

Marchóse José, y le envió a decir: "Si estás viuda, me casaré contigo; y si tienes marido, te haré rica.„

— ¡Advertida soy por Dios de que el rey se burla de mí! — respondió ella al enviado —. Si no me quiso en los días de mi juventud y de mi hermosura, ¿cómo me va a querer ahora que soy una vieja ciega y pobre?

Dispuso José lo necesario, la ataviaron convenientemente y se casó con ella.

Al presentarla a José, éste, sin mover sus pies el uno de junto al otro, se puso a dirigir plegarias al Señor y a invocar su santo nombre.

Entonces devolvió Dios a Zulaija su juventud y su hermosura, y le restituyó la vista, dejándola tal como estaba el día en que pretendió de José la realización del acto abominable. Además, conservaba su virginidad.

Tuvo José de ella a Efraim, hijo de José, y a Mixa, hijo de José, y vivieron como buenos musulmanes, hasta que el tiempo los separó.

No conviene que el poderoso se olvide del desvalido, ni tampoco el rico del pobre, pues muchas veces, aquel

a quien se pedía, se ve obligado a pedir; el envidiado se convierte en envidioso; aquel de quien se solicita el favor, es luego el que lo ha de solicitar, y el que compadece a los demás se hace después digno de compasión.

Este es el caso de José. Considera la indefensión en que se vió cuando se hallaba en poder de sus hermanos, el día que lo arrojaron al aljibe, y después lo indefensos que ellos se encontraron, con respecto a él, el día que midieron el grano. Y asimismo, Zulaija, reina de Egipto y señora de sus habitantes, que vino rodando a pedir limosna por las calles.

Dice el Señor: "Hemos dado en herencia a gentes tenidas por míseras el Oriente y el Occidente de la tierra, después que hubimos derramado sobre ella nuestras bendiciones„ [1].

A pesar de todo, José pasaba hambre y comía pan de cebada, sin llegar a saciarse por completo. Como le preguntaran:

— ¿Por qué pasas hambre, teniendo en tu poder los almacenes de la tierra?

Contestó:

— Temo hartarme, porque me olvidaría de los que están hambrientos.

Me ha parecido oportuno añadir a lo expuesto otro caso donde también se ponen de manifiesto unas dotes cuya imitación deben procurar con el mayor interés los hombres inteligentes y han de proponerse con todo empeño los reyes y ministros.

[1] Alc., VII, 133.

Hallábame en el Irac, en ocasión en que desempeñaba el cargo de visir Nidamalmolc, al cual se le designaba preferentemente con el sobrenombre de Juacha Brarec. Era entonces visir de Abulfatah, rey de los turcos, hijo de Alparsalán, y antes lo había sido del padre. Durante ambos reinados desempeñó admirablemente la dirección de los negocios; afirmó sólidamente los fundamentos del estado y reparó todo el edificio del mismo; mantuvo, además, buenas relaciones con los enemigos, concertó alianzas con los amigos, confió los cargos de autoridad a gentes capacitadas y los resultados beneficiosos, que gracias a él se lograban, alcanzaban a todos en general, lo mismo al enemigo que al amigo, al odiado que al amado, al distanciado que al allegado, hasta que chocó contra el rey por su actitud provocativa y adoptó con respecto a él un proceder vituperable.

Lo que principalmente le allanó el camino para obra tan meritoria fué, por permisión de Dios, y merced a su divina ayuda, el haberse consagrado por entero a velar por el esplendor de la religión.

Construyó colegios para los juristas, creó universidades para los teólogos y fundó residencias para devotos, ascetas, religiosos y mendicantes, pagando los salarios, vestidos y gastos de todo género; favorecía, igualmente, a los estudiantes y les proporcionaba víveres para completarles los medios de vida de que ellos disponían.

No había en todas las comarcas de su imperio, desde los confines más avanzados de Siria, donde se halla Jerusalén, hasta el resto de la Alta Siria, Diar Bequer, los dos Iraques, Jorasán con sus diferentes provincias, hasta Samarcanda, detrás del río Chihón, en una distancia de cien días de camino, ningún hombre de ciencia ni aprendiz de

ella, ni monje o asceta viviendo en su retiro, a quien no alcanzara con largueza la generosidad del ministro.

Para cubrir estas atenciones, sacaba cada año de las arcas del tesoro seiscientos mil dinares.

Dieron cuenta de lo que pasaba al rey Abulfatah, diciéndole, para despertar su enojo contra el visir:

— Con este dinero que sale de las arcas del tesoro, cabría sostener un ejército que plantase sus estandartes en los muros de Constantinopla.

Aquello encendió en ira el corazón de Abulfatah, el cual, cuando tuvo en su presencia a Nidamolmolc, le habló así:

— ¡Hola, papaíto! Ha llegado a mis noticias que todos los años sacas de las arcas del tesoro seiscientos mil dinares para quien no me presta ninguna utilidad ni para nada me sirve.

Rompió a llorar Nidamolmolc, y contestó:

— ¡Hijo mío! Yo soy un anciano persa que, si me vendieran en subasta, no sacarían cinco dinares, y tú un joven turco que, vendido al mejor postor, tal vez obtuvieras treinta. Pero tú estás entretenido en tus diversiones, entregado a la satisfacción de tus apetitos y de ti no suben hasta Dios otra cosa que transgresiones de su ley, sin nada que denote acatamiento a sus mandatos. Los ejércitos por ti equipados para la lucha, cuando entran en acción, combaten en tu nombre con espadas de dos codos de longitud y con arcos que lanzan sus tiros a más de trescientos codos de distancia; pero viven encenagados en la impiedad, entregados a la bebida, a los placeres, a los cantos y a la música.

Yo, en cambio, he organizado para ti un ejército que se llama "ejército de la noche„, porque en las horas noc-

turnas en que tus tropas se hallan entregadas al sueño, estos ejércitos están levantados, formados en orden de batalla ante su Señor, derramando lágrimas de dolor, [112] empleando sus lenguas en la oración y extendiendo sus manos suplicantes ante Dios, para rogar por ti y por tus ejércitos.

Tanto tú como tus tropas, vivís bajo la protección de los ejércitos de la noche. Vuestras noches transcurren al amparo de sus plegarias, y merced a sus bendiciones, recibís el beneficio de la lluvia y lo necesario para la vida. Las flechas que ellos disparan penetran hasta el séptimo cielo, impulsadas por la oración y las súplicas humildes.

— ¡Muy bien, papaíto, muy bien! Aumenta el número de esta clase de ejércitos — le replicó Abulfatah, anegado en llanto.

Entre los hechos gloriosos y meritorios realizados por este personaje se cuenta que se presentó a él un individuo llamado Abusaid el Sufí, y le hizo la siguiente proposición:

— ¡Oh, Juacha! Yo construiría para ti, en Bagdad, la ciudad de la paz, una Universidad como no habrá otra igual en todo lo habitado de la tierra y que haría perdurar tu renombre hasta que llegue al mundo su hora final.

— Pues hazla — le respondió.

Y ordenó por escrito a sus administradores en Bagdad que le facilitaran dineros.

Compró Abusaid terrenos a la orilla del Tigris, hizo el trazado de la Universidad Nidamí y construyó un magnífico edificio en el cual inscribió el nombre de Nidamolmolc.

Alrededor de la Universidad construyó mercados, cu-

yas rentas se dedicaban al sostenimiento de la misma, y compró asimismo fincas rústicas, hospederías y baños, instituyendo con todo ello fundaciones a favor de dicha Universidad.

Con aquello se acabó de completar la autoridad, el poderío y el glorioso renombre de Nidamolmolc. La noticia de su obra llenó la tierra entera y la impresión que produjo se dejó sentir desde el Oriente más remoto hasta el Extremo Occidente. Acabóse la construcción en diez años, el cuatrocientos cincuenta de la hégira.

Presentó después Abusaid a Nidamolmolc una cuenta de gastos que ascendía a sesenta mil dinares, próximamente; pero los escribientes y los encargados de la contabilidad le hicieron saber que el total de lo gastado importaba alrededor de diecinueve mil dinares, y que el resto se lo había guardado para sí, defraudando a Nidamolmolc en aquella cantidad.

Lo mandó llamar Nidamolmolc, a Ispahán, para obligarle a rendir cuentas. Mas advertido Abusaid de lo que se trataba, envió a decir al califa Abulabbás:

— ¿Quieres que difunda tu renombre por toda la superficie de la tierra y que por ella se extienda tu gloria de tal modo que el trascurso de los días no será capaz de borrarla?

— ¿Y cómo será eso? — preguntó el califa.

— Pues borrando de la Universidad el nombre de Nidamolmolc e inscribiendo el tuyo en su lugar. Para ello habrás de entregarme sesenta mil dinares.

— Envía a quien recoja el dinero — fué la contestación del califa.

Una vez se hubo asegurado de este modo, marchó a Ispahán, donde le dijo Nidamolmolc:

— Me has presentado una cuenta de gastos que asciende a sesenta mil dinares y desearía hacer la comprobación.

— No sigas hablando — le interrumpió Abusaid — . Si estás conforme, bien, y si no borraré tu nombre, el que he escrito en la Universidad, y pondré en lugar suyo el nombre de otra persona. Envía conmigo quien recoja el dinero.

Al convencerse Nidamolmolc de que era verdad lo que decía, replicó:

— Consiento en que te quedes con todo y no borres mi nombre de la Universidad.

Con aquellos dineros construyó Abusaid conventos para los sufíes y compró heredades, hospederías, campos de palmeras y casas e instituyó con todo ello fundaciones en favor de los sufíes.

Aun en nuestros días están los sufíes instalados en los conventos de Abusaid el Sufí y los legados por él instituídos siguen en vigor en Bagdad.

Virtudes como ésta deben poseer todos aquellos que aspiren al dictado de virtuosos, y a semejantes obras deben entregarse quienes se propongan obrar bien, porque con ellas se consiguen honores en esta vida, la gloria para la venidera, excelente reputación y renombre glorioso a perpetuidad.

Nada hemos encontrado que perdure a través de los siglos como no sea la fama buena o mala.

Dice el poeta:

«Nada hay que eternamente haya existido. Créate tú, pues,
glorioso renombre, ya que hasta el mismo mundo fué creado.»

Aprovecha la oportunidad, mientras la vida te dure,

y aprovéchate, asimismo, de los bienes terrenos de que disfrutas y de los medios que el cargo que ocupas pone en tus manos; realiza en interés tuyo empresas como las que ellos llevaron a cabo; haz que te recuerden por las buenas acciones, como ellos se hicieron recordar; atesora para cuando tu alma se halle en la otra morada lo mismo que ellos atesoraron, y ten presente que lo que se come aprovecha para el cuerpo, lo que se da con fines piadosos aprovecha para la vida futura, y lo que se deja al morir es para el enemigo. Elige, pues, la que quieras de las tres cosas.

Era el visir Benabidaud hombre magnánimo, liberal en extremo, espléndido en sus dones, hombre a quien, por mucho que diera, siempre le parecía poco, que jamás denegaba petición alguna y que se apresuraba a conceder lo solicitado.

Cierto día le dijo el Príncipe de los Creyentes, Aluatic:

— He sabido que eres muy generoso para conceder las dádivas, y esto traerá la ruina de los recursos de la nación.

Quedóse callado unos instantes Benabidaud, con la cabeza inclinada. Después la levantó y contestó:

— Príncipe de los Creyentes. De los dineros que yo entrego tú eres quien saca el partido y quien recoge los frutos de las conquistas logradas por el agradecimiento a mis dádivas. Para mí no hay en todo esto otra cosa que el afán por atraer alabanzas hacia tu persona.

— ¡Dios te colme de bienes! — respondió Aluatic —. Multiplica tus dádivas y haz que aumente el agradecimiento y las alabanzas.

CAPÍTULO XLIX

Norma a seguir por el sultán y los gobernadores en lo referente a la inversión de los dineros del estado.

HAS de saber que siendo José el Verídico dueño de todo el grano que existía en la tierra, pasaba hambre y comía pan de cebada. Alguien le dijo:

— ¿Cómo es que teniendo en tu poder los almacenes que guardan cuanto hay en la tierra, pasas hambre?

— Porque temo — respondió — que si me harto me olvidaré de los que están hambrientos.

Refiere el Baihaquí, en su *Isnad*, que en cierta ocasión se dirigía Abubéquer al zoco, siendo ya califa, y le preguntó Omar:

— ¿A dónde vas?

— Al mercado — respondió.

— Es que ahora — replicó Omar — pesa sobre ti una cosa que te impide ocuparte en los asuntos del mercado.

— ¡Loado sea Dios! — exclamó —. Entonces no me permitirá atender a mi familia.

— Ya te asignaremos una pensión, mediante una colecta voluntaria — repuso Omar.

[**113**] En dos años y parte de otro sólo gastó ocho

mil dracmas y dejó dispuesto en su testamento que se reintegraran al tesoro de sus propios bienes.

Así lo refiere Alhasán el Basorí, quien da cuenta del hecho en los siguientes términos:

Cuando se hallaba Abubéquer a punto de morir, mandó que mirasen cuánto había gastado de los dineros de Dios. Encontraron que los gastos por él realizados en dos años y medio, ascendían a ocho mil dracmas. Ordenó Abubéquer que los reintegraran de los suyos y así lo hicieron.

Entonces habló a los musulmanes en estos términos:

— ¡Comunidad de musulmanes! Ya veis que ha llegado el mandato del Señor. Y forzosamente necesitáis un hombre que ejerza la autoridad sobre vosotros, que presida vuestros rezos y combata contra vuestros enemigos. Si queréis, reuníos en asamblea y yo deliberaré con vosotros, y si queréis, yo me ocuparé en la designación, pues, ¡por aquel Dios que es solo, sin otro alguno!, que no me desentiendo de vuestro bien, que es el mío propio.

Al oír aquello, exclamaron, llorando:

— Tú eres el mejor y el más sabio de todos nosotros. Elígenoslo tú.

— Pues os elijo a Omar.

También refiere Málic el hecho, pero de este otro modo:

— Ha llegado a mis noticias que mientras gobernó Abubéquer, no gastó dinero alguno perteneciente al Estado. Regresaba cierta mañana de Beni Amrú Benauf, donde tenía unos camellos para vender al cuidado de una mujer del linaje de los Ansares. Encontráronse con él unos musulmanes y le dijeron en tono de reprensión:

— ¿Por qué haces nada que te impida atender al pueblo y ocuparte en sus asuntos?

— Pues, ¿qué debo hacer? — les replicó.

— Dedicarte exclusivamente a los asuntos del pueblo, y servirte para tus gastos de los dineros del tesoro real.

Vendió los camellos y otras cosas que poseía, excepto las tierras, e ingresó los dineros en el tesoro, tomando de éste, en lo sucesivo, cuanto necesitaba para sus atenciones y las de su familia.

Omar, que le sucedió, hizo lo mismo.

Cuando después gobernó Omar, hijo de Abdelaziz, no gastaba nada del tesoro público. En cierta ocasión le dijeron:

— Pues Abubéquer y Omar hacían lo que ya sabes.

— Es cierto — respondió —. Pero yo renuncio a ese dinero, porque si tengo derecho a él, me doy por pagado aun con exceso, y si no lo tengo, eso debo hacer.

Refiere Benalcasim que preguntó a Málic:

— ¿De dónde ha salido eso que cuentan de que Omar devolvió ochenta mil dracmas al tesoro?

Y que Málic le contestó:

— No dicen verdad. Eso únicamente lo afirman los enemigos de Dios. El, que no aprobó que su hijo admitiera en préstamo una medida de grano que le hizo Abumusa, ¿cómo iba a tomar ochenta mil dracmas del dinero de Dios?

Cuando murió Abubéquer, avisaron a Alí, el cual acudió presuroso, anegado en llanto, y pronunció al llegar la siguiente oración:

— ¡Que Dios tenga misericordia de ti, Abubéquer! El primero de todos en la adhesión al islam, el que tuvo fe más completa, el que creyó con más firmeza, el más

temeroso de Dios, el más celoso defensor del Profeta, el que se le asemeja más que nadie en su marcha por el camino de perfección, en carácter, en conducta y en virtud; el que gozó de su consideración en más alto grado y aquel a quien de entre todos profesó más alta estima, ¡Dios te recompense con sus bienes, de parte del islam! Tú diste crédito al Enviado de Dios cuando las gentes lo tomaban por falsario, y por eso te llama Dios en su Libro "El verídico„, y dice: "El que trae la verdad y el que en ella cree, éstos son los temerosos de Dios„ [1]. Tú fuiste su fiel compañero, cuando ellos se apartaban de su lado; te levantaste con él, cuando los otros se sentaban; fuiste su amigo en la adversidad, cuando los demás lo abandonaban, con la más noble de las amistades; el segundo de una pareja, su compañero en la gruta, su acompañante en la huída y quien llevó a su ánimo la tranquilidad.

Gobernaste tras él a su pueblo del modo más cabal; fuiste fuerte cuando flaquearon quienes había contigo; tuviste arrojo cuando se apocaron; te encargaste del mando cuando los demás lo rehusaron por temor al fracaso; marchaste decidido cuando ellos se paraban; fuiste el que más tiempo estabas callado y quien con más elocuencia hablaba; el de corazón más valeroso, el de fe más firme y el que mejores obras llevó a cabo. Tú fuiste, como dijo el Enviado de Dios, débil para con tu cuerpo, enérgico para lo tocante a tu religión, humilde en tu persona, soberbio en tu amor a los seres del cielo y la tierra.

¡Que Dios te conceda sus mercedes en nombre del islam!

Dijo Omar:

1 Alc., XXXIX, 34.

— ¡Que Dios tenga misericordia de Abubéquer! Bien ha dado que hacer a los que le sucedan [1].

Cuenta la tradición, tomándolo de El Baihaquí, que dijo Omar:

— He adoptado, con respecto a los bienes de Dios, la misma actitud en que se coloca el tutor para con los intereses del huérfano: si soy rico, me abstengo de tocar a ellos, y si me quedo pobre, me mantendré de la caridad.

Según otra versión, las palabras que pronunció, fueron:

— Si me hiciera falta, lo tomaría, y lo devolvería después, cuando me encontrara en disposición de hacerlo.

Hay otra, además, según la cual, lo que dijo, fué:

— Voy a explicaros cuáles son las cosas pertenecientes al tesoro de Dios, de que considero lícito disponer— y no dijo "de lo que es lícito que se disponga„ — para servirme yo de ello: dos vestidos, uno para invierno y otro para verano; los recursos necesarios para hacer la peregrinación a la Meca y visitar los lugares santos, alimentos para mí y para mi familia en la misma cantidad que gaste una persona cualquiera de Coraix, que no sea ni de los más ricos ni de los más pobres. Fuera de esto, yo soy un musulmán cualquiera, que debe pasar las mismas privaciones que los demás pasen.

1 Se dice que pronunció aquellas frases en ocasión en que le fueron devueltos un traje, un camello y un esclavo abisinio, únicas cosas que, según el narrador, había tomado Abubéquer de los bienes del Estado, y que, por orden suya, fueron entregados a su sucesor. El texto completo de las palabras de Omar es como sigue: «¡Dios tenga misericordia de Abubéquer! Pero ha vivido de un modo, que quienes le sucedan tendrán gran trabajo, si quieren seguir sus huellas» Cfr. Herbelot, I, 117.

Refiere Anas, hijo de Málic, que en tiempo de Omar hubo una gran carestía de víveres, y durante ella, Omar se estuvo alimentando con pan de cebada. No lo había comido hasta entonces, y su estómago se resistía a admitirlo y protestaba. Mas él, dándole golpecitos con la mano, le decía:

— La cosa tiene que ser así, como ves, hasta que Dios provea en abundancia a los musulmanes.

Refiere Abuotsmán el Nahadí que vió a Omar, hijo de Aljatab, dar las vueltas rituales alrededor de la Caba, llevando puesta una túnica de lana con doce remiendos, uno de ellos de tela gruesa de color rojo.

Cuenta Ata, hijo de Asaib, que Omar, hijo de Aljatab, nombró gobernador de Almadain a Asaib, hijo de Alacraa. Penetró éste en uno de los salones del palacio de Cosroes y vió en él una estatua que señalaba con el dedo hacia el suelo y hacía el signo de "cuarenta„ [1].

— Por Alá — exclamó —. Cuando éste señala al suelo es que por allí hay alguna cosa.

Cavaron en el sitio designado y sacaron un cofre lleno de joyas. Escribió Asaib a Omar, hijo de Aljatab, notificándole el hallazgo en estos términos: "Al entrar en un salón del palacio de Cosroes, [114] he visto — aquello que vió — y he mandado cavar, sacando un cofre lleno de joyas. Yo considero que a nadie corresponde con más derecho que a ti, y que no forma parte del botín pertene-

[1] Así interpreto la frase قد عقد اربعين, del original árabe. El verbo عقد tiene la acepción de «contar por medio de las coyunturas de los dedos». Cfr. Dozy, *Sup.*, s. v.

ciente a los musulmanes, para que hayas de repartirlo entre ellos, por ser una cosa que hemos hallado bajo tierra.„

Cuando presentaron a Omar el cofre con el sello de Asaib, ofrecióse a su vista una de esas cosas que sólo en sueños llegan a verse; algo así como un fuego deslumbrador que provocara el deseo de arrojarse en él, y escribió a Asaib, ordenándole que viniera.

— Cuando me presenté a él — contó Asaib — estaba montado en un camello perteneciente a los bienes de la limosna, en el cual anduvo recorriendo varios lugares, a los que yo le acompañé, hasta la hora de mediodía. Fuimos a su morada: pidió agua, se lavó; pidió que me la trajeran a mí e hice lo propio. Luego se dirigió a su aposento y le trajeron carne basta y pan muy delgado. Me mandó que mirara quién había en la puerta y encontré dos negros sufíes, a los cuales invitó a pasar, y se puso a comer con ellos de aquella carne tan poco apetitosa que yo no podía atravesar, acostumbrado como estaba a la harina de Ispahán, que al ponerla en la boca se entra sola al estómago.

Así que terminamos, pidió el cofre, y me preguntó:

— ¿Conoces tu sello?

— Sí — le respondí.

— Me has escrito — prosiguió — diciendo que yo soy quien tiene derecho a él, sólo por complacerme. ¿Dónde lo hallaste?

Se lo expliqué y me contestó:

— Ve y ponlo junto con los bienes de los musulmanes, para que lo distribuya entre ellos.

Cuenta Cutada que estando Omar en Damasco, le

prepararon una comida como no se había visto otra antes de aquélla.

— ¡Para nosotros todo esto! — exclamó — . ¿Y qué hay para los musulmanes pobres que mueren sin haberse hartado de pan de cebada?

— Ellos tienen el paraíso — contestó Jálid, hijo de Alualid.

Y Omar, con los ojos inundados de lágrimas, repuso:

— Pues si la fortuna nos ha deparado a nosotros que comamos estos manjares y a ellos que vayan al paraíso, bien larga es la ventaja que nos llevan.

Cuenta también Abdala, hijo de Omar el Omarí, del mismo califa Omar, que encontrándose éste en Damasco, pidió a Abuobaida que lo llevara a su domicilio, y Abuobaida le contestó:

— No quieras limpiarte los ojos por mi causa.

Al llegar a la casa, vió Omar que hallí no había absolutamente nada.

— ¿Dónde están los muebles? — preguntó al dueño —, pues no veo más que una esterilla, un odre viejo y una cazuela, ¡y eres un príncipe! ¿Tienes algo para comer?

Se dirigió Abuobaida a una canasta que allí había y sacó unos mendrugos.

A la vista de aquello, rompió Omar a llorar, y entonces le dijo Abuobaida:

— Ya te advertí que te limpiarías los ojos por causa mía. Conténtate, Príncipe de los Creyentes, con los bienes terrenos que te bastan para llegar a la hora de la siesta.

— Después de esto — añadió Omar — el mundo será para nosotros una vana ilusión.

Refiere el Nahai que envió Omar unos individuos a repartir limosnas, y porque tardaban en hacer el reparto y la gente estaba con mucha necesidad, hizo que le trajeran de las cosas que habían de repartirse y él mismo se encargó de hacer la distribución. Iba vestido con un manto, cuya parte anterior era diferente de la posterior, y estuvo disponiendo que llevaran unas cosas a tal familia, otras a tal otra, hasta que llegó mediodía y sintió hambre. Entonces fué a su casa y comió en el menor tiempo que es posible hacerlo, exclamando al terminar:

— El que tiene a su estómago como lo más apreciado, tiene a Dios como lo más distanciado.

Refiere Taus que padecieron las gentes gran escasez en tiempo de Omar, hijo de Aljatab, y éste no comió manteca ni cosa que la tuviera, hasta tanto que el pueblo entero no la pudo comer.

Contó Said, hijo de Chobair, que siendo Alí califa, estuvo en Cufa y llevaba puestos dos mantos de tela listada, uno de ellos remendado por detrás con una pieza de tela sin listas. Acercóse a él un beduíno, y al ver aquel remiendo, le dijo:

— Príncipe de los Creyentes. Come con arreglo a lo que tu posición te permite, viste bien y usa buenas cabalgaduras, pues de todos modos, morirás o te matarán.

— Es que — le dijo Alí — éste es el preferido por mí para hacer la oración, el que más se acomoda a mis gustos, el más parecido a los que llevaban los santos varones que vivieron antes que yo y el más a propósito para que me imiten quienes vengan después de mí.

Refiere Alhasán que yendo una noche de ronda Omar, hijo de Aljatab, por la ciudad de Medina, se encontró con una mujer de los Ansares, que iba cargada con un odre de agua. A preguntas de Omar ella contestó que tenía varios hijos y carecía de sirviente, y que salía por la noche en busca del agua, porque le daba reparo hacerlo a la luz del día. Cogió Omar el odre y lo llevó a casa de aquella mujer. Al llegar, le dijo:

— Ve mañana a ver a Omar y él te proporcionará una sirviente.

— No me será posible llegar hasta él — contestó la mujer.

— Es seguro que lo encontrarás, si Dios quiere — le replicó Omar.

Encaminóse la mujer en busca de éste, y al hallarse ante él y conocer que era quien le había llevado el odre, salió huyendo. Mandó Omar que saliesen tras ella y le envió una sierva y dineros.

Cuando hizo Omar la peregrinación a la Meca, preguntó:

— ¿A cuánto asciende nuestro gasto, Yarfa?

— A dieciocho dinares, Príncipe de los Creyentes.

— ¡Pobre de ti! Estamos arruinando el tesoro de los musulmanes.

Cuenta Xahar, hijo de Hauxab, que hallándose Omar en Siria, recorriendo sus distintas comarcas, llegó a Emesa, y allí pidió que le presentaran una relación escrita de las personas necesitadas que hubiera en la ciudad. Presentáronle una lista, en la cual figuraba Said, hijo de Amir.

— ¿Quién es Said, hijo de Amir? — preguntó.

— Nuestro príncipe — le contestaron.

— ¿Y cómo es que vuestro príncipe está en la indigencia? — preguntó Omar, extrañado.

— Porque es un hombre que nada guarda para sí.

Rompió Omar a llorar y le envió mil dinares para que atendiera con ellos a sus necesidades. Mas al presentárselos pugnaba porque se los llevaran otra vez, con tanto ahinco, que su mujer le preguntó:

— ¿Es que el sultán te hace sufrir alguna contrariedad?

— Es aún más grave que eso lo que sucede — contestó él — . Es que allí donde hay bienes terrenos siguen éstos acudiendo en mayor cantidad, y yo he oído decir al Profeta que los musulmanes pobres entrarán en el Paraíso cuarenta años antes que los ricos. Pues, ¡por Alá!, que yo no voy a alegrarme de que se me impida ir con la primera tanda, ni aun cuando por ello me ofrecieran todo cuanto el sol alumbra.

— Pues haz lo que te parezca — contestó la mujer.

— ¿Tienes algo en qué poner esto? — preguntó él.

Trajo ella su manto, y echó su marido en él los dineros, arreglándolo como una bolsa que colocó en un zurrón, y se pasó la noche en oración, [**115**] llorando sin cesar, hasta que amaneció, y en aquel mismo instante se deshizo de todo el dinero, entregándolo a unas tropas musulmanas que llegaron.

— ¡Dios tenga piedad de ti! — le dijo la mujer — . ¿Por qué no te has quedado con parte de ese dinero para remediarnos con él?

— Mira — contestó el marido — . Yo oí decir al Profeta que si subiera a la tierra una sola de las mujeres del Paraíso, el mundo entero se llenaría de un delicioso

perfume de almizcle, y yo, ¡por Alá!, no tengo mayores preferencias por ti que por ellas.

Al oír esto, calló la mujer.

Cuentan que nombró Omar gobernador de Emesa a un individuo llamado Omair, hijo de Saada. Trascurrido que fué un año, le escribió Omar, ordenándole que compareciera ante él, y nada volvió a saber de tal individuo, hasta que llegó el mismo a su presencia, caminando a pie, descalzo y pertrechado de un pequeño odre [1], un cayado, un zurrón y una cazuela colgada a la espalda.

Al verlo Omar de aquella traza, le preguntó:

—¿Es que tratas de representar una farsa o es que aquel es un mal país?

—Príncipe de los Creyentes—contestó—. ¿No te ha prohibido el Señor dirigir contra nadie expresiones ofensivas y formar malos juicios? ¿Qué has visto en mí que no esté bien? De cuanto hay en el mundo, traigo conmigo las cosas que más necesitamos tener a nuestro lado.

—¿Qué cosas son ésas que traes?—preguntó Omar.

—Pues un cayado en el que me apoyo y con el que me defiendo de mis enemigos, si alguno me ataca; un zurrón donde llevo las provisiones; este odre en el que echo el agua para beber y para las oraciones, y esta cazuela que me sirve para las abluciones, para lavarme la cabeza y para echar en ella la comida. Y, ¡por Alá!, Príncipe de los Creyentes. Cuanto hay en el mundo, fuera de lo que yo traigo, es cosa puramente accesoria.

1 اداوة. *Tacholarús*, X, 12. Pequeño recipiente, de cuero, que se usa para echar agua, lo mismo que el odre.

A oír aquello, levantóse Omar de la Audiencia, encaminándose a las tumbas de Mahoma y Abubéquer, junto a las cuales estuvo orando, y decía entre sollozos:

— ¡Dios mío! Llévame junto a mi Señor limpio de culpa y apostasía.

Volvió nuevamente a la audiencia, y preguntó a Omair:

— ¿Cómo te conduces en tu gobierno?

— Cobro una cosa módica a las gentes de escasos recursos; cobro camellos a quienes poseen camellos, y exijo a los infieles con mano dura los impuestos que sobre ellos pesan, y así están más sumisos. Después lo distrubuyo entre los pobres, la gente necesitada y los caminantes, y, ¡por Alá!, Príncipe de los Creyentes, si aún me queda alguna cosa, a ti te lo traigo.

— Está bien. Vuélvete a tu gobierno— le dijo Omar.

— ¡Por Dios te pido! — repuso Omair — que no me mandes nuevamente a mi gobierno, porque antes de salir de él he dicho a un infiel: "¡Que Dios te confunda!„, y temo que Mahoma se ponga de su parte contra mí, porque le oí decir: "Yo defiendo al oprimido y no discuto su razón.„ Concédeme, pues, permiso para que me marche a mi casa.

Se lo concedió, y así que hubo marchado, envió tras él un emisario llamado Jabib, al cual entregó cien dinares, haciéndole el siguiente encargo:

— Vete en busca de Omair y hospédate en su casa durante tres días. Si es un farsante, no te pasará inadvertido cómo vive y la situación en que se halla su familia, y si no lo fuera, tampoco se te ocultará. Entonces le entregas los cien dinares.

Llegó Jabib y se instaló en su casa por espacio de tres días, sin que durante ellos viera otros víveres que cebada y aceite. Cuando ya iban pasados tres días, le dijo Omair:

— Si te parece, Jabib, trasládate a casa de alguno de nuestros vecinos, que quizá esté mejor provisto que yo lo estoy. Yo, por mi parte, si tuviera alguna otra cosa, con ella te obsequiaría.

Entonces le entregó Jabib los cien dinares, diciéndole:

— Esto te envía el Príncipe de los Creyentes.

Pidió el otro un vestido de su mujer y fué liando el dinero en paquetitos de a cinco, de a seis, de a siete, y luego repartió estos paquetes.

Al presentarse Jabib a Omar, le dijo:

— Vengo de casa del hombre que en menos estima los bienes terrenos. No posee absolutamente nada, ni poco ni mucho.

Lo envió a llamar Omar, y le preguntó:

— ¿Qué hiciste de los cien dinares?

— No me preguntes por ellos — le respondió.

— Es que me lo tienes que explicar — insistió Omar.

— Pues bien, los he repartido entre mis hermanos, los que acompañaron a Mahoma en su huída y los que lo defendieron.

Al oír esto, mandó Omar que le entregaran dos cargas de víveres y dos vestidos, y, a la vista de ello, replicó:

— Príncipe de los Creyentes, acepto los vestidos, pero las cargas de víveres para nada me hacen falta, porque mi familla tiene una "saa„ de trigo y con ello les basta hasta que yo vuelva.

Se cuenta que puso Omar, hijo de Aljatab, cuatrocientos dinares en una bolsa, y ordenó a su criado:

— Lleva estos dineros a Obaida, hijo de Alchirah, y espera un poco en su casa, para ver lo que hace.

Llevó el criado los dinares, y al entregárselos, le dijo:

— De parte del Príncipe de los Creyentes, que emplees esto en cosas que necesites.

— ¡Que Dios se lo premie y tenga misericordia de él! — contestó.

Luego, dirigiéndose a la esclava, le dijo:

— Ven. Lleva estos siete a Fulano; estos cinco a Fulano..... — y así, hasta que acabó con todos.

Volvió el criado a contar a Omar lo ocurrido, a tiempo que estaba contando otra cantidad igual para Moads, hijo de Chebel. Mandóle también que los llevara y aguardara un poco en su casa, para ver lo que hacía con ellos.

Los llevó y le dijo:

— De parte del Príncipe de los Creyentes, que los emplees en algo que te haga falta.

— ¡Dios se lo premie! — exclamó, y dirigiéndose a la esclava, prosiguió:

— Lleva esto a Fulano, esto a Fulano.....

Mas su mujer, que estaba oyendo, le interrumpió diciéndole:

— ¡Por Dios!, que nosotros estamos muy necesitados. Danos también algo, pues en la bolsa sólo quedan dos dinares.

Entonces él echó aquellos dos dinares con los otros.

Cuando volvió el muchacho y explicó a Omar lo sucedido, exclamó el califa:

— Son dignos compañeros el uno del otro.

CAPÍTULO L

Normas a seguir por el sultán en lo relativo a la formación de los registros y a la asignación de subsidios, y proceder observado por los gobernadores.

HAS de saber — ¡Dios te guíe por el recto camino!— que el primero que dispuso la formación de registros y la asignación de sueldos fué, según se cuenta, Omar, hijo de Aljatab.

Ponía en primer término a quienes primeramente se habían hecho musulmanes; tras ellos venían los que se convirtieron, a continuación de los primeros, y así sucesivamente, hasta llegar a la generalidad de los ciudadanos, a cada uno de los cuales había señalado una misma cantidad de trescientos o cuatrocientos. [**116**] A los niños les asignaba cien dracmas por año.

El califa Abubéquer consideraba a todo el mundo igual para los efectos de la distribución de donativos, sin dar preferencia a quienes primero se convirtieron al islam, porque, según decía, "puesto que lo hicieron por consideración a Alá, que reciban de Alá la recompensa. Del dinero que hay comerán lo mismo el hombre piadoso que el depravado, pues no se destina para premio de las obras de cada cual".

Omar decía: "Yo no considero de la misma condición a quien combatió contra el Profeta que a quien peleó a su lado.„

Unicamente señaló Omar una cantidad determinada de subsidios cuando gobernó Ammar. Asignó a éste una suma de seiscientos dracmas, habiendo de sacar de ellos la paga de los delegados de los distritos, de los secretarios, muecines y demás funcionarios dependientes de su autoridad, por cada mes, cuando lo envió al Irac, juntamente con Otsmán, hijo de Hanif, y Abenmasud. Para cada día le concedió media oveja, con la cabeza, la piel y las patas, y media medida de trigo. A Otsmán, hijo de Hanif, un cuarto de oveja y cinco dracmas diarios, a más de su paga, que eran cinco mil dracmas. A Abdala, hijo de Masud, cien dracmas al mes y un cuarto de oveja por día; y a Xoraih, el juez, cien dracmas al mes y diez medidas de grano. Si resultó mejorado Ammar, debióse a que era el encargado de la oración.

Refiere Málic que Omar no había destinado cantidad alguna para los niños de teta, y solamente les concedía un tanto, a partir del momento en que fueran destetados. Pasando una noche por una calle oyó llorar a un niño que quería mamar y su madre no le daba el pecho. Aproximóse, y le dijo:

— Dale de mamar.

— Entonces Omar no destinará nada para él — replicó la mujer.

— Sí, Omar le asignará alguna cosa — repuso él.

Y desde entonces señaló cien dracmas al año cada recién nacido.

Según Benchabla, lo que Omar había concedido a cada niño, varón o hembra, fueron dos medidas de trigo

cada mes, otras dos de aceite y una de vinagre, y cien dracmas por año. La medida de trigo era el cahiz de Córdoba, y la de aceite la octava parte de la arroba, también cordobesa.

Refiere Alhasán que el sueldo de Salmán era solamente de cinco mil dracmas, y tenía bajo su autoridad a más de ochenta mil personas. Predicaba al pueblo, vestido con un manto de lana, de cuya mitad superior se valía para cubrirse, sirviéndose de la inferior como de alfombra. Al recibir su paga, la gastaba, y se dedicaba a hacer trabajos de hoja de palmera tejida, manteniéndose con el producto de la obra fabricada por sus manos.

El mismo Alhasán cuenta que le refirió lo siguiente un individuo que vino a la corte de Omar, hijo de Aljatab, con una comisión de Basora, junto con Abumusa el Axarí:

—Nos quejábamos a Omar, porque Abumusa sólo tenía asignados tres panes por día. Unas veces los preparábamos untados con manteca, otras con aceite, y otras con leche; otras veces eran pedazos secos, machacados y cocidos con agua. También nos ponía, pero pocas veces, carne fresca, hasta que un día nos dijo:

—Ya veo que os desagradan y habéis aborrecido las comidas que os doy. Si quisiera, os podría servir los manjares más exquisitos y comidas más delicadas, pues no me son desconocidos los pechos y lomos de camello, y también conozco toda clase de asados, salsas y pasteles [1];

[1] Para designar estas distintas especies de condimentos y manjares, emplea unos términos que no debían ser empleados en la lengua corrientemente usada, puesto que al acabar de enumerarlos explica cada uno de dichos términos mediante otros equivalentes, seguramente más

mas he oído al Señor apostrofar a unas gentes por una mala acción que habían cometido, diciéndoles: "Habéis disipado vuestros verdaderos bienes por haber disfrutado de los bienes terrenos mientras viviais en el mundo„ [1].

Tratamos del caso con Abumusa, y nos indicó que, si nosotros lo pedíamos al Príncipe de los Creyentes, seguramente nos facilitaría víveres procedentes del tesoro real para que comiéramos. Se lo hicimos presente, y nos replicó:

—¿Acaso no es bastante para vosotros lo que yo estimo suficiente para mí mismo?

—Príncipe de los Creyentes—respondimos—. La vida es difícil en esta tierra de Medina y no encontramos suficientes los subsidios que nos suministras ni tus manjares se pueden comer, porque somos de un país donde reina la abundancia, y donde nuestro príncipe nos proporciona cuanto nos basta, y nos facilita manjares apetecibles.

Quedóse pensativo unos momentos y después, levantando la cabeza, repuso:

—Os concedo dos ovejas y dos medidas de trigo, con cargo a los bienes del tesoro real. Por la mañana, coges una de las dos ovejas, junto con una de las dos medidas de trigo, y coméis tú y tus compañeros. Luego pides de beber y obsequia primero al que está a tu derecha y después al que está a la izquierda, y al terminar,

fáciles de entender. En los Diccionarios figuran también los primeros que aparecen en el texto con la acepción explicada por los segundos, y por lo tanto, suprimo los que sirven de explicación.

1 Alc., XLVI, 19.

te marchas a tus asuntos. A la noche, tomas la oveja restante y la otra medida de trigo y os la coméis tú y los que viven contigo. Si no fuera por la necesidad de dar cumplimiento a las palabras que dicen: "..... socorred a las gentes en sus casas y sustentad a sus familias.....„, yo creo, ¡vive Dios!, que la nación de cuyos bienes se sacan cada día dos ovejas y dos medidas de grano cada día camina rápidamente hacia su ruina.

Destinaba para cada treinta hombres dos medidas de trigo, con el vinagre y el aceite correspondientes, y les bastaba. Y esa cantidad entregaba mensualmente a cada persona que figuraba en el registro, en el lugar que fuera, como jinete, a título de indemnización por el gasto de los caballos y equipos de éstos.

Según refieren Saïd, hijo de Almosaib y Abusalma, era Omar como un padre cariñoso para las mujeres casadas. Llegaba a sus puertas, y les preguntaba: "¿Necesitáis algo? ¿Queréis comprar alguna cosa?„ Y lo enviaban por lo que les hacía falta, y si alguna no tenía con qué comprar, él se lo adquiría de lo suyo. Cuando llegaba el emisario de alguna plaza fronteriza, iba él, en persona, a las casas a llevarles las cartas de sus maridos, y les decía: "Vuestros maridos están luchando por la causa de Dios y vosotras os encontráis en el país del Enviado de Dios. Si no tenéis quien os las lea, acercaos a la puerta y yo os las leeré.„

Luego advertía: "El emisario sale el día tal y tal, escribid, para que enviemos vuestras cartas.„ [**117**] Después iba recorriendo las casas, provisto de papel y tintero, diciéndoles: "Aquí hay tinta y papel, aproximaos a la puerta y os escribiré.„ También recorría los domicilios de todas las que tenían los maridos ausentes y él

mismo recogía las cartas que tuvieran escritas para enviarlas luego a sus esposos.

Contó Arrabia, hijo de Ziyad el Haritsí, que siendo gobernador de la provincia de Baharain, a las órdenes de Abumusa el Axarí, escribió a éste el sultán Omar, hijo de Aljatab, ordenándole que se presentara a él, acompañado de los gobernadores que estuvieran bajo su jurisdicción y que nombrara sustitutos a todos ellos. Al llegar a Medina, fuí en busca de Yarfa, y le dije:

— Soy un caminante que trato de proceder con acierto. ¿De qué modo le gusta más al Príncipe de los Creyentes que vayan portados sus gobernadores?

Me indicó que con vestidos ordinarios. Me puse unos borceguíes dobles, una túnica de lana y el turbante a la cabeza. Nos presentamos a Omar, colocándonos en fila ante él. Levantó la vista hacia nosotros e inclinó la cabeza, sin haberse fijado en nadie más que en mí. Hízome aproximar y me preguntó:

— ¿Quién eres tú?

— Yo soy Arrabia, hijo de Ziyad el Haritsí — respondí.

— ¿Y de cuál de mis provincias eres gobernador?

— De Baharain — contesté.

— ¿A cuánto asciende tu paga?

— A mil — le dije.

— Mucho es — replicó — . ¿Y qué haces de ella?

— Pues — respondí — con una parte me mantengo y sostengo a unos parientes a quienes socorro, y el resto es para los musulmanes pobres.

— No está mal. Vuelve a tu sitio — me indicó.

Volví a ocupar mi puesto en la fila y él alzó otra vez la mirada hacia nosotros e inclinó la cabeza, sin haber

fijado sus ojos en nadie más que en mí. Me llamó nuevamente, y me preguntó:

— ¿Cuántos años tienes?

— Cuarenta y cinco — respondí.

— Ahora te hallas en la plenitud de la vida — repuso él.

Mandó que trajeran la comida, y mis compañeros esperaban que traerían delicados manjares, los que ya deseábamos con impaciencia; pero sólo trajeron pan y unos trozos de carne de camello. Ellos se abstuvieron de comerlos, mas yo me puse a comer y observé que sólo se fijaba en mí de entre todos los que estábamos. Entonces me acudieron a la boca estas palabras, que ojalá me hubiera tragado la tierra antes de pronunciarlas:

— Príncipe de los Creyentes, el pueblo necesita que tú goces de buena salud, y deberías apetecer otros manjares más delicados que éstos.

— ¿Cómo has dicho? — preguntó en tono airado.

— Digo, Príncipe de los Creyentes — contesté—, que si cuidaras de que los manjares hechos de harina no te los cocieran hasta el día antes que los hayas de gastar y de que te aderezaran la carne de igual modo, te traerían el pan blando y la carne tierna.

Se calmó su cólera y me preguntó:

— ¿Es que temes por mí?

— Sí — contesté. Y prosiguió:

— Si quisiera, llenaría todo este aposento de panes de harina blanca; pero he visto que Dios reprende a unas gentes que se dejaron arrastrar por sus apetitos, diciéndoles: "Habéis disipado vuestro verdadero bien, por haber gozado de los bienes terrenos mientras vivisteis en el mundo."

Después dió orden a Abumusa de que me confirmara en mi gobierno y pusiera sustitutos a mis compañeros.

Refiere Cabisa, hijo de Dsuaib, que llamó Omar, hijo de Aljatab, a Obaidala, hijo de Saad, gobernador de Emesa, y le preguntó:

— ¿A qué se debe que los habitantes de Emesa sientan hacia ti el cariño que te profesan?

— Pues a que como yo los quiero a ellos, ellos me quieren a mí.

— ¿Y qué bienes posees?

— Mi siervo, mi caballo, mi esposa y mi sierva.

— ¿Con qué te vistes en invierno?

— Con unas tiras de tela liadas a la cabeza, una túnica y un alquicel — respondí.

— ¿Y en el verano?

— Con una túnica y un manto —. Y me entregó Omar mil dinares, diciéndome:

— Tómalos para tus gastos y para los donativos que hayas de hacer.

— No tienen para mí objeto alguno — repliqué —, y seguramente encontrarás quien los necesite más que yo.

— Tómalos — volvió a insistir —, que también me entregó a mí el Profeta una cantidad inferior a ésta y le hablé como tú me has hablado; mas él porfió, diciéndome: "¡Oh, Omar! Si te hace el Señor este donativo de dinero, es porque ha fijado en ti sus miradas y tu persona goza de su estimación." Acéptalo, pues.

Lo tomó y se fué en busca de su mujer, a la que preguntó:

— ¿Tú crees que el hombre que posee esta cantidad es un compañero de Mahoma, pobre o rico?

— Yo creo que rico — le contestó.

Y al oír esto empezó a repartirlos, y cuando ya no quedaba más que una bolsa en la que calculó habría si acaso unos treinta aproximadamente, le preguntó la mujer:

— ¿Es que a mí no me corresponde nada?

Y sólo le entregó aquella bolsa.

Refiere Ziyad, hijo de Hauía, el siguiente caso:

— Encontrándonos en Janasora, nos tropezamos con una mujer que nos preguntó por la casa de Omar, hijo de Abdelaziz, y la encaminamos hacia ella.

Hallóse la mujer ante una casa muy derrotada, y dijo a un sastre que allí se encontraba:

— Pide a Fátima, la esposa de Omar, hijo de Abdelaziz, que me permita entrar.

— Entra tú misma y llámala — le respondió el sastre —, que ella te da permiso.

Entró la mujer y observó tales cosas, que le hicieron pensar: "He venido a remediar mi pobreza a la casa de los pobres.„ Ella había visto a un hombre trabajando el barro, y cuando preguntó a Fátima por el Príncipe de los Creyentes, aquélla le indicó que era el que trabajaba el barro.

Dirigióse a él la mujer y le dijo:

— Príncipe de los Creyentes, mi marido ha muerto, dejando ocho hijas.

Rompió Omar a llorar amargamente, y dijo a la mujer:

— ¿Qué es lo que deseas?

— Que les señales alguna renta — contestó.

— Se la concederé a la mayor. ¿Cómo se llama?

— Fulana.

Y apuntó Omar el nombre.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó la mujer.

— ¿Cómo es el nombre de la segunda? — volvió a preguntar.

— Fulana.

Y también lo apuntó. Repitiendo la mujer, como antes:

— ¡Gracias a Dios!

Y así continuaron con las restantes; pero al llegar a la séptima, exclamó la mujer:

— ¡Que Dios te premie con sus bienes, Príncipe de los Creyentes!

Dejó entonces Omar la pluma de la mano, y le replicó:

— Si hubiera sido tu agradecimiento para quien realmente es acreedor a él, yo habría seguido hasta llegar a la última de todas; pero así, ordena a las siete primeras que den parte de lo suyo a la octava.

CAPÍTULO LI

Normas a seguir con los infieles sometidos.

REFIERE [118] Abderrahmán, hijo de Ganim, que cuando capitularon los cristianos de Siria redactó en nombre de su soberano, Omar, el siguiente tratado:

"En el nombre de Dios piadoso y compasivo. Este es un documento que los cristianos de la ciudad tal presentan al siervo de Dios, Príncipe de los Creyentes, Omar, hijo de Aljatab [1].

„Por cuanto habéis triunfado de nosotros, os pedimos la seguridad de nuestras vidas y las de nuestras familias, la de nuestras haciendas y la de las personas que profesan nuestra religión. Por nuestra parte, nos comprometemos con vosotros a no construir en nuestras ciudades ni en sus inmediaciones ningún nuevo convento ni iglesia, ermita o monasterio de monjes, y a no reconstruir ninguno de los que estén hundidos, ni a ocultar ninguno de aquellos que se hallen en territorios domi-

[1] El CALCAXANDÍ (XIII, 357) reproduce ese tratado, dando de él una versión que apenas difiere de la que aquí se traduce. Las ligeras variantes que con respecto a ésta ofrece, las rectifica después, mediante otra versión que debía coincidir en absoluto con la que da el Tortuxí.

nados por los musulmanes, ni de noche ni de día [1]. Sus puertas estarán abiertas al pasajero y al caminante.

„Daremos hospedaje a los musulmanes que lleguen a nosotros, durante tres noches, facilitándoles alimentos.

„No albergaremos espías en nuestras iglesias ni en nuestros domicilios, ni encubriremos ningún traidor a los musulmanes.

„No enseñaremos el Alcorán a nuestros hijos ni haremos demostración ostensible de nuestra ley religiosa ni trataremos de atraer a nadie a ella.

„No impediremos a ningún pariente nuestro que se haga musulmán, si así lo desea.

„Trataremos con respeto a los musulmanes y les cederemos nuestros asientos, si quieren sentarse en ellos.

„No usaremos gorros, turbantes, sandalias ni peinados semejantes a los que ellos usan, ni hablaremos como ellos hablan, ni nos pondremos sus nombres.

„No usaremos sillas de montar ni ceñiremos espada, ni nos serviremos de ningún género de armas ni las llevaremos con nosotros.

„No grabaremos en nuestros anillos inscripciones arábigas.

„No venderemos bebidas que producen embriaguez.

„Nos cortaremos los cabellos de la parte anterior de la cabeza y nunca nos despojaremos de nuestros signos exteriores, dondequiera que estemos.

„Llevaremos ceñidores sujetos a la cintura.

[1] Esta última frase está fuera de lugar. No se refiere al hecho de construir edificios de carácter religioso, sino al de no prohibir la entrada en éstos, *ni de día ni de noche*, al pasajero ni al caminante. (Vid. CALCAXANDÍ, loc. cit.)

„No mostraremos al exterior nuestras cruces ni nuestras inscripciones en lugares frecuentados por los musulmanes ni en sus mercados.

„No tocaremos, sino suavemente, las campanas en nuestras iglesias, ni alzaremos en ellas la voz para los rezos litúrgicos en ciudad alguna de los musulmanes.

„No celebraremos exteriormente nuestras procesiones con ramos ni nuestras rogativas.

„No cantaremos a nuestros muertos ni pasaremos con luces por los lugares transitados por los musulmanes ni por sus mercados.

„No enterraremos nuestros muertos junto a los suyos.

„No nos serviremos de esclavos pertenecientes a familia de musulmanes.

„No inspeccionaremos sus domicilios.„

Cuando llevé a Omar el documento, añadió, además: "No maltrataremos de obra a ningún musulmán.

„A ello nos obligamos nosotros y todos los que profesan nuestra religión, a cambio de obtener nuestra seguridad, y si faltáramos a alguna de las condiciones estipuladas, de cuyo cumplimiento respondemos con nuestras personas, cesará en el acto la protección de que disfrutamos y habrá derecho para proceder contra nosotros como contra gente rebelde y sediciosa.„

Después le escribió Omar, diciéndole: "Accede a lo que pretenden y añade estas dos cláusulas que yo les impongo, a más de las que ellos se han impuesto: "No comprarán cautivos musulmanes, y a todo aquel que deliberadamente maltrate a un musulmán, se le quitará la vida.„

Refiere Nafia, tomándolo de Sálim, liberto de Omar, hijo de Aljatab, que envió éste un escrito a los cristianos

de Siria ordenándoles que se abstuvieran de emplear estribos y que montaran con los dos pies a un lado y con una sola enjalma, y que vistieran de modo distinto a como van ataviados los musulmanes, para ser fácilmente reconocidos.

Se cuenta que unos individuos de Benitaglab se presentaron a Omar, hijo de Abdelaziz, diciéndole:

— Príncipe de los Creyentes. Nosotros somos una tribu árabe. Concédenos una subvención.

— ¿Cristianos? — preguntó Omar.

— Cristianos — respondieron.

— Que me llamen un barbero — ordenó Omar.

Hiciéronlo venir, les peló los cabellos que les caían sobre la frente, cortó de sus propios mantos unos cinturones, para que se los ciñeran, y les mandó que montaran a mujeriegas, sólo con una enjalma.

Cuentan que el Príncipe de los Creyentes Almotauaquil alejaba de su lado a judíos y cristianos y no les concedía ningún empleo. Teníalos sometidos a todo género de humillaciones y los apartaba de junto a sí; les hacía llevar atavío diferente del que llevaban los musulmanes y ponía en sus puertas figuras de demonios, porque gente del demonio son, en efecto. Tenía a su lado la gente de la verdad y mantuvo alejada de él a la gente del error, esclava de las pasiones. Por él vivificó el Señor la verdad y dió muerte al error, y por ello perdurará su renombre y será objeto de la veneración de las gentes, mientras el mundo exista.

Decía Omar, hijo de Aljatab: "No concedáis empleos a judíos ni a cristianos, porque son gentes en cuyas reli-

giones está admitido el soborno, y esto en la religión musulmana no se tolera.

Mandó Omar, hijo de Aljatab, a Abumusa el Axarí, gobernador de Basora, dependiente de Alhasab, que se presentara a él.

Fué a buscarlo a la mezquita, por encontrarse Omar allí en aquel momento, y le pidió permiso para que entrara también su secretario, que era cristiano. Pero Omar, golpeándose con la mano sobre el muslo, exclamó:

— ¡Que Dios te maldiga! ¡Has investido a un infiel de autoridad sobre los musulmanes! ¿No has oído, acaso, las palabras de Dios, que dicen: "¡Oh, fieles creyentes!, no os fiéis de judíos ni de cristianos, porque son camaradas los unos de los otros, y aquel de vosotros que los tiene a su lado es también uno de tantos„? [1]. ¿Por qué no te has servido de un musulmán?

— Príncipe de los Creyentes — le contestó — . A mí sólo me incumben sus servicios como secretario; lo de la religión es cosa suya.

— Sí — replicó Omar — ; pero ya que el Señor los desprecia, no voy yo a dignificarlos, ni tampoco los voy a realzar, después que El los humilla, ni los voy a acercar a mí, cuando El los aleja de sí.

En un escrito que dirigió a Omar uno de sus gobernadores, le decía, refiriéndose a los infieles: "Su número ha aumentado, y es, por tanto, mayor la cantidad del tributo que de ellos se saca. Aprovechémonos de los bárbaros.„

Y le contestó Omar: "Son enemigos de Dios y ele-

[1] Alc., V, 56.

mentos dispuestos a traicionarnos. Concédeles la misma consideración que Dios les concede y no les restituyas cosa alguna de los tributos que pagan.„

Contó Imrán, hijo de Asad, que llegó a sus manos un escrito de Omar, hijo de [119] Abdelaziz, dirigido a Mohámed, hijo de Montaxir, concebido en estos términos: "He sabido que tienes a tu servicio un individuo llamado Hasán, hijo de Barzí, el cual profesa religión distinta del islam. Mas el Señor ha dicho: "No toméis por amigos a quienes hacen de vuestras creencias religiosas motivos de irrisión y escarnio. A aquellos que recibieron su libro sagrado antes que vosotros, ni a los incrédulos. Temed a Dios, si sois creyentes„ [1]. En el momento que recibas mi carta, invita a Hasán a convertirse a la religión islámica. Si se convierte, será de los nuestros y nosotros de él; mas si se niega a ello, no te valgas de su ayuda ni emplees gente extraña al islam para nada que se relacione con el servicio de los musulmanes.„ Leyó aquella carta a Hasán, y éste se convirtió al islamismo.

Cuando emprendió la marcha el Profeta, camino de Beder, salió con él un individuo que profesaba la religión politeísta. Al llegar a Alhorra, acercóse aquel individuo al Profeta, diciéndole:

— Yo deseo ir contigo, y pasar por lo que tú pases.

— ¿Crees en Alá y en su Enviado?—le preguntó éste.

— No — respondió.

— Pues vuélvete, que no deseo la ayuda de ningún politeísta.

1 Alc., V, 62.

Volvió a acercársele junto al árbol — con gran contento de las gentes que acompañaban al Profeta, porque se trataba de un hombre fuerte y valeroso — y repitió como la vez anterior:

— He venido contigo con propósito de estar a tu lado y que sea de mí lo que de ti fuere.

— ¿Crees — volvió a preguntarle el Profeta — en Alá y en su Profeta?

— No — respondió.

— Pues vuélvete, porque no deseo la ayuda de ningún politeísta.

Acercósele otra vez al llegar a Dahar Albaida, y le repitió lo mismo que anteriormente le había manifestado.

— ¿Crees en Alá y en su Enviado? — le preguntó éste.

— Sí — respondió. Y siguió con él en la expedición.

En el caso relatado existe un fundamento en que apoyarse para no utilizar los servicios de ningún infiel. Si así procedió con quien se había unido a la expedición para combatir en favor del Profeta y derramar por él su sangre, ¿cómo iba a investirlo de una autoridad ante la cual hubieran los musulmanes de humillar sus cervices?

Escribió Omar, hijo de Aljatab, a sus gobernadores recomendándoles que no dieran cargos de autoridad a nadie más que a los secuaces del Alcorán. Le contestaron diciendo que no fiaban en la lealtad de éstos, y a ello les replicó Omar: "Si no hay buenas personas entre los secuaces del Alcorán, lo probable es que entre los otros no las haya mejores.„

INFRACCIÓN DEL CONVENIO. Cuando el infiel so-

metido viola el pacto, infringiendo alguna de las condiciones estipuladas, no vuelva a recobrar su condición de protegido, y quede al arbitrio del jefe musulmán el darle muerte o someterlo a la esclavitud.

Los doctores de la escuela Xafeí proponen que se les obligue a llevar vestiduras que los distingan de los musulmanes; que los gorros sean de tela diferente; a llevar ceñidores sujetos a la cintura, y una medalla de plomo o de cobre, o una campanilla colgada al cuello, cuando entren en el baño.

No usarán turbantes ni mantos.

Las mujeres se pondrán el cinturón debajo del manto, aun cuando también hay quien propone que deben colocárselo encima, y esto es lo más acertado. Para entrar en el baño llevarán puesta al cuello una medalla, y sus borceguíes serán negro el uno y blanco el otro.

No montarán en caballos, sino en mulas y asnos, sentados a mujeriegas, y no usarán sillas de montar.

No ocuparán lugar preferente en las reuniones. No se les saludará antes de que ellos saluden.

En los parajes estrechos de los caminos dejarán el paso libre a los musulmanes.

Se les prohibirá levantar sus edificios a mayor altura que los de los musulmanes, permitiéndoseles tan sólo que tengan la misma elevación, aun cuando hay quien dice que tampoco esto es admisible y se les debe impedir, así como que conserven la propiedad de las casas elevadas en que residan.

No se les permitirá exhibir públicamente aquellas cosas cuyo uso es reprobable, como son: vino, cerdos, campanas, etc., ni tampoco recitar en alta voz la Tora ni el Evangelio.

Se les prohibirá que permanezcan en el Hechaz, esto es: La Meca, Medina y Alimama.

Pondrá el jefe musulmán al frente de cada comunidad de infieles una persona encargada de llevar el registro donde consten sus nombres y señas, y de obligarles a cumplir rigurosamente todas las condiciones a que se han sometido.

Si se niegan a satisfacer el impuesto de capitación y a observar los preceptos de la ley religiosa, queda roto el pacto establecido con ellos.

Si alguno comete adulterio con una musulmana o le hace violencia; si alberga un espía de los infieles o guía hacia algún lugar mal defendido por los musulmanes; si exhorta a alguno de éstos a renegar de su fe o lo mata, o lo asalta en un camino, o si habla de Alá o de su Profeta en términos no tolerables, quedará sin efecto el tratado.

Y aun cuando no llegue a causar daño alguno, si realiza cualquiera de los actos que le están prohibidos, tales como prescindir de los signos distintivos, exponer el vino a la vista del público o algún otro de la misma índole, castíguesele severamente.

Y, por último, cuando realice algún acto que lleve consigo abierta violación de lo pactado, o que deshaga lo hecho, según propone una de las dos opiniones que para el caso sostienen los juristas, o bien mátesele, según otra opinión.

PAGO DE IMPUESTOS. No están de acuerdo los doctores en lo relativo al modo de fijar la cuantía del impuesto de capitación.

Proponen unos que se determine un minimum y un máximum y que éstos sean los señalados en el documen-

to que dirigió Omar a Otsmán, hijo de Hánif, hallándose éste en Cufa. En el citado documento se imponen a los ricos cuarenta y ocho dracmas; a los que no llegaban a ricos, veinticuatro, y a los que estaban por bajo de éstos, doce dracmas. Esta es la doctrina de Abuhanifa y Abenhambal y una de las dos opiniones sostenidas por el Xafeí, y se le reconoce el carácter de norma establecida por jefe de escuela jurídica a la que, por tanto, no cabe infringir.

Otros son partidarios de que se deje al arbitrio del jefe musulmán el aumentar o reducir la cantidad, sin más medida que su propio criterio.

Según otros, debe fijarse la cifra mínima, pero no al máxima, siendo lícito al jefe aumentar o no la cifra máxima señalada por Omar; pero no rebajar la mínima.

Uno de los mencionados doctores es partidario de que se equipare a ricos y pobres, cobrando a cada uno un dinar.

Málic propone que se cobren al rico cuarenta dracmas y al pobre un dinar y diez dracmas. Esta teoría, en que Málic sostiene la necesidad de fijar los dos límites de la cantidad a percibir, admite dos interpretaciones, según que los diez dracmas por él fijados constituyan o no una cifra establecida con carácter legalmente forzoso, a la que no cabe añadir ni rebajar cosa alguna. Existen dos versiones distintas acerca del modo como resolvió Málic la duda.

No estarán sujetos a tributos [120] las mujeres, ni los esclavos, ni los niños, ni los mentalmente incapacitados.

Escribió Omar, hijo de Abdelaziz, a Abdelhomaid, hijo de Abderrahmán, diciéndole lo siguiente: "Después de saludarte, te hago saber que los habitantes de Cufa

han sufrido grandes daños, penalidades y atropellos por la conducta inicua que con ellos han seguido unos gobernadores depravados. Ten en cuenta el valor de sus tierras y no impongas a un campo desolado lo mismo que al que se halla en producción, ni al contrario. Cobrarás de los eriales lo que buenamente se pueda y de los campos cultivados la tasa que resulte con arreglo a la valoración establecida. Hay siete cosas que no han de ser objeto de impuesto, a saber: las pagas de los combatientes, los utensilios de plata, los regalos de Nairuz y Maharchán [1], el valor del Libro Santo, los dineros del dote matrimonial, y no ha de imponerse tributo alguno a ningún habitante de la tierra que se haga musulmán.„ La obligación es cobrar lo que había fijado Omar, hijo de Aljatab, a saber: por cada extensión de viñas, diez dracmas; por cada una de palmeras, ocho; por la de trigo, cuatro, y por la de cebada, dos dracmas.

IGLESIAS. Con respecto a las iglesias, ordenó Omar, hijo de Aljatab, que fueran demolidas aquellas que no existieran ya desde antes del islam, y prohibió que se construyera de nuevo ninguna otra. Dispuso también que no sobresaliera al exterior ninguna edificación por encima de la iglesia, y que, si aparecía alguna cruz a la parte afuera de la iglesia, sería destruída a expensas de su dueño.

Orua, hijo de Mohámed, hundió las de Sanáa.

[1] Fiestas de origen persa que después siguieron celebrándose por los musulmanes. La primera daba principio el primer día del año persa, y la segunda pasados ciento setenta y seis días de la anterior. Su duración era de seis días, y durante ellos era costumbre hacer regalos al soberano. Vid. CALCAXANDÍ, II, 418 y 420.

Esta es, con absoluta unanimidad, la opinión de los sabios musulmanes. Pero Omar, hijo de Abdelaziz, fué aún más riguroso y ordenó que no se dejara en todo el territorio del islam convento ni iglesia alguna, ni antigua ni reciente. Y también Alhasán el Basorí opinaba que se hiciera de este modo, proponiendo que se adoptara como medida legal la de hundir todas las iglesias que existieran en el territorio, igual antiguas que modernas, y prohibir a los infieles sometidos reconstruir las que se hundieran.

El Istahirí propone que se les prohiba revocar los muros exteriormente y se les permita hacerlo por la parte interior, por el lado que mira hacia ellos, y que no se les permita elevar sus construcciones por encima de los edificios pertenecientes a los musulmanes. Se les puede permitir que construyan a la misma altura; mas según otros, tampoco esto es tolerable.

CAPÍTULO LII

Cualidades de los gobernadores a que debe atenderse con gran cuidado.

HAS de saber—¡Dios te guíe por el recto camino!—que los funcionarios de la autoridad son para el soberano lo que las armas para el combatiente. Pon, por tanto, a contribución tu discurso en su grado máximo, para procurarte como funcionarios de tu autoridad los hombres más cabales, porque si el príncipe carece de fieles gobernantes, se halla en la misma situación que el combatiente a quien faltan las armas el día de la batalla.

El soberano necesita hallarse asistido de personas de muy varia condición, lo mismo que el guerrero necesita pertrecharse de instrumentos de distinta naturaleza, tales como la adarga, para defenderse; la espada, para la lucha cuerpo a cuerpo; la lanza, para herir a golpe; la flecha, para arrojar a lo lejos, y la coraza, para protegerse, cada uno de los cuales tiene su empleo adecuado que ninguno de los otros puede suplir.

Ocurre con los hombres que el rey tiene a su servicio, igual que con las herramientas de que se vale el artífice: que cada una de ellas presta un servicio, para el cual son inútiles las restantes.

Por eso, el rey ha de tener a su lado personas de diferente condición: unas, para que le ilustren y le aconsejen; otras, para llevar la dirección de los asuntos guerreros; otros, para la práctica de la guerra; para arbitrar dineros; para guardarlos; para la defensa; otros, para los servicios de secretaría; otros, para brillo y realce del soberano; otros, para su esplendor y renombre; otros, para rogar a Dios y hacer vida de devoción, para difundir las verdades de la ciencia teológica y la recta aplicación de las normas jurídicas y para conservar los fundamentos de la religión. Ningún soberano tendrá completo su estado mientras no reúna en él toda la serie de gentes de que se ha hecho mención.

Contó Abubéquer el Sidic que cuando llegó al Enviado de Dios la noticia de la muerte de Cosroes, preguntó:

—¿A quién han designado para sucederle?

—A su hija Burán —le respondieron.

—Pues —repuso— no prosperará un pueblo que ha puesto a una mujer al frente de sus asuntos.

Refiere Benabbás que cuando estalló el motín de Alhorra, preguntó uno:

—¿A quién han nombrado las gentes para que los gobierne?

—Los de Coraix, a Abdala, hijo de Motia; y los Ansares, a Abdala, hijo de Hantala el Asceta —le contestaron, y al oír esto, replicó Benabbás:

—Dos príncipes, ¡por Alá!, son la perdición del pueblo.

El requisito de la unidad es condición indispensable

tan sólo en lo que se refiere a la autoridad suprema, pero no con respecto a los demás cargos de autoridad.

Mandó Hixem, hijo de Abdelmélic, que compareciera ante él Zaid, hijo de Alí, hijo de Alhosáin, uno de los aspirantes al trono, y le dijo:

— Me he enterado de que pretendes el califato. Pero tú no reúnes las condiciones requeridas para desempeñarlo, porque eres hijo de esclava.

— Pues hijo de esclava fué también Ismael, hijo de Abraham — replicó Zaid —, y de mujer libre nació su otro hijo Isaac, y, sin embargo, de Ismael es de quien desciende Mahoma.

Acusábalo Hixem de cierto hecho que Zaid juraba ser falso, y como el Príncipe le preguntara:

— ¿Quién garantiza la verdad de tus palabras?

Respondió:

— Nadie se halla a tanta altura respecto de los demás que no pueda mandarles proceder con temor de Dios, ni tampoco hay nadie tan bajo que no se le pueda mandar otro tanto [1].

En cierta ocasión pidió un califa:

— Indicadme una persona a quien confiar un gobierno que me preocupa seriamente.

— ¿Y cómo quieres que sea? — le preguntaron.

— Pues yo quiero un individuo que mientras no es jefe, las gentes entre quienes se halla lo consideren como

1 ¿Querrá decir que en vez de exigirle garantías de su veracidad, habría sido suficiente o más oportuno hacerle presente que el temor de Dios le impedía ser perjuro y que no tenía por qué desdeñarse de hacerle semejante advertencia?

superior a ellos, y que cuando esté de jefe, se considere como uno de tantos individuos del pueblo.

— El único a quien conocemos es Arrabia, hijo de Ziyad el Haritsí.

— Tenéis razón — repuso el califa —. Ese es el indicado.

Pedía parecer Omar, hijo de Abdelaziz, acerca de qué clase de personas conviene poner al frente de los gobiernos, y le contestó uno de los presentes:

— Procura que sean gentes amantes de la justicia.

— ¿Y cuáles son ésos?

— Aquellos individuos que, si luego proceden justamente, han hecho lo que tú esperabas, y que, [121] en caso de que así no fuera, diga la gente: "Omar hizo lo que pudo.„

Presentóse a Abdelmélic, hijo de Meruán, un mensajero de parte de Baxar, hijo de Meruán. Preguntó aquél al mensajero acerca de las condiciones de Baxar, y le contestó:

— Príncipe de los Creyentes. Es un hombre enérgico, sin arrebatos; afable, sin debilidades.

— Así era — repuso Abdelmélic — el más riguroso y más generoso; aquel ante quien el inocente estaba tranquilo y atemorizado el culpable, el que imponía el castigo proporcionado a la culpa y sabía apreciar la oportunidad del perdón, enérgico sin arrebatos y afable sin debilidades, Omar, hijo de Aljatab.

Dice el Sabio: "En el hombre hay que fijarse en los actos que realiza, no en el volumen de su cuerpo. Ya

vemos que el buitre, con su gran corpulencia, sólo se alimenta de carnes muertas, y el pájaro del agua, siendo tan pequeño, se abstiene de comer peces muertos, y sólo se come los vivos.„

Dicen las sentencias de la India: "Muchas veces, el sultán capaz de ocupar dignamente su puesto, aleja de sí y aparta de su lado a la persona que le es más grata, por temor a los daños que pueda causar, igual que hace aquel a quien ha picado un animal ponzoñoso y se corta el dedo, para impedir que la ponzoña se extienda por todo el cuerpo. Y, en cambio, en otras ocasiones, sintiendo aversión hacia una persona, se violenta y le confía algún cargo de autoridad, teniéndolo junto a sí, porque le presta buen servicio, lo mismo que el hombre que, sobreponiéndose a su repugnancia, ingiere la pócima de sabor nauseabundo, mirando el buen provecho que le ha de producir. Sólo que, en el islam, existen ciertos principios con los cuales no está de acuerdo este modo de proceder.

Cuando nombraron califa a Alí, hijo de Abutálib, era Moauía, como ya sabes, gobernador de Siria, cargo que había desempeñado en nombre de Omar, y después, de Otsmán. Pidió parecer Alí acerca de lo que haría con él, y hubo quien le dió el siguiente consejo:

— Confírmalo en su gobierno, enviándole su nombramiento, y una vez haya reconocido tu autoridad de califa, entonces lo destituyes.

A esto contestó Alí:

— ¡Dios tenga misericordia de ti! Y me mandas que busque la justicia por medio de una iniquidad.....

Y destituyó en el acto a Moauía, dando con ello ocasión a que éste se le sublevara.

Una cosa como ésta le aconsejaron también, diciéndole:

—¿Por qué no concedes grandes dignidades a las gentes de posición elevada y a aquellas personas de las que podamos temer alguna cosa —pues todo el mundo siente apego a los bienes mundanos— hasta el momento en que te hayas asegurado en el poder, y una vez esto logrado vuelves a hacer a todos iguales?

—¿Cómo me proponéis que busque la justicia por medio de una iniquidad contra quienes están sometidos a mi poder? Si fuera con mi dinero, equipararía a todos, sin hacer sobresalir a nadie sobre los demás; pero, ¿qué voy yo a hacer siendo de ellos el dinero?

El entregar dinero por algo distinto de aquello en que realmente debe invertirse, es un despilfarro y un derroche. Esas entregas pueden servir para realzar en este mundo la fama de quienes las llevan a cabo, pero les hacen desmerecer a los ojos de Dios en la vida eterna.

Siempre que una persona dedica su dinero a fines distintos de aquellos a que debe dedicarlo o lo entrega a quien no le corresponde recibirlo, impide el Señor que los injustamente favorecidos se lo agradezcan, y es para otros el amor que por el donante habían de sentir. Si acaso queda alguno que haga demostraciones de agradecimiento y de cariño, eso no es otra cosa que zalamería y malas tretas para sacarle los dineros. Mas si cualquier día dan las sandalias de su dueño un tropezón, a consecuencia del cual se ve necesitado de ayuda y de que se le corresponda a sus pasados favores, su generosidad

anterior no le habrá granjeado sino los amigos más perversos y los más viles compañeros.

Guárdate, ¡oh, Príncipe!, de encontrar gusto en que te alaben, porque aquel a quien placen los elogios que se le tributan, merece ser considerado como quien se alaba a sí propio. Y una vez que la gente se percata de que los elogios te son gratos, se vale de ellos como medio de alcanzar lo que de ti necesita, porque atiendes las demandas por el interés que tú tengas en ellas, no por el interés de los demandantes.

Decía el Profeta: "Arrojad polvo al rostro de los que alaban.„

Oyó Almicded a un individuo que elogiaba a Otsmán, hijo de Afan, y cogiendo un puñado de tierra, se lo arrojó al rostro.

Oyó el Profeta a un hombre elogiar a otro y le replicó:

— Has partido por la espalda a tu hermano. Si lo hubiera oído, ya no sería feliz, después de esto.

Explicando un beduíno las cualidades de un príncipe, decía de él:

— Mientras ejerció el poder no se cerraron sus párpados, y todas las miradas estaban fijas en la suya. Aun cuando se hallara ausente, siempre estaba presente, y así, el que se portaba bien, estaba seguro de alcanzar su recompensa, y el malvado estaba siempre lleno de temor.

Contó Abdala, hijo de Azobair, lo siguiente:

— Tenía el hijo de Hind [1] unas salidas tan originales,

[1] Moauía.

que difícilmente he hallado otras semejantes en nadie después de él. ¡Por Alá! Si le echábamos en cara sus defectos — y no es el león irritado, con sus espantables garras, más arrojado que él —, se iba de nuestro lado. Aunque lo engañáramos — y no hay en la tierra nada que iguale su perspicacia, ni aun el mismo polluelo de la avutarda —, habría querido que gozáramos de su compañía, hasta que durara el alejamiento de éste — y señaló a Abucobáis. No había entendimiento capaz de engañarlo ni fuerza capaz de abatirlo.

Refiere El Sanabihí que envió Omar, hijo de Aljatab, un escrito en una cosa como una oreja de ratón [1], en el cual le decía: "No hay quien haga a las gentes acatar los preceptos del Señor, sino el hombre que gobierna con sensatez, sin incurrir en ligerezas, sin que el pueblo halle en él nada que pueda sonrojarlo, sin que le irrite la osadía en las cosas justas y sin que tenga por qué temer que nadie lance contra él reproches que lleguen hasta Dios.„

Refiere Málic que se presentó un hombre a Omar, hijo de Aljatab, pidiéndole que le escribiera una cosa.

— Ve a casa — le dijo Omar — y tráeme un tintero y un cuaderno.

— Fué allá y no encontró ni una cosa ni otra.

— Pues anda y pídeles otra cosa — le repitió Omar.

Regresó nuevamente, sin haber hallado más que la

[1] Debe ser la hoja de una planta perteneciente a alguna de las variedades del *miosotis* (en griego μυὸς ὦτα: oreja de ratón). Cfr. Abenalbeitar, núms. 31-34.

oreja de una piel de las que se utilizan como saco, y en ella le escribió Omar.

Encargó Almamún del gobierno de Basora a Yahya, hijo de Actsam, después de haberse cerciorado plenamente de su talento y de su cultura, y de haberlo sometido a prueba, proponiéndole varias cuestiones en las cuales encontró el soberano que rayaba a más altura de lo que él pretendía. Al presentarse el nuevo gobernador a los altos personajes de Basora, y ver éstos a un muchacho joven, a quien aún no le había salido la barba, quedáronse sorprendidos y se miraban unos a otros, frotándose las manos y enarcando las cejas. Preguntóle uno de ellos:

— ¿Cuántos años tiene el cadı, a quien Dios guarde?

— Los mismos — respondió — que tenía Atab, cuando lo nombró el Profeta gobernador de la Meca.

Quedaron corridos ante la viveza de su respuesta y comprendieron que se trataba de un hombre de valía.

Atab, hijo de Asid, sólo tenía veintiún años cuando fué nombrado gobernador de la Meca.

Dijo Omar, hijo de Aljatab, que sólo está bien que rija al pueblo un [**122**] hombre de clara inteligencia y vasta cultura; previsor, animado de grandes aspiraciones, enérgico sin arrebatos, afable sin debilidades, generoso sin prodigalidad y exento de todo temor por las acusaciones que nadie pueda dirigir al Señor en contra suya.

Dijo también: "Conviene que quien rige al pueblo posea la entereza necesaria para que, el cortar a alguien la cabeza, con justa causa, no le cueste más violencia

que le costaría matar un gorrión; y una piedad, una ternura, una compasión y una misericordia tales que se aflija porque se haya matado a un gorrión injustamente.„

Mandó Arraxid comparecer ante él a un individuo, con propósito de nombrarlo juez, y le contestó el agraciado:

— Yo no desempeñaré bien ese cargo, porque no soy hombre versado en jurisprudencia.

A lo cual replicó Arraxid:

— Bien, pero en ti concurren estas tres condiciones: Eres de noble estirpe, y ésta impide a quien la posee cometer acciones denigrantes; eres hombre de calma, la cual te impedirá obrar precipitadamente, y quien no se precipita, pocas veces yerra, y eres, por último, inclinado a pedir consejo en tus asuntos, y aquel que consulta acierta ordinariamente. Y por lo que a los conocimientos de derecho se refiere, ten a tu lado alguien que te ilustre.

Ocupó el cargo y no hallaron en él ocasión de censurarlo.

Refiere Ayas, hijo de Moauía, el siguiente caso: Me envió a llamar Omar, hijo de Hobaira, y al presentarme a él, ni nada me preguntó ni yo nada le dije, hasta que, cuando ya mi silencio se prolongaba demasiado, exclamó:

— ¡Vamos!

— Pregunta lo que deseas — le indiqué yo.

— ¿Lees el Alcorán?

— Sí — respondí.

— ¿Cumples fielmente las obligaciones religiosas?

— Sí — contesté.

— ¿Sabes algo de historia de los árabes?

— Soy entendido en ella.

— ¿Y de historia de los pueblos extranjeros?

— También lo soy.

— Pues bien — añadió —, yo quiero servirme de ti.

— Es que — advertí yo — hay en mí tres condiciones por las cuales no aprovecho para ejercer la autoridad.

— ¿Y qué condiciones son ésas? — preguntó.

— Como ves, soy de pequeña estatura, tengo un genio muy violento y soy tartamudo.

A esto me contestó:

— Aun cuando seas de poca talla, yo no te quiero para que me sirvas de adorno; por lo que a la tartamudez se refiere, bien veo que expresas claramente tu pensamiento, y en cuanto al mal genio, el látigo te corregirá.

Me nombró gobernador y me dió mil dracmas, que fueron el principio de mi fortuna.

Dijo Salomón, hijo de David:

— No es más desagradable encontrarse frente a una leona, a la que han quitado sus cachorros, que tropezarse con un necio, pagado de sí mismo.

CAPÍTULO LIII

De las condiciones y garantías que deben exigirse a los gobernadores.

HAS de saber — ¡Dios te guíe por el camino recto! — que al frente de los gobiernos deben ponerse hombres capaces, aptos, leales, fieles, y que la designación para ocuparlos debe recaer en aquellos que se pasan bien sin los gobiernos, no en quienes ambicionan ocuparlos.

El más firme sostén de los imperios y su más firme fundamento, está en no confiar los gobiernos a ninguno que los pretenda, ni a nadie que ambicione alcanzarlos.

Refiere el Bojarí en su *Sahih*, tomándolo de Abumusa el Axarí, el siguiente caso:

— Me presenté al Profeta, acompañado de un sujeto, el cual, así que lo saludamos, se encaró con él, diciéndole:

— Enviado de Dios, concédeme el gobierno de una provincia.

Y le contestó el Profeta:

— Yo no concedo mis gobiernos a ninguno que lo desee.

Entonces repliqué yo:

— ¡Oh, Enviado de Dios! ¡Por El, que te ha enviado con la verdad, que yo no sabía lo que albergaba ese hombre en su pensamiento!

Se cuenta de Buzurchomihr que le preguntaron:

— ¿A qué se debió que el poderío de los Sasanidas viniera a parar a la mísera situación en que se vieron?

Y contestó:

— A haber confiado importantes gobiernos a hombres ruines.

Con cuánto acierto habló Amrú Benalas, cuando dijo: "Menos estragos resultan de matar a mil personas de elevada condición, que por encumbrar a un solo individuo de baja estofa.„

Cuenta Elola, hijo de Ayub, que se enojó violentamente Almamún contra una persona que le acompañaba, y le habló así:

— ¡Que no sea Dios quien te quite la vida o que te ponga bajo la autoridad de gente ruin!

Dijo un compañero de Mahoma a uno que le había causado un daño:

— ¡Ojalá te veas en poder de muchachos!

Recitó los siguientes versos Almostaugar el Mayor, individuo que vivió por espacio de trescientos años, en la época anteislámica:

«Jamás ha caído pueblo alguno en el vilipendio
que no haya sido por poner a su frente a alguno de sus hombres ruines.

Cuando a pesar de su ruindad, dominó sobre nosotros uno de nuestros
[hombres de baja condición,
caímos en el vilipendio, que ya duró para siempre. [mentado,
Solamente es propio para guiar el pueblo hacia el bien un hombre experi-
hábil en el manejo de los asuntos, uno de sus hombres ilustres.
Y no es que el pueblo que tiene a su frente un hombre de talento viva
[por el solo mérito de éste,
sino porque la dirección de los asuntos se halla en manos de quien
[hábilmente los maneja.»

Habéis de saber que las perturbaciones más graves que se originan en los estados sobrevienen a consecuencia de confiar los cargos de autoridad a quienes muestran deseo de ejercerlos, porque son estos cargos cosa que nadie pretende, a no ser un ladrón con hábito de anacoreta, o un lobo con piel de hombre piadoso, dominado por el afán de los bienes mundanos, que se despoja de sus sentimientos piadosos y de su decoro, revelando claros indicios de su gran perfidia. Estos tales toman a los siervos de Dios como cosa propia, y a sus bienes como de propio dominio, y cuando los musulmanes son atropellados en sus derechos y se les comen sus haciendas, rebélanse sus corazones y amengua su obediencia. A consecuencia de esto, trastórnase la marcha de los asuntos y el desquiciamiento va invadiéndolo todo, hasta alcanzar a los fundamentos en que el estado se apoya.

Ya expusimos al principio del libro varios casos de repugnancia hacia el desempeño de los cargos de autoridad.

Decía Almamún:

— Jamás han sufrido mis estados una desmembración cuya causa no se haya encontrado en las arbitrariedades de algún gobernador.

Mas si se pregunta que cómo se explica que José dijera al rey: "Ponme al frente de los almacenes del país, pues soy un guardián inteligente„ [1], contesto:

— Porque José era un Profeta de Dios, que se hallaba plenamente cerciorado de su capacidad y de su fidelidad y estaba entre unas gentes que no se percataban de lo que José llevaba oculto en el fondo de su ser ni estaban enterados de las bellas prendas que le adornaban ni de sus méritos, y mientras tanto, veía los negocios, la gobernación del estado y los cargos de autoridad en manos de gentes ineptas.

Y hoy día, es lícito hacer lo mismo que hizo José, a cualquiera que se halle en manos de un tirano que no lo considera como corresponde a su condición [**123**] ni está al tanto de las buenas cualidades y méritos que posee. En tal caso, está bien que dé a conocer algo de lo que sabe acerca de sí mismo, para hacer valer su calidad, quedando de este modo a salvo de contrariedades que estuviera sufriendo.

Con respecto a este extremo, dice un discípulo del Xafeí que si la autoridad se halla en manos de quien no sirve para ejercerla, está obligado a pretenderla aquel que aprovecha para ello, y esto es para él un deber cuyo cumplimiento no le está permitido eludir.

Los juristas de las distintas localidades son contrarios a esta opinión.

Cabe también que Dios hubiera revelado a José que vendría a ser rey, a practicar la justicia y a difundir la doctrina del islam, y por eso llamó la atención acerca de su persona.

[1] Alc., XII, 55.

Entre las cosas curiosas que se cuentan, relacionadas con el asunto de este capítulo, se halla la siguiente:

Era Locmán, el Filósofo, un esclavo negro, abisinio, de labios gruesos y pies planos, perteneciente a una mujer de los Benialhashas. Pasaba muchos ratos en compañía de David. En cierta ocasión le trajo Gabriel el don de la profecía, de parte de Dios — el cual elige para profetas suyos a cualquiera que le place —, y le habló así Locmán:

— ¡Oh, Gabriel! Si me lo ordena el Señor, será ciegamente obedecido; mas si me hubiera dado a elegir, yo habría preferido la sabiduría.

Agradaron sus palabras al Señor, el cual le concedió la sabiduría, traspasando a David el don de la profecía que a él le destinaba.

Le decía David:

— Te felicito, Locmán, porque has sido agraciado con el don de la sabiduría y a David le han concedido una desgracia.

Cuentan que pasaba muchos ratos con David, mientras éste trabajaba en la construcción de las cotas de malla, y que por espacio de un año lo estuvo viendo hacerlas, sin haberse enterado para qué servía aquello ni preguntar cosa alguna. Por fin, al cabo de un año, se puso David una de ellas, y dijo: "¡Vaya una cota resistente para el día de la pelea!„

A lo que replicó Locmán:

— El silencio es sabiduría, y pocos son los que lo practican.

Cuando Omar, hijo de Aljatab, enviaba a alguien a desempeñar un gobierno, le ponía por condición que no había de cabalgar en bestias de carga ni vestir con telas

delicadas, ni alimentarse de manjares selectos, ni valerse del funcionario encargado de impedir el acceso de las gentes hasta él, ni cerrar la puerta en ningún caso en que el pueblo pudiera necesitarlo o pudiera ser de provecho a las gentes. Por último, le hacía la siguiente advertencia: "No te concedo la autoridad para que dispongas de sus personas, de sus bienes o de sus actos, sino para que reces con ellos las oraciones y los juzgues con estricta justicia.„

Contó Abaía, hijo de Rafaa, el siguiente caso:

— Llegó a noticias de Omar, hijo de Aljatab, que Sáad, hijo de Abuuacas, se había construído un palacio al que hizo poner una puerta, exclamando una vez estuvo colocada: "¡Vaya! Se acabaron las impertinencias.„

Al saberlo Omar, envió a Mohámed, hijo de Moslama, que era la persona de quien él se valía cuando tenía interés en que las órdenes se ejecutaran tal como él había dispuesto, con las siguientes instrucciones: "Ve y pégale fuego a la puerta de Sáad.„

Marchó Mohámed a Cufa, llegó ante la puerta en cuestión, sacó su eslabón, hizo fuego y la quemó. Comunicaron a Sáad lo ocurrido, y al explicarle la traza del individuo que lo había hecho, conoció en el acto de quién se trataba y fué en su busca. Habló primero Mohámed, diciéndole:

— A noticias del Príncipe de los Creyentes ha llegado que tú dijiste: "Se acabaron las impertinencias.„

Juró Sáad por Dios que él no había dicho semejante cosa, y le replicó Mohámed:

— Yo cumplo lo que se me ordena y comunicaré de tu parte lo que tú dices.

Montó después en su cabalgadura, y hallándose en el interior del desierto, sintió un hambre y un desfallecimiento que sólo Dios sabe cuán fuertes eran. Divisó un rebaño y envió a su criado, entregándole el turbante para que comprara con él un carnero. Volvió el criado con el carnero a tiempo que Mohámed estaba haciendo oración, y quiso degollar al animal; mas su dueño le indicó por señas que se abstuviera de hacerlo.

Una vez hubo terminado de orar, dijo al criado:

— Entérate de si la que está al cuidado del rebaño es una esclava, y en tal caso, le devuelves el carnero y recoges el turbante; si la mujer fuera libre de condición, entonces lo degüellas.

Fué allá el criado, y como resultara que era esclava, le devolvió el carnero y volvió a tomar el turbante. Cogió Mohámed su camella de la rienda y marchó a pie, cogiendo hierbas tiernas que encontraba a su paso, y así anduvo hasta la noche, en que encontró unas gentes que le dieron hospitalidad. Le ofrecieron pan y leche, diciéndole:

— Si tuviéramos otra cosa, te la habríamos traído.

— ¡En el nombre de Dios! — exclamó — . Cualquier cosa que se pueda comer sin ofensa de Dios satisface mejor el hambre que aquellos manjares cuyo uso sea reprobado.

Llegó a Medina, se apeó en su domicilio, se refrescó con agua y se fué. Al verlo Omar, exclamó:

— Si no fuera por el buen concepto que de ti tengo, no creería que has llegado hasta allí (cuentan que era rapidísimo en la marcha).

— Pues ya hice el encargo—respondió—; pero él niega que haya faltado, y jura por Dios que no dijo aquello.

— ¿Quieres que te nombre gobernador de algún sitio? — le preguntó Omar.

— No veo sitio alguno del cual me hagas gobernador.

Repuso Omar:

— La región del Irac es un país adicto y la gente de Medina se dejaría morir de hambre por mí. Mas temo confiarte el mando de una cosa cuya frescura tú disfrutarías y cuyo calor había de alcanzarme a mí [1].

Cuenta Zaid, hijo de Aslam, que puso Omar, hijo de Aljatab, al cuidado del prado a un liberto suyo, llamado Haní, haciéndole las siguientes advertencias:

— Abstente de cometer maldad alguna con los musulmanes, por temor a las quejas de las víctimas de la injusticia, porque los lamentos del oprimido son escuchados por Dios; deja entrar a los que sólo cuentan con lo que su arrojo y el botín les ha proporcionado y evita que lo hagan los ganados de Benauf y de Benafán, porque estos últimos, si perecen sus ganados, volverán a los campos de labor y a las plantaciones de palmeras, al paso que, si perecen los de los primeros, acudirán a mí con sus hijos, diciéndome:

— Príncipe de los Creyentes. ¿Vas a dejarlos abandonados? Y, ¡así te quedes sin padre!, por mi parte, dispongo más fácilmente del agua y de los pastos que del oro y las monedas.

Aquellos pensarán, ¡vive Dios!, que yo cometo con ellos una injusticia y que el terreno es propiedad suya, pues por él combatieron en la época pagana y por él se hicieron musulmanes en tiempo del islamismo. Mas,

1 Traducido por conjetura.

¡por Aquél en cuyas manos está mi alma!, que si no hubiera sido por lo que se conquistó por la causa de Dios, no habría que guardarles ni un palmo de su país.

[124] Pasó un día por donde construían un edificio de piedra y yeso, y preguntó:

— ¿De quién es esto?

Le dijeron que de un sujeto que había sido gobernador suyo en Baharain, y exclamó:

— El dinero no se presta a tener el tallo oculto, sin sacarlo al exterior.

Y se incautó de la mitad de sus bienes.

Alguna vez me decía:

— Todo defraudador hace depositarios de sus riquezas al agua y a la argamasa.

En los títulos de nombramiento que entregaba Anuxiruán a sus gobernadores les escribía lo siguiente: "Rige a las gentes principales inspirándoles cariño; a las gentes del pueblo, en general, haciendo que en ellos se combinen los sentimientos de esperanza y temor, y al populacho, por el terror.„

Dijo Salomón, hijo de David:

— Tanto como la espuela para el caballo y el ronzal para el asno, es provechosa la vara para la espalda de los insensatos.

En los Proverbios dice: "Quien no se corrigió tratándolo con blandura, se corrige ablandándolo a él.„

Contó Hilel, hijo de Saiyaf, que nombró el Profeta

gobernador de Siria a Almicdad, y al regresar de su gobierno, le preguntó:

—¿Qué tal te ha ido con el mando, Abumoguira?

—Pues, Enviado de Dios —respondió—, cuando salí para allá no sabía que tuviera superioridad sobre persona alguna del pueblo, y al regresar, parece que son esclavos míos.

—Así sucede siempre que se gobierna, Abumoguira, a no ser a aquellas personas para quienes Dios tiene reservado lo que hay de malo en el ejercicio del mando—respondió el Profeta.

—Pues, ¡por Aquél que te ha enviado con la verdad! —replicó—, jamás volveré a ocupar gobierno alguno.

Preguntaron a Omar, hijo de Aljatab:

—¿Por qué te abstienes de confiar gobiernos a los compañeros de Mahoma que reúnan condiciones para ello?

Y contestó:

—Son gentes de sobrada valía para echar sobre ellos la mancha del gobierno.

Refiere Ibrahim el Najai que cuando llegaban emisarios a Omar, éste les preguntaba por su estado, por los emolumentos que percibían, por las personas conocidas de la localidad y si el gobernador daba acogida al desvalido y visitaba a los enfermos. Si respondían afirmativamente a esto último, daba Omar gracias a Dios, y si la respuesta era negativa, escribía al gobernador, ordenándole que se viniera.

El sultán que entrega el mando a gobernadores tiránicos, es comparable a aquel individuo que confiara su rebaño a la custodia del lobo, o a aquel otro que ata a su puerta a un perro que muerde. Alhachach, hijo de Yúsuf, tuvo que sufrir los insultos de la plebe, y Abdelmélic, hijo de Meruán, sufrió los reproches de las gentes de alta posición por haber confiado a aquél el mando de sus súbditos, pues, como dice el poeta:

«Si alguien ata a su puerta un perro mordedor,
todos los mordiscos que la gente reciba serán debidos a quien ató el perro.»

Cuando Elola, hijo de Ayub, que gobernó la Persia en nombre de Almamún, nombraba algún gobernador, le escribía en el título sus instrucciones, las cuales leía a las personas de aquella comarca que se hallaban presentes, diciéndoles al terminar:

— Vosotros seréis mis auxiliares contra él. Exigidle que cumpla aquello a que está obligado, y si alguien se me queja de alguna injusticia que contra él haya cometido, yo me encargo de hacerle justicia y de los gastos que haya realizado para venir y volverse.

Y ordenaba a los gobernadores que todos los viernes leyeran a los habitantes de los respectivos distritos las instrucciones que constaban en el nombramiento de cada uno, preguntándoles después si las cumplían cabalmente.

CAPÍTULO LIV

De los presentes a los gobernadores y los regalos a los intercesores.

REFIERE Abudaud, en el *Sonán*, que dijo el Profeta: "Aquel que gestiona un asunto en favor de su prójimo y acepta cualquier obsequio que éste le haga, a cambio de sus gestiones, incurre en un caso grave de usura.„

Palabras en las que implícitamente se declara que, siempre que puedas, estás obligado a procurar la solución de los asuntos por parte del sultán déspota o del poder tiránico.

Cuenta El Bojarí, en su *Sahih*, que nombró el Profeta gobernador a un individuo denominado Benalatabía, y que al regresar éste de su destino, dijo al Profeta:

— Enviado de Dios. Esto para vos y esto para mí.

Enojado el Profeta, le replicó:

— ¿Qué le pasa a este hombre, a quien hemos concedido un gobierno, para decir "esto para vos y esto para mí„? Si estuviera instalado en casa de su padre y de su madre, aún esperaría que por ello se le hiciera algún agasajo.

Cuenta Málic que Omar, hijo de Aljatab, distribuía en dos partes iguales los bienes de los gobernadores, incautándose él de la mitad de lo que poseían. Uno de los que se vieron así privados de la mitad de sus bienes fué Abuhoraira, al cual preguntó Omar:

— ¿De dónde tienes toda esa hacienda?

— De lo que han criado los ganados y del manejo de los negocios — contestó Abuhoraira.

— Pues entrega la mitad — le ordenó.

Sólo partía con ellos los bienes en el caso de que, al terminar su gestión, demostraran poseer cosas que antes no se les reconocían.

Refiere Málic, de Benomar, que éste y su hermano Obaidala compraron unos camellos y los enviaron a pacer al prado. Y por el hecho de haberse aprovechado de los pastos del común, partió Omar con ellos el producto. Recogió asimismo la mitad de los bienes de Sáad, hijo de Abuguacas, cuando éste regresó de Cufa. Hacíalo así, por estimar que todo aquello que los gobernadores adquirían, aparte de los obsequios que, por tenerlos propicios, se les hicieran, aun cuando fueran de origen lícito, no les pertenecía con justa causa, porque debido a la autoridad de que se hallaban investidos, disponían de un poder de que los demás carecían para conseguir lícitamente las cosas, y por eso los consideraba en el mismo caso que al depredador de los musulmanes.

Entregó Abumusa el Axarí a Abdala y Obaidala, hijos de Omar, hijo de Aljatab, unos dineros del tesoro real, con los cuales compraron mercancías en Basora. Obtuvieron con ellas una ganancia en Medina y trató Omar de apoderarse de ella, toda entera. Resistióse Obaidala

a entregársela, y en vista de ello decidió Omar dejar la mitad de la ganancia para los dos hermanos y tomar la otra mitad para el erario.

Escribió Omar, hijo de Abdelaziz, a sus gobernadores, diciéndoles: "La perdición de quienes os precedieron en el cargo fué debida a que se abstenían de hacer justicia con el fin de que la compraran, y prodigaban la arbitrariedad con objeto de que pagaran para librarse de ella. El poder [**125**] se fortalece por la piedad, y ésta se sostiene por el poder.„

Tenía ordenado Omar que cuando llegaran los gobernadores, hicieran su entrada durante el día y no por la noche, para que no ocultaran nada de sus riquezas.

Decía Atab, hijo de Asid: "No he obtenido del gobierno que me confió el Profeta otra cosa que dos vestidos mal tejidos, con los que vestí a mi liberto Quisan.„

Se cuenta que nombró Alí gobernador de Asuad a Abumesaud el Ansarí. Llegó éste a su casa, después de nombrado, y la encontró llena de gente.

—¿Qué hacen éstos aquí? — preguntó.

— Esto es — le respondieron — lo que se hace con la persona a quien nombran gobernador.

—¿Luego todos éstos quieren comer a costa de mi honradez? (Otras versiones dicen: "A costa de mi gobierno.„)

Volvióse a Alí, y le dijo:

— No me hace falta el gobierno.

Ya hemos referido anteriormente que el Profeta llamó a Abderrahmán, hijo de Samara, para darle un gobierno, y que el llamado le dijo:

— Escógeme tú el mejor, Enviado de Dios.

— Pues, entonces, quédate en tu casa.

Dice en los Proverbios: "El presente ciega y ensordece."

Observación de un filósofo: "El presente es la cuerda con que se atrae la cosa necesitada."

Compuso un poeta:

«Cuando llega el presente a la mansión donde las gentes moran,
sale la integridad volando por la ventana.»

Dice otro:

«Es el obsequio dulce
como el encanto que arrebata los corazones.
Aproxima lo que está lejos de quien lo desea,
poniéndolo a su alcance.
Y convierte la saña de la enemistad,
por violenta que sea, en intenso cariño.»

He aquí una cosa compuesta por mí a propósito de los presentes:

«Acoge cordialmente a quien llama a tu puerta
y aparece cargado con algo de peso, las manos ocupadas,
Agobiado bajo la carga, que al marchar bufa y resopla
y topa en la puerta con las rodillas.
Y acoge cordialmente al mediador que a causa del presente
va con las mejillas teñidas de rubor.»

También son míos los versos siguientes:

«Cuando te halles preocupado por algún asunto,
cuya solución te interese vivamente,
Sírvete de un mediador ciego de nacimiento,
que posee a maravilla el arte de embaucar, siendo ciego, sordo y mudo.
Y prescinde de cualquier otro emisario que no sea
ese que se llama DINERO.»

Escribió Abdelmélic, hijo de Meruán, a su cadí Alhárits, hijo de Amir, que se había dejado ganar con presentes, por su liberalidad, diciéndole:

«Cuando el precio del soborno se mete de rondón por la puerta
de una casa, para quedarse en ella, la integridad que allí hubiera
Sale huyendo a carrera loca, como si fuera
un hombre sensato que quiere librarse de la réplica de un majadero.»

CAPÍTULO LV

Consideraciones acerca del buen carácter.

SABED — Dios os guíe por el camino recto — que con respecto a esta cuestión andan las gentes muy desorientadas, tomando como cóncavas cosas que no son sino convexas. Tienden a emplear las maneras adoptadas por la gente ordinaria y las formas de la turbamulta y del populacho, y siguiendo las prácticas corrientes entre personas sin distinción, cuando se encuentran unos a otros y en las conversaciones que entre sí sostienen, se prodigan toda clase de elogios, sin tasa ni medida, y se entregan de lleno a la falsía, el disimulo, la adulación, la hipocresía, la malévola insinuación acerca de las cosas que no está bien revelar y se dejan llevar por el camino de la frivolidad y la murmuración.

Con estas cosas y otras del mismo orden entienden ellos que dan muestras de buen carácter; mas, a mi modo de ver, todas ellas están completamente en pugna con la bondad de carácter, según el concepto que de la misma han expuesto Dios y su Profeta.

Ante todo, has de tener en cuenta que jamás ha encerrado en sí la tierra ningún ser humano adornado de tan bellas prendas de carácter como Mahoma. Por lo

tanto, aquel que observe el mismo proceder que él observó o más se le aproxime, en todo o en parte, será quien tiene mejores condiciones de entre las gentes, y aquellas maneras que no se acomoden a las que especialmente distinguieron a Mahoma, no serán indicio de buen carácter.

Con las precedentes indicaciones basta para que cualquier persona de talento encuentre la cuestión suficientemente resuelta, y si se ofrece este capítulo a la consideración de las gentes, es porque entre ellos se estiman como correctas sus propias maneras y como demasiado rudas las de origen profético, debido a la ignorancia en que se hallan respecto de cómo fueran los modales usados por el Profeta.

Voy, pues, a exponerte algunos rasgos de carácter propios de profetas, apóstoles, santos, hombres de reconocida pureza, sabios y hombres de bien, esperando que Dios hará redundar esta exposición en provecho mío y tuyo.

Dijo el Señor a su Profeta y elegido suyo: "Tú eres de un carácter elevado„ [1].

De modo que Dios, que había distinguido especialmente a su Profeta, dotándolo de las más preciadas condiciones naturales y de los hábitos más excelentes de [**126**] honestidad, caballerosidad, indulgencia y lealtad, hasta un punto adonde nadie ha llegado, sino él, a pesar de todo, al alabarlo, no lo elogia expresamente por ningún otro de sus méritos, sino por el de tener buen carácter, al decirle: "Tú eres de un carácter elevado.„

Por eso afirman los doctores que Dios exhorta al

[1] Alc., LXVIII, 4.

hombre a la posesión de tal cualidad, por cuanto califica a su Profeta de "bondadoso de carácter„.

Pidió Obaidala, hijo de Omair, a Aixa, madre de los fieles creyentes, que le explicara cómo era el carácter del Profeta, y ella le respondió:

— ¿Es que no lees el Alcorán?

Luego el Alcorán refleja fielmente el carácter de Mahoma, y estas palabras te bastan para comprender cuánto es su mérito y para enterarte de lo que son bellas prendas de carácter, puesto que la condición del Profeta se halla reflejada en el Alcorán y éste reúne en sí el conjunto de todas las perfecciones, guía a los hombres hacia ellas y les impide incurrir en cualquier incorrección o indignidad, porque explica claramente en qué consisten unas y otras, y las pone de manifiesto con toda evidencia.

Cuando el Señor reveló a Mahoma el versículo, que dice: "Sé indulgente, ordena practicar el bien y evita el chocar con los ignorantes„ [1], preguntó aquél a Gabriel:

— ¿Qué quiere decir esto?

— Pues — respondió Gabriel — que te acerques a quien de ti se aleja; que concedas a quien a ti te rehusa, y perdones a quien a ti te maltrata injustamente.

Como ves, todas son cosas propias de una condición bondadosa. Pues bien: fíjate cuán distanciado de todo esto se halla el proceder ordinariamente seguido por la generalidad de las personas, y cómo cualquiera de ellos se aleja de quien se le acerca, rehusa a quien a él le ha concedido, agravia a quien está en paz con él y se enoja

[1] Alc., VII, 198.

con cualquiera por la más leve sospecha que contra él se haya forjado.

Se ha limitado únicamente a las referidas recomendaciones, porque en ellas se encuentra el fundamento de todo acto meritorio y la fuente de toda virtud. En efecto: la indulgencia lleva en sí la aproximación al que se aleja, el perdón al que ofende y la concesión al que rehusa. En el mandato de practicar el bien se refunden el temor de Dios, el ejercicio de la misericordia, el freno de la lengua y el abatir la mirada ante las cosas vedadas, y dentro del temor de Dios quedan comprendidas todas las prescripciones de la ley divina, tanto las de carácter voluntario como las de cumplimiento obligado; y en evitar el choque con los necios, la ecuanimidad, la magnanimidad para soportar la polémica con el insolente y la discusión con el porfiado. Estos tres principios capitales encierran todas las excelencias de la ley divina en su sentido literal, en las exhortaciones que de éste se derivan, en su sentido oculto y en sus interpretaciones.

Refiere Anas que preguntaron al Profeta:

—¿Cuál de entre todos los fieles es el mejor? — Y contestó:

— Aquel que posea condición más bondadosa.

Refiere Abudaud, en el *Sonán*, que dijo el Profeta: "Yo he sido enviado para acabar de perfeccionar las buenas costumbres.„

De esta tradición se infiere que todo profeta enviado por Dios a un pueblo, ha venido tan sólo a enseñar a las gentes buenas costumbres, y que nuestro Profeta Mahoma vino para acabar de perfeccionar lo mejor de las bue-

nas costumbres. De modo que la mejor manera de conducirse, habrá de consistir en observar íntegramente los preceptos de la ley divina.

Refiere El Bojarí, tomándolo de Benomar, que el Profeta no tenía nada de inmoral, ni acostumbraba a tratar de asuntos indecentes. Decía: "El más amado de vosotros para mí, es aquel que mejores costumbres observe.„

Yendo el Profeta de viaje, en cierta ocasión, llevaba puesto un manto *nachraní* [1], de gruesos ribetes. Un árabe de la campiña le dió un tirón tan fuerte del mismo, que le dejó el ribete señalado en el cuello, para llamarle la atención y decirle:

— ¡Oh, Mohámed! Ordena que se me entregue algo del dinero de Dios que has recibido, y no es dinero tuyo ni de tu padre lo que se me ha de entregar.

Volvióse a él el Profeta y le dijo:

— Mandad que se le haga un donativo.

Y no pronunció ninguna otra palabra.

Contó Moads, hijo de Chebel, que le dijo el Profeta:

— Usa buenas maneras con las gentes, Moads, hijo de Chebel.

Sabed que el buen carácter es el más preciado de los méritos que adornan al hombre piadoso: por él se pone de manifiesto la íntima condición de las personas; por el modo de portarse queda el hombre oscurecido o se hace

[1] Nombre tomado de la localidad llamada *Nachrán* (نجران) en la región del Golfo Pérsico.

famoso. ¿No ves cómo el Señor distinguió de un modo especial a su Mensajero, dotándolo de todo género de virtudes, y que por ninguna de ellas lo alabó en la forma que lo hizo por su buen carácter?

Según un comentarista, al decirle: "Tú eres de un carácter elevado„, es como si le hubiera dicho: "No discutas.„ Esto es: no discutas, por lo firme que es el conocimiento que tienes de las cosas de Dios. Según otros, lo que quiso dar a entender fué: "No haga mella en ti la grosería de las gentes, después del conocimiento que tienes de la Verdad.„

Para el Mohasabí es prueba de bondad de carácter el reprimir la cólera y mostrar semblante afable y risueño, a no ser para con un hereje o un depravado, y aun esto, si no es un depravado que, al mostrarle semblante afable, se abstiene de sus maldades; es también bondad de carácter perdonar al que incurra en falta, pero siempre que no lo impide la necesidad de corregir o de imponer una sanción, y lo es igualmente el evitar todo cuanto redunde en daño de cualquier musulmán o aliado, como no sea para reparar ofensas a Dios o castigar la injusticia de que alguien haya sido víctima.

También se dice que consiste en que no te sientas envidioso de quien ocupa el mismo rango que tú ocupas.

Preguntaron a Aláhnaf:

— ¿De quién has aprendido a tener buen carácter?

Respondió:

— De Cais, hijo de Ásim el Moncarí. Estando un día en su casa, traía una de sus sirvientas un asador con un asado y se le cayó de las manos sobre un hijo de Cais,

al que causó la muerte. Quedó la muchacha anonadada, y al verla en aquel estado, le dijo:

— No te asustes, que eres libre, por amor de Dios.

Cuando veía Benomar que alguno de sus esclavos hacía bien sus oraciones, lo manumitía. Enterados de aquella costumbre, fingían hipócritamente, para engañarlo, hacerlas con toda perfección; pero él seguía, igualmente, otorgándoles la libertad. Hubo alguien que lo enteró de lo que pasaba, y le replicó Benomar:

— Dejemos que se nos engañe por quienes lo hagan en bien de Dios.

Dijo Alfodail:

— Si el mejor de los hombres tratara mal, aunque sólo fuera a una gallina de su propiedad, dejaría de ser bueno.

Decía Almohasibí:

[**127**] — Nosotros procuramos hallar tres cosas por los medios siguientes: buenas caras, por medio de la honradez; buenas palabras, mediante la fidelidad, y buena amistad, con la lealtad.

Observación de Alhasán, hijo de Alí:

— El carácter bondadoso es indicio de elevada condición.

De Abdala, hijo de Mohámed el Razí:

— El buen carácter depende de conceder poca importancia a lo que a ti te afecta, y estimar en mucho lo que se refiere a los demás.

De Sahl:

— La condición bondadosa resulta de no ambicionar o que no te pertenece. Pero nadie, sino el mismo Dios, posee cualidad semejante.

También se dice que el buen carácter consiste en soportar la grosería de las gentes.

Dice Xah el Carmaní:

— Es señal de condición bondadosa el abstenerse de causar daños y el amoldarse a lo que más convenga.

Se hace consistir, igualmente, en ser allegado a los hombres y extraño a sus rencillas.

Lo es, asimismo, tolerar las insolencias de que las gentes te hacen objeto y cumplir lo que el deber exige, sin sentir por ello enojo ni desazón.

Se dice también que es buen carácter el soportar las cosas desagradables, disimulando lo mejor que se pueda.

Llamó una mujer "hipócrita„ a Málic Bendinar, y éste le contestó:

— Me has hallado un nombre que habían perdido los habitantes de Basora.

Cuenta la tradición que dijo el Profeta: "No agasajéis a las gentes con dinero, hacedlo con un semblante afable y con un trato bondadoso.„

Se cuenta que pasando Abuotsmán por la Meca, a la hora de mediodía, arrojaron sobre él una escudilla de ceniza, desde lo alto de una azotea. Enojáronse sus acompañantes y desataron sus lenguas en improperios contra quien la había arrojado.

—No digáis nada—les replicó Abuotsmán—. Quien

merece que caiga el fuego sobre él y se le despacha con ceniza, no está bien que se enoje.

Preguntaron a Ibrahim, hijo de Ádham:

— ¿Has estado alegre alguna vez en este mundo?

— Sí — contestó —. En dos ocasiones: una de ellas, cierto día en que, hallándome sentado, llegó un individuo y se orinó en mí; y la segunda, otra vez en que estando yo sentado, llegó otro y me abofeteó.

Cuando veían los chiquillos a Auís el Corní, se entretenían en tirarle piedras, y él se limitaba a decirles:

— Si es que vais a tirar, procurad que las piedras sean pequeñas y no me hieran en las piernas, porque me impedirían hacer oración.

Cuentan que llamó Alí a uno de sus pajes y éste no le contestó. Volvió a llamarlo, por segunda y tercera vez, y tampoco obtuvo respuesta. Dirigióse entonces Alí adonde estaba el muchacho, y lo encontró tumbado cómodamente.

— ¿No me has oído, muchacho? — le dijo Alí.

— Sí — le respondió.

— Entonces, ¿por qué no me has respondido?

— Pues porque estaba seguro de que no me castigarías y tenía pereza — contestó el chico.

— Márchate, que eres libre, por amor de Dios — le dijo Alí.

En estos casos, como ves, se trata de una fuerza sobrenatural que el Señor infunde en sus siervos elegidos y en sus santos más puros. ¿No has meditado en las palabras

del Señor: "Les has pintado la misericordia del Señor como dulce, fácil. Si hubieras sido severo y duro de corazón, se habrían apartado de junto a ti [1]„? Por eso lo despojó de la condición natural humana y lo revistió de los atributos propios de la divinidad, a fin de fortalecerlo para el trato con los hombres y dotarlo de la resistencia necesaria para trasmitirles el contenido de la profecía, no obstante las contrariedades que hubo de soportar, por la dureza de condición de los hombres, aun hallándose, como se hallaba, en plena posesión de la Verdad. ¡Ensalzado sea! El, con su misericordia, distingue especialmente a quien bien le place.

Según el dicho del Profeta, el hombre es ser sociable por naturaleza, y no marcha bien aquel que con nadie se junta ni nadie se junta con él.

En efecto: la palabra "humano„ se deriba en árabe de la misma raíz ADAMA, de donde se forma el verbo "componer„, porque el hombre está *compuesto* de sustancias y de formas.

A dos hombres que mutuamente se aborrecían, les dijo el Profeta: "Dios *os componga*„, para dar a entender que los hiciera amigos.

También al condimento se le llama *composición*, porque *compone* los manjares y los hace agradables.

Empléase asimismo la palabra en el sentido de "relación cordial„ en la siguiente frase que dirigió el Profeta a un individuo, a propósito de la mujer con quien trataba de casarse: "Obsérvala primero, pues preferible es esto a teneros que *componer* — es decir, *reconciliar* — después.„

1 Alc., III, 153. Estas palabras van dirigidas a Mahoma.

Se cuenta que Maruf el Corgí entró en el Tigris para hacer las abluciones, dejando a la orilla su manto y su Alcorán. Llegó una mujer y los cogió, y salió tras ella Maruf, diciéndole:

— Yo soy Maruf. Nada temas. ¿Tienes algún hijo que lea el Alcorán?

— No — respondió la mujer.

— ¿Y marido?

— Tampoco — le contestó.

— Pues entonces, dame el libro y quédate con el manto.

Se cuenta que estaba Abudsorr dando agua a sus camellos en un abrevadero, cuando llegó un individuo apresuradamente y estropeó dicho abrevadero. Entonces Abudsorr sentóse en el suelo, y poco después se tendió. Preguntáronle por qué hacía aquello, y respondió:

— Porque el Profeta nos ha mandado que cuando el hombre esté irritado, se siente, y si de ese modo no se le pasa la cólera, que se tienda.

Dijo Alí, hijo de Abutálib:

— Nosotros chocamos nuestras manos con otras que, a juicio nuestro, deberían ser cortadas.

Recomendación de Abudsorr:

— Pongamos cara sonriente ante las gentes, aunque las estén maldiciendo nuestros corazones.

De Alhárits, hijo de Cais:

— De entre los maestros de lectura alcoránica, a mí me gustan más los de semblante placentero y risueño. Y

en cuanto a aquellos otros a quienes pones cara sonriente y te acogen con gesto adusto, es verdad que te benefician con su ciencia, pero que Dios no aumente a los musulmanes el número de semejantes sujetos.

Dice Arua, hijo de Azobair, que en el Libro de la Sabiduría se halla escrito lo siguiente: "Hijo mío, sean dulces tus palabras y afable tu rostro y serás más amado de las gentes que quienes les hacen dádivas. El que frecuenta la compañía de los malos, no librará bien, y el que se junta con los buenos, logra con ello grandes beneficios.„

Se cuenta que había salido a la campiña Ibrahim, hijo de Ádham, y se le acercó un soldado, preguntándole dónde estaba el poblado. Indicóle Ibrahim el cementerio, y el soldado, furioso, lo golpeó en la cabeza. Entonces le señaló la verdadera dirección. Pasó el soldado adelante, y alguien le dijo que aquel hombre era Ibrahim, hijo de Ádham, el hombre más santo de Corasán. Al enterarse el soldado, volvió, para disculparse con él, e Ibrahim le contestó:

— Cuando me golpeaste [**128**] ya pedí al Señor que te otorgara el paraíso.

— ¿Por qué? — preguntó el hombre con extrañeza.

— Porque sé que, a consecuencia de lo ocurrido, he de recibir una recompensa de parte del Señor, y no quiero que si, afortunadamente, he logrado un bien por tu causa, te alcance a ti mal alguno por la mía.

Se cuenta que un individuo invitó a Abuotsmán el Hirí ofreciéndole un banquete. Al llegar Abuotsmán a casa del que lo había invitado, éste le dijo:

— Maestro. No hay por qué entres a mi casa, pues he desistido del convite que te ofrecí, y puedes, por lo tanto, marcharte cuando quieras.

Volvióse Abuotsmán a su casa, y cuando ya estaba en ella, se le presentó aquel sujeto, diciéndole:

— Siento lo ocurrido, Maestro. Dispénsame y preséntate en casa al momento.

Se levantó Abuotsmán y se fué con él; pero al llegar a la casa vuelve a repetirle lo mismo que la vez anterior y a darle nuevas disculpas, y así, por tercera y cuarta vez volvió Abuotsmán a presentarse y a marcharse, hasta que por fin le dijo aquel hombre:

— Maestro. Solamente trataba de probarte y de cerciorarme de cómo era tu condición. Te ruego me perdones.

Y lo colmó de elogios, a los cuales replicó Abuotsmán:

— No me elogies por una condición que encontrarás igualmente en los perros, pues también este animal cuando se le llama, acude, y cuando se le despide, se marcha.

Se alojó un mendigo en casa de Cháfar, hijo de Hándala, y éste se encargó de servirle por sí mismo.

— ¡Excelente hombre eres! — exclamó el mendigo —. ¡Lástima que seas judío!

— Mis creencias religiosas — replicó Cháfar — no se oponen a que te sean prestados los servicios que hayas menester. Pide, pues, remedio para ti, y que Dios me guíe a mí por el camino de salvación.

Encontróse Abucháfar el Camudí, el Eremita, con un soldado que llevaba consigo un perro de caza.

— Coge este perro — le dijo el soldado — y llévalo detrás de mí.

Rehusó el asceta y empezó el soldado a pegarle en la cabeza, haciéndole mucho daño.

— ¡Desgraciado! — le dijo uno que pasaba—. Que es Abucháfar el asceta.

Apeóse en el acto del caballo y besó las manos de Abucháfar, pidiéndole perdón.

— Estás perdonado — le dijo el asceta.

Y cuenta Ibrahim, hijo de Alhasán, haber oído muchas noches que, cuando Abucháfar el Camudí terminaba su lectura del Alcorán, se ponía a hacer oración y decía en sus plegarias: "Perdona, Señor, al dueño del perro y ten piedad de él.„

Hállanse escritas en el Evangelio, según dicen, las siguientes palabras: "Siervo mío, piensa en mí cuando estés enojado, y me acordaré de ti cuando me enoje.„

En sentir de un comentarista del Alcorán, las palabras del Señor: "..... y hablad bondadosamente a las gentes„ [1], quieren decir que no emplees sino buenas palabras para dirigirte a las personas con quienes trates.

Dijo Locmán a su hijo: "Hay tres cosas que solamente se conocen en tres circunstancias, y son: la bondad de carácter, en los momentos de cólera; la valentía, en la guerra, y la verdadera amistad, cuando de ella hay necesidad.„

Cuentan que un mago se hacía los vestidos en casa de Abdala el sastre y le pagaba con moneda falsa, que

1 Alc., II, 77.

Abdala aceptaba sin replicar. Fué cierto día el mago a llevarle unos dineros, y como no lo encontrara, entregó la cantidad al oficial. Negóse éste a aceptar la moneda falsa, y entonces el mago le dió moneda buena. Al regreso de Abdala, le dijo el oficial:

— Estos son los dineros del mago.

Y le refirió lo ocurrido, a lo cual le replicó Abdala:

— Has hecho mal. Ya lleva desde hace tantos años haciendo lo mismo conmigo, y siempre he admitido la moneda falsa y la he echado en el pozo para que no engañe con ella a nadie más que a mí.

Se cuenta que vió Moauía a su hijo Yazid pegando a una de sus esclavas, y le amonestó así:

— ¿Cómo maltratas a quien no puede defenderse de ti? Este abuso de poder se ha interpuesto entre mí y el más indicado para ser el heredero [1].

Observación de un filósofo:

— El origen del mal carácter se encuentra en la ruindad del corazón, y ésta reviste dos formas: una de menos alcance y más leve, que consiste en no prestarse a satisfacer los deseos de las criaturas, y otra de mayor trascendencia y peor índole, que consiste en no prestarse a satisfacer los deseos de la Suprema Verdad.

Dice El Mohasibí:

— El origen del mal carácter no es otro que la presunción, pues, ¿acaso trataría un hombre a otro con malas formas si no fuera por su vanidad y su soberbia? Movido de la vanidad, cree que nadie está más alto que

[1] Texto ذراقب leo ذراثب de acuerdo con la edición de Alejandría.

él y pierde la noción de su propio valer, dejándose arrastrar por la seducción del afán de grandeza.

Según Alhasán, las palabras del Señor: "..... y tus vestidos purifica....." [1], quieren decir: "..... y tu carácter sea bondadoso....."

Tenía un monje una oveja, y en cierta ocasión la encontró con sólo tres patas.

—¿Quién ha hecho eso con ella? — preguntó a su esclavo.

— Yo he sido — le contestó el interpelado.

—¿Y por qué lo has hecho?

— Para que tuvieras un disgusto por esta causa.

— Lo que a mí me aflige es pensar en lo que será de ti, por causa de lo ocurrido. Márchate, que eres libre.

Refiere El Bojarí, tomándolo de Abuhoraira, que contó el Profeta el siguiente caso:

Vió Jesús, hijo de María, a un hombre que estaba robando, y le preguntó:

—¿Es que robas?

— De ningún modo, ¡por Aquél que no hay más Dios que El! — respondió.

— Crees en Dios y desmientes lo que ven mis ojos — le dijo Jesús.

Dijo Alí, hijo de Abutálib:

— El alternar con gente grosera es indicio de costumbres depravadas.

1 Alc., LXXIV, 4.

Se dice que el mal carácter estrecha el corazón de quien lo posee, porque sólo da cabida en él al objeto de sus deseos, como pasa al aposento de reducidas dimensiones, donde sólo hay sitio para su dueño.

Una de las malas cualidades que tú puedes poseer es la de fijar la atención en las malas cualidades de los demás.

Preguntaron al Profeta a qué se debía el mal agüero, y contestó: "Al mal carácter.„

Refiere Abuhoraira que dijeron al Profeta:

— Pide a Dios que desate sus iras contra los politeístas.

Y les replicó:

— Solamente he sido enviado para la misericordia, no para el castigo.

Cuando Jacob hizo su testamento, dirigió a sus hijos la siguiente recomendación: "Retened bien en la memoria estos dos datos: Jamás he tratado de obtener satisfacción de palabras u obras injustas que de alguien haya recibido; no he visto buena acción que no haya divulgado, ni maldad que no haya guardado en secreto. Hacedlo también vosotros del mismo modo.„

Decía Benomar:

— Si me oís decir a algún esclavo: "¡Que Dios te confunda!„, sed testigos de que ha quedado en libertad.

Es persona de mal carácter la que no sabe dominarse cuando de ella se apodera la cólera.

El origen fundamental del mal carácter se encuentra en pretender [**129**] que los demás se adapten a ti, sin adaptarte tú a los demás; y das indicio de buen carácter,

si prefieres soportar a quien mal te trata, antes que emplear malos modales.

El sabio se reprocha a sí mismo y no reprocha a su carácter, y la señal para conocer si una persona es de las que se reprochan a ellos mismos y no a su carácter, está en que no dirijan reproches a éste.

Cuentan que Abdala, hijo de Omar, tenía a su cuidado un huérfano de muy mal carácter. Murió el muchacho y Abdala sintió por ello hondo pesar. Dijéronle que ya encontraría otro, y él les replicó:

— ¿Y a quién voy a encontrar que tenga tan mal genio como él tenía?

Tenía Yahya, hijo de Ziyá el Haritsí, un sirviente de carácter muy violento. Preguntáronle por qué había tomado semejante servidor, y respondió:

— Porque con él aprendo a tener calma.

Algunos entienden que en la frase del Alcorán: "..... derrama sobre vosotros sus gracias visibles e invisibles....." [1], estas dos últimas palabras quieren decir: *visibles,* la reprensión de las costumbres, e *invisibles,* el buen carácter.

Dijo Alfodail:

— Prefiero tener a mi lado un hombre malvado, de buen carácter, a tener un hombre piadoso, de mal genio.

Y por ventura, ¿no se infiere otro tanto del caso siguiente que la tradición nos ha conservado?

Se encontraron Juan y Jesús, hijo de María, y dijo aquél a éste:

[1] Alc., XXXI, 19.

— Me recibes con cara sonriente, como si ya te hubieras salvado.

— Y tú — replicó Jesús — me pones semblante grave, como si hubieras perdido la esperanza de conseguirlo.

A lo cual replicó el Señor de los cielos:

— El más amado por Mí es aquel de vosotros que muestra a su compañero semblante más afable.

Yo afirmo que de este modo se quiere que sea el buen creyente, y que la afabilidad de rostro y la expresión sonriente no son cosas prohibidas; lo reprobable es la adulación y el falso halago, según ya lo hicimos notar al principio del capítulo.

No hay nada de cuanto se ha dicho para explicar lo que son buenos modales, que tan bien dé idea de ellos, como aquella tradición, trasmitida por Hind, hijo de Abuhala, en la que da cuenta de la actitud en que se mantenían los concurrentes a las reuniones del Profeta, diciendo de ellos que estaban "como si tuvieran pájaros posados sobre sus cabezas„.

Claro está que quien no quiere que se marche un pájaro posado sobre su cabeza, no hace ningún movimiento, ni habla, ni parpadea, para evitar que el pájaro salga huyendo.

Dice Benalmocafa:

— Tuve yo un amigo que fué una de las personas a quienes he profesado más honda veneración, motivada, en primer término, por el poco aprecio que le merecían los bienes mundanos. Salía de junto a un sultán a quien había disipado las preocupaciones de su espíritu, sin solicitar por ello socorro alguno, ni haberse

permitido faltarle a la consideración en lo más mínimo, de pensamiento ni de obra; o salía de entrevistarse con un sultán ignorante, sin haberse propasado en cosa alguna, como no fuera por estar persuadido de que con ello le hacía un buen servicio. Era el hombre más callado de su tiempo; mas, cuando hablaba, creaba los oradores; era débil y apocado, pero, al llegar el momento en que precisaba la energía, era un león arrojado. Nunca intervenía en litigios ni tomaba parte en ninguna querella, ni prestaba declaración, hasta que no veía juez recto y testigos que ofrecieran las debidas garantías. A nadie hacía reproches por cosas de índole análoga a otras que merecieran disculpa, hasta no conocer los descargos. No se quejaba de dolor alguno sino a aquel de quien esperaba el remedio, ni de ningún amigo, como no fuera a aquel de quien esperaba el consejo provechoso para ambos a dos. Jamás se disgustaba ni se encolerizaba, ni castigaba al contrario por causa del amigo, ni desamparaba a éste ni reservaba exclusivamente para sí el fruto de sus meditaciones, su habilidad ni su fuerza.

Considera atentamente este modo de conducirse, y si no eres capaz de seguirlo totalmente, más vale tomar poco que abandonarlo todo.

Oyó un filósofo a un individuo vituperar los tiempos aquellos en que vivía y a las gentes de su época, porque, según decía, los hombres se habían pervertido, y no quedaba nadie de quien se pudiera ser amigo, y le replicó el filósofo:

— Eso es porque quieres encontrar un amigo que, si tú lo agravias, no se vengue; un amigo del cual consigas

lo que pretendas, sin corresponder tú con otro tanto; un amigo de viaje, cuyas provisiones te comas, sin que él obtenga nada de ti; un amigo a quien trates despóticamente y se aguante, y como no es regular lo que pretendes, no hallas lo que necesitas. Pero si quieres un amigo que te agravie sin que tú te vengues; que te trate despóticamente sin que le impongas el merecido castigo, y que se coma tus provisiones de viaje sin conseguir tú de su parte cosa alguna, encontrarás amigos y compañeros y personas de la mayor intimidad. Yo soy el primero que me hago amigo tuyo.

Observaciones acerca de la diferencia que existe entre la adulación y la afabilidad.

El que es afable, obra bien. El que adula, peca.

Es ésta una cuestión en la que la mayoría de las gentes están confundidas, y adulan, creyendo que son afables. Mas la adulación es cosa de que se recomienda abstenerse, mientras que la afabilidad es cosa cuya práctica se recomienda.

Dice el Señor, a propósito de la adulación: "..... quisieran que tú los adularas, para adularte ellos a ti„ [1].

Y acerca de la afabilidad, dijo el Profeta:

— Lo más importante de cuanto hace el talento, después de creer en Dios, es demostrar cariño a las personas, y ordeno ser afables con las gentes, con el mismo rigor con que ordeno cumplir las obligaciones religiosas de precepto.

Ten en cuenta que cuando la afabilidad se desnaturaliza, se convierte en adulación. Esta consiste en hala-

1 Alc., LXVIII, 9.

gar a las gentes aun en ocasiones en que tu piedad sufre con ello menoscabo, y la afabilidad en contradecirles si es preciso, para que tu piedad quede a salvo. Así sucedió cuando el Señor reveló a Mahoma el versículo del Alcorán que antes se cita, pues los Coraixíes habían dicho a Mahoma:

— Adora a nuestros dioses durante un año y creeremos en ti.

Rehusó Mahoma y le pidieron que durante un mes. Tampoco aceptó, y le pidieron que un día; después, que una hora, y también se negó. Por último, le dijeron:

— Tócalos con la mano y creeremos en ti.

Quedóse el Profeta pensando sobre ello y sintió impulsos de hacerlo, con tal que creyeran; mas entonces le fué revelado el versículo: "..... quisieran que tú los adularas, para adularte ellos a ti„.

Y le dijo Dios: "Si no te hubiéramos fortalecido con la fe, tú habrías cedido, pues ya estabas a punto de inclinarte hacia ellos. En tal caso, te habríamos hecho probar las desdichas de la vida y las de la muerte„ [1].

Se da un caso de adulación, por ejemplo, cuando dices a un tirano: "Dios alargue tu vida„, porque quien desea larga vida a un tirano desea que se multipliquen sus pecados contra Dios.

Esta explicación debe ser tenida muy en cuenta por todo aquel que abriga una fe sincera.

Hubo un alfaquí que discurrió un medio hábil de eludir el compromiso [2], valiéndose de palabras de doble sentido. Fué el alfaquí de Córdoba, Benalhadar, el cual

1 Alc., XVII, 76.

2 De ser amable, sin menoscabo de la piedad.

tenía un vecino [**130**] cristiano que le hacía todos los encargos y le prestaba muy buenos servicios. El alfaquí le dirigía constantemente frases como, por ejemplo: "¡Dios te dé larga vida! ¡Dios te tome por compañero! ¡Dios dé frescura a tus ojos! Me complace a mí lo que a ti te complace. ¡Dios disponga que llegue mi día antes que el tuyo!„, y fuera de éstas, no le dirigía otras palabras. De ello estaba el cristiano muy satisfecho y complacido; pero no faltó quien reprendió al alfaquí por lo que estaba haciendo, y él replicó:

— Cuando yo profiero invocaciones en favor suyo, lo hago valiéndome de expresiones de doble sentido, cuya verdadera intención es bien conocida del Señor. Con mis palabras "Dios te dé larga vida y te tome por amigo„, quiero dar a entender que Dios lo conserve largo tiempo, pagando el impuesto de capitación, y que lo tome por compañero inseparable del castigo. Al decir: "Dios dé frescura a tus ojos„, mi intención es que se paralicen los movimientos de los mismos, por caer sobre ellos un velo que impida moverse a sus párpados. Mis palabras: "Me complace a mí lo mismo que a ti te complace„, se refieren a la salud, la cual me alegra a mí igual que a él, y cuando digo: "Dios disponga que llegue mi día antes que el tuyo„, quiero decir que Dios, con su misericordia, disponga que llegue el día de entrar yo en la gloria antes que el día en que él, por su infidelidad, ha de entrar en el infierno.

CAPÍTULO LVI

De la injusticia: daños que origina y funestas consecuencias que de ella se derivan.

DICE el Señor: "Los que no juzgan con arreglo a las instrucciones que el Señor les ha comunicado desde lo alto, son unos impíos.„ Añade, además: "Los que no juzgan conforme a las instrucciones que el Señor ha hecho descender de lo alto, son injustos„, y por último: "Los que no juzgan conforme a las instrucciones que el Señor ha hecho descender de lo alto, son unos infames„ [1]. De modo que, a quien no sentencia con arreglo a las normas establecidas por Dios y su Enviado, le cogen de lleno las tres notas de impiedad, injusticia e infamia.

Dice también el Señor: "No cuentes con que Dios se desentienda de aquello que hacen los hombres injustos„ [2].

Decía Ahmed, hijo de Hadruya:

— Si se me autorizara para servir de intercesor, lo sería, ante todo, en favor del injusto opresor, porque estoy cierto de que al oprimido ha de prestarle sus consuelos el mismo Dios, como se infiere de sus palabras: "No

1 Alc., V, 48, 49 y 51.
2 Alc., XIV, 43.

cuentes con que Dios se desentienda de lo que hacen los hombres injustos.„ Tanto, que no he realizado viaje alguno que no haya aprovechado, para que durante él alguien me maltrate y me mortifique, movido por mi deseo de recibir los consuelos que Dios destina para los oprimidos.

Maimún, hijo de Mahrán, estima que las palabras contenidas en el versículo que se cita son más que suficientes para amenaza contra el opresor y consuelo para el oprimido.

Hacía notar Caab a Abuhoraira que en la Ley de Moisés se encuentran estas palabras: "Al que comete injusticia se le arruina la casa.„ Y, a su vez, Abuhoraira le hizo observar que también en el Libro de Dios se dice lo mismo en estos términos: "Aquellas son sus mansiones desoladas, por haber cometido injusticias„ [1]. La injusticia es, en efecto, lo que más contribuye a la privación del bienestar y al desencadenamiento de la desgracia.

En el *Sahih*, de Móslem, se hallan las siguientes palabras que pronunció el Señor por boca de Mahoma:

"Siervos míos. Prohibo que se cometa injusticia alguna contra Mí y ordeno, asimismo, que sea cosa prohibida entre vosotros. No seáis, pues, injustos unos para otros.

„Siervos míos. Todos vosotros vivís en el error, fuera de aquellos a quienes yo guío por el camino recto. Pedidme, pues, que os guíe, y yo os guiaré.

„Siervos míos. Todos estáis hambrientos, excepto aquellos a quienes Yo alimento. Pedidme que os mantenga, y os mantendré.

„Siervos míos. Todos estáis desnudos, menos aquel

[1] Alc., XXVII, 53.

a quien yo visto. Pedidme, pues, que os vista, y os vestiré.

„Siervos míos. Día y noche estáis pecando, y Yo perdonando todos los pecados. Pedidme, pues, que os perdone, y os perdonaré.

„Siervos míos. Si el corazón de todos vosotros, hombres y genios, desde el primero hasta el último, fuera como el de uno cualquiera de vosotros que en mayor grado siente el temor hacia Mí, no por eso se acrecería mi poder.

„Siervos míos. Si el corazón de todos vosotros, hombres y genios, estuviera henchido de soberbia para conmigo, en el grado que lo pueda estar el corazón de aquel que con mayor intensidad la sienta, no por ello amenguaría mi poder en cosa alguna.

„Siervos míos. Si desde el primero hasta el último de vosotros, hombres y genios, os situarais en un mismo paraje a dirigirme vuestras peticiones y yo concediera a todos, uno por uno, lo que de mí pretendiera, no por ello disminuiría mi patrimonio, ni aun en la proporción en que disminuye el mar, cuando en él penetra una aguja.

„Siervos míos. Yo llevo cuenta de vuestras acciones, y con arreglo a ellas os doy el pago. Por lo tanto, el que reciba un bien, que dé gracias a Dios, y a quien alcance algo que no sea un bien, que no reproche a nadie, sino a sí mismo.„

Este pasaje fué trasmitido por Abuidrís el Jaulaní, el cual lo recogió de Abudsorr, y éste, a su vez, del Profeta. Siempre que Abuidrís lo citaba, hincaba las rodillas en tierra.

Palabras del Profeta, trasmitidas por Abdala, hijo de Omar:

"La injusticia se convertirá en tenebrosa oscuridad en el día del juicio.„

Del mismo, trasmitidas por Benabbás:

"Temed a la plegaria que a Dios dirige la víctima de la injusticia, porque para ella no existe portero que le impida llegar a la presencia del Señor.„

Otras que trasmite Abuhoraira:

"Si alguien ha agraviado a su prójimo en el buen crédito o en alguna otra cosa, dele satisfacción de su agravio antes que sean inútiles para el caso dracmas ni dinares, porque si el opresor contaba con acciones meritorias, será despojado de ellas en la proporción de las injusticias por él cometidas, y si no tenía buenas acciones en su abono, se tomará de las malas acciones cometidas por su prójimo agraviado y le serán aplicadas a él.„

Said, hijo de Zaid, oyó decir al Profeta:

"Quien comete injusticia por un palmo de terreno, verá su cuello rodeado por una cosa que tiene siete veces la longitud de aquella tierra.„

Esto significa, según Abucháfar el Tahauí, que la tierra en cuestión se volverá una sierpe pelada, la cual se le arrollará al cuello, ateniéndose a que el mismo Profeta, con referencia a los que se niegan a pagar la limosna, dice así: "..... tras él vendrá su hacienda, el día del juicio, en forma de una sierpe pelada que lo perseguirá, gritándole: "Yo soy tu hacienda; yo soy tu tesoro.„ Y la interpretación de Abucháfar está de acuerdo asimismo con las palabras del Señor, que dicen: "Los bienes que retuvieron avaramente se les arrollarán al cuello, como un dogal, el día del juicio„ [1].

[1] Alc., III, 176.

Palabras del Profeta, trasmitidas por Abuhoraira:

"La tardanza del rico en efectuar sus pagos es una injusticia.„

Trasmitidas por Abumusa el Axarí:

[**131**] "El Señor tolera al tirano que disponga de largo tiempo para cometer iniquidades, con objeto de que luego no halle medio de escapar al castigo.„ Y después recitó estas palabras del Alcorán: "Así trata el Señor, cuando castiga a las ciudades donde la injusticia impera. Sus castigos son ciertamente dolorosos„ [1].

Cuenta Anas que dijo el Profeta en una ocasión:

—Socorre a tu prójimo, tanto si es injusto, como si es víctima de la injusticia de otro.

Uno que lo escuchaba, replicó:

—¿Cómo es eso? Yo lo ampararé, si lo atropellan; mas, ¿cómo voy a ampararlo, si quien atropella es él?

—Sujetándole la mano por arriba—le dijo el Profeta.

Pensamientos de la misma procedencia, trasmitidos por Abuhoraira:

"Hay dos clases de condenados al infierno—¡no vean mis ojos gentes de semejante ralea!—que no entrarán al paraíso, que no aspirarán sus aromas, a saber: unos sujetos que llevan unos vergajos, como colas de buey, con los cuales pegan a las gentes, y unas mujeres que visten igual que si fueran desnudas y caminan balanceándose y pavoneándose de un modo que parecen sus cabezas gibas de camello del Jorasán„ [2].

[1] Alc., XI, 104.

[2] Traduzco así este pasaje, ateniéndome a otra versión del mismo que figura en *Tacholarús* (VIII, 123), cuya redacción difiere en algún punto de la que figura en el Tortuxí.

Dice el Señor: "Siempre que nos hemos propuesto aniquilar una ciudad, hemos empezado por enviar nuestro mandato a las gentes bien acomodadas de la misma. Mas éstas prevaricaron, y así dieron lugar a que justamente fulminaramos contra ellos nuestro decreto de exterminio„ [1].

El precedente versículo es susceptible de dos interpretaciones. Una de ellas: "Les hemos mandado ser obedientes y han prevaricado.„ Esto es: "Se han apartado de la obediencia al Señor.„ La segunda interpretación que cabe, según explica el Madaní, es: "Hemos multiplicado cuantos elementos son útiles, prodigando, además, sobre ellos abundantes bienes de fortuna y se han rebelado contra el Señor, tratándose, además, entre ellos con manifiesta injusticia.„ En esto se fundaba el Profeta para decir: "La riqueza más preciada es una reja de arado y una yegua fecunda„, o sea, "que da abundantes crías„.

Habéis de saber que hasta las alimañas y los reptiles maldicen el pecado.

Mochehid afirma que cuando sobreviene en el mundo alguna grave perturbación, exclaman las bestias: "Esto sucede a causa de los pecados de los hombres.„

Este es el caso a que aluden las palabras del Señor: "A éstos los maldice Dios y los maldicen los maldicientes„ [2].

Las siguientes palabras del Profeta, que la tradición nos ha conservado, guardan también relación con el hecho apuntado: "Morirá la cría del lagarto, por los pecados de los hombres.„

[1] Alc., XVII, 17.
[2] Alc., II, 154.

Y esto es cosa que se explica perfectamente, porque a consecuencia de los pecados de los hombres, se abstiene la lluvia de caer, lo cual impide que broten las plantas de la tierra, y el resultado es que mueran toda clase de bestias y alimañas.

Oyó Abuhoraira a un individuo que decía:

— El hombre injusto sólo se perjudica a sí mismo — y le contestó:

— ¿Sí? ¡Por Alá!, que hasta la avutarda muere extenuada en su guarida a consecuencia de la injusticia del tirano.

También afirma Abenmasud que el pecado del hombre mata las crías del lagarto.

En el *Sahih,* de Móslem, se hallan las siguientes palabras del Profeta: "Quien atropella los derechos de un individuo musulmán, por razón de sus creencias, es condenado por Dios al fuego, y por el mismo Dios se le niega la entrada en el paraíso.„ Preguntóle uno:

— ¿Y si es una cosa pequeña?

— Aunque sea una ramita de alerce — le respondió.

Asegura Benabbás que nunca se ha dado el caso de que impere el fraude entre las gentes de un pueblo, sin que entre ellos hayan sido frecuentes las muertes violentas; cuando las gentes han hecho uso de pesas y medidas faltas, se han visto privados de los medios necesarios para subsistir; si en algún pueblo se ha sentenciado sin atenerse a la justicia, en él se ha derramado la sangre copiosamente, y todo pueblo que ha violado sus pactos, se ha visto sometido al yugo de los enemigos.

Decía un filósofo:

—Al ir a ejecutar un acto injusto, acuérdate de la justicia del Señor para contigo, y al hacer uso del poder, piensa en el poder que Dios tiene sobre ti. No sientas admiración hacia aquel que derrama la sangre con mano pródiga, porque para él hay también un matador que no muere.

Cuentan que un rey hizo grabar en su lecho la siguiente inscripción:

«No seas tirano, aun teniendo poder para serlo,
porque la tiranía lleva tras sí el arrepentimiento.
Tus ojos se entregan al sueño; mas la víctima está vigilante,
pidiendo a Dios contra ti, y los ojos de Dios no duermen.»

Nos recitó el jefe de los jueces, Abuabdala el Damaganí, en Bagdad, los siguientes versos:

«Cuando te propongas realizar algún acto injusto contra los siervos de [Dios,
acuérdate del espanto del día del juicio.
Pues, ciertamente, en el día de las venganzas serán las injusticias
mala provisión para aquel que las lleva en su bagaje, cuando marcha [a la otra vida.»

Contó Sahnún, hijo de Said, que decía Yazid, hijo de Hátim, el sabio:

—Jamás he experimentado por causa alguna el terror que siento cuando un hombre, a quien he tratado injustamente y del cual sé que no tiene otro auxilio que el de Dios, me dice: "¡Que sea Dios quien te pida cuentas! ¡Que sea El quien sentencie nuestro pleito!„

Dijo Bilal, hijo de Said:

—Temed a Dios por causa de aquellos que no tienen otro valedor sino El.

Refiere Abusolimán el Daraní que cuando los hermanos de José se presentaron a éste, él los reconoció, y

ellos no lo reconocieron a él, porque llevaba un velo sobre el rostro. Quedóse a solas con el mayor, que era hijo de la hermana de su madre, y le preguntó:

— ¿Qué instrucciones te ha dado tu padre?

— Estas cuatro — respondió.

— ¿Cuáles son?

— Hijo mío. No te dejes arrastrar por las pasiones, porque te abandonará tu fe, y ésta conduce a la gloria, al paso que las pasiones arrastran al fuego del infierno; no hables demasiado de aquello que no te concierne, porque desmerecerías a los ojos del Señor; no juzgues mal de Dios, porque no escucharía tus plegarias, y no cometas injusticias, porque el paraíso no se ha hecho para los que proceden injustamente.

Estaba un día llorando Alí, hijo de Alfodail, y le preguntaron la causa de su llanto.

— Lloro — respondió — de pensar si aquel que me ha tratado injustamente no encuentra medio de justificarse, el día de mañana, cuando comparezca ante la presencia de Dios.

Compuso Mahmud el Uarrac los siguientes versos:

«Yo cedo a mi opresor la vejación que me ha causado,
y la dejo a sabiendas en favor suyo.
Pues ya lo veo extender hacia mí sus manos suplicantes
(mi piedad reconoce que ha procedido a impulsos de su ignorancia).
Vuélvense en contra suya las infamias por él cometidas, y yo,
con mis bondades, convierto en doble la gravedad del daño.
[132] Puesto que el día de mañana me veré loado y recompensado,
mientras que él sólo alcanzó el vilipendio y la dura sanción.
El persevera en sus agravios, y yo en mi compasión hacia él,
en términos tales, que, a causa de su iniquidad, me inspira tan honda [pena
Como si al juzgarnos hubieran de beneficiar a él las buenas acciones
que yo realicé, y yo hubiera de sufrir las consecuencias de las maldades
[por él cometidas.»

Cuenta la Tradición que dijo el Profeta: "Dice el Señor. Mi cólera se enciende contra todo aquel que tiraniza a quien no tiene más valedor que yo.„

Refiere Abenmasud que cuando el Señor libró del castigo a las gentes de Jonás, éstos repararon todas las injusticias que habían cometido, hasta el punto de que hubo quien arrancó las piedras de los cimientos en que estaban colocadas, para devolverlas a sus legítimos dueños.

Sostiene Tsaur, hijo de Zaid, que las piedras colocadas ilícitamente en una construcción, dan lugar a que el edificio se derrumbe. Y hay quien asegura que si el paraíso, aun siendo la morada eterna, se hubiera cimentado sobre piedras aprovechadas sin derecho, estaría expuesto a hundirse.

Dice el Sabio que la justicia es protectora y la injusticia vejatoria, puesto que el proceder justo atrae sobre ti aquello que es para tu bien, mientras que los actos de iniquidad te convierten en el blanco de los más duros contratiempos.

Ten, por tanto, mucho cuidado con aquel a quien no defiende más escudo que la seguridad de que todo vejador ha de incurrir en el divino enojo, y no dispone de más arma que la súplica al Señor, pidiendo un cambio de situación política.

Refiere Málic Bendinar haber leído en un libro lo siguiente: "¡Turba de tiranos! Vosotros no formaréis parte del grupo donde estarán las gentes que me dedican sus loores, porque cuando ellos me nombran, yo pienso en ellos, para hacerlos objeto de mi misericordia, y en vosotros sólo pienso cuando me nombráis, para lanzaros mis maldiciones.„

Según explica Abuimama, llegará el opresor al puente

del infierno, y allí le saldrá su víctima al encuentro y dará a conocer las vejaciones de que le ha hecho objeto. Y todos aquellos que hayan sido atropellados, irán denunciando desafueros de sus injustos perseguidores, hasta llegar al número suficiente para desvirtuar a éstos todas las buenas obras que tuvieran en su abono. En el caso de que en ellos no se hallaran buenas obras, se les acumularán tantas maldades de las cometidas por sus víctimas cuantos sean los actos tiránicos que con ésta han llevado a cabo, a fin de que los arrojen en la más profunda sima de la mansión del fuego.

En el *Sahih,* de Móslem, se cuenta que hallándose en Damasco Hixem, hijo de Háquim, pasó junto a unos hombres a quienes habían expuesto al sol. Derramó aceite sobre sus cabezas, y preguntó:

— ¿Qué es esto?

— Que los han castigado por cuestión de tributos — le contestaron.

— Pues yo — repuso él — oí decir al Profeta: "Castigará Dios a quienes castiguen a las gentes en el mundo.„

Me contó lo siguiente en Alejandría uno de los que se dedican a la enseñanza de la Teología:

Había aquí un personaje, inspector de los recaudadores de tributos, encargado de la vigilancia de los mismos, al cual vi en sueños después de su muerte, y le pregunté:

— ¿De dónde vienes?

— No me lo preguntes — respondió.

Repetí la pregunta y me contestó lo mismo. Volví a preguntar otra vez, y entonces me dijo:

—Del infierno.

—¿Y hacia dónde vas?

—Hacia una mansión semejante a aquella de donde he salido.

—¿Cómo te has encontrado por allí?

—¡Cómo me he de encontrar! Han puesto mi carne en un mortero y la han machacado, dejándola como si fueran sesos.

Me refirió lo siguiente un individuo de los que se consagran al cultivo de la ciencia y al ejercicio de la piedad:

—Vi en sueños a Fulano, el vendedor, después de su muerte, y le pregunté:

—¿Qué ha hecho Dios contigo?

—Estoy privado de entrar en el paraíso —respondió.

—¿Y por qué ha sido eso?

—Ha sido porque uno de los días en que yo estaba vendiendo en mi tienda, se me aglomeró la gente, y yo iba cogiendo las monedas de cada uno y echándomelas en la boca. Cuando me quedaba un momento desocupado, les pesaba las monedas que me dieron y entregaba a cada cual lo que le correspondía. Revolviéronse en la boca las últimas que me quedaban, y al uno de los que faltaban le entregué lo que pertenecía a la plata del otro, la cual pesaba un gramo menos que la suya.

De esto se me han pedido cuentas y ha resultado un gramo en contra mía.

—Pues entrégaselo —le dije yo—, y ya te salvarás.

Y se puso a retorcerse las manos, y a exclamar con desesperación:

—¿De dónde se lo voy a entregar? ¿De dónde se lo voy a entregar?

Y así lo estuvo repitiendo varias veces.

Se cuenta que cuando fué arrojado Jonás a la playa desierta, hizo el Señor brotar un árbol de bananas [1], bajo cuya sombra se albergaba Jonás. Secóse el árbol aquel y Jonás rompió a llorar. Entonces el Señor le dijo:

—¡Lloras por causa de un árbol que has perdido, y no lloraste por cien mil personas o más a quienes querías que yo destruyera!

Preguntaron a Benasamac el Asdí, en la época de Moauía:

—¿Cómo dejas a las gentes?

—Entre una víctima, cuyos derechos no son respetados, y un tirano, cuyas vejaciones no tienen límite.

Dice un filósofo:

—El más pobre de las gentes es aquel que mayores adquisiciones ha realizado por medios ilícitos, porque con las injusticias cometidas no ha hecho sino recibir en préstamo lo que forzosamente ha de reintegrar.

Contó uno que hallándose en presencia de Omar, hijo de Abdelaziz, se puso a mencionar a Alhachach, y el que lo oía empezó a hablar de él en forma insultante y ofensiva, a lo cual le replicó Omar:

—Es verdad que las gentes causan graves daños con

[1] Vid. Alcorán, traducción Kasimirski, pág. 367, n. 2.

sus actos injustos; pero si el oprimido se pone a injuriar y a maldecir al opresor, hasta compensarse de la iniquidad de que ha sido objeto, entonces es el opresor quien tiene contra él todos los derechos.

Contó Amrú, hijo de Dinar, que un individuo del pueblo de Israel iba diciendo a gritos:

— ¡Aquel que me vea, que no trate a nadie injustamente!

Era un hombre a quien faltaba un brazo, desde la parte del codo; iba llorando, a la vez que decía:

— ¡Aquel que me vea, que no trate a nadie injustamente!

Preguntáronle por qué estaba así, y contestó:

— Yendo de camino, por la orilla del mar, en una playa de Siria, pasé junto a un nabateo que había pescado nueve peces. Cogí uno de ellos, y como el pescador se opusiera a que me lo llevara, le di un golpe en la cabeza. Aquel pez me había dado un pequeño mordisco en el dedo pulgar, y apenas habíamos terminado de comérnoslo, me apareció la gangrena en el dedo mordido. Los médicos estuvieron de acuerdo en que había que cortarlo, y después que lo hicieron, se pasó la gangrena a la mano, luego a la parte anterior del brazo, y, por último, a la parte alta del mismo. ¡Aquel que me vea que no trate a nadie injustamente! Salí de casa, y cuando marchaba por la campiña, encaminándome a que me cortaran el brazo, pasê junto a un árbol, a cuya sombra me puse a descansar, quedándome dormido. Durante mi sueño oí una voz que me decía: "¿Para qué vas a cortarte el brazo? Repara su derecho a quien debas reparárselo.„

[133] Me dirigí en busca del pescador, y le dije:

— Siervo de Dios. Soy tu esclavo. Concédeme la libertad.

— No te conozco — me replicó.

Lo enteré de quien yo era, y rompió a llorar, exclamando, entre sollozos:

— Estás en libertad.

En el momento que lo dijo, cayeron muertos los gusanos de mi brazo y se me calmó el dolor. Entonces le pregunté:

— ¿Qué pediste al Señor para mí?

— Pues — respondió — cuando me pegaste en la cabeza y cogiste el pescado, elevé mis ojos al cielo, y exclamé, llorando:

— ¡Oh, Señor! Yo declaro que eres justo y amas la justicia, y que esto es un acto de justicia que realizas. Declaro asimismo que eres la Verdad y amas la verdad; que me creaste a mí y lo creaste a él, y que has dispuesto que él sea fuerte y yo débil. Yo te pido a Ti, que me creaste y lo creaste a él, que lo hagas servir para ejemplo a tus criaturas.

Dijo Moauía:

— La persona más llamada a perdonar es aquella que cuente con mayor poder para vengarse, y la más falta de entendimiento, la que atropella a un inferior.

Un filósofo clasifica la injusticia en tres especies, a saber: injusticia que Dios no perdona; injusticia de la que Dios no se desentiende, e injusticia de la que Dios no hace caso. La injusticia que no perdona es la de asociar a Alá otros dioses; aquella de que no se desentiende es la que se comete contra sus siervos, y la que a Dios

no le importa es la que realizan los siervos en lo relativo a las cosas que median entre ellos y su Creador.

Dice Maimún, hijo de Maharán: "Aquel que cometa una injusticia contra alguien y le haya escapado la ocasión de repararla, que pida perdón a Dios, al fin de todas las oraciones, y yo espero que Dios lo librará de las consecuencias que le aguardan.„

Cuenta Yúsuf, hijo de Asbat, que murió un apóstol, causando su muerte hondo pesar a las gentes. Lamentáronse de lo ocurrido ante el Mesías, y éste se dirigió a la sepultura del apóstol, poniéndose a orar sobre ella. En el acto resucitó Dios al muerto, el cual se presentó con unas sandalias de fuego puestas en los pies. Preguntóle Jesús la causa de aquello, y contestó:

— ¡Por Alá!, que jamás he cometido pecado alguno. Lo ocurrido fué tan sólo que pasé junto a una persona con la cual se estaba cometiendo un atropello, y no lo auxilié. Por eso me han puesto estas sandalias.

Yo te recomiendo que si cometes contra alguien actos reprobables, ruegues a Dios por él y le pidas que lo perdone, como hizo Moisés cuando maltrató a Aarón, agarrándole por la barba y por la cabeza, y después, al cerciorarse de que estaba limpio de toda culpa, por el hecho realizado y de que los israelitas lo acataban a él, con preferencia a su hermano, y lo escuchaban, para abandonar el culto del becerro, exclamó: "¡Señor! Perdónanos a mí y a mi hermano, y acógenos en tu misericordia, pues Tú eres el más misericordioso entre los misericordiosos.„

Cuenta la Tradición que el pueblo de Lot tenía diez hábitos, que fueron la causa de que Dios los exterminara. Tenían la costumbre de hacer sus necesidades en los campos, bajo los árboles frutales, en las aguas corrientes y en las orillas de los ríos. Arrojaban guijarros contra las personas, hasta hacerlas saltar sangre. Cuando se juntaban en sus reuniones, se presenciaban en ellas las cosas más abominables, tales como expulsar ventosidades, darse palmaditas en la nuca, etc. Cuando iban a hacer sus necesidades, se quitaban antes las ropas. Se entregaban a la mayor de las abominaciones, esto es, a la sodomía.

Dice el Señor: "¿Tendréis comercio carnal con los hombres? ¿Los atacaréis en los caminos? ¿Cometeréis abominaciones en vuestras reuniones?„ [1].

Poníanse a jugar cuando estaban en el baño, se tiraban bolitas de barro, tocaban el adufe, bebían vino, se cortaban las barbas, pasaban largas horas entregados a la bebida, se cambiaban los licores de unos vasos a otros, usaban afeites.....

A esto se añadía en aquel pueblo el buscarse las mujeres unas a otras.

El que aquellas gentes se entregaran a la sodomía fué debido a lo siguiente: Gozaba el país de gran abundancia de frutas que se producían en huertos y en las mismas casas; pero vino una gran sequía, a consecuencia de la cual escasearon los frutos. Entonces dijeron: ¿Cómo vamos a defender nuestras frutas para que nadie toque a ellas? Y acordaron que todo aquel que encontraran en los huertos sería objeto de actos sodomíticos y pagaría una multa de cuatro dracmas, y así lo hicieron. No ha habido

[1] Alc., XXIX, 28.

nadie en el mundo, antes que ellos, que realice actos semejantes.

Según Benabbás, el origen de semejante depravación estuvo en que, cuando aquellas gentes empezaban a darse a ella, se les presentó el demonio en figura de un mancebo de lo más hermoso que han visto las gentes, con el cual realizaron actos torpes, y desde entonces se aficionaron a seguirlos cometiendo.

Dice Abulatahía:

«¿Acaso no es, ¡por Alá!, una infamia la injusticia?
Mas quien con ella sale perjudicado es el tirano.
Ante el juez del día del juicio compareceremos,
y ante Dios estarán juntos los adversarios.
Pregunta a los días por los pueblos que pasaron,
y te informarán los sabios y los documentos.»

Cuentan que tenía Anuxiruán un maestro, excelente educador, del cual estuvo recibiendo lecciones hasta que adquirió el dominio de las ciencias. Un día le pegó el maestro, sin que él hubiera cometido ninguna falta, haciéndole mucho daño, por lo cual le cogió el discípulo profundo rencor. Cuando, al cabo del tiempo, ocupó el trono, le preguntó:

— ¿Por qué me pegaste sin motivo, el día tal?

— Pues — respondió — porque al advertir el grandísimo afán de saber que te dominaba, esperaba que el poder vendría a tus manos, después de tu padre, y quise hacerte probar el sabor de la injusticia para que tú no fueras injusto.

Y Anuxiruán prorrumpió en exclamaciones de asombro y admiración.

CAPÍTULO LVII

Vituperio de la delación y la maledicencia; abominación de las mismas; acciones indignas que con ocasión de ellas se cometen, y funestas consecuencias que acarrean.

DICE el Señor: "No te dejes llevar de aquel que jura en todos los casos y que es un ser despreciable, mordaz, detractor, que estorba la práctica del bien, transgresor, criminal, cruel y bastardo„ [1].

Menciona [134] el Señor en el Alcorán diversas especies de gentes sin religión, de herejes y de partidarios de la trinidad de Dios; de gentes del siglo, de tiranos, libertinos y otros del mismo jaez, y a ninguno de ellos hace objeto de sus dicterios, lanzándolos únicamente contra los detractores, en los versículos citados. Con esto te basta para comprender la ruindad, la vileza y la humillante degradación que en sí lleva la maledicencia.

El anterior versículo fué revelado aludiendo a Alualid, hijo de Almoguira, en términos muy exactos. El "mordaz„ es el que habla mal de las gentes, royéndoles las carnes; el detractor de la humanidad. Según la definición

[1] Alc., LXVIII, 10, 11, 12 y 13. Añade el texto: «Aun cuando posea riquezas y numerosos hijos.»

de Alhasán el Basorí, es aquel que revela las faltas de su prójimo en las reuniones; es, en una palabra, el maldiciente difamador.

El calificativo de "cruel„ se emplea en el lenguaje usual en sentido de "grosero„, derivándolo de la palabra árabe "atl„, cuya raíz significa "rechazar con fuerza y con violencia„. Para Alí y Alhasán el Basorí, es el "inhumano, de carácter malvado„. Benabbás lo toma en el sentido de "hombre sin conciencia, violentamente arrebatado„. Para Obaid, hijo de Omair, es "el que come y bebe bárbaramente, forzudo, arrebatado, que se pone en la balanza y no pesa ni una *xaira*„. En sentir de Iman, es "el hombre bárbaro, de duras entrañas, innoble e intratable„. Entiende Mocátil por tal término "el hombre corpulento„. Indica el Quelbí que al hombre fuertemente apegado a su incredulidad se le denomina entre los árabes con el término referido, y también se dice que ese término sirve para designar al que disputa con violencia, vanamente.

El "bastardo„ es aquel a quien no se le conoce padre.

Dice Hasán, hijo de Tábit:

«Eres un bastardo, que te has colgado de la familia de Hixem
como se cuelga la flecha suelta de la espalda del caballero.»

Dice otro:

«De ignorado origen; no se sabe quién sea su padre.
De madre prostituta, goza del concepto más vil.»

La mayor parte de los tradicionistas hacen constar que el individuo a quien los insultos iban dirigidos no había sido reconocido por su padre hasta después de los dieciocho años.

Confirmando lo expuesto, también los antiguos soste-

nían que no hay calumniador respecto de cuyo origen no haya algo que decir.

Hablaba mal un sujeto de cierta persona en presencia de Bilal, hijo de Abuborda, siendo éste gobernador de Basora, y le replicó:

— Retírate, que voy a hacer averiguaciones acerca de ti.

Efectuadas tales averiguaciones, resultó que aquel sujeto no era hijo de legítimo matrimonio, es decir: era adulterino.

Afirma Abumusa el Axarí que no hay quien sienta odio hacia las gentes, a no ser el hijo de unión ilícita.

También se dice que el mal nacido lleva sobre su cerviz un estigma que lo da a conocer, lo mismo que se distingue a la oveja que lleva la oreja pendiente, por haberle dado un corte en ella.

Cuenta Benabbás que cuando el Señor profería aquellos insultos tan ofensivos, no sabían a quién iban dirigidos, hasta que dijo "bastardo„ (palabra de cuya raíz se deriva también la que designa esa señal que se hace a las reses, mediante un corte en la oreja), y entonces comprendieron que se dirigía a él, porque tenía un corte en la oreja, por el cual se distinguía, lo mismo que se distingue la oveja señalada de ese modo.

A propósito del mismo tema, dice también el Señor: "¡Oh, fieles creyentes! Si algún depravado os trae cualquier nueva, procurad confirmarla bien, no sea que, por ignorancia, causéis a las gentes cualquier mal„ [1].

[1] Alc., XLIX, 6.

Fué revelado este versículo aludiendo a Abulualid, hijo de Ocba, hijo de Abumoait, a quien había enviado el Profeta con una misión para los Banualmostálic, después de la batalla. Entre el Enviado de Dios y aquellos a quienes se dirigía el emisario mediaban hondos resentimientos desde los tiempos de la idolatría. Salieron, sin embargo, al encuentro del mensajero por consideración al Profeta; mas él, al verlos, se asustó y se volvió al lado del Profeta, diciéndole:

—Me han rehusado las limosnas y han pretendido matarme.

Enojóse por ello el Profeta; mas después de las averiguaciones convenientes, se encontró con que era falso cuanto Abulualid había dicho. Entonces fué revelado este versículo, y el Señor le llamó *depravado*.

También hacen referencia al caso las palabras del Señor: "Dan oídos a la impostura, comen ávidamente cosas ilícitas....." [1].

De donde se infiere que el Señor hace partícipes de la maldad tanto al que escucha como al que habla, y equipara a ambos en el vituperio, lo cual es señal cierta de que quien escucha es juzgado como detractor.

Entre las cosas que se cuentan del Profeta, referentes a la materia de que aquí se trata, hállanse las siguientes:

Refiere Móslem, en el *Sahih*, haber oído a Hamam referir el siguiente caso:

Hallándonos, en cierta ocasión, al lado de Hodsaifa, vinieron a decir a éste que un hombre había llevado la noticia a Otsmán, hijo de Afán, y replicó Hodsaifa:

[1] Alc., V, 46.

— Oí decir al Profeta que no entrará en el paraíso ningún chismoso.

En otra versión se dice: "Maldiciente.„

Se cuenta que preguntó el Profeta a sus gentes:

— ¿Queréis que os explique quiénes son los peores de entre vosotros?

— Sí — respondieron.

— Pues son los que se ejercitan en la calumnia, los que introducen la malquerencia entre los amigos, los que desean que los demás tengan defectos.

De él trasmite Abuhoraira las siguientes frases:

"Malditos los que tienen dos caras; malditos los que tienen dos lenguas; maldito el que anda trayendo y llevando; maldito el chismoso; maldito el bienhechor.„

"El que anda trayendo y llevando„, es el que excita a las gentes, unos contra otros, lanzando entre ellos la semilla del odio; el calificativo de "chismoso„ se refiere al calumniador, y el de "bienhechor„, al que echa en cara los favores que otorga.

Cuenta Benabbás que pasando el Profeta por un lugar, cerca de dos sepulturas que estaban juntas, exclamó:

— Los dos serán castigados, y no lo serán por gran cosa: el uno, porque no se abstenía de orinar, y el otro, por calumniador.

Cogió una ramita tierna, la dividió en dos mitades y plantó cada una de ellas sobre una tumba.

— ¿Por qué haces esto? — le preguntaron.

— Por si, mientras se secan, les alivian en algo los sufrimientos — respondió.

El aliviar los sufrimientos era debido a la virtud que él les comunicó con sus manos.

Por lo que se refiere a la delación ante el sultán y ante quienes ejercen la autoridad y el poder, es una perdición y una muerte. Lleva consigo juntamente todo cuanto hay de execrable en la calumnia, la villanía de la maledicencia, el lanzar inconsideradamente a la ruina personas y haciendas, el descrédito de los hogares y de las calidades, el deshonor de las gentes honradas, el hundir un prestigio arraigado y privar a las personas [**135**] del rango que ostentan. Cuánta sangre no ha hecho derramar un delator con su delación, cuántos hogares no han sido destruídos por las calumnias de un detractor, cuántos seres unidos por leal afecto se han distanciado, cuántos constantes amigos se han apartado el uno del otro, cuántos bien amados se han odiado, cuántos compañeros se han huído mutuamente y cuántos esposos se han divorciado. Tema a Dios el hombre cuyos días trascurren dichosos y a quien el destino ha dejado vivir tranquilamente, para no atender a ningún chismoso ni escuchar a ningún difamador.

Cuenta Abencotaiba que dijo el Profeta:

— No entrará en el Paraíso ningún ojeador ni ningún arrancador.

Por "ojeador„ se entiende el que junta los hombres con las mujeres, recibiendo tal calificativo porque (como en la caza) "ojea„ los unos hacia los otros; y el "arrancador„ es el soplón que murmura de las personas ante los príncipes, porque hace objeto de sus murmuraciones

a las personas que gozan de prestigio ante el soberano, consiguiendo con su maledicencia que éste las "arranque„ del lugar que ocupaban en su estimación.

Cuenta Caab que padecieron las gentes una terrible sequía, en tiempos de Moisés. Salió éste, acompañado de los israelitas, a hacer rogativas, mas no lograron el bien de la lluvia. Salieron por segunda vez y tampoco llovió, y a la tercera le dijo Dios:

— No accederé a lo que me pedís tú y los que te acompañan, porque hay entre vosotros un delator.

— ¡Señor! ¿Quién es? — le dijo Moisés — , para que le arrojemos de entre nosotros.

— ¡Oh, Moisés! — le replicó el Señor —. Conque os prohibo a vosotros la delación y voy yo a llevarla a cabo.....

Arrepintiéronse de sus culpas y el Señor les envió la lluvia.

En una entrevista que tuvieron el obispo Nachrán y Omar, hijo de Aljatab, habló aquél del siguiente modo:

— Príncipe de los Creyentes. Guárdate de quien mata a los tres.

— ¿Y quién es el que mata a los tres? — preguntó Omar.

— Aquel que comunica al príncipe falsas denuncias, puesto que, si éste las admite, el falso delator se ha dado muerte a sí propio, ha sido causa de que muera la persona a quien se refiere el informe y de la muerte del príncipe.

— ¡Ojalá no te viera apartado! — le replicó Omar.

También hemos encontrado una antigua sentencia que dice: "La persona más odiada para Dios es la que da muerte a los tres."

El Asmaí da acerca de ella la misma explicación que acaba de consignarse, pues dice que esa persona es la que hace una acusación calumniosa contra su prójimo, porque da lugar con ella a la perdición del prójimo, a la suya propia y a la del príncipe.

Hablábase de la maledicencia, en presencia de Almamún, y éste exclamó:

— Aun cuando sólo cometieran los detractores la falta de que, cuanto más verdad dicen, más odiados son de Dios.....

Dijo un sabio persa:

— La verdad es un preciado ornato para todo el mundo, en tanto no haga uso de ella para la maledicencia, pues cuanto más veraz es el maldiciente, tanto más vil y más ruin resulta.

Cuentan que un individuo acusó a un vecino suyo ante Algualid, hijo de Abdelmélic, y éste le advirtió:

— Por el pronto, ya me he enterado de que eres un mal vecino. Ahora, si te parece, enviaré alguien que te acompañe, y caso de que se compruebe ser cierto lo que dices, te habrás hecho aborrecible para mí; mas si has mentido, te impondré un castigo. ¿O quieres, más bien, que te deje marchar en paz?

— Déjame marchar, Príncipe de los Creyentes — le contestó el hombre.

— Ya te dejo — le contestó Algualid.

Con cuánto acierto procedió Alejandro cuando le denunciaron a un individuo, y dijo al denunciador:

— Si quieres, tomaré en cuenta lo que acabas de manifestarme acerca de tu prójimo; pero con la condición de que también he de tomar en cuenta cuanto él me diga contra ti; y si quieres, te dejo absuelto.

— Absuélveme — le respondió.

— Absuelto estás — dijo Alejandro — . Abstente de hacer el mal, y los demás se abstendrán de hacértelo a ti.

Una cosa que sorprende, en términos que no cabe superar, es el hecho de que si alguien da ante ti testimonio en juicio, a propósito de un haz de hierba, no concedes valor alguno a tal testimonio, hasta no haberte informado por las gentes acerca de si el testigo es hombre digno de crédito, justo, fiel, de vida honesta, etc.; y en cambio, lo acusa a ti directamente de algo que lleva tras sí muertes y ruina de haciendas y, sin más, das oídos a la delación.

Cuenta Yahya, hijo de Zaid, que cuando envenenaron a Alhasán, hijo de Alí, le pidió que lo enterara de quién le había envenenado. Y, con los ojos inundados de lágrimas, le contestó Alhasán:

— ¡Hallándome, como me hallo, en el último trance de esta vida y el primero de la otra, me mandas que acuse a nadie!.....

Dijo un hombre al Mahdí:

— Tengo que hacerte una denuncia.

— ¿Y tu denuncia, es en mi provecho, en el del pue-

blo musulmán o en el tuyo propio? — le preguntó el Mahdí.

— En provecho tuyo — respondió el hombre.

Y el Mahdí le replicó:

— No es mayor la depravación ni es más vil la condición del delator que la de quien le da oídos. Una de dos: o es que tienes envidia del bienestar de alguien, y yo no he de curarte del disgusto que sientas por ello, o es que tienes algún enemigo, y tampoco voy yo a castigar a los enemigos que tú tengas.

Después, dirigiéndose al pueblo, les dijo:

— ¡Oh, gentes! Que nadie venga a mí con otras denuncias que con aquellas que sirvan para complacer al Señor o para mejorar la condición de los musulmanes.

Se cuenta que un individuo presentó a Alfádal, hijo de Sahl, una denuncia contra determinada persona, y le puso Alfádal al dorso de su escrito: "Para mí está peor admitir que hacer una delación, porque ésta es sólo un indicio y el admitirla es aprobarla. Y no es igual el que presenta indicios de una cosa que quien los acepta y procede en consecuencia, sino que es peor el que hace que el que dice.„

Cuentan que cierto individuo envió una denuncia a Almansur y éste le puso en el reverso: "Es ésta una denuncia con la cual no se busca agradar a Dios; y para mí no merece contestación quien me antepone al Señor.„

Refieren que un hombre dijo a Almamún:

— Príncipe de los Creyentes. ¡Dios, Dios con los historiadores! Pues son unos sujetos que, si les hacen dádi-

vas, dicen embustes, y si se las rehusan, también los dicen, porque, al gratificarles, elogian mintiendo, y al no recibir gratificación, denigran, mintiendo igualmente.

— ¡Magníficas palabras! —exclamó Almamún—. Qué grande es su mérito y qué evidente su acierto.

Y dió orden de que fueran debidamente comprobados los extremos acerca de los cuales trataran los historiadores.

Decía Meruán, hijo de Zambáa el Abasí:

— Abasíes. Retened en la memoria estas tres cosas que os digo: el que os trae noticias, las lleva también de vosotros; absteneos de contraer matrimonio con gentes de mala estirpe; acrecentad el número de los amigos tanto como os sea posible, y reducid el de los enemigos hasta donde podáis, porque de éstos lo probable es que los haya en demasía.

Decía un filósofo: "Estad prevenidos contra los enemigos de los entendimientos y los ladrones de cariños.„ Son los chismosos y maldicientes, los cuales, así como los ladrones roban las haciendas, ellos roban [**136**] el amor que las criaturas se profesan.

Dijo el Sabio de los árabes:

— Guárdate de los chismosos, porque son enemigos de tu recto discurso y ladrones de tu equidad, toda vez que introducen en tus palabras y en tus acciones una desviación de su propio camino.

Hay un proverbio corriente, que dice: "Quien se deja llevar del chismoso, pierde al amigo.„

Se corta el árbol y vuelve a brotar, se hace con la espada una herida en la carne y se cicatriza; pero la herida causada por la lengua, ésa no se cura.

Nadie está tan obligado a fijarse atentamente en las graves perturbaciones que acabamos de enumerar, las sentencias que aquí hemos trasladado y normas de conducta que recomendamos, como aquel a quien Dios ha concedido la suprema autoridad y lo ha colocado en el mundo en lugar preeminente; porque si quien tiene en las manos el poder se deja llevar de acusadores, es segura la ruina total del universo.

Decía un sabio:

— Aquel que quiera librarse de cometer iniquidades y desee conservar los amigos, constitúyase él, por sí mismo, en recto juez de lo que entre él y los demás medie, juzgue con absoluta equidad y no tome en consideración lo que el uno diga del otro o de él mismo, sin haberlo comprobado con testigos y estar seguro de que éstos son verídicos, porque si en nosotros nace un cariño, fundado en lo que digan unas gentes, y odiamos por razón de lo que digan otras, llegará momento en que nos arrepentiremos.

Una de las medidas más perspicaces adoptadas por el Señor con respecto a la maledicencia, cuando advirtió los graves perjuicios que de ella se derivan, la gran difusión de sus perniciosos efectos y lo muy generalizados que entre la humanidad se hallan sus terribles daños, fué la de disponer que el maldiciente sea un ser de vil condición, con el fin de que no se tomen en consideración sus palabras, y de este modo queden las criaturas a salvo del mal que de ellas resultaría.

Dijo Abenomar:

—Los emisarios de Dios son los peregrinos, y los emisarios de Satanás esos sujetos que los sultanes envían a los pueblos, y al preguntarles después cómo los han encontrado, cuentan al sultán que están satisfechos, no estándolo.

Sabed que Dios ha creado al hombre con diferentes designios, de los que aquí no hemos de tratar, porque son en gran número, y el estudio detallado de los mismos resultaría excesivamente prolijo. Creó Dios los sentidos más nobles, órganos útiles y delicadísimos, mas ninguno de ellos tan valioso como la lengua, por ser ésta el instrumento de la palabra y de la expresión de las ideas, y, por tanto, el medio de que el Señor se valió para establecer la distinción entre el hombre y las bestias y realzarlo sobre las restantes especies del reino animal. Así se lo hace presente, al principio de la Sura del Misericordioso, diciendo: "El Misericordioso enseñó el Alcorán, creó al hombre, le enseñó el modo de hacerse entender....." [1].

También creó en él órganos de vil condición que inspiran repugnancia, como son los que sirven para expulsar los residuos de la comida y bebida. Pues bien, cualquiera que se ocupe en rebuscar las inmundicias de la conversación, esto es, en referir a los demás los deslices cometidos por las personas, deslices que, con respecto a la conducta de los hombres, representan lo mismo que los lugares vergonzosos en el cuerpo, puesto que unos y otros se ocultan y se encubren, ese individuo hace servir el más noble de los instrumentos en el más vil de los me-

[1] Alc., LV, 1, 2, 3.

nesteres. Hace igual que quien lamiera a otro el ano con la lengua, empleando su órgano más preciado en el más innoble de entre todo género de vilezas repugnantes.

Es como si hallara complacencia en desempeñar dentro de la especie humana el papel que entre los volátiles desempeña la mosca, la cual va buscando los lugares infectos del cuerpo y evitando los sitios limpios, y a él también le resultara enojoso divulgar las buenas acciones. Mas todo el que posee una condición es porque es digno de ella.

En relación con este asunto, dice un antiguo refrán: "Si no eres sal que conserva, no seas mosca que corrompe.„ Y este otro: "Quien no pueda poseer todas las virtudes, procure apartarse de todo vicio.„

Cuando el príncipe anda indagando los hechos vergonzosos de los vasallos, fomenta entre ellos la rebeldía.

Cuentan que en cierta ocasión se disponía el Profeta a salir, cuando oyó reír a alguno de sus compañeros, y se abstuvo de salir al lugar en que aquéllos se hallaban, para evitar que en su corazón surgiera la animadversión hacia ellos.

Si el que escucha noticias acerca de las gentes supiera qué crimen comete contra su alma, estimaría que la sordera es más beneficiosa para su vida material y más provechosa para su vida espiritual que oír tales noticias.

¡Oh, tú, quien quiera que seas! ¿Qué hacen los que trasmiten noticias? Comunicarte una verdad o una mentira. Pues bien, si das oídos a una mentira, serás de aquellos acerca de los cuales dice el Señor: "Dan oídos a la

impostura, comen ávidamente cosas ilícitas.....„ [1]. Y si lo que escuchas es verdad, te ves cargado con el peso de una preocupación, con el corazón oprimido, por causa de las criaturas, lleno de odio contra ellas, ocupado en seguir los malos pasos que da la humanidad y hecho depositario de sus inmundicias. Aprendiste lo que ha debido permanecer oculto, y guardas en la memoria cosas que han debido ser olvidadas.

A más de esto, tampoco puedes ejercer la justicia guiándote por lo que cualquiera te diga, porque si eres dueño del poder, exterminarías a los vasallos, y no está en tus atribuciones exterminar al pueblo; y si eres un particular, no podrás desahogar tu cólera, entra la perturbación en las ideas que abrigas acerca de tu prójimo y aborreces a quien debieras amar y amas a quien debieras aborrecer. De aquí resulta que constantemente estarás sufriendo desaires, aumentarán las antipatías y los odios y llegará para ti un día en que cada uno que hable dirá cosas que llenarán tu pecho de aflicción. ¡Qué libre se halla el hombre sensato de semejante calamidad!

Acertado estuvo Amrú, hijo de Alás, cuando, según cuentan, uno que disputaba con él le dijo:

— Si vivo, ¡por Alá!, que sin cesar me estaré ocupando de ti.

Y él le contestó:

— Pues acabas de desprestigiar la ocupación a que vas a dedicarte.

[1] Alc., V, 46.

CAPÍTULO LVIII

De las represalias. Razón de su existencia.

DICE el Señor: "En las represalias está vuestra vida, gentes de entendimiento„ [1]. Quiere con ello significar que al saber el asesino y el bandolero que se tomarán represalias contra él, se abstiene, por miedo, y no se atreve a realizar el hecho punible, y por esta abstención resulta que en las represalias está su vida y también la de aquel contra quien tramaba sus maquinaciones.

Refiere Abenmasud que dijo el Profeta:

— Lo que ante todo ha de exigirse a las gentes es la reparación de los delitos de sangre.

Y Abuhoraira trasmite estas otras frases, atribuídas igualmente a Mahoma:

— Todo aquel [137] que deba a su prójimo la satisfacción de algún agravio, cúmplasela, porque después no llegarán el dracma ni el dinar a tiempo para evitar que se le descuenten buenas obras de las que haya realizado, con el fin de adjudicarlas a su prójimo, y si no tuviere

1 Alc., II, 175.

buenas obras de donde desquitarle, se tomen de las malas que su prójimo haya cometido y le sean aplicadas a su cuenta. Es ésta una tradición auténtica, consignada en El Bojarí.

Y si se objetara que el texto citado se halla en contradicción con las palabras del Señor: "Ningún alma soportará el peso de los pecados que otra haya cometido„ [1], y que, por tanto, cómo se va a imponer al opresor el castigo de los pecados que el oprimido haya llevado a cabo, contesto que con ese versículo se quiere significar que nadie será castigado por delitos anteriormente cometidos por otro.

Lo que yo sostengo es que si el agraviado no obtiene la debida satisfacción del daño recibido, él es quien resulta beneficiado con la mala acción, y así lo declara el Señor, al decir: "Soportarán sus cargas y otras, a más de las suyas„ [2].

Refiere Abusaid el Jodrí que dijo el Profeta:

— Los creyentes se librarán del fuego, mas se les obligará a detenerse sobre un puente situado entre el paraíso y el infierno, para que tomen unos de otros las debidas represalias por los desafueros de que hubieran sido objeto mientras vivieron en el mundo, y una vez hayan ajustado sus cuentas y expiado sus culpas, se les permitirá la entrada en el paraíso. ¡Por Aquél en cuyas manos se halla mi espíritu!, que desde aquel punto será guiado al puesto que en el paraíso se le reserva, más derechamente que desde el lugar en que se encontraba durante su permanencia en la tierra.

1 Alc., VI, 164; XXXV, 19.
2 Alc., XXIX, 12.

Se cuenta que el Profeta anunció antes de morir lo siguiente:

— Si alguien ha recibido de mí cualquier agravio, que llegue y se vengue en mi propia persona.

Levantóse Siuar, hijo de Gazia, y le dijo:

— Enviado de Dios, tú me pegaste en la barriga, la noche de Alacaba, y me hiciste mucho daño.

Contestóle el Profeta:

— Anda, véngate.

— Es que — replicó Siuar — cuando tú me pegaste estaba con la barriga descubierta.

Descubrióse el Profeta la barriga, que era como un lienzo de finísimo lino, como un lienzo de Egipto, e inclinándose Siuar, le dió en ella un beso.

— ¿A qué viene eso, Siuar? — le preguntó el Profeta.

— Enviado de Dios — respondió —, es que se acerca el encuentro con los infieles y no sé lo que sucederá, y he querido, por si es mi último testimonio de fidelidad, darte un beso en el vientre.

De modo que, siendo nada menos que el Enviado de Dios, daba satisfacción del daño causado a costa de su propia persona, no obstante haberle sido perdonados por el Señor todos sus pecados pasados y venideros. Pero es que sabía que el Señor no pasa por alto, sin castigo, las violencias de que los hombres se hacen objeto unos a otros. Es tanta su justicia, que no deja sin su merecido correspondiente ningún desafuero, lo mismo si es un profeta quien lo ha cometido que si es cualquier otro.

En la Tradición consta que en el día del juicio pronunciará el Señor estas palabras: "Sería yo injusto si de-

jara pasar cualquier desafuero que alguien haya cometido.„

Se dice que el adversario de David hará comparecer a éste el día del juicio ante la presencia de Dios, el cual sentenciará en contra de David y en favor de su adversario. En virtud de esta sentencia, David será entregado a Urías a título de indemnización. Después pedirá el Señor que se lo ceda y, a cambio de la entrega de David, obtendrá Urías la gloria.

Cuenta Habib que llegó Omar, hijo de Afán, a su casa, a tiempo que su criado estaba echando pienso a una camella que tenía. Por si en aquel pienso había algo que no debía haber, cogió Omar al muchacho por la oreja con tanta fuerza, que le causó en ella unas lesiones. Arrepintióse después de haberlo hecho, y dijo al criado:

— Ven a cobrarte en mí del daño que te he hecho.

Rehusaba el muchacho; pero el otro insistió y, al fin, le hizo acercarse y cogerle la oreja. Entonces Omar le dijo:

— Haz daño —. Y repetía: — Aprieta, aprieta. Hasta que comprendió Omar que había llegado a tanto como él, y entonces exclamó:

— ¡Cuánto más valen los castigos de este mundo que las penas de la otra vida!

Cuenta Aun, hijo de Abdala, que llamó el Profeta a un sirviente que tenía, y como éste no quisiera hacerle caso o estuviera durmiendo, dirigiéndose a él el Profeta le dijo:

— Si no fuera por las represalias, te pegaría hasta que te doliera.

Refiere Benuahab, en su *Muata*, tomándolo de Benhixab, que el Profeta y los dos califas consentían que se tomara venganza en sus mismas personas, para dar ejemplo, y siendo, como eran, soberanos, no cometían ningún desafuero de propósito deliberado.

En el *Sahih*, de Móslem, consta, tomándolo de Abuhoraira, que preguntó el Profeta:

— ¿Sabéis quién es el que verdaderamente está perdido?

— A nosotros nos parece que es aquel que carece de dineros y de hacienda — respondieron. A lo cual replicó él:

— El más perdido de entre las gentes es aquel que llevando consigo el día del juicio oraciones, ayunos y limosnas, antes de llegar haya injuriado a éste, calumniado a aquél, se haya comido los bienes de uno, derramado la sangre de otro o maltratado a estotro; porque a cada uno de ellos le ha de ceder buenas obras de las que él haya realizado, y si se acaban las buenas obras antes que haya satisfecho todo cuanto tiene a su cargo, se tomarán pecados que los otros hayan cometido y se le aplicarán a él, y entonces será arrojado al fuego.

Según refiere Málic, llegó a sus noticias que cuando Abubéquer el Verídico ejercía el cargo de califa, maltrató a golpes a un hombre, y arrepentido después de haberlo hecho, exclamó:

— ¿Qué tengo yo que ver con ese cargo para no haberlo rehusado a quienes me lo ofrecieron?

Aixa, que lo oyó, hizo llamar a Omar, el cual se presentó a Abubéquer, y éste le habló así:

— He pegado a un hombre y bien podía haberme evitado el castigo que por ello me espera.

— Así ha de suceder a todo el que rige un pueblo — replicó Omar.

— ¿Y qué medio hay para impedirlo? — preguntó Abubéquer.

— Ir donde esté ese hombre y pedirle que te perdone.

Y fueron los dos y le pidieron perdón.

Estos rasgos demuestran que tanto ha de ser objeto de la sanción el príncipe como el vasallo, cuando cualquiera de ellos realiza un acto de injusta violencia. Y si es el príncipe el que agravia al vasallo, queda desposeído de la autoridad que sobre él ejerce en lo relativo al caso relacionado con la transgresión, y en aquel asunto es el príncipe igual que uno cualquiera de sus súbditos, para el hecho de emplazarse mutuamente ante el Juez Supremo.

Decía Omar:

— Yo envío mis gobernadores para que instruyan a las gentes en su religión, para que distribuyan entre ellos el botín y hagan prevalecer la justicia en sus litigios; mas no para que azoten a piel desnuda y les arranquen el cabello. Aquel a quien trate injustamente un gobernador, no tiene sobre sí otra autoridad que la mía, mientras yo no repare la injusticia con él cometida.

Y le replicó Amrú, hijo de Alas:

— ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! De modo, Príncipe de los Creyentes, que si [138] un hombre castiga a otro sometido a su autoridad, ¿darás satisfacción a éste a costa del ofensor?

— ¿Por qué no he de dársela — respondió Omar —,

si vi que el Profeta satisfacía los daños por él causados a costa de su propia persona?

Discrepan las opiniones de las gentes en la cuestión relativa a si los irracionales han de ser o no objeto de represalias, como discrepan asimismo acerca de si ha de haber para ellos juicio final.

Según Benabbás, no hay para ellos más juicio final que su muerte, igual que ocurre con todos los demás seres, excepción hecha de los hombres y los genios, los cuales sí expiarán sus culpas el día del juicio final.

La mayoría de los comentaristas sostienen que habrá para ellos resurrección e imposición de penas.

Abenhabib, dice: "..... resucitarán las bestias....."

Cutada sostiene que resucitarán todos los seres, hasta las moscas.

Dice Abulhasán el Axarí:

— No nos persuadimos en absoluto de que hayan de presentarse al juicio final los irracionales, los locos y aquellos a quienes no llegaron las exhortaciones para abrazar la verdadera fe, sino que consideramos igualmente admisible que comparezcan y entren en el paraíso o no comparezcan.

Pero existe una prueba evidente de que, en definitiva, su comparecencia es cosa segura, en las siguientes palabras del Señor: "Y cuando las bestias salvajes sean reunidas en grupos....." [1].

Y estas otras: "No habrá animal que camine por el suelo ni pájaro que vuele con sus alas, que no forme una

[1] Alc., LXXXI, 5. Menciona el hecho como uno de los varios que tendrán lugar el día del juicio.

agrupación, lo mismo que vosotros la formáis.....„, hasta donde dice: "..... después serán agrupadas en presencia de su Señor.....„ [1].

Refiere Móslem, en su *Sahih*, tomándolo de Abuhoraira, que dijo el Profeta:

— En el día del juicio, todo el mundo alcanzará la reparación a que tiene derecho; hasta a la oveja mocha le será permitido vengarse de la oveja con cuernos.

Cuenta Abudsorr que estaban riñendo dos ovejas, en presencia del Profeta, y preguntó éste:

— ¿Sabéis por qué pelean?

— No lo sé — respondí.

— Pues Dios sí lo sabe — replicó —, y sentenciará en su pleito.

Decía Abudsorr:

— Había ya trascurrido largo tiempo desde que el Profeta nos abandonó, y hasta el hecho de que un pájaro agitara sus alas en el cielo, nos servía de motivo para recordar alguna enseñanza que de él hubiéramos recibido.

Abudsorr sostiene que se pedirán cuentas a la piedra por la herida que haya causado al hombre en el dedo del pie.

En una tradición, cuya autenticidad garantizan Móslem, El Bojarí y otros, se cuenta que dijo el Profeta:

[1] Alc., VI, 38. Se refiere a los grupos que se formarán con las diferentes clases de seres para comparecer ante la presencia de Dios el día del juicio final. Después de haberse formado grupos distintos con cada clase de seres, se reunirán todos a su vez, para presentarse ante Dios.

— Aquel de vosotros que venga a mí, teniendo a su cargo un bramido de camello, un mugido de vaca o un balido de oveja, será echado a lo largo sobre el suelo llano, y allí lo pisotearán esos animales con sus pesuñas y lo toparán con sus cuernos. Conforme vayan pasando sobre él, el que primero pasó volverá a pasar el último.

Estas frases iban dirigidas a aquellos que se abstienen de practicar la limosna.

A juicio de Abulhasán, no cabe aplicar sanciones a los irracionales, porque no son sujeto de obligación moral, y no se hallan, por tanto, sujetos a responsabilidad. Y los argumentos que en favor de tales sanciones se aducen, tales como las palabras del Profeta: "..... será permitido a la oveja mocha que se vengue de la oveja con cuernos„; "Se pedirán cuentas al caballo de por qué ha hecho rasguños a otro„, etc., tienen únicamente el valor de ejemplos destinados a poner de relieve el extremado rigor con que se procederá para el ajuste de cuentas, y hacer ver, asimismo, que la víctima ha de alcanzar necesariamente la debida reparación a costa del ofensor.

El maestro Abuishac el Isfaraini rechaza esta opinión, y sostiene, en su *Compilación brillante*, que tendrán efecto para ellos las represalias, pues, según afirma, cabe admitir que, cuando estaban en el mundo, se dieran cuenta del decreto divino estableciendo las represalias, y de aquí que haya de regir para ellos la ley en virtud de la cual se imponen.

En estas palabras del maestro hay una parte de verdad, pues, efectivamente, las caballerías distinguen entre lo que aprovecha y lo que daña, puesto que huyen del

palo y van tras el pienso; el perro se aleja cuando se le echa, y se enfurece cuando se le azuza, y el pájaro y el animal silvestre huyen de las fieras, para librarse de los daños que de ellas habrían de recibir.

Sin embargo, en el mundo eximen las leyes de la pena de muerte a los seres irracionales, porque, como ya se advierte, la pena es un castigo impuesto como sanción de un delito que se comete contraviniendo los preceptos legales, y, por lo tanto, las bestias se hallan exentas de responsabilidad, ya que están desprovistas de entendimiento y no ha venido a ellas ningún profeta a enseñarles precepto alguno. Porque no es sólo el hecho de estar dotados de inteligencia lo que os impone a vosotros, los seres racionales, obligaciones superiores a aquellas a que las bestias se hallan sometidas. En esto disentimos de las palabras del maestro, "..... que se dieran cuenta del decreto divino, estableciendo las represalias.....„, porque el entendimiento, por sí solo, no está obligado a cosa alguna, como lo acreditan las siguientes palabras del Señor: "Nosotros no castigamos, sin haber enviado antes un profeta„ [1].

Hay, pues, que contestar que las bestias no son sujeto de obligación moral, por cuanto ésta exige necesariamente el conocimiento del profeta y de Aquél que lo envía, y este conocimiento es operación privativa de los seres dotados de razón, o sean, los hombres y los genios. Mas aun cuando no pese sobre ellas una obligación basada en la voluntad, esto no es obstáculo para que el Señor haga con ellas lo que bien le plazca. Así, las ha sometido al trabajo y al sacrificio, mientras se hallan en el

1 Alc., XVII, 16.

mundo, sin que nada se oponga a ello, puesto que Dios con su poder lleva a cabo cuantos beneficios o castigos estima conveniente. Y si es posible imponerles sufrimientos antes de morir, también puede imponérselos después de muertas.

El versículo citado se dirige a quienes conocen al Enviado y a Quien lo envía.

Mas si en el mundo se hallan los irracionales exentos de responsabilidad exigida por la ley, después sí les alcanzará la debida sanción por el proceder que entre sí observen unos para otros.

En El Bojarí constan las siguientes palabras del Profeta:

— Matad a los lagartos, por su altivez con Abraham.

Según esas palabras, ha de imponerse una pena a estos animales irracionales a consecuencia de malas acciones que llevaron a cabo otros de su linaje, en lo cual hay una demostración de que el Señor castiga en virtud del poder que posee para hacerlo, no por razón del pecado que se haya cometido.

También Moisés castigó a la yegua que sacudió sus vestidos, descubriendo ante las miradas de los hijos de Israel los lugares de su cuerpo que la decencia exige tener ocultos. Así cuenta El Bojarí que lo refirió el Profeta, explicando que Moisés había pegado con la vara a la yegua, y cuando huía, le decía Moisés: "Mi vestido, yegua; mi vestido, yegua.„ Y dice Abuhoraira: "¡Por Aquel en cuyas manos se halla mi alma!, que le hizo seis o siete verdugones.„

En sentir de los comentaristas, la piedra a que se alude en las palabras del Señor: "Serán su combustible los

hombres y las piedras„ [1], es la piedra que en el mundo ha dañado a las personas.

Cuentan que pasando el Mesías junto a una montaña, [**139**] oyó que ésta lanzaba tristes gemidos; preguntóle de qué se quejaba, y le respondió el monte:

— Porque he oído decir al Señor: "Serán su combustible los hombres y las piedras„, y no sé si entre esas piedras estaré yo o no estaré.

Algunos entienden las palabras de Benabbás "no hay más juicio final para ellas que su muerte„, en el sentido de que se congregarán para recibir una especie de expiación de sus culpas, que entre ellas existe, y después acabarán por convertirse en polvo. Mas esto se halla muy lejos de la verdadera interpretación de Benabbás, porque el juicio final es una reunión, y en la muerte de las bestias no hay tal reunión, sino, antes al contrario, la separación de unas de ellas de las otras y la disgregación de sus miembros.

Y Benabbás añade: "Solamente se congregarán ante su Señor„, porque la reunión será ante el Señor, volviendo a ellas la vida y congregándose ante El.

[1] Alc., II, 22; LXVI, 6. Se refiere al fuego del infierno, donde arderán los infieles.

CAPÍTULO LIX

De la alegría tras la tribulación.

DICE el Señor: "El es quien envía la lluvia, cuando ya los hombres habían perdido la esperanza de recibirla„ [1]. Y añade: "¿Acaso Aquél que atiende al oprimido, cuando implora su ayuda, que lo pone a salvo de la desgracia.....?„ [2], y en otro lugar: "Ciertamente, junto a la aflicción se halla el gozo„ [3].

Y refiere Alhasán que, cuando fué revelado este versículo, exclamó el Profeta:

— Regocijaos, que ya tenéis con vosotros el gozo, puesto que una aflicción no prevalecerá contra dos gozos.

Y replicó Abenmesaud:

— ¡Por Aquél en cuyas manos está mi alma! Si la aflicción estuviera oculta en una madriguera, allí irían a buscarla los dos gozos.

Aun cuando en el versículo que dice: "Junto a la aflicción se halla el gozo„, esta palabra se halla en singular, ha de entenderse como si dijera "dos gozos„, porque el

1 Alc., XLII, 27.
2 Alc., XXVII, 63.
3 Alc., XCIV, 5. Repítese el versículo.

versículo está repetido y el nombre "aflicción„ va determinado las dos veces, mientras que el nombre "gozo„ está indeterminado, y conforme al uso corriente entre los árabes, cuando repiten un nombre determinado se entiende que las dos veces es el mismo, y si lo repiten indeterminado entonces se entiende que son dos.

Dice un poeta:

«Si contra ti lanza el destino un infortunio
que lleva consigo graves y terribles adversidades,
Tras las que vienen duras calamidades que rápidamente se suceden
y la menpr de las cuales hace enojosa la vida,
Sopórtalas pacientemente y resígnate a esperar su término,
porque cuando las desgracias empiezan a encadenarse, cobran apego
[a la víctima,
Y cuando las mismas, con su violencia, han agotado tus fuerzas,
te dejan completamente a salvo de ellas y se disipan.»

Dice Benabbás que el llevar las mujeres cinturón débese principalmente a que, en una época remota, se lo puso la madre de Ismael, para borrar el efecto de preferencia de que era objeto sobre Sara [1]. Después se llevó Abraham a ella y a su hijo, al que todavía amamantaba la madre, y los abandonó en las inmediaciones del lugar

[1] Así interpreta el pasaje *Tacholarús* (VII, 77). Explica que el citado cinturón tenía por objeto sujetar el vestido de las mujeres para elevar la parte inferior del mismo e impedir de este modo que sus bordes fueran pisados cuando las mujeres se dedicaban a sus faenas domésticas. Puede suponerse que la citada prenda constituía signo de servidumbre y humillación para aquella que lo usara. Según la tradición musulmana, la esposa legítima de Abraham, llevada de sus celos por las preferencias de que su esposo hacía objeto a la esclava Agar, juró arrancar a ésta un pedazo de carne de su cuerpo para afearla. Después todo quedó reducido, según unos, a practicar en ella la circuncisión (Mirkhond, Rauzat-us-Safa) o a agujerearle las orejas, según otros (قصص الانبيا del ثعلبى, 57).

donde actualmente se levanta el templo de la Meca, en una arboleda que había sobre Zemzem, más arriba de la mezquita. Entonces no habitaba nadie en la Meca y no había agua por aquellos contornos.

Allí la instaló, dejándole un saco de dátiles y un odre de agua. Se alejó después Abraham, para marcharse, y echó tras él la madre de Ismael, diciéndole:

— ¿Dónde vas, Abraham, dejándonos abandonados en este valle, en el que no hay ser humano y en el que nada se encuentra?

Repitió varias veces la pregunta, sin que Abraham la escuchara, y entonces ella prosiguió:

— ¿Acaso te ha mandado Dios que hagas esto?

— Sí — respondió Abraham.

— Si así es, no permitirá que perezcamos — replicó ella, y se volvió.

Prosiguió su marcha Abraham, y al llegar al desfiladero, donde ya no podían verlo, volviendo el rostro hacia la Santa Casa, dirigió al Señor esta plegaria, con las manos levantadas al cielo: "Señor mío. He dejado a mi familia en un valle desolado, junto a tu Santa Casa....." [1], hasta llegar a "..... agradecerán.....".

Allí continuó la madre de Ismael, dando el pecho a su hijo y bebiendo de aquel agua. Por fin se agotó la que tenía el odre y empezaron a padecer sed ella y su hijo. Al contemplar la madre cómo el niño se retorcía de dolor, se marchó, para no sufrir viéndolo de aquel modo.

Vió la colina de Safa, que era la altura más próxima,

1 Alc., XIV, 40. Sigue el versículo: «..... haz que practiquen la plegaria; inclina en favor de ellos los corazones de los hombres; cuídate de su subsistencia, y ellos te lo agradecerán.»

en las inmediaciones del sitio donde se encontraba y subió a la cima, encaminándose desde allí hacia el valle, por si en él encontraba a alguien; mas no vió a nadie. Echó entonces a correr, como podría hacerlo un hombre esforzado, cruzando el valle, hasta llegar a Merua, en cuya cima se situó, mirando si descubría alguna persona. Tampoco vió a nadie, y volvió a repetir la carrera por siete veces, de una a otra colina.

Cuenta Benabbás que dijo el Profeta:

— Por eso corren las gentes de una a otra [1].

Hallándose la madre de Ismael en Merua, oyó una voz que, dirigiéndose a ella, decía:

— ¡Quieta!

Quedóse parada escuchando la voz, y ésta le dijo:

— He oído tus angustiosos lamentos.

Y de pronto se encontró ante el ángel, junto al lugar donde se halla Zemzem. Escarbó el ángel en la tierra con el talón, o con las alas, según dicen otros, e hizo salir el agua a la superficie.

Inmediatamente formó la madre de Ismael un pequeño embalse donde se recogiera el agua y desde allí la fué echando en el odre con la mano. Después que hubo terminado, continuó el agua subiendo a borbotones.

A propósito de esto dijo el Profeta:

— Dios tenga piedad de la madre de Ismael. Si hubiera dejado a Zemzem (— o bien — si no hubiera cogido el agua con la mano), habría sido una fuente de aguas vivas.

[1] Es una de las ceremonias de la peregrinación, la cual consiste en recorrer varias veces, a paso ligero, la distancia que media entre Safa y Merua, colinas que se hallan en territorio de la Meca.

Bebió ella agua y dió de mamar a su hijo. Entonces el ángel le habló así:

— No temáis, pues no pereceréis, sino que en este lugar edificarán la casa de Dios este niño y su padre, y Dios no destruye a los suyos.

Otro caso del mismo género es el de los tres que se quedaron rezagados. Ocurrió que Caab, hijo de Málic; Merara, hijo de Arrabia, y Hilal, hijo de Omeya, se retrasaron del resto de la expedición, cuando se dirigían a Tabuc, y disgustado el Profeta con ellos, prohibió que nadie dirigiera la palabra a ninguno de los tres.

Explicando Caab el hecho, decía:

— Evitaban las gentes nuestro encuentro, y llegaron en su malquerencia hacia nosotros a tales términos, que en toda la extensión de la tierra se habían vuelto en contra nuestra. No conozco nada como aquello. Yo daba vueltas por los mercados y concurría a la oración con los demás fieles. Pero nadie me hablaba; y me acercaba al Profeta de Dios y lo saludaba, pensando que acaso movería los labios para devolverme [**140**] el saludo.

Cuando ya llevábamos bastante tiempo de ser tratados con tan duro rigor, escalé un día la valla de un cercado, donde se hallaba mi primo Abucutada, que era la persona a quien yo profesaba mayor estimación. Lo saludé y, ¡por Dios!, que no contestó a mi saludo.

Ya iban trascurridas cincuenta noches desde el día en que el Profeta prohibió que se nos hablara, y estando yo practicando la oración de la mañana, sobre una de mis habitaciones, en el estado que el Señor había dispuesto, apesadumbrado de mí mismo y de todo cuanto existe sobre la haz de la tierra, y acongojado, más que

todo, por la idea de si yo moría y el Profeta no oraba por mí, o si moría él y yo quedaba ante las gentes en aquella situación, sin hablar con nadie y sin que nadie hiciera por mí la oración a la hora de la muerte, cuando el Señor hizo descender los frutos de nuestro arrepentimiento, y oí una voz que gritaba desde lo más alto del monte:

— ¡Alégrate, Caab, hijo de Málic!

Caí a tierra, prosternándome ante el Señor, por haber comprendido que por fin llegaba la hora de mi alegría, y destiné mis vestidos para darlos en albricias, aun cuando no poseía sino dos solamente. Fuí después a ver al Profeta, al cual saludé, y él, con el rostro resplandeciente de alegría, me contestó:

— Regocíjate, que éste es el mejor día que ha trascurrido para ti desde que tu madre te dió a luz.

Yo le respondí:

— En prueba de mi arrepentimiento, voy a desprenderme de mis bienes, y a darlos de limosna para Dios y su Enviado.

— Quédate con una parte de lo que te pertenece, como un obsequio que yo te hago — repuso el Profeta.

Se cuenta que cuando Abraham había llegado a la adolescencia y marchaba desde el lugar donde se crió [1],

[1] El texto de este pasaje, desde la parte señalada con las comillas hasta el final, es reproducción fiel o ligeramente alterada de fragmentos del Alcorán (VI, 76 y sigs., y XXI, 60 y sigs.), combinados en forma bastante confusa con detalles tomados de las tradiciones bíblicas musulmanas. Según la creencia musulmana, Abraham se crió en una caverna, donde permaneció oculto hasta el momento a que el relato hace alusión, que es cuando él veía por primera vez el cielo y los astros.

"al envolverlo la noche con sus sombras, vió una estrella — se dice que debió ser el planeta Venus —, y exclamó:

— Este es mi Señor.

Mas aquella estrella desapareció, y entonces dijo Abraham:

— Yo no amo a los que desaparecen.

Vió salir la luna y repitió:

— Este es mi Señor.

Y cuando aquélla se ocultó, al tiempo de aparecer la aurora, exclamó:

— Si mi Señor no me hubiera guiado rectamente, yo sería uno de los extraviados.

Al amanecer y ver salir el sol, volvió a decir:

— Este es mi Señor; éste es más grande.

Mas así que se ocultó, habló al pueblo de este modo:

— Yo soy inocente de la idolatría que profesáis. Yo vuelvo mi rostro hacia Aquél que ha creado de la nada los cielos y la tierra. Yo adoro a un solo Dios, y no soy politeísta.„

Empezó la gente a discutir con él y él les replicó:

— ¿Me discutís a Dios y es El quien me ha guiado por el recto camino (esto es: hacia el islam)? Yo no temo a aquellos que le asociáis, a no ser por algo que el Señor quisiera. Mi Señor todo lo abraza con su ciencia. ¿Acaso no pensáis en ello?

— ¿Es que no temes, Abraham — le preguntaron —, que nuestros dioses te causen algún daño si los insultas y los injurias?

— ¿Por qué voy yo a temer a aquellos que le asociáis, y vosotros no teméis asociarle otras divinidades,

sin que El os haya dado poder para hacerlo? ¿Cuál de los dos partidos es más seguro? Decidlo, si sabéis.

Hacía construir Azar unos ídolos, a los cuales adoraban sus gentes y después los entregaba a Abraham para que los vendiera. Mas Abraham los rompía en pedazos, los llevaba al río y los arrojaba en él, diciéndoles:

— Bebe, ahora — por hacer mofa de ellos y con el fin de poner de manifiesto al pueblo la abominación en que habían incurrido.

La noticia de lo ocurrido llegó a conocimiento de todo el mundo, menos de Nemrod, el cual no se enteró. Empezaron sus gentes por consultar las estrellas, y Abraham les dijo:

— Me encuentro enfermo.

Y lo estaba, en efecto; pero enfermo de indignación contra ellos y sus ídolos. Sólo que ellos pensaron que estaba apestado; y aquellas gentes, que huían de la peste, al oírlo decir aquello, se apartaron de su lado, alejándose precipitadamente.

El, entonces, se encaminó cautelosamente al lugar donde estaban sus dioses y penetró en él. Habían puesto a los dioses comida y bebida, y él se dirigió a ellos, diciéndoles:

— ¿Qué, no coméis? ¿Cómo es que no decís nada?

La emprendió a golpes con la derecha y los rompió, quebrándoles manos y pies, hasta dejarlos hechos añicos. Después arrojó al suelo los manjares y la bebida y, por último, buscó el hacha y la colgó de la mano del principal de ellos, marchándose después y dejándose todo por allí.

Volvió después el pueblo de su fiesta, y cuando entraron en el templo de sus ídolos y vieron lo que habían

hecho con ellos, quedaron horrorizados, considerando aquello como un terrible caso.

— El que haya hecho esto con nuestro dioses — exclamaron — es un malvado.

Uno de ellos advirtió:

— Hemos oído a un muchacho llamado Abraham hablar mal de ellos, insultándolos y escarneciéndolos.

— Traédmelo a la vista del pueblo, para que sean testigos — ordenó Nemrod.

Una vez estuvo ante él, le preguntaron:

— ¿Has hecho tú esto con nuestros dioses, Abraham?

— No — contestó —. Ha sido éste, el principal de ellos, quien lo ha hecho. Preguntadles, para ver si lo dicen.

Y dirigiéndose los ídolos a los acusadores, dijeron:

— Vosotros sois los malvados — y ellos añadieron:

— Hemos sido injustos con él al atribuirle el hecho.

Y persuadidos de que aquellos dioses ni causaban daño alguno ni proporcionaban ningún provecho, replicaron, dirigiéndose a Abraham:

— Ya sabes que éstos no hablan.

— ¿Y adoraréis — repuso él — con preferencia a Alá a una cosa que no os aprovecha para nada y de la que ningún mal habéis de temer? Avergonzaos vosotros y las cosas que adoráis distintas de Alá. ¿Acaso no discurrís?

Al oír aquello Nemrod, le dijo:

— Explícanos cómo es tu dios, el que tú adoras y a la adoración del cual exhortas.

— Mi Señor — respondió Abraham — es el que da la vida y la muerte [1].

[1] Alc., II, 260.

— También yo doy la vida y la muerte — repuso Nemrod.

— ¿Cómo lo haces? — interrogó Abraham.

— Pues tomando dos hombres que en virtud de una sentencia mía estén condenados a muerte. Matando a uno de ellos, doy la muerte, y perdonando al otro, le doy vida.

— Pues si es verdad lo que dices — repuso Abraham — resucita al que, según tu modo de ver, has dado la muerte, o saca un alma de un cuerpo, sin asesinarlo. Y así como el Señor trae el sol desde Oriente, tráelo tú desde Occidente.

Quedó Nemrod confundido ante aquellas palabras, sin replicar [**141**] a Abraham cosa alguna, y ordenó que lo metieran en la cárcel. Permaneció en ella por espacio de siete años, durante los cuales no cesó de exhortar a los que estaban en la cárcel para que reconocieran al verdadero Dios y se convirtieran al islam, hasta que aquello trascendió fuera de la prisión y se propagó, formándose un grupo numerosísimo de gentes que siguieron la religión que él enseñaba.

Decidieron quemar a Abraham, y una vez puestos de acuerdo para realizarlo, cercaron un recinto con un muro que tenía sesenta codos de altura, al pie de un monte escarpado como más no cabe, imposible de escalar, y revocaron el muro de forma que resbalaran los que intentaran trepar por él.

Así que las cosas estuvieron a punto, anunció el pregonero de Nemrod mediante un pregón: "Que todo el mundo traiga leña para la hoguera de Abraham y nadie se abstenga, ni varón ni hembra, hombre libre ni esclavo, noble ni plebeyo. Y si alguien se negara, será arrojado a la hoguera."

Duró aquello por espacio de cuarenta noches, y las mujeres lo hacían como una expiación que ofrecían a Dios para que volviera el ausente o se levantara el enfermo.

Cuando acabaron de traer leña encendieron en aquel recinto un fuego tan violento, que su ardor se dejaba sentir a larga distancia, y cuando estuvo dispuesto pusieron a Abraham en la catapulta.

Y refiere Uahb, hijo de Monábih, que tenía noticia de que en aquel momento los cielos, la tierra, el mar y todo cuanto en ellos se encierrra clamaron a una voz al Señor, diciendo:

— ¡Oh, Señor nuestro! No hay en tu tierra nadie que te adore sino él; permítenos, por lo tanto, que acudamos en su ayuda.

Y les contestó el Señor:

— Si pide la ayuda de cualquiera de vosotros, prestádsela y socorredlo, y si recurre a mí, yo seré su auxiliar y su defensor.

Mas cuando Abraham estaba colocado sobre la catapulta para ser lanzado sobre el fuego, exclamó:

— ¡Con Dios me basta! ¡Cuán valioso protector es! ¡Oh, mi Señor! Tú conoces la gran fe que en Ti tengo y la hostilidad que mi pueblo abriga contra Ti. Defiéndeme de ellos y líbrame del fuego.

Y, en el acto, ordenó Dios al fuego:

— Vuélvete frescura y bienestar para Abraham.

Obedeció el fuego la orden tan puntualmente, que de no haber añadido el Señor las palabras "y bienestar„, es seguro que Abraham habría perecido de frío.

Permaneció Abraham en el fuego por espacio de siete días, y cuando creyó su pueblo que ya estaría abrasado, les dijo Nemrod:

— Mirad qué ha sido de Abraham, porque he visto esta noche en sueños que se había hundido el muro del cerco y que Abraham salía de él y se marchaba.

Estaban fundidas la piezas de bronce que habían servido para sujetar las puertas, y el muro se había quemado, convirtiéndose en cenizas. Buscaron a Abraham y lo encontraron sano y salvo, viéndolo cómo se dirigía hacia las gentes que habían ido a enterarse de lo que pasaba. El los vió y se dirigió junto a su madre que se encontraba entre la multitud. Hacia el mismo punto se encaminó Sara, que había sido la primera de quienes creyeron en él, y así que estuvo a su lado, le dijo:

— Abraham, yo creo en El que ha convertido el fuego en frío y bienestar.

Y le replicó la madre de Abraham:

— Ten cuidado, no sea que te maten.

— Déjame — repuso Sara —. Yo no temo nada, porque creo en el Dios de Abraham.

Hallábase Abraham rodeado de una gran multitud, compuesta de un número incalculable de gentes, las cuales deliberaban acerca de qué nuevo castigo le impondrían, cuando envió Dios un viento impetuoso que les lanzó las cenizas de aquel fuego contra las caras y los ojos, haciéndolos huir del sitio donde se hallaba Abraham, el cual quedó allí dirigiendo al Señor sus plegarias y sus loores.

Cuentan Mochehid, Cutad y otros que el Profeta de Dios, Salomón, hijo de David, fué al baño, acompañado del demonio llamado Sajar. Nunca entraba Salomón en los lugares reservados con el anillo puesto, y aquel día, antes de entrar en el baño, entregó su anillo al demonio.

Este lo arrojó al mar, donde se lo tragó un pez, quedando Salomón en el acto desposeído de todo su poder. Al mismo tiempo, dió el Señor a aquel demonio una apariencia exterior idéntica en un todo a la de Salomón.

Llegó el demonio y se instaló en el trono de aquél, quedando bajo su autoridad todo cuanto anteriormente se hallaba en poder de Salomón, excepto las mujeres. Cuando se ponía a juzgar los asuntos que surgían entre las gentes, daba unas sentencias que todos reprobaban, en términos que ya llegaban a decir:

— El profeta de Dios, Salomón, se ha vuelto un impío.

A los cuarenta días de hallarse las cosas en aquella situación, Salomón, que había quedado reducido a la mayor estrechez, acosado por el hambre y la sed, se acercó a unos pescadores que se encontraban a la orilla del mar y pidió a uno de ellos que le diera alguna cosa de lo que había pescado, para comer, diciéndole:

— Yo soy Salomón.

Al oirlo, uno de ellos llegó y le pegó un golpe que le hizo una herida en el rostro.

Se puso Salomón a lavarse la sangre a la orilla del mar y los demás pescadores recriminaron a su compañero por haberle pegado. Luego le dieron dos pescados de los que ya estaban corrompidos y despedían mal olor. El, sin preocuparse del golpe recibido, se acercó a la orilla del mar, les abrió los vientres, y, estándolos lavando, se encontró su anillo dentro de uno de ellos. Lo cogió, se lo puso, y en el acto le devolvió el Señor la majestad y el poderío de que antes disfrutaba. Entonces empezaron los pájaros a volar a su alrededor, en lo cual cono-

cieron aquellas gentes que efectivamente era Salomón, y vinieron ante él para disculparse.

Refiere Uahb, hijo de Monábih, que después de haber hecho el Señor a Abraham la merced de su hijo Isaac, cuando éste había llegado a la edad de siete años, recibió Abraham orden del Señor de que sacrificara a su hijo y lo ofreciera en holocausto. Abraham ocultó aquello a Isaac, a su madre y a todo el mundo, comunicándolo tan sólo a una persona de su mayor intimidad, el llamado Eleazar, que era quien primeramente había creído en Abraham de entre todos los de su pueblo, el día que lo arrojaron al fuego.

Éste, Eleazar, dijo a Abraham:

—El Señor, ¡glorificado sea!, ha realzado tu nombre hasta el propio seno de la divinidad, por encima de todas las gentes que hayan sufrido calamidades, para que seas tú quien ha llegado a mayor altura en el sufrimiento y hacerte, por lo tanto, sobresalir en dignidad y en merecimientos en grado equivalente. Convéncete de que el Señor no te aflige de este modo para inducirte a la rebeldía contra él ni para arrastrarte al extravío. En modo alguno le atribuyas malos propósitos. Por mi parte, El me guarde de que, por una cosa así, yo me determinara a nada que fuera contra el Señor ni de que me indignara contra ninguna de las decisiones por El adoptadas respecto de sus siervos. Antes al [**142**] contrario, eso es que el Señor se halla animado de buenas intenciones. Y puesto que el Señor ha dispuesto que esto suceda, condúcete de modo que forme de ti el concepto más favorable. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el alto, el poderoso!

Recibió Abraham gran consuelo con aquellas pala-

bras, y en ellas inspiró sus pensamientos y sus reflexiones. Por fin, emprendió la marcha con Isaac, y cuando subió al monte, llevando consigo el cuchillo, la cuerda y demás útiles para el sacrificio, le dijo el niño:

— Padre. Veo que traes los utensilios para el sacrificio; mas no veo ninguna víctima.

— Hijo mío — respondió Abraham —, la víctima se halla ante los ojos de Dios, que la está mirando. Si El quiere, tenga piedad de tu padre.

Isaac no se dió cuenta de lo que aquello quería decir; mas, al llegar a la cima del monte, le dijo Abraham:

— Hijo mío. Dios me ha mandado que te sacrifique y que te ofrezca en holocausto, que El elevará hasta Sí y acogerá amorosamente. Piensa qué te parece.

Al oír aquello, prorrumpió Isaac en aclamaciones al Señor, acompañadas de grandes demostraciones de alegría; visto lo cual por su padre, éste prosiguió:

— Hijo mío. Voy a imponerte un suplicio que ningún padre ha hecho sufrir a su hijo; pero en la alegría que revelas y en tus manifestaciones de reconocimiento al Señor veo algo que me hace esperar un feliz resultado y gran contento.

— Padre — repuso Isaac —. Nada deseo tanto en el mundo como guardaros el mayor respeto a ti y a mi madre, por cuanto el Señor me prohibe faltar a ese respeto. Yo deseo, pues, que me degüelles; pero, al hacerlo, átame fuertemente las ligaduras, pues temo, no sea que, al perder el conocimiento y sentir el dolor del hierro, realice cualquier movimiento alguno de mis miembros y pueda hacerte daño. Pienso con horror que fuera ése el último que cerrara la serie de mis actos. Cuando termines lo que has de hacer conmigo, lleva a mi madre un

saludo que le envío, y dile: No te aflijas, porque el Señor ha concedido la gloria a tu hijo.

Así que terminó de hacer sus recomendaciones, se aproximó a él Abraham y lo ató con su turbante, desde los hombros hasta las rodillas. Después lo puso con el rostro mirando hacia abajo, para evitar encontrárselo de frente y que se apoderara de él la compasión al verlo agitarse entre la sangre. Entró la mano por debajo de la garganta e intentó dar el corte, pero se le volvió el cuchillo. El espíritu de Abraham se hallaba en extremo conturbado. Repitió por segunda vez, y al querer dar el corte, volvió a rodeársele el cuchillo. Entonces oyó la voz de Dios, que le gritaba:

"—¡Oh, Abraham! Te has dejado persuadir por la visión que tuviste en sueños.„ "Mas, ciertamente, Nos recompesamos a los que obran bien.„ "Ha sido una prueba bien concluyente.„ "Nosotros rescatamos a tu hijo por una gran víctima.„ "Este es el rescate mediante el cual Dios redime para ti a tu hijo„ [1].

Miró Abraham hacia atrás y vió un carnero que estaba con el cuerno derecho enredado en el brote de un árbol. Lo puso Abraham en dirección a la alquibla, que para él era entonces la Meca, y lo sacrificó. Después lo partió Isaac, y una vez hubieron terminado, ofrecieron un holocausto, que el Señor hizo ascender hasta él y recibió con agrado.

Cuenta Abuhoraira que cuando llegó José a Egipto y quedó sometido a la esclavitud, habiendo sido de condición libre, se apoderó de él honda tristeza y se pasaba

[1] Alc., XXXVII, 104, 5, 6 y 7.

día y noche llorando de pensar en sus padres, sus hermanos, en su patria y en la aflictiva condición de esclavo a que se veía reducido. Una de las noches que pasaba en vigilia, entregado a la oración, dirigió al Señor esta plegaria:

— ¡Señor mío! Me has sacado del país que yo más amaba y me has apartado de mis hermanos, de mis padres y de mi patria. Pues concédeme a cambio de ello bienes y consuelo y *una salida favorable*, por donde yo la vea o por donde no me dé cuenta de ella; haz amable para mí el país donde me hallo y hazlo también amable para cualquiera que a él llegue; haz que me quieran sus habitantes y que yo los quiera a ellos, y no me envíes la muerte antes que me haya reunido a mis padres y hermanos, con felicidad, bienestar y alegría que de Ti lleguen y en la que nos ofrezcas reunidos todos los bienes de esta vida y de la otra. Tú eres quien atiende las súplicas.

Quedóse José dormido y se le apareció en sueños una visión, que le dijo:

— El Señor ha escuchado tu ruego y te ha concedido cuanto deseas; te ha instituído por dueño de este país y de la autoridad sobre el mismo, y te reunirá nuevamente con tus padres, tus hermanos y tu familia. Alegra tu alma, y sabe que Dios no deja incumplidas sus promesas.

A esta plegaria de José es debido que la tierra de Egipto sea tan agradable y se haga amar de tal modo, que quien a ella llega ya no desea volver a salir de allí. Cutada afirma que antes de José no había habitado en aquella tierra ningún profeta.

Después que el Señor lo reunió con los suyos y había llegado a alcanzar la felicidad más completa, sintió vehe-

mentes deseos de hallarse en la presencia de Dios, y se dirigió a El en estos términos: "Señor. Me has otorgado el poder y me has enseñado a interpretar los sueños. ¡Creador de los cielos y la tierra! Tú eres mi protector en esta vida y en la otra. Haz que yo muera en el seno del islam y colócame entre los hombres virtuosos„ [1].

Envió Suleimán, hijo de Abdelmélic, a Mohámed, hijo de Yazid, al Irac para que pusiera en libertad a los prisioneros y distribuyera los dineros; pero Mohámed, una vez allí, vejó desconsideradamente a Yazid, hijo de Abumóslem. Ocupó después el califato Yazid, hijo de Abdelmélic, el cual nombró a Yazid, hijo de Abumóslem, gobernador de Africa.

Temeroso Mohámed, por lo que con él había hecho, se ocultó; pero Yazid hizo que lo buscaran, y se lo presentaron un día del mes de Ramadán, cuando faltaba poco para la puesta del sol.

Tenía Yazid, hijo de Abumóslem, un racimo de uvas en la mano, y al acercársele Mohámed, lo llamó por su nombre.

— Aquí me tienes — contestó el interpelado.

— ¡Por Alá! ¡Cuántas veces le he pedido que te pusiera en mis manos, despojado de títulos y de cargos de autoridad!

— También yo — repuso Mohámed — le he pedido con frecuencia que me librara de ti y me amparase.

— Pues, ¡vive Dios! — replicó Yazid —, que ni te ha librado ni te ha amparado, y si el ángel de la muerte se propusiera adelantarse a mí, para arrancarte la vida

[1] Alc., XII, 102.

vital, no llegaría antes que yo, ¡por Alá!, pues antes que me coma este grano del racimo, te habré dado muerte.

En aquel momento llamó el almuédano a la oración, y Yazid dejó el racimo y marchó a orar. Mas ocurrió que la gente de Africa se había convenido para dar muerte a Yazid, y al inclinarse éste hacia adelante para verificar una de las ceremonias de la oración, uno que estaba cerca de donde él se hallaba, le descargó un palo en la cabeza y lo dejó muerto. En vista de lo ocurrido, dijeron a Mohámed que se marchara cuando quisiera.

— ¡Bendito sea el que dió muerte al príncipe y dejó con vida al vasallo! Así procede el Señor con sus siervos, de un modo que permite brotar la vida entre ellos del afilado instrumento de muerte, y que permite igualmente la presencia de la muerte en la propia mina de donde [143] nace la vida.

Cuentan que un sultán de Sicilia se encontraba una noche desvelado, sin poder conciliar el sueño. Mandó llamar al jefe de la marina y le ordenó que sin pérdida de tiempo enviara a Africa una embarcación que le trajera noticias de lo que en aquel país ocurría. Alistó el jefe la embarcación y la hizo partir inmediatamente. A la hora de amanecer, hallábase el navío en su mismo sitio, como si de allí no se hubiera movido.

— ¿Cómo es esto? — preguntó el rey al jefe de mar —. ¿Acaso no hiciste lo que te ordené?

— Sí — respondió — . Cumplí tu mandato e hice partir el navío; pero al cabo de poco tiempo, regresó nuevamente. Ahora te lo explicará el que lo mandaba.

Llegó éste, acompañado de un hombre, y el sultán le preguntó:

— ¿Qué te ha impedido ir a donde te mandé?

— Partí con la nave — respondió —. Llegada la media noche, mientras los marinos remaban, oí una voz que decía repetidas veces: "¡Oh, Señor; oh, Señor! ¡Oh, amparo de quien invoca tu auxilio!„ En cuanto llegó claramente a nuestros oídos aquella voz, gritamos: "Aquí estoy, aquí estoy.„ El siguió lanzando sus gritos de "¡Oh, Señor; oh, Señor! ¡Oh, amparo de quien pide tu auxilio!„, y nosotros respondiéndole: "Aquí estoy, aquí estoy„, a la vez que encaminábamos la nave, a fuerza de remos, hacia el punto donde se oía la voz, y hallamos a este hombre sumergido en el agua, a punto de exhalar el último aliento de su vida. Lo sacamos del mar y le preguntamos qué le había ocurrido.

— Pues — respondió — que veníamos desde Africa y naufragó la embarcación hace varios días, durante los cuales he estado dirigiendo alabanzas al Señor, hasta que ya me hallaba en presencia de la muerte y sólo me di cuenta de la llegada del auxilio que de vosotros he recibido.

¡Glorificado sea el que desveló a un sultán, el que privó del sueño a un poderoso que estaba en su palacio, para favorecer a un náufrago que se encontraba en la inmensidad del mar, y sacarlo de en medio de las tinieblas de la noche, de las tinieblas del mar y de las tinieblas del terror! ¡No hay más Dios que Tú! ¡Bendito seas!

Me contó lo siguiente un individuo que fué imam de la mezquita mayor de Alejandría:

— Hallábame en Sicilia, en los días en que el enemigo dirigía contra ella sus ataques. Avanzó contra nosotros por el mar una escuadra de cerca de trescientos navíos, que fondearon en la playa, produciéndonos la vis-

ta de aquello inmenso pavor. Hallábase entre nosotros el ilustre y santo varón, el piadoso Benalmostatarí, y las gentes corrían a buscar su amparo y a agruparse a su alrededor, para que él los protegiera con sus bendiciones, esperando que el remedio viniera de sus manos.

Quedóse un rato mirando al cielo, después se prosternó, apoyó las mejillas contra la tierra, volviéndolas a derecha e izquierda y, ¡por Alá!, que antes que de allí nos moviéramos se levantó un viento que dispersó las naves de tal modo, que ni dos de ellas quedaron unidas.

Me contó lo siguiente Abulcásim, hijo de Fatac, Dios tenga misericordia de él:

— Nos encontrábamos en el desierto de Tabuc, de camino para el Hechaz, y la gente estaba sedienta, por haberse acabado el agua. Solamente se encontró la que había en poder de un camellero, amigo mío, el cual se puso a venderla por dinero, a un precio elevadísimo. Se acercó a mí un individuo, hombre reputado por su virtud, que iba vestido con un traje muy destrozado y cargado con una alforja de cuero, donde llevaba un poco de harina, para que yo intercediera cerca del camellero y éste le vendiera agua a cambio de la harina. Hablé con él y rehusó. Volví nuevamente a hablarle y rehusó otra vez. Entonces extendió aquel hombre el cuero de la alforja por tierra y tiró la harina al suelo. Elevó después los ojos al cielo, y exclamó:

— ¡Señor! Yo soy tu siervo; esta harina es lo único que poseo, y se niega a aceptarla.

Golpeó después la tierra con la mano, y prosiguió:

— ¡Por tu gloria! No me moveré hasta que no beba agua.

Y me dijo Abulcásim:

—¡Por Alá! Aún no nos habíamos apartado de allí, cuando se formó un nublado y empezó a llover en el acto.

Y, en efecto, aquel hombre bebió agua sin haberse movido de su sitio.

Ocurrió en este caso como dice el Profeta: "A veces un greñudo del color de la ceniza, vestido de harapos y del que no se hace el menor caso, si jura en nombre de Dios, recibe los frutos de la divina misericordia.„

Me contó un anciano maestro, llamado Hariz, discípulo que había sido de los sabios de Cairouán, que le refirió lo siguiente Abdelcafí el Dibachí:

—Presencié en Cairouán un suceso maravilloso en alto grado. Presentóse al alfaquí Abubéquer, hijo de Abderrahmán, un hombre acompañado de un chico que había enmudecido de repente y no había vuelto a hablar más. Díjole aquel hombre:

—Este hijo mío se ha quedado mudo desde hace unos días y no habla. Pide a Dios que remedie esta desgracia que sobre él ha caído.

Oró el alfaquí unos instantes; pasó después la mano por la cara del niño, el cual hizo un movimiento como si despertara de un sueño, y entonces le dijo el alfaquí:

—Dí "no hay más dios que Alá„.

Y repitió el muchacho:

—Confieso que no hay más dios que Alá. Confieso que Mahoma es enviado de Dios.

Entonces el alfaquí, volviéndose hacia el hombre, le dijo:

—Guárdame esto en secreto hasta mi muerte.

Y dirigiéndose hacia su esclava, le habló así:

— Guarda el secreto hasta mi muerte, y eres libre.

El día que murió Abubéquer, cuando se hallaban reunidas las gentes del entierro y público numerosísimo, levantóse aquel hombre, hizo que guardaran silencio, y, así que estuvieron callados, les dijo:

— Habitantes de Cairouán. Escuchad el relato de lo que me ha ocurrido con este maestro.

Y les refirió el caso tal como nosotros lo hemos narrado.

El mismo maestro que me contó el caso anterior, me refirió también este otro:

— Nos ocurrió en Cairouán un lance que no se ha oído otro semejante entre los antepasados. Un carnicero había derribado un carnero para degollarlo; pero el animal empezó a dar sacudidas y se le escapó de entre las manos y huyó, desapareciendo de su vista. Salió el carnicero en busca suya y, andando de un lado para otro, penetró en las ruinas de un edificio, dentro del cual se encontró con un hombre degollado en medio de un charco de sangre. Espantado el carnicero, salió huyendo. Mas he aquí que el jefe de la guardia y sus soldados, noticiosos de que se había cometido un crimen, andaban haciendo pesquisas en busca del matador y del muerto, y se encuentran al carnicero, cuchillo en mano y manchado de sangre, a la vez que descubren al hombre muerto que había en las ruinas del edificio.

Cogieron al carnicero y lo condujeron a presencia del sultán. Este le preguntó:

— ¿Has matado tú a este hombre?

— Sí — respondió.

Prosiguieron el interrogatorio y él fué contestando de

modo que no dejaba lugar a dudas respecto de su culpabilidad, en vista de lo cual ordenó el sultán que le dieran muerte. Lo sacaron, para ejecutar la sentencia, y se juntó el público en gran número, [**144**] para presenciar la ejecución. Cuando ya esperaban que le darían muerte, se destacó un hombre del corro que formaban los allí reunidos, y empezó a gritar:

— No lo matéis. Yo soy quien maté a aquel hombre.

Lo cogieron y lo llevaron a presencia del sultán, ante el cual declaró que él fué quien lo mató.

— Pues si ya estabas a salvo, ¿qué te ha movido a confesar el crimen? — preguntóle el sultán.

Respondió:

-- El haber visto que iban a matar a este hombre injustamente, y he sentido horror de presentarme ante Dios con la sangre de dos hombres a mi cargo.

Dió el sultán las órdenes oportunas y aplicaron al hombre aquel la pena de muerte.

Después preguntaron al otro:

— ¿Qué te movió a declararte autor de la muerte, siendo inocente?

— ¿Y qué remedio me quedaba? — repuso el hombre —. Una persona asesinada entre las ruinas; a mí que me cogen saliendo de ellas con el cuchillo manchado de sangre en la mano; pues si hubiese negado, ¿quién habría hecho caso de mi negativa?; y si hubiera dado disculpas, ¿quién las habría admitido?

Y se marchó, siendo objeto de toda clase de atenciones.

Nombró el rey Fajrolmolc Nidamedín ministro suyo a Sancharolmolc. Tenía el rey un primo llamado Xiha-

bolmolc, hombre de gran prestigio que, por lo mismo, era motivo de gran preocupación para el rey.

Este habló a Sancharolmolc, diciéndole:

— ¡No viva yo el mismo tiempo que tú, si no das muerte a mi primo Xihabolmolc!

El se negó a hacerlo; pero el rey siguió insistiendo, hasta que por fin logró que el ministro diera la órdenes en tal sentido, y lo pusieron preso en una localidad llamada Baihac. El gobernador de la misma trató al preso con toda clase de miramientos, en consideración a su elevada categoría y a la nobleza de su estirpe, y destinó para él solo una gran casa en la fortaleza.

A todo esto, Fajrolmolc seguía influyendo en el ánimo de Sancharolmolc e induciéndolo a que lo matara, consiguiendo por fin que el ministro ordenara a su gobernador la ejecución del preso. Para el gobernador constituía una gran violencia cumplir aquella orden y lo dilató por unos días; pero ya no podía menos de matarlo, y decidió un viernes llevarlo a cabo. Mas en ocasión en que Xihabolmolc estaba asomado a una ventana de su estancia, apareció un jinete que venía a todo correr de su caballo.

Al verle el preso invadió su ánimo el temor, pues pensó: "Este viene con propósito de matarme.„

Pero llegó el jinete, y lo que dijo fué:

— ¡Fajrolmolc ha muerto!

Quedó Xihabolmolc en libertad, y después nombró mistro suyo a Sancharolmolc.

¡Bendito sea El que hace lo que se propone!

Hallándome en Egipto, me contó lo siguiente Abulfadal Almohabar:

Fué en la época del reinado de los Benihamdán en Egipto. El capitán Nasiredaula hallábase aquejado por los horribles dolores del cólico miserere, cuya enfermedad resistió al tratamiento de los médicos, sin que éstos acertaran con ningún remedio. En vista de ello, determinó el sultán darle muerte, e hizo que se pusiera al acecho del enfermo un individuo provisto de un alfanje. Iba a pasar el capitán por uno de los corredores del palacio, y se lanzó contra él aquel sujeto, descargándole un golpe con el alfanje; pero acertó a darle en la parte baja del costado, y alcanzó con la punta del arma al intestino donde se había producido el atasco, haciendo salir los malos humores que en él había. Devolvió el Señor la salud al herido, el cual quedó sano y tan bien como mejor hubiera estado hasta entonces.

Cuando yo estaba en Alejandría, se presentaron unas naves enemigas en aguas de la ciudad de Barca y apresaron una tripulación de musulmanes, matando a unos y haciendo cautivos a los demás. Estaba uno de los prisioneros atado con las manos a la espalda, y, al terminar el saqueo de la nave, dirigióse a él uno de los extranjeros, y después de maltratarlo a puntapiés, lo arrojó al mar. Una vez en el agua, le dió un golpe con la lanza; pero acertó el hierro de ésta a tropezar con la cuerda que llevaba el cautivo atada a las manos y la cortó. Al dejarle las manos libres, empezó a nadar y consiguió ganar la costa con toda felicidad, llegando a Alejandría sano y salvo.

Me contó uno de Siria que estaba un panadero fabricando pan en su horno en la ciudad de Damasco,

cuando pasó por allí cerca un hombre vendiendo albaricoques. Le compró el panadero unos cuantos y se puso a comérselos con pan caliente; pero apenas hubo acabado, cayó sin sentido. Las personas que lo vieron tuviéronlo por muerto. Aplazaron el entierro e hicieron venir los médicos, los cuales, después de examinar todos los síntomas y de reconocer los órganos vitales, dictaminaron que, efectivamente, era cadáver. Lo lavaron, lo amortajaron y salieron con él en dirección al cementerio. Mas a tiempo que salían con él por la puerta de la ciudad, se tropezaron con un individuo, médico de profesión, llamado el Birudí, hombre muy hábil en su profesión y versado en la medicina. Oyó a las gentes comentar el suceso del panadero y les pidió que lo bajaran al suelo para reconocerlo. Hiciéronlo así, y lo estuvo volviendo a un lado y a otro y observando los síntomas de vida que él conocía. Le abrió después la boca y le hizo ingerir una cosa o le aplicó una lavativa que le hizo arrojar a chorro lo que tenía dentro, y he aquí que el hombre abre los ojos, empieza a hablar y se vuelve a su tienda lo mismo que antes estaba.

Andando un hombre por una calle de la ciudad de Bagdad, se derrumbó sobre él una casa, con un estrépito que parecía que se hundía una gran montaña. Pero había en el muro una ventana, la cual cayó sobre la cabeza del hombre, con tal acierto, que la casa quedó convertida en un montón informe, y el hombre salió por la ventana sano y salvo.

Contóme lo siguiente Abulcásim el Hadramí:

—En una ocasión, hallándome en el Yemen, en la

región de Esalihí, presentaron al sultán una denuncia contra mí, y me condenó a muerte. Me sacaron al lugar del suplicio, y, una vez allí, me entregaron al verdugo. Este me dijo:

— Estira el cuello.

Lo estiré, por disposición de Dios, y entonces, añadió:

— Ten ánimo.

— Haz como quieras — le contesté.

Y estábamos en esto, cuando empezó uno a dar voces desde dentro del palacio, diciendo:

— ¡No lo matéis! ¡No lo matéis!

Y me dejaron ir libremente.

Ocurrió en Córdoba un caso sorprendente en tiempos de Almanzor, hijo de Abuamir. Había allí un individuo llamado Cásim, hijo de Mohámed el Sambasí, al cual acusaron de herejía, y lo envió Almanzor a la cárcel, donde permaneció una temporada, juntamente con unos cuantos literatos, personajes importantes de Córdoba, tachados, igualmente, de impíos y libertinos. Todos los viernes anunciaban, mediante un pregón, que quien tuviera que hacer contra ellos alguna acusación, acudiera a la puerta de la mezquita mayor al terminar la oración solemne del día y prestara su declaración.

Se instruyó por el juez un proceso contra [**145**] Cásim, en el cual constaban las declaraciones de los testigos, acusándolo de una serie de hechos reprobables que implicaban la existencia de la herejía y de la impiedad. Fué elevado aquel proceso al palacio real, donde tuvo lugar una sesión magna, en la que, consultada la opinión de los jurisconsultos, con respecto al caso de Cásim, aquéllos dictaminaron que debía ser condenado a muerte.

Mandaron traer a Cásim, y al tiempo que lo traían, también acudieron su padre y dos hijos pequeños que tenía, vestidos con traje de luto. El padre se trajo consigo las angarillas que se utilizan para trasportar los muertos, y los hombres que las habían de conducir. El padre y los hijos de Cásim quedáronse llorando a la puerta del palacio, y allí presenciaron cómo llegaba el verdugo que había de cortarle la cabeza, llamado Benalchondí, y cómo le traían del palacio unos sables y se ponía a afilarles el corte y a probarlos.

Hallábase presente a la reunión el alfaquí Abuamrú el Macudí, de Sevilla, que había acudido a ella contra su voluntad, después de haberse negado a asistir. Pidiéronle que emitiera su informe, y se expresó en estos términos:

— ¡Señores! No ha de haber sangre derramada mientras la justicia no esté clara y terminante, sin que exista la menor sombra de duda. ¿Creéis, acaso, que el Sambasí es algún gallo? ¿Por qué, pues, lo vais a degollar?

— Por cosas que para mí están bien probadas y que he considerado con la mayor atención — contestó el juez Benalxarfí.

— Dame que yo me entere — repuso el alfaquí, a la vez que cogía el proceso y se ponía a examinarlo. Después que lo hubo revisado, prosiguió:

— Explícame cuáles de éstos son los testigos cuyas declaraciones te han determinado a condenarlo a muerte.

— Este, éste y éste — contestó el juez, y le señaló hasta cinco.

— ¿Y lo condenas en virtud de lo manifestado por todos ellos? — preguntó el alfaquí.

— Así es — respondió el juez.

— Y si dos de ellos hubieran declarado en sentido distinto de los demás, ¿lo habrías condenado?

— Entonces, no — replicó el juez —, porque la fuerza del testimonio está en que se apoyen unos a otros, y su multiplicidad es para mí indicio de autenticidad.

Y dirigiéndose el alfaquí a los demás que antes dieron su dictamen, les dijo:

— ¡Señores! Según vosotros, se condena a muerte a los musulmanes y se derrama su sangre, en virtud de unas manifestaciones cuya veracidad se funda tan sólo en su mutuo apoyo. Pues yo no opino que debe ser condenado a muerte, ni propongo tal cosa.

Adhiriéronse los alfaquíes a sus palabras, sin que nadie opusiera la menor cosa en contrario, después que seis meses antes habían sentenciado condenándolo a muerte.

Se disolvió la multitud, volvió el sable a su vaina y voló el portador de la grata nueva a Benabiamir. Informó a éste el mensajero de lo ocurrido en la sesión, y al oírlo, exclamó Benabiamir:

— Ibais a dar muerte a Benalsambasí y habéis dado sepultura al juez. Con el interés que yo había puesto en que se le diera muerte, velando por la verdadera fe..... En verdad que no hay quien mate a una persona, mientras no le llega el plazo que Dios le ha marcado para morir.

Pusieron en la prisión a Benalsambasí por unos días, al cabo de los cuales le dieron libertad.

Después de lo ocurrido, contó Abendacuán al juez lo siguiente:

— Preguntaron a uno en un caso semejante al presente:

— ¿En qué conoces a Dios?

— En que destruye mis planes — respondió.

En el lenguaje de que hizo uso el alfaquí, "las manifestaciones o declaraciones, cuya veracidad se basa tan sólo en su mutuo apoyo„, son aquellos testimonios en los que no se puede fundar sentencia ni cabe que sean tenidos en cuenta, desde el momento en que haya dos que disientan. Mas cuando son numerosos, se refuerzan mutuamente unos a otros. Sin embargo, no ha de fundarse en ellos sentencia alguna.

Un hecho contrario al que acaba de referirse tuvo lugar, según me contó el cadí Abumeruán, de Denia, en una conversación que tuvimos en Tortosa, donde él había ejercido el cargo de juez:

Me dijo que acampó una caravana de viajeros en una alquería arruinada que había en el territorio de Denia. Refugiáronse en una casa ruinosa, para resguardarse del viento y de la lluvia, y encendieron un fuego en el cual condimentaron las provisiones. Junto a aquellas ruinas había un muro desplomado que amenazaba derrumbarse, y al verlo uno de ellos, dijo a los demás:

— No os pongáis bajo ese muro ni entréis en ese recinto.

Pero ellos se obstinaron en entrar, y el individuo que les dió el aviso pasó la noche fuera, apartado de ellos, sin acercarse por allí. Amanecieron sin contratiempo, y mientras cargaban las bestias, entró aquel hombre en las ruinas de la casa, para encender en los restos del fuego. En aquel momento se dejó caer sobre él el muro, y allí mismo quedó muerto.

Me contó un alfaquí que en la isla de Sicilia iba de camino un cuerpo expedicionario de tropas que se trasladaba de un punto a otro. Hicieron alto durante unos momentos para cierto asunto, y he aquí que andaba un escorpión por el sitio donde se hallaban, y uno de los soldados le dió un palo con una vara que llevaba. Levantó después la vara aproximándola al cuello, y entonces, el animal, que se había quedado enganchado en una de las púas de la misma, sin que el soldado lo advirtiera, le picó a éste en el cuello y allí mismo murió.

Contóme el cadí Abulualid el Bechí que le refirió Abudsorr el siguiente hecho:

— Hallábame en Bagdad, leyendo con el maestro Abuhafs Omar, hijo de Ahmed, hijo de Xahin, una parte de la compilación de tradiciones, en la tienda de un perfumista, cuando llegó un vendedor ambulante que llevaba un tabaque en la mano y entregó al tendero diez dracmas, diciéndole que le diera perfumes por valor de aquella cantidad.

Tomó sus perfumes, los colocó en el tabaque y echó a andar; pero se le cayó el tabaque de las manos, quedando esparcido por el suelo todo cuanto en él había. Empezó el hombre a llorar y a dar tales muestras de desconsuelo, que, compadecidos de él, dijo Abuhafs al tendero:

— Complétale por nuestra cuenta la parte que falte de esos géneros.

— Así lo haré — respondió. Y descendió de su sitial, recogió lo que pudo y completó lo que faltaba. Acercóse entonces el maestro al vendedor ambulante, recomendándole que tuviera paciencia, y diciéndole:

— No te aflijas, que las cosas de este mundo no merecen tomarse disgusto por ellas.

— ¿Crees, acaso, maestro — repuso el vendedor — que mi pena obedece a la pérdida que acabo de sufrir? Bien sabe Dios que, cuando iba con la caravana tal y perdí un cinto en el que llevaba cuatrocientos dinares — o cuatro mil, pues en esto dudaba Abudsorr — y junto con ellos piedras preciosas que valían otro tanto, no me afligió su pérdida lo más mínimo. Pero es que me ha nacido un niño esta noche y necesito llevar a mi casa las cosas que hacen falta para las parturientas. Contaba para ello solamente con esos diez dinares, y no me atrevía a gastarlos en lo que necesitaba la parida, por no quedarme sin ningún capital para mi negocio, por lo que me hice la cuenta siguiente: "Compraré cualquier cosa y la venderé por las calles a primera hora del día, y así sacaré alguna ganancia con la que me remediaré en este aprieto y me quedará el capital para seguir comerciando." A esto se debe que, cuando el Señor ha dispuesto que esas cosas se pierdan, yo me haya afligido, [**156**] pensando que no tengo dinero para llevarles nada ni tampoco de dónde obtener ninguna ganancia, y considero, por lo tanto, que no me queda otro remedio que huir de ellos y abandonarlos en esta situación en la que seguramente perecerán si yo los dejo. Esto y no otra cosa es lo que motiva mi desconsuelo.

— Había — prosiguió el maestro Abudsorr — un soldado sentado a la puerta de su casa, el cual se estuvo enterando de la conversación con el mayor interés, y dirigiéndose a Abuhafs, le dijo:

— Yo desearía que, cuando haya acabado lo que ahí tenga que hacer, entres con él a mi casa — y se levantó.

Nosotros creímos que era para darle alguna cosa, y fuimos también con él. Nos fué permitida la entrada, y así que estuvimos dentro, dijo el soldado al vendedor ambulante:

— Me extraña que te aflijas de ese modo.

— Repitióle el otro el relato, y cuando terminó, le preguntó el soldado:

— ¿Es decir, que tú ibas con aquella caravana?

— Sí — respondió — . E iban en ella los altos personajes Fulano y Zutano.

Conoció el soldado que decía verdad en sus palabras, y volvió a preguntarle:

— ¿Cuáles son las señas del cinto, y dónde se te cayó?

Le explicó el lugar y las señas, y prosiguió el soldado:

— ¿Lo conocerías si lo vieras?

— Sí — respondió.

Y sacó el soldado un cinto que puso ante la vista del vendedor, el cual exclamó:

— Este es mi cinto, y en prueba de la verdad de mis palabras, en él hay unas piedras de tales y tales señas.

Abrieron el cinto y hallaron en él las piedras conforme las había descrito.

— Este es tu dinero. ¡Dios te haga prosperar con él! — le dijo el soldado.

Repuso el vendedor:

— Estas piedras valen tanto o más que los dinares. Toma éstos para ti, que tengo gran placer en que te quedes con ellos.

— No he de aceptar cosa alguna por haberlos custodiado — replicó el soldado.

De modo que cuando el vendedor entró, era un pobre, y cuando salió, estaba rico.

De pronto, comienza el soldado a llorar y a sollozar con desconsuelo, viendo lo cual, le preguntó Abuhafs:

— ¿Por qué lloras, si el Señor ha hecho entrega del depósito que tenías a tu cargo y el dueño te ha ofrecido generosamente una importante cantidad de dinero? Si quieres, le indicaremos que vuelva a dártelo.

— No lloro por eso — replicó el soldado —. Lloro por saber que ya ha terminado el plazo de mi vida. Y de ello estoy bien cierto, porque yo cifraba todas mis esperanzas y todos mis anhelos en que Dios me trajera al dueño del dinero y éste recogiera lo que era suyo, y desde el momento en que el Señor, con su generosidad, ha hecho que se cumplan, y ya nada me queda que esperar, comprendo que el fin de mi vida ya llegó.

Y cuenta el maestro Abudsorr que aún no había trascurrido un mes, cuando aquel hombre murió, y que él hizo la oración por el difunto.

Refiere el Cadí que le contó lo siguiente en Mosul, Abulcásim, hijo de Alhosáin:

— Ocurrió aquí, en esta mezquita, en esta casa y en esta tienda — y señaló hacia ella — un caso sorprendente. Habitaba en esa casa uno de los mercaderes que hacen el viaje a Cufa, para el negocio de la seda. En una ocasión, llevaba sobre un asno el talego donde guardaba la seda, que constituía toda su fortuna, y en una de las paradas que hizo la caravana, cuando iba a quitar la carga del asno, como fuera muy pesada, pidió a un hombre que allí junto se encontraba que le ayudara a descargarla. Sentóse después a comer e invitó a aquel individuo a

comer con él. Aceptó y comieron juntos. Mientras comían, preguntó el comerciante al otro por sus cosas, y le respondió que era un caminante que había salido de Cufa, por un asunto que le apremiaba, sin provisiones de viaje.

— Quédate en mi compañía — le dijo el comerciante —. Me ayudas a mis faenas durante el camino y yo me encargo de tu manutención.

— En verdad, que tengo gran deseo de servirte y mucha necesidad de tus provisiones — contestó el hombre.

Prosiguió el viaje con él, sirviéndole del mejor modo que le era posible. Llegaron a Tacrit e hicieron alto en las afueras de la ciudad, a la cual se dirigió la gente para proveerse de las cosas necesarias.

El comerciante dijo a aquel hombre:

— Ten cuidado de nuestra caballería, mientras voy a la ciudad a comprar cosas que necesitamos.

Entró en la ciudad e hizo sus compras, entreteniéndose algún tiempo a causa de ellas, y cuando después salió, no encontró ni la caravana ni a su compañero. Calculó que al marcharse la caravana él se había marchado con ella, y salió corriendo hasta alcanzarla, a costa de gran esfuerzo. Preguntó por su compañero, y le contestaron:

— No ha venido con nosotros ni lo hemos vuelto a ver; pero él cargó los géneros sobre el asno y entró en la ciudad tras de ti. Nosotros creímos que se lo habías mandado tú.

Emprendió la vuelta hacia Tacrit, donde preguntó por él; mas no halló rastro alguno suyo ni hubo quien le diera noticias. Perdida ya toda esperanza de encontrarlo, se encaminó hacia Mosul, desprovisto de toda clase de recursos. Llegó de día, hambriento, desnudo, hecho un

mendigo, rendido de fatiga, y le dió vergüenza entrar en la ciudad con luz, pues al verlo de aquel modo se regocijaría el enemigo y se afligiría el amigo, y se quedó en las afueras hasta que anocheció. Entonces entró, llamó a la puerta de su casa, y le contestaron:

— ¿Quién es?

— Fulano — es decir: él mismo.

Hicieron grandes demostraciones de alegría y también de serles su venida muy necesaria.

— Gracias sean dadas a Dios — le dijeron — por haberte traído en ocasión en que nos hallamos en gran estrechez, con muchas faltas y en la mayor penuria. Te llevaste todo tu dinero, y como el viaje ha sido largo, tu familia se ve muy necesitada. Hoy te ha nacido un hijo y, ¡por Alá!, que no encontramos con qué comprar algo a la parturienta, la cual, en el estado que se halla, ha pasado la noche sin tener qué tomar. Proporciónanos harina y aceite para que nos alumbremos, pues no tenemos luz.

Con aquello se aumentó su angustia; pero se le hizo violento enterar a sus gentes de la situación en que se encontraba, para no hacer más grande su pena. Cogió una vasija para el aceite y un saco para la harina, dirigiéndose con ellos hacia la tienda. Estaba en ella un individuo que vendía harina, aceite, miel y otras cosas por el estilo. Cuando llegó a la tienda ya había cerrado el dueño, había apagado la luz y se había acostado. Lo llamó el viajero, respondió el otro, y así que lo conoció, dió gracias a Dios por encontrarlo bueno y salvo.

— Enciende con el eslabón, pues voy a comprarte unos dracmas de harina, aceite y miel que necesito en este momento.

No quiso advertirle que le pagaría después [**147**] por

si se negaba a entregarle los géneros. Dió el dueño de la tienda al eslabón y encendió la lámpara. Entonces el otro le pidió:

— Pésame tanto de harina, tanto de aceite, tanto de miel, tanto de manteca y tanto de sal.

Pero mientras estaba explicando lo que deseaba, fijó la atención en el fondo de la tienda y vió allí su talego, con el que había huído su compañero de viaje.

Sin poderse reprimir, se arrojó sobre el dueño de la tienda, lo sujetó, le echó las manos al cuello y lo atrajo hacia sí, diciéndole:

— ¡Enemigo de Dios! ¿Dónde está mi hacienda?

— ¿Qué te pasa, Fulano? — repuso el tendero — . Pues, ¡por Alá!, yo sé que no eres hombre que acostumbres a tratar mal a los demás, ni tampoco debes tener noticias de que yo haya cometido ninguna mala acción contigo ni con quien no seas tú. ¿Qué es esto, entonces?

— ¡Mi talego! — respondió el comerciante —, que se lo llevó un criado que había a mi servicio, con toda mi fortuna y con mi asno.

— Yo no sé más — replicó el dueño de la tienda — sino que ha llegado a mí un hombre, después de anochecer, me ha comprado cena y me ha pedido hospitalidad. Se la he dado, ha puesto ese talego en mi tienda, el burro en casa de nuestro vecino y él se ha ido a pasar la noche en la mezquita.

— Ayúdame a cargar el talego, que voy a buscar a ese hombre.

Levantaron entre los dos el talego, se lo echó a la espalda el dueño y se encaminó con él hacia la mezquita. Allí estaba el hombre durmiendo. Le dió con el pie y despertó el otro despavorido, exclamando:

— ¿Qué te pasa?

— ¡Ladrón! ¿Dónde está mi hacienda? — le increpó el comerciante.

— Sobre tu hombro está, y, ¡por Alá!, que de ella no falta ni un átomo.

— Y el burro, ¿dónde está?

— En casa de éste que viene contigo.

Y se marchó el comerciante hacia su casa, y allí encontró sus géneros intactos. Hizo sacar el burro de donde estaba, atendió con holgura a su familia y les refirió lo ocurrido, aumentando con ello la alegría y el contento en que sus gentes se hallaban, por causa del recién nacido.

Al cumplirse el plazo convenido entre Moisés y su suegro, Choaib, durante el cual aquél estuvo apacentando los ganados de éste, en compensación del dote que Moisés había de entregarle por su hija, tomó Moisés a su esposa y emprendió la marcha de regreso hacia Madián. Llegaron al río Sagrado, cuando ya la noche los envolvía con sus tinieblas, y allí se quedaron a pernoctar. En aquellas circunstancias sobrevino el parto a su esposa, que estaba en cinta, y en el sitio que se encontraban no tenían ni los alimentos ni los medios indispensables para asistir a las parturientas. Era una situación muy crítica que no había medio de conjurar. Salió Moisés a indagar por allí mirando a derecha e izquierda, por si hallaba modo de aliviar como fuera las angustias que en aquel trance estaban pasando, y "vió una luminaria. Entonces dijo a sus gentes: — Esperad, que he divisado una lumbre. Quizá os traiga brasas o encuentre con el fuego una guía para caminar. Al llegar donde estaba el fuego",

presa de la mayor desesperación, con el corazón saltándole del pecho, y desconfiando hallar quien se compadeciera de él, "le gritó una voz desde la orilla derecha del río: — ¡Moisés! Yo soy tu Señor„ [1].

De esta manera son los favores del Señor para quien a El se confía en todos sus negocios, para quien firmemente abriga la esperanza de lograr sus beneficios, para quien ha sido informado de cuál es la verdadera vía, el camino de salvación. A éstos les satisface ampliamente sus esperanzas y les concede aún más de lo que pretenden, como ocurrió a Moisés, que salió en busca de fuego y el Señor le concedió la dignidad de profeta.

Con respecto a lo que acabamos de exponer, dice uno de nuestros sabios que no hay entre las buenas cualidades, por excelentes que sean, ni entre todas las acciones, sea el que quiera el género a que pertenezcan, aun las más dignas de encomio, nada que supere al hecho de pensar bien de Dios.

A propósito de este caso, compuso un poeta los siguientes versos:

«¡Siervo de Dios! Confía más en lograr lo que no esperabas
    que aquello que tenías por seguro.
Fué Moisés a buscar fuego, guiado por una luz
    que vió en la oscuridad de la noche,
Y cuando volvió con sus gentes, había hablado con Dios.
    ¡Había hablado con El, con el mejor de los interlocutores!
Pues asimismo, siempre que el hombre llega al grado supremo de la aflicción,
    cerca de él se halla la alegría del consuelo.»

Se cuenta que en una ocasión llegaron frente a la costa de Africa gran número de embarcaciones enemigas.

1 Alc., XX, 9, 10, 11.

Se les había terminado el agua, y las gentes venían sedientas; pero los musulmanes se habían desplegado en gran número a lo largo de las playas y castillos, impidiéndoles desembarcar para proveerse de agua. Pidieron los de los navíos que les dejaran abastecerse de ella, mas los otros se negaron, y la sed de los embarcados fué horrible. Viéndose ya a punto de morir, abrieron los Evangelios, se pusieron a dirigir plegarias al Señor, a hacer rogativas, pidiendo que les enviara la lluvia, y a orar con muestras de gran contrición. Y no hay cosa tan pronta como lo fué el cielo para descorrer sus cortinas y empezar a arrojar el agua en gran cantidad. Extendieron aquellas gentes pieles, barreños y todas las vasijas de que disponían, y bebieron y llenaron sus depósitos. A la vista de aquello, prodújose gran revuelo entre los musulmanes, los cuales decían:

— Estos impíos, enemigos de Dios y de su Profeta, han recurrido a su Señor con sincero fervor, han puesto en El su confianza y le han pedido agua con que reanimar sus desfallecidos cuerpos, y El los ha socorrido. Pues nosotros estamos más indicados para elevar plegarias al Señor y dirigirle humildes súplicas, y somos más merecedores de que Dios nos atienda.

Empezaron a dirigir súplicas al Señor, a hacer oración y a rogar con el mayor fervor que les hiciera ver algún prodigio, con el cual se fortalecieran los corazones cuyo fervor se había entibiado, y aumentara la gratitud de los convencidos y amantes del Señor. Aún estaban entregados a estas prácticas de piedad, cuando envió el Señor un viento contra las naves, que las hizo alejarse, dispersándolas completamente. [**148**] Muchas naufragaron, y las otras no lograron ya juntarse ni dos de ellas.

Entre los hechos sorprendentes realizados por el Señor, que merecen consignarse en el presente capítulo, figura el siguiente:

Fué a Jerusalén un individuo de Diar Bequer e hizo una visita a la tumba de Abraham. Estaba comiendo de los manjares que allí facilitan a los huéspedes y se le fué una lenteja por el conducto de la nariz. Trató por todos los medios de hacerla salir, pero no pudo conseguirlo, y llegó a sentirse enfermo. Hallándose ya en su casa, de regreso del viaje, le dió una vez un gran golpe de tos y salió la lenteja disparada contra el suelo. En aquel momento llegó un pájaro y la cogió, al tiempo que el hombre quedaba desembarazado de ella.

¡Bendito sea el que se sirvió de la nariz de este hombre para guardar el alimento de aquel pájaro durante un largo viaje, desde tan remota distancia!

Cuando resolví marchar desde mi país a Oriente, con objeto de ampliar mis conocimientos, yo no conocía el arte de comerciar ni oficio alguno de que poder valerme. Así es que me preocupaba hondamente la partida, pues me decía: "Si se me acaban los recursos, ¿qué voy a hacer?„ Mi confianza más firme estaba en que, en tal caso, me dedicaría a guardar jardines por una paga, y a la noche me ocuparía en el estudio de las ciencias. Por fin, pedí a Dios que me concediera su amparo y emprendí la marcha. Llevaba conmigo una importante cantidad en un cinto sujeto a la cintura. Yo había oído decir a los caminantes que quien duerme en despoblado, llevando dinero en el cinturón, debe quitárselo, por ser a él donde se dirigen los ladrones cuando ejercitan sus malas mañas. Salí desde el poblado de Suidía, con dirección a Anta-

quía, que a la sazón era presa de los cristianos, y anduvimos de camino durante toda la noche, llegando al amanecer a las puertas de Antaquía. Yo tenía mucho sueño; me quité de encima el cinturón y me quedé dormido hasta que me despertaron los rayos del sol, cuando ya había entrado el día. Al despertar, alargué la mano hacia el cinto, mas no lo encontré, y empecé a mirar por toda la caravana y a observar a la gente. Me arrepentí, cuando ya no había remedio; pedí a Dios que me lo devolviera y a El me encomendé. Mas he aquí que mi vista se fija en un individuo de la caravana que me estaba observando y que se reía de verme cómo andaba, hasta que por fin, me preguntó:

— ¿Qué te pasa, alfaquí?

— Una cosa — contesté.

Insistió en su pregunta y volví a contestar lo mismo, y él, entonces, se dirigió a mí y me dijo:

— Coge tu cinto, ¡que Dios te perdone!

— ¿Cómo voy a cogerlo? — pregunté.

— ¡Tu cabeza ha ido dando tumbos dos o tres brazas! — repuso él.

Me volví y vi una cosa negra en el suelo, en el sitio donde había estado durmiendo. Me aproximé, la cogí y era mi cinturón. ¡Dios tenga misericordia de aquel hombre y hágalo objeto de sus complacencias!

CAPÍTULO LX

Consideraciones acerca de la cualidad, madre de todas las buenas cualidades y manantial de donde brotan todas las virtudes; quien de ella carece, no poseerá ninguna cualidad laudable totalmente perfecta. Es *la valentía,* tomando la palabra en el sentido de resistencia para el sufrimiento y también en el de fortaleza de ánimo.

AFIRMAN los sabios que el origen de todas las acciones meritorias se halla en la firmeza de corazón y de ella se derivan todas las demás virtudes. Consiste esta firmeza en la perseverancia y la fortaleza para todo aquello que la reclaman la justicia y la sabiduría.

La cobardía es una cualidad innata a la que acompaña la desconfianza en la ayuda de Dios, y el valor es también una condición natural que lleva unida la confianza en la bondad de Dios.

Preguntaron a Aláhnaf en qué consistía el valor, y contestó:

— En resistir durante un espacio de tiempo.

Abuchabal respondió a la misma pregunta, diciendo:

— En que resistas el ardiente furor de las espadas durante los dos ordeños de una camella, esto es, el intervalo de tiempo que trascurre desde que se hace un ordeño hasta que se vuelve a ordeñar otra vez.

Has de saber que quien se lanza al combate es una res acosada por la muerte; preferible es, por tanto, hacer cara a la muerte y no presentarle la espalda.

Dice el primero que frecuentemente se salva una vida, por haberse ofrecido a la muerte, y sobreviene la muerte, por ocuparse en salvar la vida.

A quien anhela encontrar la muerte en la guerra santa, Dios le hace el don de la vida.

La huída es una de las cuchillas que la muerte utiliza.

El que huye, hace entrega de sí mismo; el que lucha, aleja a quien le ataca.

Como fruto del valor se recoge el quedar a salvo del enemigo.

Ten presente que en la guerra son muchos más los que mueren de espaldas que los que mueren de frente.

La idea de que la muerte está remota, es un arma defensiva para el combatiente.

Preguntaron a uno:

—¿Qué defensa prefieres para el encuentro con el enemigo?

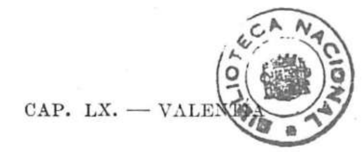
Y respondió:

—Ante todo deseo que la suerte le vuelva la espalda y que cese para él la ayuda divina.

En efecto: el valor es de provecho para aquel a quien las circunstancias favorecen, y si falta la divina asistencia, para nada sirve la abundancia de elementos.

De Alí es el dicho de que, cuando cesa el divino apoyo, todo ardid lleva a la perdición.

Has de saber que sólo por razón del valor llegan a realizarse esos sacrificios que enaltecen y esas acciones generosas que en alto grado benefician a sus autores. Como habrás podido observar, cuando te propones favo-



recer a cualquiera con alguna cosa que te pertenece y sólo te mueves a ello con impulso vacilante, ánimo desfallecido y flojedad de espíritu, se adueña de ti la codicia de poseer aquello que intentabas donar. En cambio, si te anima un impulso decidido, y firme resolución de espíritu y quebrantas la flojedad que te dominaba, entonces te desprendes de aquellos bienes que la codicia te impedía enajenar.

Y con arreglo al grado de entereza o flojedad de ánimo es la satisfacción o contrariedad que la entrega produce, al tiempo de llevarla a cabo.

Lo mismo que con ésta, ocurre con las demás virtudes, ninguna de las cuales lo es verdaderamente, mientras no la acompaña la fortaleza de ánimo. Si ésta falta, no son más que una ficción.

Cuentan que dijo el Enviado de Dios: "La valentía y la cobardía son dos cualidades innatas de las que el Señor hace depositarios a aquellos de sus siervos que bien le place.„

El cobarde huye abandonando a su madre y a su padre, y el valiente lucha aun por aquel de quien para él no sería vergonzoso apartarse.

Con la fortaleza de Corazón se llega a cumplir exactamente con aquello que la piedad ordena practicar y a abstenerse en absoluto de lo que ordena evitar; por ella [**149**] se logra la adquisición de las virtudes, se evita el vasallaje de las pasiones, y es la que libra de encenagarse en los vicios.

Dice un poeta:

«En él concurren juntamente la valentía y la humildad para con su Señor.
¡Qué bien está el guerrero en el templo!»

Con la fortaleza de corazón soporta el hombre las inconveniencias de quienes con él tratan y las desatenciones del amigo; por ella se ocultan los secretos y se rechaza el oprobio; se acometen con brío las empresas difíciles; se soporta la pesadumbre de las contrariedades; se sufren las varias condiciones de los hombres; se lleva a efecto toda determinación y todo cuanto es preciso realizar por exigencias del decoro y de la justicia, y, merced a ella, ríen los hombres en la cara de otros contra quienes el corazón está rebosando odios y rencores.

Como dice Abudsorr: "Ponemos gesto sonriente a la vista de ciertas gentes, aunque nuestros corazones los maldigan.„

Y Alí: "Estrechamos ciertas manos que, a juicio nuestro, debieran ser cortadas.„

No consisten la firmeza, la valentía y la fortaleza de espíritu en sostener tozudamente lo que no es razonable; en que armes pendencia sin motivo; en consentir cachazudamente que te peguen; en soportar grandes fatigas o en lanzarte inconsideradamente a castigar y a matar a las gentes. Todo eso son condiciones propias de asnos y puercos. Consisten, por el contrario, en saber resistir hasta donde exija el cumplimiento de los deberes que sobre ti pesan; en escuchar pacientemente la voz de los mismos, arrostrando las consecuencias que de ello se derivan; en vencer las pasiones, dominar los apetitos, aferrarte con gran ahinco a la virtud y aplicarte de todo corazón a la práctica de la misma, sin que de ella te desvíe ni muerte ni vida, hasta el punto de que para ti sea preferible morir por el bien que la sabiduría enseña y la justicia exige, antes que seguir viviendo por algo que

requiera contravenir los dictados de la sabiduría y las exigencias de la justicia.

Como dijo Alí, hijo de Alhosáin:

— ¿Qué importa a tu padre, hijo mío, que el mundo entero se ponga en contra suya, si él está en lo justo? ¿Y acaso el defensor de la justicia logra el bien completo hasta después de la muerte?

De acuerdo con lo manifestado, dicen los sabios de la India: "Como el espíritu del soberano carezca de la necesaria intrepidez, será totalmente incapaz de regir sus asuntos, y se encontrará como desamparado de toda ayuda.„

Has de saber que la cobardía es mortífera y el arrojo defensivo; el apocamiento un oprobio, la cobardía una incapacidad.

El cobarde ayuda a los demás contra sí mismo y huye, abandonando a su madre, su padre, su esposa y sus hijos, siendo así que cualquier situación de peligro no dura más del tiempo que va de un ordeño a otro. El valiente, en cambio, defiende a quien ningún parentesco tiene con él, y merced a su arrojo, se conserva en poder de sus dueños la hacienda del vecino y del amigo.

El cobarde se asusta aun por cosas de cuya existencia no ha llegado a cerciorarse.

El cobarde se busca la muerte con su miedo.

Sabe que el valor en el combate puede revestir tres formas, a saber: el de aquel individuo que, al encontrarse los dos grupos frente a frente, dispuestos a lanzarse el uno contra el otro, observándose mutuamente, destácase de entre sus filas hacia el centro de la palestra, ataca al enemigo y vuelve con los suyos, y desde allí grita: "¿Hay alguien dispuesto a sostener conmigo un combate perso-

nal?„ El segundo es el de aquel que, en lo más encarnizado de la pelea, cuando las gentes andan revueltas unas con otras y nadie sabe por dónde le ha de venir la muerte, conserva toda su entereza, la tranquilidad de su corazón y su presencia de ánimo, sin dejarse dominar por el terror ni trastornar por el espanto, conduciéndose como lo hace aquel que es dueño de la situación y conserva el dominio de sí. El tercer caso de valor es el de aquel otro que, al huir derrotados los suyos, se mantiene a retaguardia, peleando a la vista de las gentes, se interpone entre el enemigo y los de su bando, fortalece los corazones de éstos, lleva la esperanza a los de ánimo abatido, los estimula con bellas arengas e infunde el valor en sus espíritus y consigue levantar al caído, arrastrar en pos de sí al que se quedó parado, que lance su caballo a la carrera aquel que lo tenía refrenado, hasta lograr que las esperanzas que el enemigo empezaba a forjarse con respecto a ellos, queden defraudadas.

Este último es el más merecedor de que se le alabe por valiente.

A propósito de lo que acaba de indicarse, también se dice que quien pelea a la zaga de los fugitivos hace igual que quien va en pos de los pecadores, invocando para ellos el perdón de Dios. Entre los actos más generosos se cuenta el de apartar del pecado.

Puesto que, según se dice, cada cual tiene dos días fatalmente señalados: uno del que no ha de escapar, y otro que no debe olvidar [1], ¿qué pretende entonces el cobarde y el fugitivo?

[1] Adviértese claramente que se refiere al día de la muerte y al del juicio final.

Contaban unos jefes militares de mi país que se trabó una contienda entre musulmanes e infieles, y al separarse, hallaron en el lugar de la lucha un trozo de casco, como de una tercera parte del mismo, dentro del cual estaba el pedazo de cabeza que por él quedaba cubierta. Aseguraban que jamás se ha conocido golpe tan formidable.

También en mi país, Tortosa, contaban unos jefes militares que en los días de Saifelmila salieron de expedición nocturna contra el país enemigo, y cuando iban de marcha, se encontraron con otra expedición de cristianos que iban con propósito — decían — de hacer con nosotros lo mismo que nosotros nos proponíamos hacer con ellos. Ya éramos conocidos unos de otros. Venían con nosotros aguerridos caballeros, y entre ellos había cristianos esforzados. Nos quedamos parados frente a frente, por unos momentos, y en seguida nos lanzamos unos contra otros. Sobrevino el choque y estuvimos peleando durante cierto tiempo, hasta que el Señor nos hizo la merced de que los enemigos presentaran las espaldas, y los dejamos como un campo segado, como quedan las reses en el tajo del carnicero. Cerca de donde ellos estaban había una alquería donde tenían vino, y bebimos de él hasta emborracharnos. Entonces nos apeteció comer unos filetes de carne y fuimos a cortarlos de la propia carne de los enemigos, los pusimos al fuego y nos los comimos. Los cautivos que les habíamos cogido estaban horrorizados. Al tener los cristianos noticia de aquello, llegó a su colmo el espanto que produjimos en las gentes, infundiendo el hecho hondo terror en sus corazones.

Se cuenta que encontró Omar, hijo de Aljatab, a Amrú, hijo de Maad, el cual estaba trabajando la tierra, y le preguntó:

— Oye, Amrú: ¿Cuál es el arma más conveniente para la guerra?

— ¿Por cuál de ellas preguntas? — le dijo Amrú.

— ¿Qué me dices de las flechas? — prosiguió Omar.

— Pues que [**150**] unas yerran y otras aciertan.

— ¿Y de la lanza?

— Es tu hermano; pero, a veces, te traiciona.

— ¿Y de la espada?

— ¡Esa, esa! ¡Muy bien!

— Y del escudo, ¿qué dices?

— Que es el círculo a cuyo alrededor giran en continua sucesión las alternativas de la fortuna.

Era este Amrú uno de los árabes más valerosos y uno de sus héroes. El día de la batalla de Alcadisía, descendió hacia el río, diciendo a sus compañeros:

— Voy a pasar el puente. Si os dais prisa y no tardáis más tiempo del necesario para degollar una res, me encontraréis con la espada en la mano, combatiendo con ella, sin volver la cara. Ya me habrá herido el enemigo; pero aún estaré de pie, en medio de ellos; mas si tardáis más de ese tiempo, ya me encontraréis muerto.

Y se lanzó al ataque por entre las filas de la multitud. Al ver aquello, dijeron los suyos, unos a otros:

— ¡Descendientes de Zobair! ¿Por qué permitís esto a vuestro compañero? No creo que lo encontréis vivo.

Cargaron sobre el enemigo y llegaron hasta el sitio donde él se hallaba. Lo había derribado el caballo y estaba cogido a la pata del caballo de un persa, teniéndolo sujeto, y aunque el jinete pegaba al animal, éste no

podía moverse. Al llegar nosotros, se arrojó aquel hombre del caballo y se lo dejó. Montó en él Amrú, y se puso a gritar:

— Yo soy Abunur. ¡Por Alá!, que habéis estado a punto de perderme.

— ¿Dónde está tu caballo? — le preguntaron.

— Le han disparado una flecha y ha salido desbocado y haciendo cabriolas, y me ha tirado al suelo.

Cuentan que el día de Alcadisía, al atacar Amrú a Rostam, el enviado por el monarca persa, Yazodichird, para guerrear contra los musulmanes, se encontró Amrú frente a él, que iba montado sobre un elefante. Desjarretó Amrú al animal y vino a tierra Rostam con el elefante encima y una bolsa que llevaba, en la que había cuarenta mil dinares. Murió Rostam y los persas huyeron a la desbandada. Se dice que quien mató a Rostam fué Zanim, hijo de Fulano.

Ni en la época anteislámica, ni en los tiempos del islamismo, se ha oído que se diera un golpe semejante a aquel que dijimos que había cortado la tercera parte del casco y la cabeza que había dentro de él. Lleváronse los cristianos el casco y lo colgaron en una de sus iglesias, y si les reprendían por haber huído, decían:

— Es que hemos tropezado con unas gentes que daban golpes como ése. Y acudían para verlo los caballeros cristianos más esforzados.

Entre los árabes se pondera un hecho de esta naturaleza, en los siguientes versos que compuso Anamar, hijo de Taulab, describiendo la estocada de una espada:

«Perdurará a través de los días y las mudanzas de los tiempos, por causa de la huella de una antigua espada cuyos destellos aún fulguran. [Namar,

Debido a él, sigues penetrando, si con la espada hieres,
más hondo que con los hierros, las varas y las puntas de las lanzas.»

También se citan estos pensamientos que compuso Nabiga, acerca de la espada:

«Hiende la cota de doble tejido y enciende en la cara de los sables fuego centelleante.»

Mas, ¿dónde va esto a compararse con el corte que raja el hierro y la cabeza que por él va cubierta, y qué tienen que ver las Pléyades con el polvo y el sable con el podón?

Si no fuera por lo enojoso de la excesiva prolijidad, expondríamos otros casos semejante a éstos que serían motivo de asombro.

Se ha dicho que la espada es sombra de la muerte, juguete con que ésta se distrae; la lanza, cuerda que trae a la muerte como la cuerda del cubo trae el agua; las flechas, emisarios que no se atienen a las instrucciones de quien las envía; la lanza es tu hermano, y a veces te hace traición; la coraza, una fatiga para el infante y una molestia para el caballero, mas constituye una eficaz defensa; el escudo es una protección a cuyo alrededor giran en continua sucesión las alternativas de la fortuna.

CAPÍTULO LXI

Tratado de las guerras, su organización, su táctica y sus métodos.

DARÁ el rey muestra de su prudencia, no despreciando a su enemigo, por insignificante que parezca, ni desdeñándolo, por escasa que sea su importancia. Cuántas veces impide una pulga conciliar el sueño a un elefante, y un rey poderoso ve turbado su sosiego por uno de estos diminutos animalitos.

Ya dijo el poeta:

«No desprecies al enemigo que te ataca
aunque se halle impedido de los dos brazos.
Porque las espadas rebanan los cuellos y son, no obstante,
inservibles para cosas que se hacen con las agujas.»

Dicen los Proverbios: "No desdeñes al pequeño, porque cuántas veces desazonan las moscas al elevado personaje.„

Pasa con el enemigo lo mismo que con el fuego: si de él te ocupas al principio, es fácil de dominar; mas si dejas que tome incremento la combustión, es difícil atajar su obra y sus daños se multiplican. Es asimismo comparable a la llaga maligna en que, si la atiendes, es cosa

sencilla de curar; mas si la descuidas, dando lugar a que se inficione, causa grandes sufrimientos y su curación se hace difícil para los médicos.

Varios son los tratados que los distintos pueblos han compuesto acerca de los métodos de guerra, en los cuales se exponen orgánicamente diferentes sistemas. Mas la adopción de los de cada pueblo no ha hallado facilidades por parte de quienes residían en otras comarcas, puesto que, por lo común, cada uno de ellos ha seguido una especie de métodos peculiar suya, una clase de táctica, un sistema de estrategia, un tipo de ardides de guerra, un género de ataque, un modo de acometer, de huir, de poner en movimiento las grandes masas, de lanzar unas contra otras, etc.

Mas ocurre que la mitad de las cosas que en esos tratados figuran son principios relativos al modo de llevar las riendas de la guerra, que tienen el carácter de verdades axiomáticas respecto de las cuales no existe realmente discrepancia.

Figuran, en primer término, los siguientes, que se hallan consignados por Dios en el Alcorán: "Poned en juego contra ellos todas cuantas fuerzas y cuantos escuadrones os sea posible, para aterrorizar a los enemigos de Dios y a vuestros enemigos„ [1]. En las palabras "cuantos ..... os sea posible„ se comprenden toda clase de [**151**] medios, instrumentos y estratagemas que el hombre tenga a su alcance. El sentido de la palabra "fuerza„ fué explicado por el mismo Profeta, el cual pasaba en cierta ocasión junto a unos individuos que se ejercitaban en el

1 Alc., VIII, 62.

tiro de ballesta, y exclamó: "La fuerza no es sino el lanzar bien las flechas. La fuerza no es sino el lanzar bien las flechas. La fuerza no es sino el lanzar bien las flechas.„

Entre los compañeros del Profeta había uno que, cuando se disponía a tomar parte en cualquier expedición guerrera, no se cortaba las uñas, dejándoselas como un arma, a la que consideraba como un elemento de fortaleza.

De entre todas las instrucciones referentes a la guerra, figura en primer término, por su importancia, la recomendación de que al hallarse a punto de emprender la batalla, se realicen previamente las prácticas piadosas de la limosna, el ayuno, reparación de injusticias cometidas, obras de misericordia, plegarias fervorosas, exhortaciones a la práctica del bien y disuasión de acciones reprobables y otras del mismo género.

Así recomendaba Omar, hijo de Aljatab, que se hiciera, y decía: "Más que con nada, combatís con vuestras buenas obras.„

Se cuenta que llegó un correo con la noticia de una victoria obtenida por los musulmanes, y le preguntó Omar:

— ¿A qué hora ha sido el encuentro con el enemigo?

— Por la mañana — respondió.

— ¿Y cuándo quedó derrotado?

— Hacia la puesta del sol.

— ¡Nosotros somos de Dios y a El hemos de volver!— exclamó Omar, y añadió:

— De la mañana a la tarde, ha humillado el politeísmo su cerviz ante la verdadera fe. O lo que vosotros hi-

cisteis fué complemento de lo que yo hice, o lo que yo hice fué complemento de lo vuestro.

El extremo a que con mayor cuidado debe atenderse es el referente a la superioridad de condiciones que han de poseer los caudillos y a la acertada elección de jefes y de todos aquellos que ejercen el mando, pues, como dicen los sabios persas: "Más vale que un león guíe a mil zorras, que no una zorra a mil leones.„

No es prudente confiar el mando de las tropas a quien no sea hombre de temple heroico, arrojado, valiente, audaz, firme de corazón que, no obstante su intrepidez, sepa conservar su presencia de ánimo, dueño de sí mismo, de bien probada bravura, avezado al fragor de los combates, práctico en manejar hombres y en dejarse manejar por otros, que haya descendido a la arena con otros como él y haya medido sus fuerzas con aguerridos campeones, conocedor de los lugares que en los combates corresponden a la caballería y las posiciones que han de ocupar el núcleo central del ejército y sus dos alas, derecha e izquierda, y qué partes de éstas conviene reforzar con gentes resistentes y valerosas; informado de la clase de tropas con que cuenta el enemigo y los puntos que por él están desatendidos y los que tiene reforzados.

Si el caudillo es tal como se ha descrito y las cosas se hacen en la forma que él las ha planeado, todos los demás serán otros tantos como él. Mas si es incapaz de discurrir un plan con arreglo al cual haya de efectuarse el encuentro de los cuerpos de ejército, entonces se verá obligado a retroceder en la forma que regresan las ovejas a su redil.

Ten por sabido que la guerra, en sentir de las perso-

nas entendidas, debe hacerse a base de astucia, y lo último a que se recurre es al ataque a las tropas y al choque de unos ejércitos contra otros.

Vamos, pues, a tratar ante todo de la eficacia de las estratagemas para el logro del triunfo.

Refiere lo siguiente Nasar, hijo de Sayyar:

— Siendo yo gobernador del Jorasán, en nombre de Meruán el Chaadí, último soberano de los Beni Omeya, oí decir a los jefes turcos: "El caudillo que está al frente de los restantes jefes debe reunir las cualidades que poseen diez animales, a saber: la valentía del gallo; el afán de rebuscar, propio de la gallina; ánimo de león; la impetuosa acometividad del cerdo; el disimulo de la zorra; resistencia de perro para sufrir las heridas; la vigilancia de la grulla; las tragaderas del lobo, y la facilidad para nutrirse que tiene el "naguir„ (pequeño reptil del Jorasán, que engorda con la fatiga) [1].

Diez son las cosas más fuertes que Dios ha creado, a saber: los montes; el hierro, que hiende los montes; el fuego, que se come al hierro; el agua, que apaga el fuego; las nubes, que se llevan el agua; el viento, que arrastra a las nubes; el hombre, que manda en el viento para utilizarlo en su servicio; la embriaguez, que hace caer al hombre; el sueño, que disipa la embriaguez, y los cuidados, que impiden conciliar el sueño. Así, pues, los cuidados son la cosa más fuerte que el Señor ha creado.

Como medida de capital importancia, empezará el caudillo por distribuir sus espías por entre el ejército ene-

[1] El texto sólo menciona los nueve animales citados en vez de los diez a cuyas cualidades alude.

migo, para conocer noticias referentes al mismo en todo momento. Se informará de sus capitanes, caudillos y hombres de valor con que cuenta, y procurará entenderse con ellos secretamente, haciéndoles importantes ofrecimientos, y empleando toda clase de medios ingeniosos para estimular su ambición por alcanzar las grandes mercedes y elevadas dignidades que está en mano de él conceder. Si viera modo de hacerlo, anticípeles dádivas y presentes, solicitando de ellos que hagan traición a su jefe o que lo abandonen en el momento de trabarse el combate.

Redactará falsos escritos en la lengua de los enemigos, simulando que han sido dirigidos a él, y los distribuirá entre las tropas de aquéllos, y escriba noticias falsas sobre flechas y arrójelas al ejército enemigo.

Procure poner en práctica con ellos, hasta donde le sea posible, las cosas que aquí se recomiendan. Cierto que todo ello exige derroche de dinero y de ingenio; mas también lo es que el combate exige derroche de vidas y caudillos.

Son innumerables las especies de ardides que cabe poner en juego, y aquel que se halla presente cuando llega el caso de aplicarlo, es quien puede apreciar lo que entonces procede, con mayor acierto que el ausente.

Muy oportuno estuvo Almohalab cuando le escribió Alhachach ordenándole que se apresurase a combatir a los Azareca, y aquél le contestó: "Es una desdicha que haya de prevalecer la opinión de quien puede imponer la que él se ha forjado y no la de aquel que mejor puede apreciar las circunstancias."

Nombró Almojtar a Yazid, hijo de Anas, gobernador

de Mesopotamia, y le ordenó emprender la lucha contra Abdala, hijo de Ziyad, haciéndole presentes las siguientes recomendaciones:

"Ve contra el enemigo guiado por un plan que no se haya trazado por una sola persona e impulsado por un arrojo que nada fía a los demás; no fíes en la suerte, porque muy bien puede ser adversa; consulta a quien no ha de satisfacer su ambición a consecuencia de tus actos y no guardes tus planes secretos en el fondo de tu corazón, y antes de lanzarte a la pelea, pide a Dios ayuda.„

Hizo las siguientes recomendaciones Omadial la Abasí a su hijo Alfatac, que fué uno de los árabes más esforzados que se han conocido:

— Hijo mío, por seguro que estés de tu fuerza, no entables el combate hasta que no hayas hallado el modo de escapar del mismo, porque la persona es lo más fuerte que existe, mientras dispone de algún recurso de ingenio, y lo más débil, si de él carece. La fortaleza más digna de loa es la que se halla regida por la habilidad; fuera de la que cuenta con el auxilio divino, es la de mayor eficacia. Retírate del combate con la cauta ligereza con que el lobo se retira y con la misma rapidez con que el cuervo emprende su vuelo, porque la prudencia es rienda de la valentía, y la temeridad, [**152**] enemiga de la fortaleza.

Decía a su hijo el guerrero Abusaraya:

— Fíate más, hijo mío, de tu destreza que de tu fuerza, y de tu prudencia más que de tu arrojo, porque la guerra es despojo del temerario y botín para el prudente. Ten presente, sin embargo, que cuando cesan las circuns-

tancias favorables, los recursos que en tal caso se pongan en juego sólo sirven para agravar la situación, y si Dios permite que la adversidad se desencadene, los ardides sólo causan perjuicios.

Dicen los sabios: "Cuando desciende el divino decreto, es contraproducente oponerse a él con habilidades; y cuando cesan los favores de la suerte, deben reemplazarse los actos que dicta la prudencia por aquellos otros que lo imprevisto dicte a la improvisación en cada caso, y lo mismo vence el débil, si las circunstancias le son propicias, como es derrotado el fuerte, si cesa el apoyo que las mismas le prestan.„

La prosperidad y el infortunio del reino, van estrechamente ligados a la suerte próspera o adversa del rey.

No hay para el hombre atavío que tanto le adorne como su buena estrella, y si ésta se eclipsa para él, quedan sus vergüenzas al descubierto.

Hay casos en que un ardid es la perdición de quien lo ha puesto en práctica.

Es una determinación habitualmente adoptada por los organizadores de planes de batalla, la de colocar en la parte central los hombres que constituyen, por decirlo así, la salvaguardia de los demás, los esforzados paladines que sirven de protección a los otros, porque si llega el caso de que las alas del ejército queden rotas, las miradas se dirigen hacia el núcleo central, y al ver que allí flamean los estandartes y baten los tambores, se toma aquello como una fortaleza adonde acuden a refugiarse los derrotados de los flancos.

Mas si el núcleo principal se rompe, los flancos se dispersan. Puede servir de ejemplo un pájaro, al cual, si

se le rompe un ala, cabe la esperanza de que se le restablezca con el tiempo; pero si es la cabeza la que se le rompe, entonces las dos alas se han perdido.

Y no importa que sea grande el destrozo sufrido por los flancos para que, si el centro resiste, vuelvan a él los fugitivos y sea para ellos la victoria. Mas rara vez queda triunfante o vuelve a incorporarse a los suyos la parte deshecha del ejército, cuando es el centro lo que se ha roto. Esto sólo ocurrirá en el caso de que esa ruptura se deba a una estratagema del caudillo que abre en él una brecha de propio intento, con propósito y conocimiento del alto mando, a fin de que, al llegar el enemigo al centro de sus tropas y cuando está ocupado en recoger su botín, lo envuelvan las dos alas.

Entre los más importantes ardides de guerra, se cuentan las emboscadas.

Son incontables, por lo numerosas, las ocasiones en que ha sido copado el núcleo principal de un ejército por las emboscadas y en que ha quedado reducido por ellas al mínimo el valor de sus hombres.

El caso es perfectamente explicable, teniendo en cuenta que el caballero se ocupa en la defensa y protección de defensores y atacantes, hasta tanto no vuelve la cabeza y ve a su retaguardia alguna bandera desplegada o escucha el redoble de un tambor, porque desde aquel momento sólo se preocupa de ponerse en salvo.

Cuida, pues, con el mayor interés de que todo se haga tal como va indicado, y de que se lleve a cabo, de acuerdo con tales recomendaciones, cuanto concierne a la organización de las guerras, en lo referente al empleo que ha de hacerse de hombres valerosos, a la elección de esforzados paladines. Sírvete de gente intrépida y

arrojada, sin importarte que no sean en número considerable; antes bien, evita que abunden y no olvides aquellas estrofas del poeta, que dicen:

«Mil personas son como una sola
y una sola es como mil, si son mandadas por mí.»

Así se ha comprobado, y aun se ha dado el caso de que uno solo de ellos haya valido por diez mil. Y a propósito de ello voy a contarte algún caso del que vas a quedar admirado.

Aunque se hallen en corto número, hacen en los ejércitos el mismo efecto que el cuajo en la leche.

Cuando se verificó el encuentro de Almostaín Benhud con el rey infiel, el hijo de Rodmil [1], el cristiano, junto a la ciudad de Huesca, en las fronteras del Andalus, los dos ejércitos tenían sus fuerzas niveladas, contando, aproximadamente, cada uno de ellos con unos veinte mil combatientes entre gentes de a caballo y de a pie. Me contó lo siguiente un individuo que formaba parte del ejército y que concurrió a aquella batalla:

— Al acercarse el momento del choque, dijo el infiel, hijo de Ramiro, a uno de sus hombres, en cuya experiencia de las cosas de la guerra y en cuya inteligencia tenía plena confianza:

— Averigua qué hombres esforzados hay en el ejército musulmán, conocidos nuestros, de los que ya nos conocen a nosotros, y cuáles de ellos están presentes y cuáles ausentes.

Marchóse aquel hombre y volvió diciendo:

— Con ellos están Fulano y Fulano..... (hasta mencionar siete individuos).

[1] Ramiro.

— Pues mira ahora — repuso el infiel — los hombres de valor probado que hay en mi ejército y quiénes de ellos se han ausentado.

Los contaron y hallaron solamente ocho, sin pasar de ese número.

Levantóse el infiel alegremente riendo y diciendo:

— ¡Oh, qué día tan fausto!

Trabóse una lucha enconada, ofreciendo ambas partes tenaz resistencia, sin volver la espalda ninguna de ellas ni abandonar sus posiciones, hasta que murió la mayor parte de ambos ejércitos, sin que nadie hubiera huído. A eso de media tarde se quedaron un rato observándonos, y después dieron una carga contra nosotros, metiéndose por en medio de nuestras filas y dejándonos divididos en dos grupos. Interpusiéronse en medio de nuestros compañeros y nosotros, quedando en el centro, lo cual dió lugar a que nuestra resistencia cediera y se debilitara nuestro poder. Al cabo de un rato de lucha en estas condiciones, ya nos hallábamos mucho más quebrantados que los cristianos. Los jefes de cuerpo aconsejaron al sultán que pusiera en salvo su persona, y el ejército musulmán quedó destrozado y disperso totalmente, pasando la ciudad de Huesca a poder del enemigo.

Considere atentamente quien posea espíritu sereno y clara comprensión el hecho de que, en una masa que comprendía sobre cuarenta mil combatientes, no se hallaran presentes sino quince hombres que verdaderamente merecieran la consideración de valerosos, y fíjese asimismo en la seguridad del triunfo que abrigaba el impío y el anuncio que hizo de la victoria porque sobrepujaba en uno el número de sus valientes.

Oí contar a mi maestro, el cadí Abulgualid el Bechí, que hallándose Almanzor, hijo de Abuamir, efectuando una de sus expediciones militares, situóse sobre una colina que dominaba una extensión de terreno, y desde allí se puso a contemplar los ejércitos musulmanes que se extendían ante él, a su derecha, a su izquierda y a su espalda, [153] llenando el llano y el monte, y volviéndose al jefe de las tropas, que era un individuo conocido por Benalmostahfí, le preguntó:

— Visir. ¿Qué te parece de este ejército?

— Pues me parece — respondió — una multitud muy numerosa y unas tropas que ocupan una gran extensión de terreno.

— No puede por menos — repuso Almanzor — de que tengamos entre esas tropas mil combatientes aguerridos.

Quedóse callado Benalmostahfí, y le preguntó Almanzor:

— ¿Por qué te callas? ¿Es que no hay en esas tropas mil combatientes de esa clase?

— No — respondió.

Extrañado Almanzor, inclinóse hacia él, y repuso:

— ¿Habrá, pues, quinientos a quienes se pueda reputar de esforzados paladines?

— No — respondió.

Enojóse Almanzor, e inclinándose hacia él volvió a preguntar:

— ¿Y no habrá cien hombres bravos?

— No.

— ¿Habrá cincuenta?

— No — respondió.

Y empezó Almanzor a dirigirle insultos y a tratarlo

duramente, con los peores modos, y ordenó que lo expulsaran de allí.

Llegados que fueron al país de los infieles, ya habían los cristianos reunido sus fuerzas, y se encontraron los dos bandos frente a frente. Destacóse de entre los cristianos un extranjero, armado de todas armas, que se situó entre ambas filas, y que atacaba a las filas musulmanas y se retiraba a las suyas, y desde allí, gritaba:

— ¿Hay quien quiera sostener un combate personal?

Se destacó hacia él un guerrero musulmán, anduvieron un rato dando vueltas uno alrededor de otro sin acometerse, y, por fin, mató el infiel al musulmán.

Regocijáronse los cristianos y prorrumpieron en grandes gritos de júbilo que llenaban de turbación el ánimo de los musulmanes.

Situóse nuevamente el infiel entre los dos grupos con aire jactancioso, gritando:

— ¿No había dos capaces de luchar a solas con uno?

Salió contra él otro musulmán y estuvieron luchando un rato, hasta que por fin lo mató el infiel.

Siguió éste acometiendo y hostigando, a la vez que gritaba:

— ¿No habrá tres para luchar a solas con uno?

Salió contra él otro individuo y también lo mató.

Lanzaban los infieles grandes gritos y cundía el desaliento entre los musulmanes en términos tales, que ya era inminente la derrota.

Hubo alguien que dijo a Almanzor:

— Esto no hay quien lo remedie, como no sea Benalmostahfí.

Enviaron a buscarlo, y al presentarse a Almanzor, éste le dijo:

— ¿No ves lo que está haciendo ese perro infiel todo el día?

— Con mis ojos he visto cuanto ha ocurrido — le respondió.

— ¿Y qué medio hay para acabar con esto? — repuso Almanzor.

— ¿Qué es lo que deseas? — replicó Benalmostahfí.

— Que libres a los musulmanes del daño que les está causando.

— Está bien. Ahora mismo.

Y se marchó en busca de unos individuos que él conocía, tropezándose con un sujeto de los que residían en las comarcas fronterizas, el cual iba montado sobre una yegua tan flaca que se le señalaban los huesos de las ancas. Llevaba ante sí, sobre la yegua, un odre de agua, y tanto su persona como su atavío revelaban el más completo descuido.

— ¿No ves lo que está haciendo ese infiel todo el día? — le preguntó Benalmostahfí.

— Sí que lo veo — respondió — . ¿Y qué quieres con él?

— Quiero su cabeza ahora mismo.

— Está bien — contestó el hombre.

Llevó el odre a su alojamiento, se equipó con los pertrechos de la lucha y salió en dirección al infiel. Poco después de comenzar la pelea, sin que nadie se hubiera dado apenas cuenta de lo que pasaba, vieron que el musulmán salía galopando hacia ellos, y que traía la cabeza del infiel para arrojarla a los pies de Almanzor.

Entonces habló Benalmostahfí, diciendo:

— A esta clase de hombres me refería, al hacerte ob-

servar que no había en el ejército mil, ni quinientos, ni cien, ni cincuenta, ni veinte, ni diez.

Después de esto, volvió Almanzor a conceder a Benalmostahfí la misma consideración que antes le dispensaba y los más grandes honores.

La guerra es, por el principio, una queja; por el medio, una conferencia, y por el fin, un desastre.

Es la guerra una furia desgreñada, de rostro ceñudo, expresión siniestra y aire torvo; un ardor que excita en la muerte el ansia de saciar su sed de vidas; un fuego de muchos soles metidos en un horno que se alimenta de personas.

La guerra empieza con palabras y acaba con mortandad.

Es muy amargo el sabor que la guerra deja, cuando llega a adquirir violenta furia.

Quien en ella resiste, se hace conocido, y aquel que flojea, se pierde.

El cuerpo de la guerra lo constituye la valentía; su alma, la estrategia; sus ojos, la previsión; sus alas, la disciplina; su lengua, el ardid; su guía, el compañerismo, y su conductor, el divino auxilio.

Dijo el Profeta: "La guerra es engaño.„

Algunos califican a la guerra de cosa estúpida, fundándose para ello en que dirige sus pasos contra quien no es culpable de ella.

Dice el poeta:

«Si he sido o no de los culpables de la guerra, sábelo Dios,
pero hoy me abraso en su fuego devorador.»

Dijo otro:

«Veo que unas gentes son los culpables de la guerra
y que ésta abrasa con su fuego a otras inocentes de ella en absoluto.»

Otro añade:

«Es la guerra en un principio una hermosa joven,
cuya seductora apariencia incita a los insensatos.
Hasta que la hoguera se enciende y se avivan sus llamas devastadoras,
porque entonces se vuelve una vieja a la que no hay quien se arrime.
Canosa, de aspecto repulsivo, flaca,
a la que da asco oler y besar.»

En sentir de un filósofo, todas las instrucciones referentes a la guerra se hallan condensadas por el Señor en estas palabras: "¡Oh, creyentes! Cuando os halléis frente a una tropa armada, resistid con firmeza y repetid sin cesar el nombre de Dios. Así, quizá, obtengáis el triunfo. Y obedeced al Señor y a su Enviado; no provoquéis discordias entre vosotros, porque abatirán vuestro ánimo y seréis derrotados. Soportad con paciencia, que Dios está con los perseverantes„ [1].

Pidieron unas gentes instrucciones a Actsam, hijo de Saifí, con motivo de una guerra que trataban de emprender, y les contestó:

— Reducid al mínimo vuestras discrepancias con los jefes, sabed que el mucho gritar es ir a la derrota, y que no hay tropa organizada para aquel con quien no están todos de acuerdo. Resistid con tesón, porque la fortaleza mayor es del bando que mantiene sus posiciones.

Decía Otba, hijo de Rabía, a las gentes de su banda el día de Bedr:

[1] Alc., VIII, 47, 48.

— ¿No veis a los compañeros de Mahoma, rodilla en tierra, sin hacer ruido, como si fueran mudos, que se limitan a sacar la lengua, [154] en la forma que la serpiente saca la suya?

He visto varios libros acerca de las guerras, cuyos autores reprueban que se alce la voz para dirigir alabanzas al Señor y recomiendan que cada uno alabe al Señor en el fondo de su alma.

Ten presente (el Señor te guíe por el recto camino) que Dios nos ha explicado claramente en su libro las causas que motivan el triunfo y las que ocasionan la derrota y la huída, cuando dice: "¡Oh, creyentes! Si ayudáis a Dios, El os ayudará a vosotros y hará que sean firmes vuestros pasos„ [1]. Es decir: "Si ayudáis a su Enviado y a su religión.„

Por lo que a la derrota se refiere, su causa no es otra que el pecado, como también el Señor hace notar en sus palabras: "Aquellos de vosotros que volvieron la espalda, el día que se encontraron los dos bandos, lo hicieron vencidos por las sugestiones de Satán, en castigo de alguna falta que hubieran cometido„ [2]. Esto es: por el funesto influjo de sus pecados y por haber abandonado el puesto que el Profeta les dió a defender. Alude a lo ocurrido en el combate de Ohod, cuando el Profeta colocó a los arqueros en la brecha del monte para impedir que los coraixíes atacaran por sorpresa desde aquel punto. Trabóse la batalla, quedando derrotados los idólatras. Mas los arqueros sospecharon: "A nosotros no nos va a

1 Alc., XLVII, 8.
2 Alc., III, 149.

alcanzar el botín„, y se lanzaron tras él, abandonando el puesto en que se hallaban desde un principio. Salió entonces la caballería de los idólatras por aquel sitio y atacó a los musulmanes, haciendo en ellos la famosa matanza de Ohod.

Debe el jefe del ejército disimular los signos distintivos que sirven para darlo a conocer, porque el enemigo procura informarse del modo como va ataviado y de los colores de su caballo y de su pendón; no ha de pasarse noche y día recluído en su tienda; se mudará los vestidos; cambiará su tienda de lugar y procurará que sea ignorado el sitio donde se halla, para que el enemigo no se aproveche de sus descuidos. Cuando la lucha está en suspenso, no salga fuera del campamento con reducida escolta de los suyos, porque las miradas del enemigo lo buscan incesantemente.

Por esta causa derrotaron los musulmanes a los ejércitos de Africa cuando tuvo lugar la conquista de dicho país. Aprovechando una suspensión de hostilidades, a la hora de mediodía, salió a pie el jefe del ejército enemigo fuera del campamento para observar las tropas de los musulmanes. Enterado de ello Abdala, hijo de Abusarrac, que se hallaba durmiendo en su tienda, salió con algunos hombres de su confianza, con los cuales acometió al enemigo, dando muerte al rey y logrando el triunfo.

Pasó Táric, liberto de Musa, hijo de Nosair, a España con propósito de conquistarla, en ocasión en que Musa se encontraba en Africa, desembarcando en la Isla Verde, y haciéndose fuerte en el monte que hoy se denomina Monte de Táric, en número de mil novecientos hombres. Lanzáronse los cristianos llenos de ardimiento contra ellos y combatieron por espacio de tres días.

Al frente de los cristianos iba Teodomiro, el cual había sido designado por Rodrigo, rey de los cristianos, para reemplazarlo en el mando de las tropas. Escribió Teodomiro a Rodrigo, diciéndole: "Han llegado a nuestro país, no sé si desde el cielo o desde la tierra, unas gentes a cuyo encuentro he salido. Apresúrate, pues, a ponerte a mi lado tú en persona."

Acudió Rodrigo con noventa mil jinetes, contra los cuales salió Táric, llevando al frente de la caballería a Mogueits el Rumí, liberto de Algualid, hijo de Abdelmélic.

Al cabo de tres días de combatir con denuedo, vió Táric que sus gentes se hallaban en grave aprieto y empezó a arengarlas para que resistieran, a estimular en ellos el deseo de morir por la fe y a infundirles esperanzas.

Entre otras cosas, les decía: "¿Por dónde encontrar la huída? Tras de nosotros está el mar, y delante tenéis al enemigo. No queda otro remedio sino que resistáis vosotros y el auxilio de Dios. Haced vosotros lo mismo que yo haga, pues, ¡vive Dios!, que he de llegar hasta su reyezuelo, y he de matarlo o morir yo, si él no muere."

Se aseguró en el caballo e informó de cómo iba ataviado Rodrigo, de sus insignias y de su tienda, y se lanzó contra él, seguido de sus compañeros, atacando como un solo hombre. Mató Dios a Rodrigo después de una gran matanza de enemigos y protegió a los musulmanes, que no tuvieron gran cantidad de muertos.

Pusiéronse en fuga los cristianos, y los musulmanes prosiguieron la matanza por espacio de tres días.

Cortó Táric la cabeza a Rodrigo y se la envió a Musa,

el cual, a su vez, la remitió a Algualid, hijo de Abdelmélic [1].

Marchó Mogueits hacia Córdoba y Táric hacia Toledo, sin más objeto que el de apoderarse de la mesa que, según refieren los autores, perteneció a Salomón, hijo de David. Entrególe la citada mesa y la corona el hijo de la hermana de Rodrigo. Estaba la mesa tasada en dos cientos mil, por ir adornada de piedras preciosas valiosísimas, como no se han visto igual.

Con esta misma táctica derrotó el Parsalán, rey de los turcos, y subyugó al rey cristiano, dando muerte a sus gentes y aniquilando la enorme multitud que llevaba consigo, pues los cristianos habían reunido un ejército tan numeroso, que difícilmente volverán a reunir otro semejante quienes vengan tras ellos. Llegaba a setecientos mil el número de los combatientes, regimientos que se unían unos a otros, cuerpos de tropas que se sucedían sin interrupción, pelotones agrupados..... No había límite que los abarcara ni número capaz de contarlos.

Iban pertrechados de acémilas, armas, catapultas y aparatos de batir fortalezas en cantidad incalculable.

Ya habían hecho la distribución del territorio de los musulmanes, repartiéndose Siria, Egipto, el Irac, Jorasán y Diarbéquer, pues no dudaban de que la fortuna les era propicia y de que la buena estrella estaba a su servicio. Emprendieron la marcha hacia el país musulmán, al cual llegaron las noticias de su aproximación,

1 El precedente relato se halla inserto en la obra *Ensayos sobre la Gramática y la Poética de los árabes*, de Patricio de la Torre y M. García Asensio. Madrid, 1787. Prólogo, XV. Lo atribuye a Aly ben Abdel Raxmán *(sic)*, famoso historiador granadino, tomándolo de Casiri, Bib. Arab. Hisp., t. II, pág. 326.

produciéndose con tal motivo gran inquietud en los estados islámicos. Reunió sus huestes para hacerles frente el Parsalán turco, que era a la sazón el conocido por Málic Aladil—el rey justo—, juntándose todos en la ciudad de Ispahán, donde se equipó de todo cuanto le fué posible, y desde allí salió en busca de los contrarios.

Fueron aproximándose uno a otro los dos ejércitos, hasta que las [**155**] atalayas de los musulmanes se incorporaron a los suyos, y dijeron al Parsalán: "Mañana estarán frente a frente los dos ejércitos.„

Era noche de viernes, y los musulmanes la pasaron entregados a las prácticas piadosas, propias de tal noche.

Sumaban los cristianos un número tan considerable, que sólo Aquél que los crió sería capaz de contarlos. En comparación con ellos, los musulmanes representaban algo así como la comida que se sirve a un hambriento, y estaban consternados ante el desastre que les amenazaba. Al amanecer del viernes se divisaron mutuamente los ejércitos, quedando los musulmanes espantados, al ver tan gran número de enemigos, su fuerza y los elementos de que disponían.

Mandó el Parsalán contar los musulmanes y sólo llegaron a doce mil turcos, lo cual representaba con respecto al número de cristianos lo que representa la raya que tiene marcada el asno en su pata delantera respecto de su cuerpo.

Reunió a las personas de sano criterio, versadas en las artes de la guerra, hábiles en el manejo de los asuntos, celosas del bien de los musulmanes y cuidadosas de los resultados que de las acciones pueden derivarse, y les consultó acerca de cuál sería la opinión más acertada. Al

cabo de un rato de deliberación quedaron de acuerdo en que era preciso atacar.

Despidiéronse los hombres unos de otros, haciéndose mutuos juramentos; hicieron sus protestas de amor a la fe islámica y a sus secuaces, ultimaron sus preparativos para el encuentro, y dijeron al Parsalán: "Invoquemos el nombre de Dios y lancémonos al ataque contra esas gentes.„

— ¡Oh, multitud de creyentes del islam! Tened calma, porque hoy es viernes, y en todas las comarcas que abarca el mundo musulmán, de Oriente a Occidente, predicarán los musulmanes sus sermones en los púlpitos y elevarán sus preces al Señor, intercediendo por nosotros. Por tanto, así que la luz del sol se extinga y se extiendan las tinieblas de la noche, cuando comprendamos que ya han hecho los musulmanes sus oraciones y han rogado por nosotros, y también nosotros hayamos realizado nuestras prácticas piadosas, haremos lo que haya que hacer.

Esperaron que el sol se pusiera e hicieron sus oraciones, pidiendo a Dios que favoreciera con su divino auxilio la causa de su religión, que infundiera la fortaleza en su ánimo, que abatiera a los enemigos y llenara sus corazones de pánico.

Aseguróse bien el Parsalán de cuál era la tienda del rey cristiano, de su insignia, de su caballo y de su atavío exterior, y dijo a sus hombres:

— Haced todos sin tardanza lo que yo haga; que cada cual ataque con su espada o dispare flechas, cuando yo ataque con mi espada o arroje flechas.

Así que terminó, cargaron todos como un solo hombre contra la tienda del rey cristiano; mataron a cuantos había por delante y llegaron hasta el mismo rey, dando

muerte a los que le rodeaban y haciendo prisionero al rey cristiano.

Entonces empezaron a gritar, en la lengua de los cristianos: "¡Al rey han matado!„

Al oír los cristianos que su rey había muerto, se dispersaron, huyendo desordenadamente por todos lados, y durante varios días estuvo la espada trabajando en ellos de firme, mientras los musulmanes se apoderaban de sus riquezas, haciendo un botín copiosísimo.

Llevaron al rey cristiano, atado con una cuerda al cuello, a presencia del Parsalán, y éste le preguntó:

— ¿Qué habrías hecho conmigo, si hubieras logrado cogerme?

— ¿Dudas acaso de que te habría dado muerte? — repuso el rey.

— Pues tú eres para mí tan poca cosa, que no me voy a ocupar en matarte. Llevaoslo — ordenó —, y vendedlo a quien dé más por él.

Salieron con él tirando de la cuerda que llevaba al cuello, e iban gritando: "¿Quién me compra el rey de los cristianos?„ Y anduvieron dando vueltas por los campamentos y las tiendas de los musulmanes ofreciéndolo por unas monedas de plata y aun de cobre, sin que nadie diera nada por él, hasta que por fin se lo vendieron a uno por un perro. Cogió el vendedor del rey a éste y al perro y los llevó al Parsalán para decirle:

— He recorrido todos los campamentos pregonándolo y nadie me da nada. Solamente hay uno que da por él un perro.

— Pues ya está bien — repuso el Parsalán —, porque el animal vale más que él. Quédate con el perro y entrega a su dueño este otro perro.

Después de aquello mandó ponerlo en libertad, y una vez suelto, se fué a Constantinopla, donde los cristianos lo destronaron y le aplicaron el tormento del fuego.

Considera, pues, lo que pueden conseguir los reyes cuando son entendidos en ardides de guerra y usan de las estratagemas oportunamente.

Entre los antiguos se decía: "La gran multitud, para causar pavor; el corto número, para alcanzar la victoria.„

Del Señor son estas palabras: "..... el día de Honain, cuando estabais tan ufanos por la gran muchedumbre que érais, y que de nada os sirvió, pues la tierra, con toda su anchura, os resultaba estrecha cuando volvisteis la espalda y emprendisteis la fuga„ [1].

Porque a la gran multitud le es inherente la confianza en sí misma, y esta confianza lleva consigo la derrota.

Nada mejor que haya cuatro que compartan el mando, que los escuadrones estén compuestos de cuatrocientos individuos, y que los cuerpos de ejército consten de cuatro mil. Y no será vencido un ejército que llegue a juntar sólo doce mil hombres, no obstante su escaso número, si las proposiciones que entre ellos se hagan son acogidas con la aceptación unánime.

Por lo que al modo de resistir el choque se refiere, hay una excelente táctica que observamos en nuestro país, y es la más eficaz de cuantas hemos puesto en práctica en la lucha con nuestros enemigos; consiste en poner en primer término a los infantes con escudos completos, lanzas largas y dardos agudos y penetrantes. Formaban sus filas y ocupaban sus puestos, apoyando las

1 Alc., IX, 25.

lanzas en el suelo a sus espaldas, con las puntas enfiladas hacia el enemigo. Ellos se echaban a tierra, hincando cada cual su rodilla izquierda en el suelo, y se ponía ante sí el escudo levantado. Tras ellos se colocan los arqueros escogidos, aquellos cuyas flechas traspasan las cotas de malla, y detrás de éstos la caballería. Al cargar los cristianos contra los musulmanes, ninguno de los infantes se mueve de la posición en que se encuentra, ni nadie se pone de pie, y así que el enemigo se aproxima, lanzan contra él los arqueros sus flechas, y los infantes los dardos, y los reciben con las puntas de las lanzas. Hacen después frente a derecha e izquierda y sale la caballería musulmana por entre arqueros e infantes, y consigue contra el enemigo todo cuanto Dios quiere.

Me contó lo siguiente uno que se halló presente en uno de estos encuentros que tuvo lugar en mi país, Tortosa: "Presenté a los cristianos una de estas formaciones. Cargó contra nosotros el enemigo; uno de los hombres que formaban entre nosotros [**156**] al extremo de la fila se puso de pie, y en el acto le acometió un infiel que le dió muerte, aprovechando su descuido.

Salió Almoctádir Bilá, hijo de Hud, rey del Andalus, desde Zaragoza, que está en los confines de dicho país, para combatir con el monarca Ramiro, jefe principal de los cristianos, llevando consigo, y lo mismo el rey infiel, el mayor contingente de tropas de que podía disponer. Encontráronse frente a frente musulmanes y cristianos; dispusiéronse al combate y se lanzaron unas filas contra otras. Cuando llevaban combatiendo buena parte del día, estaban ya los musulmanes en franca derrota, y asustado

de aquello Almoctádir, decidió librarlos del daño que aquel día estaban sufriendo. Para ello, hizo llamar a un musulmán llamado Saadaro[1], que era el hombre más entendido en cosas de guerra de todos los que residían en regiones fronterizas. Al presentarse ante Almoctádir, éste le preguntó:

— ¿Qué te parece el día que llevamos?

— Que es un día negro — contestó el interpelado —; pero aún me queda un recurso.

Partió de allí Saadaro, el cual vestía con la indumentaria de los cristianos, y hablaba como ellos hablaban, por haber vivido en su vecindad y haber tenido mucho trato con ellos. Introdújose disimuladamente en el ejército infiel y llegó hasta el sitio donde se hallaba el monarca Ramiro, encontrando a éste armado de pies a cabeza, y forrado de hierro de tal modo, que apenas se le veían más que los ojos. Quedóse acechando astutamente un descuido del rey, y cuando se le presentó ocasión, le asestó en los ojos una lanzada que lo derribó a tierra, caído de manos y boca. Entonces se puso a gritar en lengua de los cristianos: "¡Cristianos. Al rey han matado!„

Corrió rápidamente por entre el ejército la noticia de la muerte del rey, y desentendiéndose cada uno de los demás, volvieron la espalda, emprendiendo precipitada fuga, que hizo decidirse la victoria, por permisión de Dios, a favor de los musulmanes.

Cuando vieron los cristianos que el poder de Sicilia

1 Texto: سعدارة. Sin vocalizar. Ignoro qué nombre árabe o tal vez español, musulmán o cristiano quiere designar. Transcribo arbitrariamente.

se había debilitado, impusieron a sus habitantes tributos sobre las tierras, pero los sicilianos, a la vez que pagaban estos impuestos a los cristianos, hacían también entregas de dinero a los árabes de Africa, buscando de este modo su apoyo contra aquéllos. En vista de su proceder, el rey cristiano les hizo las siguientes consideraciones:

— Vosotros, sicilianos, os halláis en el caso del individuo que tuviera dos esposas, una vieja y una joven, cuyo individuo, al encontrarse al lado de la joven, se arrancara las canas de la barba, para rejuvenecerse, lo que le atraería la aversión de la vieja, y, al hallarse al lado de ésta, se arrancara los cabellos negros, para parecer viejo, dando lugar a que la joven lo desdeñara. Si continúa con esa marcha durante algún tiempo, llegará un momento en que se encontrará completamente pelado. Pues esto mismo os pasa a vosotros conmigo y con los árabes: al entregarnos dineros a ellos y a mí, llegará un momento en que se habrán agotado vuestros recursos y os quedéis pobres y exhaustos de fuerzas, y entonces me apoderaré de vosotros y del país.

Se cuenta que cuando se proponía sitiar a Sicilia, mandó extender en el suelo una ancha alfombra y poner en el centro de ella un dinar. Después dijo a los jefes de la tropa:

— Si alguno de vosotros coge ese dinar, sin pisar la alfombra, conoceré por ello que es hombre de condiciones para ejercer el mando.

Todos ellos quedaban parados al llegar a la alfombra y no hubo ninguno que consiguiera alcanzar el dinar. Cuando se confesaron incapaces de cogerlo, hizo el rey que doblaran la alfombra, por el borde que daba

frente a él, y les mandó que cada uno plegara por la parte que caía hacia su lado. Quedó toda la alfombra doblada, y sin más que alargar la mano, alcanzaron al dinar. Entonces, les dijo:

— Cuando queráis apoderaros de Sicilia, conquistad primero las fortalezas, pequeñas ciudades, aldeas y alquerías que la circundan, y cuando su fuerza se haya debilitado, entonces la tomáis.

Había en Zaragoza un caballero llamado Abenfathún, pariente mío, tío de mi madre, que era el hombre más valiente de los árabes y de los cristianos. Sabedor de ello Almostáin, padre de Almoctádir, lo consideraba mucho, habiéndole señalado una pensión de quinientos dinares. En toda la cristiandad era bien conocida su pujanza, y los enemigos temían su encuentro. Se cuenta que cuando los cristianos llevaban los caballos al agua y los animales no querían beber, les decían:

— ¡Bebe! ¿Es que has visto a Abenfathún en el agua?

La cuantía de la pensión que gozaba y la gran estimación que había llegado a alcanzar de parte del sultán, despertaron la emulación de sus rivales, quienes encendieron el odio contra él en el pecho del soberano.

Hacía ya algún tiempo que Abenfathún se hallaba distanciado del sultán, cuando éste emprendió una expedición a tierra de cristianos. Colocados frente a frente cristianos y musulmanes, en orden de batalla, se destacó al centro de la palestra un extranjero, gritando:

— ¿Hay quien quiera sostener un combate personal?

Salió contra él un caballero musulmán y anduvieron dando vueltas el uno alrededor del otro, hasta que por fin lo mató el cristiano. Prorrumpieron los infieles en

grandes exclamaciones de júbilo, a la vez que el espíritu de los musulmanes sufría gran abatimiento. Empezó nuevamente el extranjero a ir y venir por entre los dos bandos, y a decir a gritos:

— ¿Había dos para luchar uno a uno?

Salió otro caballero musulmán y también lo mató el cristiano. Volvieron nuevamente los cristianos a lanzar gritos de alegría, y al mismo tiempo a decaer el ánimo de los musulmanes.

Siguió caracoleando por entre los dos ejércitos, y repitiendo sus voces de:

— ¿Tres para luchar uno a uno?

Mas ningún musulmán se atrevía a salir contra él, y las gentes se hallaban presas del mayor espanto, cuando alguien advirtió al sultán:

— Para salir de este aprieto, no hay más solución que recurrir a Abulgualid Abenfathún.

Lo hizo llamar, lo recibió con afabilidad, y le dijo:

— ¿No ves lo que está haciendo este infiel?

— Con mis ojos lo he visto — respondió.

— ¿Y eso cómo se evita? — preguntó el sultán.

— ¿Qué deseas? — preguntó a su vez Abulgualid.

— Que libres a los musulmanes del daño que de él están recibiendo.

— Así será al momento, si Dios quiere — repuso Abenfathún.

Se vistió una túnica de lino, se colocó en la silla, sin armas, llevando en la mano un látigo muy largo con una lazada en la punta y salió hacia el cristiano. Quedóse éste sorprendido, al verlo de aquella disposición. Arremetiéronse mutuamente y la lanza del cristiano dió en la silla de Abenfathún; pero éste se había colgado al cue-

llo del caballo, echándose completamente fuera de la silla. Saltó después a ésta y se lanzó hacia el cristiano, echándole el látigo al cuello, [**157**] donde se le quedó arrollado. Tiró entonces del látigo con la mano, desde su montura, y sacó al cristiano de la suya, llevándoselo a rastras, y así lo presentó al rey Almostáin.

Comprendió éste que había cometido un grave error al proceder con él como lo había hecho, y lo colmó de atenciones, restituyéndolo al rango más elevado que hasta entonces hubiera disfrutado.

Procurad, soldados, reducir al mínimo posible vuestras disensiones con los jefes, porque no hay triunfo posible cuando existe discrepancia de opiniones, ni hay medio de organizar tropa alguna para aquel contra quien ha surgido la desavenencia.

Dice el Señor: "..... ni promováis disputas, porque abatirán vuestro ánimo y seréis derrotados„ [1].

La base del triunfo es el acuerdo unánime; el principal fundamento de la derrota, el desacuerdo; y el apoyo que más firmemente sostiene, la obediencia ciega.

A un acto de indisciplina se debió el desastre sufrido por Alí, hijo de Abutálib, el día de Siffín. Llevaban ventaja los del Irac sobre los de Siria, y andaban desorganizadas las filas de Moauía, tanto, que éste se dió cuenta exacta de que su situación era comprometida, y, considerándose derrotado, dijo a Amrú, hijo de Alas:

— Ve a obtener de tu primo — esto es, Alí — la seguridad para nuestras personas. Pero Amrú puso en juego un ardid que consistió en ordenar a las tropas que pusieran en alto los libros sagrados, en las puntas de las

1 Alc, VIII, 48.

lanzas, y gritaran: "Os conjuramos a respetar los preceptos del libro de Dios.„

Al ver aquello, los secuaces de Alí se abstuvieron de combatir.

Alí les decía: "¡Oh, gentes! Esto es una trampa de que se valen, porque no quedan combatientes entre ellos.„

Pero no le hicieron caso y abandonaron la lucha, dando lugar con ello a que se confiara la solución a los dos árbitros.

Sabed que entre las prácticas guerreras de mejores resultados se cuentan las del espionaje sagaz, el afanarse por adquirir noticias, cantar victoria, hacer demostraciones ostensibles de alegría, dar a entender que están tomadas las medidas de previsión y defensa contra el enemigo, no enviar a combatir ningún fugitivo, no mostrarse reacio para conceder el perdón a aquel que lo solicite.

Afirma un autor que el mucho gritar, alabando a Dios, durante el combate, deprime el ánimo. Bajad, pues, las voces y revestíos de calma; procurad que reine la más completa armonía; apartad de vosotros la cobardía; amparaos de la noche, porque ella es la que oculta a las miradas de los vigías que dan la voz de alerta; la noche ahuyenta de ti el temor y estimula la audacia; ella es el auxiliar más poderoso.

El hombre esforzado ha de vivir prevenido contra su enemigo en toda ocasión, para precaver un súbito ataque, si se halla próximo; una rápida incursión, si está alejado; una emboscada, cuando se muestra al descubierto, y una fuga simulada, cuando retrocede.

La ignorancia es una fuerza que impulsa a la osadía.

Quien se ufana de su fuerza, se debilita.

No consiste la fortaleza en lanzarse inconsideradamente al precipicio; antes al contrario, has de ser más precavido cuanto mayores sean la fuerza y los medios de que, a tu juicio, dispones.

Quien menosprecia a su enemigo, se engaña, y al que está engañado, lo vence el contrario.

Procurad que, en los momentos de la lucha, sea la audacia compañera de vuestros corazones, porque ella es la causa del triunfo; acordaos de algo que en vosotros excite el odio, porque esto es un gran estímulo para ir adelante; respetad fielmente la disciplina, que es la mejor fortaleza para el combatiente.

Al producirse el choque, queda proclamada la voluntad de Dios, y cuando se encuentra la espada con la espada, ya no cabe la opción.

En muchas ocasiones es más eficaz un ardid que el arrojo, y hay casos en que con una palabra se destruye un ejército.

La resistencia es causa del triunfo. Con ella se alcanza la victoria.

Recurre al ataque contra el enemigo, sólo como último arbitrio.

El triunfo se consigue con la estrategia.

No hay victoria cuando interviene la iniquidad.

No confíes en los forzudos porque sus fuerzas sean superiores a las de los débiles.

No desaniméis al tiempo de la lucha.

No os paséis al lado del poder; no derrochéis con ocasión de la victoria; no cometáis fraudes al distribuir el botín.

Depurad la guerra de todo lo que sean aspiraciones mundanas.

CAPÍTULO LXII

De la predestinación y el mandato divino; de la confianza en Dios y el esfuerzo de la criatura para el logro de sus fines.

HAS de saber — Dios te guíe por el recto camino — que entre las gentes corren las más diversas opiniones acerca de la predestinación y el mandato divino, de la producción de los actos humanos y la voluntad de los seres creados; mas nada de cuanto en el mundo sucede escapa al conocimiento de Dios, ni a su eterno decreto, ni a su omnipotencia, ni a sus designios. (Hay quienes disienten de nuestro modo de pensar en lo relativo a la extensión del decreto y la omnipotencia divinas, y coinciden en lo relativo a la presciencia.)

Discrepan entre sí las gentes en cuanto al modo de apreciar estos extremos, y sostienen acerca de ellos las más variadas teorías que separan radicalmente unos de otros a sus respectivos partidarios, constituyendo con ellos grupos mutuamente opuestos, cada uno de los cuales está muy persuadido de su propia opinión.

Al componer esta breve exposición no ha sido nuestro propósito agotar todo cuanto se ha dicho acerca de las cuestiones apuntadas, ni presentar las pruebas en que

se apoya cada una de las distintas escuelas, porque eso exigiría varios tomos y volúmenes. En el presente tratado vamos a limitarnos simplemente a exponer ciertas verdades manifiestas y de evidencia inmediata para los entendimientos, por la utilidad que han de reportar a aquel que sobre ellas medite.

En primer término, has de saber que todo movimiento y reposo, bien y mal, provecho y daño, fe e incredulidad, obediencia y rebeldía, etc., sólo tienen lugar en el mundo en virtud del decreto y el poder de Dios, y que no agita un pájaro sus alas, ni se arrastra animal alguno sobre su vientre o sobre sus patas, ni vuela un mosquito, ni cae una hoja seca, como no sea por disposición del Señor, merced a su poder y por deseo y voluntad suya, ni nada de esto acontece sin que él lo haya sabido previamente.

Sabe igualmente que el mandato divino y el esfuerzo que la criatura realiza para el logro de sus fines no son opuestos entre sí, como tampoco existe contraposición entre la confianza en Dios y el hecho de adquirir bienes, porque, como ya sabes, todo cuanto Dios determina y ordena se realiza necesariamente, y todo cuanto Dios sabe que ha de suceder, sucede. (Y quienes no están conformes con nuestras afirmaciones relativas a la determinación y el mandato de Dios, lo están en lo concerniente a la presciencia que El posee de las cosas.)

Puede darse el caso de que Dios haya dispuesto que alcances algo sin que tú pongas nada de tu parte para alcanzarlo, y eso llegará a ti; mas puede suceder también que Dios haya dispuesto que alcances alguna cosa, cuando tú la pretendas, y entonces no llegará a ti si tú no procuras alcanzarla; mas, en tal caso, el esfuerzo que realizas

para lograrla, cae dentro de lo que El ha ordenado, sin que exista diferencia entre ese esfuerzo y la cosa solicitada, en este respecto, por cuanto los dos son efecto del divino mandato. En tal sentido afirmamos que no son cosas contrarias.

Tampoco lo son el confiar en Dios y el adquirir bienes, porque la confianza en Dios tiene su asiento en el fondo del corazón, y la adquisición de los bienes es cosa a la que tiende el organismo material de nuestro ser, y no cabe contraposición entre dos cosas que se hallan en distintos lugares, sobre todo [**158**] sabiendo el hombre, como sabe, que el poder de lograr las cosas nos llega de parte de Dios, de tal modo, que si su logro es difícil, lo es por disposición divina, y si la cosa se consigue es por haber El facilitado la realización de la misma.

Refiere Anas que hablaba con el Profeta un individuo a propósito de una camella que poseía, y le dijo:

—¡Enviado de Dios! Ruega al Señor por ella, y seguro estoy de que me la guardará.

Y le contestó el Profeta:

— Tenla trabada y entonces es cuando puedes estarlo.

La confianza en Dios y la creencia en su poder son cosas que dependen del entendimiento, y el esfuerzo realizado por conseguir las cosas y el logro de las mismas dependen del divino mandato.

En efecto: la confianza en Dios es solamente la certeza que abrigamos respecto de las cosas que El afirma y la seguridad absoluta de que cuanto El decide ha de realizarse. Por lo tanto, si alguien pretende una cosa cualquiera, no es procedimiento para alcanzarla el encerrarse en su casa, encomendar el asunto a Dios y esperar conseguirla sólo con esto, sino que ha de poner en

práctica, para el logro de su objeto, aquellos medios que Dios haya establecido como adecuados a tal fin.

El mismo Profeta se revistió con dos cotas de malla; construyó un foso alrededor de Medina, con el cual se defendía y se aseguraba del enemigo; el día de Ohod situó a los arqueros de modo que le sirvieron de defensa contra Jálid, hijo de Algualid; se ponía armadura de combate; organizaba los ejércitos en orden de batalla; les mandaba ejecutar unas cosas y abstenerse de otras para su mayor eficacia, etc. Hacía uso de amuletos y recomendaba su empleo a los demás para curar las enfermedades; empleaba los medicamentos y ordenaba que los emplearan los demás, diciéndoles: "El que da la enfermedad, da también la medicina.„

Mas si alguien hace notar que, según cuenta la Tradición, el Profeta declaró que "quien se sirve de amuletos y se cauteriza las heridas es que ha perdido la confianza en Dios„, respondo: ¿Acaso no dijo también: "Tenla trabada y entonces es cuando puedes estarlo„, y se revistió con las dos cotas e hizo todo cuanto acaba de referirse?

Y si se vuelve a objetar que cómo se concilia lo uno con lo otro, añado que él se refería a quien usa amuletos y se cauteriza, con la confianza puesta en la virtud mágica del amuleto o en la eficacia del cauterio, creyendo que la curación es debida a una o a otro por sí mismos.

Esto sí es perder la confianza en Dios, y solamente lo hace un impío que atribuye las cosas que pasan en el mundo a algo que no sea Dios. En cambio, aquel que procura los medios de subsistencia y los medicamentos y se ocupa de gestionar las cosas por sí mismo, con los elementos de que dispone y con dinero, siguiendo las

normas que Dios ha marcado en la tierra y las prácticas por El seguidas con sus criaturas y sin fiar en la virtualidad de ninguna de estas cosas, antes bien, con el corazón firmemente persuadido de que todo cuanto en el mundo se consigue al poder de Dios es debido, y si hay algo difícil de realizar, lo es por disposición suya, confiando para el logro de su objeto en el Autor de las causas, no en las causas mismas, éste es quien verdaderamente pone su confianza en Dios. Mas para hacerlo, es precisa condición seguir las huellas que le han sido trazadas y no marchar por ningún camino que le lleve a la rebeldía contra su Señor, pues no se alcanzan las cosas de su parte por medio de rebeldías contra El.

Dijo Alí, hijo de Abutálib:

— Quien pretende lograr cualquier cosa, valiéndose para ello de actos que impliquen la rebeldía contra su Señor, aleja de sí el objeto de sus deseos y se atrae aquello cuyo advenimiento le inspira temor.

Si alguno, estimando que la petición y el esfuerzo para conseguir son cosas opuestas a la confianza en Dios, se queda en su casa, con la puerta cerrada, dejando en las manos de Dios la realización de sus designios, lo que hace es salirse de los linderos de la sensatez para sumergirse en los extravíos de la necedad.

Cabe argüirle: "Mal hiciste, si pasaste hambre, habiendo alimentos a tu alcance.„ Y ése tiene más necesidad de comida que de saber ciertas cosas, siendo conveniente que su familia lo ponga en cura [1].

[1] Resulta muy oscuro el sentido del pasaje en la edición del Cairo. La de Alejandría ofrece una redacción completamente distinta, que dice

¿Acaso no sabes que el Señor dijo a María: "Sacude el tronco de la palmera„? [1]. ¿Por qué no le mandó estarse quieta y le llevó los dátiles a la boca?

Y otro tanto cabe decir a quien posee una caballería o un jardín, que Dios le manda regar, cavar y arreglar dicho jardín y le manda echar pienso a la caballería y darle agua.

A propósito de este hecho se citan los siguientes versos:

«¿No sabes que Dios dijo a María
«sacude el tronco»,
Cuando si El lo hubiera deseado la palmera habría ofrecido piedras preciosas [2]
sin necesidad de que María la agitara?
Mas para todas las cosas hay una razón.»

Si os abandonáis a la voluntad de Dios, del modo que realmente requiere tal abandono, El os proporcionará medios de subsistencia, como se los proporciona al pajarillo, que amanece con el buche vacío y anochece con él repleto, sin que el Señor les lleve las provisiones a sus guaridas; únicamente les ha enseñado a buscarlas mañana y tarde.

El soberano de Candahares, llamado Chahíl, tenía tal concepto acerca de la eficiencia del poder de Dios y de la ineficacia del esfuerzo humano, a diferencia de la opi-

así: «Cabe argüirle: De ahí se desprende que, cuando tengas hambre y haya alimentos a tu alcance, no debes alargar la mano para cogerlos, ni abrir la boca para comerlos. Si persiste en hacer tal cosa, es que está más necesitado de que lo amarren con unos grillos que de sabiduría, siendo conveniente....., etc.»

1 Alc., XIX, 25.

2 جزع. *Tacholarús* (V, 300). Cuentas de vidrio del Yemen o de la China, para hacer collares.

nión que sobre tal punto abrigaban los demás reyes de su tiempo, que se abstenía de toda gestión y de adoptar disposiciones de ningún género, y el resultado fué que sus colegas lo arrojaron del trono y sojuzgaron sus estados.

Un sabio le dijo: "El inhibirse de los asuntos debilita el discurso y degrada a la persona, y quien así procede está en camino de adoptar hábitos propios de los animales, que se albergan en los agujeros, tales como el lagarto y otros reptiles, los cuales nacen en sus agujeros y allí mismo les alcanza la muerte. Otros combinan entre sí el poder divino y el humano esfuerzo, los cuales dicen que van relacionados como lo van las bolsas que se ponen a los dos lados, sobre el lomo de la caballería: si en uno de ellos se echa más peso que en el otro, aquél se deja caer, causando molestias al animal y obligándole a marchar con dificultad; pero si el peso se reparte por igual entre ambas bolsas, la caballería no sufre, le facilita la marcha y alcanza por completo el fin que se proponía. También citan un curioso ejemplo, para dar idea de la naturaleza de dicha relación:

"Había en una alquería un ciego y un tullido que se hallaban en la mayor penuria y en una situación miserable en extremo. Ni el ciego tenía quien lo guiara, ni el tullido quien lo trasportara de un sitio a otro. Había en aquella alquería una persona que se cuidaba de mantenerlos, proporcionándoles cada día alimentos y bebida en cantidad suficiente. Así estuvieron, disfrutando de aquel beneficio, hasta que murió quien se cuidaba de ellos, y entonces, cuando al cabo de algunos días el hambre les apretó de firme y se hallaban en el último extremo de la necesidad, acordaron que el ciego cargaría sobre sí al tullido, que tenía poco peso, y sería fácil de con-

ducir; [**159**] éste, como veía, le iría indicando el camino, y así darían vueltas por la alquería, pidiendo a sus habitantes lo necesario para mantenerse. Hiciéronlo así y resolvieron su situación, pues, de lo contrario, habrían perecido.„

"Así, pues, la ayuda de la divina Providencia sigue al esfuerzo humano, y este esfuerzo es efecto del decreto divino. Cada uno de ellos es un auxiliar para el otro.„

Entonces Chahíl empezó a interesarse en la gestión de los asuntos y triunfó de sus enemigos, volviendo a entrar en posesión de sus estados. Después de aquello, decía:

— No te abstengas de procurar por ti, para ti mismo, y no te lances a realizar esfuerzo alguno fiando todo a ese esfuerzo y desdeñando la ayuda de la divina Providencia.

Porque cuando te esfuerzas por lograr tu objeto, valiéndote para ello de medios laudables y confiando sinceramente en el divino poder, logras lo que te propones sin obstáculos que lo impidan. Mas, si procediendo de tal modo, surgen dificultades que te impidan realizar tus propósitos, el hecho es debido a la intervención del divino decreto, con motivo de algún pecado en que has incurrido. Revisa con cuidado los órganos de tu cuerpo; expón ante tu consideración el interior y el exterior de tu ser, arrepiéntete a Dios de todos los pecados que hayas cometido con cualquier parte de tu cuerpo y repara las injusticias que hubieras realizado, porque, desde el momento en que así lo hagas, te será propicia la suerte, y la divina Providencia decretará tu felicidad, si Dios lo quiere.

Ten presente que estos principios que acabamos de

exponer se hallan en pugna con las interpretaciones de que tradicionalmente se vienen haciendo objeto los pasajes del Alcorán y los hadices relativos al precepto de la sumisión a la voluntad de Dios y de confiar a su divina Providencia el cuidado de aquello que nos afecta.

Así, por ejemplo: Leía cierto día el Jauguas el versículo del Alcorán, que dice: "Pon tu confianza en el vivo que no muere„ [1], y exclamó:

— Después de haber leído este versículo, ningún siervo de Dios debe buscar protección en nada que no sea El.

Con respecto a estas manifestaciones, hemos de hacer notar que el citado versículo debe interpretarse en el sentido de que no busque protección en las cosas finitas, fiando en ellas por sí mismas, sino que, al recurrir a su ayuda, lo haga persuadido, ante todo, de que Dios ha de llevar a cabo lo que sea su voluntad. Esta y no otra es la significación que debe atribuirse a la orden del Profeta mandando trabar la camella y al hecho de vestirse dos cotas de malla.

Si un individuo que desea poseer trigo y tener hijos se queda tranquilo en su casa sin tener comercio carnal con su esposa ni sembrar su tierra, confiado en que Dios le ha de proporcionar el objeto de sus deseos y creyendo por ello que su mujer dará a luz sin haber sido fecundada y que su tierra producirá el trigo sin haber sido sembrada, ¿no te parece que tal sujeto se echa fuera de lo razonable y deja de cumplir el decreto de Dios?

Los doctores y los sabios han expuesto acerca de la divina Providencia hermosos conceptos, objeto de profunda observación y maduro examen.

1 Alc., XXV, 60.

Cuenta la Tradición que un sujeto preguntó a Alí, hijo de Abutálib, acerca de la Providencia divina, y Alí fingió no haberse dado cuenta de la pregunta; pero el otro quiso a todo trance obtener una respuesta, y Alí le habló así:

— Vamos a ver. Explícame: ¿A ti te ha creado Dios como tú quieres o como El ha querido?

Quedóse callado el hombre, y Alí, dirigiéndose a los que había presentes, les dijo:

— ¿Qué os parece, que va a decir "como yo quiero„? Entonces, ¡vive Dios!, que le corto la cabeza.

Pero el hombre contestó:

— Como El quiere.

— ¿Y te conserva en la vida como tú quieres o como quiere El? — volvió a preguntar Alí.

— Como quiere El — respondió.

— ¿Y te hará morir como tú quieras o como quiera El?

— Como quiera El.

— ¿Y te resucitará como quieras o como quiera?

— Como quiera.

— ¿Y te hará enterrar donde quieras o donde quiera?

— Donde quiera — respondió el hombre.

— Basta ya — le dijo Alí. Luego tú no tienes poder absolutamente para nada.

Se cuenta que discutían dos individuos, un cadrí y un mago, y le dijo el primero:

— ¿Por qué no te haces musulmán?

— Si Dios lo hubiera querido, ya lo sería — contestó el mago.

— Dios sí lo quiere — replicó el cadrí —, pero el demonio te impide que lo hagas.

— Pues entonces, yo me quedo con el más fuerte de los dos.

Se cuenta en *Los Israelitas* que yendo de camino un profeta de Dios encontró puesto un cepo, y cerca de él un pajarillo, que habló al profeta, diciéndole:

— ¿Has visto, Profeta de Dios, alguien con menos seso que quien ha puesto ese cepo para atraparme, estándolo yo viendo?

Marchóse de allí el Profeta y volvió a poco por el mismo sitio, y he aquí que el pajarillo estaba cogido en el cepo.

— ¡Qué cosa más extraña! — exclamó el Profeta —. ¿O no eres tú el que antes dijiste (lo que se acaba de referir)?

— ¡Oh, Profeta! — contestó el pajarillo —. Cuando llega la hora marcada para el suceso adverso, no quedan ni oídos ni ojos.

Preguntó a Alí un jarichí:

— ¿Tú crees que El que me ha desviado del camino recto y me ha conducido por sendas de perdición, ha procedido conmigo bien o mal?

— Pues — respondió Alí — si tú tenías derecho a exigir de El alguna cosa, ha hecho mal; pero si a nada podías obligarle, ha hecho lo que bien le ha parecido.

Dijo Maimún, hijo de Maharán, a Gailán el cadrí:

— Proponme alguna de las cuestiones difíciles que vosotros planteáis.

— Está bien — repuso Gailán —. ¿Quiere Dios que se le desobedezca?

— ¿Y acaso es posible desobedecerle en contra de su voluntad? — replicó Maimún, dejando a Gailán sin saber qué responder.

Cuentan que un individuo dijo a Buzurchomihr:

— Vamos a discutir acerca de la Providencia de Dios.

Y le contestó:

— ¿Y qué vas a conseguir con tal discusión? Yo observo señales manifiestas de las cuales infiero lógicamente algo que no está a la vista. Así, por ejemplo, cuando veo a un insensato dueño de gran fortuna y a un hombre de talento enteramente privado de bienes, comprendo que semejante orden de cosas no depende de los humanos.

Dice un poeta:

«Ignora el paje hasta cuándo obtendrá de su señor los medios de vida,
y oculta la muerte hasta cuándo respetará a quien la busca.»

Cuando se presentó Musa, hijo de Nosair, a Suleimán, hijo de Abdelmélic, después de la conquista del Andalus, le dijo Yazid, hijo de Almohalab:

— ¿Cómo ha sido que tú, el más perspicaz y el más sabio de las gentes, has caído en las manos de Suleimán?

— Mira — le contestó Musa — . La abubilla es un animal que descubre los sitios en que hay agua, en aquellos parajes donde no existen corrientes superficiales, porque ve la que está oculta debajo de la tierra, tanto si está próxima a la superficie como si está retirada, por honda que se encuentre, y, sin embargo, no ve el cepo que le ha puesto un niño con un gusano o cualquier otra cosita, hasta que cae en él.

A propósito de esta propiedad de la abubilla, se cuenta en *Los Israelitas* que Salomón, hijo de David, se valía de las abubillas para que le indicaran los lugares donde había [**160**] agua. Se adelantaban a las tropas de Salomón que habían de acampar; reconocían el terreno, y decían: "Aquí hay agua a mil brazas„ o a menos o a más, e inmediatamente acudían los guías y cavaban un pozo con toda rapidez, y cuando Salomón llegaba a aquel punto, ya había agua dispuesta.

Tened en cuenta que quien pretende librarse de lo que sobre él está decretado y predestinado por Dios, hace como el animal que se agita por escapar de la mano que lo persiguió para atraparlo.

Hay unos versos que dicen:

«Cuando huyes para librarte de algo que el Señor ha dispuesto,
no haces otra cosa que encaminarte hacia ello.»

Dijo Baxar:

«Son mis inclinaciones de un modo que excluyen todo poder de opción:
si yo hubiera elegido, sería el más perfecto.
Si algo quiero no me es dado, y se me concede lo que no deseo;
no es un ciego capaz de percibir lo que está oculto.
Aléjase de mí, por mi incapacidad, el objeto de mis propósitos y mis anhelos,
y me hallo al fin de la jornada sin haber logrado otra cosa que el asombro.»

Se había declarado la peste en Cufa, y, para librarse de la epidemia, iba Benabililá huyendo de la ciudad, montado en su asno, cuando oyó a uno recitar los siguientes versos:

«Nadie que vaya sobre un asno correrá más que Dios,
ni yendo sobre un caballo de carga adelantará a un corcel de carrera.
Y la muerte llegará en el momento decretado,
pues que Dios siempre se halla ante la faz del caminante.»

Y se volvió de regreso a Cufa, pensando: "Puesto que Dios está delante de quien va de camino, no hay ocasión de escapar."

Dice un autor:

«Disponíase a partir de viaje y ya tenía arrodillada
su cabalgadura y el conductor entregado a sus cantos,
Cuando dijo: Temo ser víctima de alguna de las maldades
que la noche ampara, y que ésta arroje sobre mí el velo de su misterio.
Mas aquel de quien está escrito que ha de ser su muerte en cierto punto de [la tierra,
no morirá en lugar distinto del designado.»

Cuando mató Cosroes a Buzurchomihr, encontraron en el cinto de éste un escrito, que decía así:

"La ambición humana no tiene razón de ser, puesto que necesariamente ha de cumplirse lo que Dios ha determinado.

"Visto que la deslealtad es cosa inherente a la condición humana, el fiarse de cualquiera es torpeza manifiesta.

"Si la muerte ha de sobrevenir a todos, sin excepción, es gran insensatez vivir tranquilo en este mundo."

En sentir de Benabbás, Cháfar, hijo de Mohámed, y Alhasán el Basorí, el tesoro a que el Señor alude, cuando dice: "Y hay bajo él un tesoro que pertenece a ambos" [1], es una lámina de oro en la que está escrito lo siguiente: "Me admiro de cómo se entristece por nada aquel que admite la existencia de la predestinación; me

[1] Alc., XVIII, 81. Debajo de un muro que amenazaba desplomarse y que el profeta Aljidr enderezó, para que no se hundiera y quedara al descubierto dicho tesoro, que pertenecía a dos niños huérfanos, antes que éstos llegaran a la mayor edad.

admiro de que realice penosos esfuerzos el que crea que Dios facilita a las criaturas el necesario sustento; me admiro de que esté alegre quien posee la evidencia de que ha de morir; me admiro de que se descuide quien crea en la liquidación de cuentas del día del juicio; me admiro de que conociendo el mundo y las mudanzas de que a sus gentes hace objeto, haya quien en él viva a gusto. No hay más Dios que Alá, y Mahoma es enviado de Dios.„

Decía Yahya, hijo de Moads: "Hay tres clases de gentes de las que me hallo profundamente admirado, a saber: Del individuo que se empeña en ganar los medios de vida valiéndose de procedimientos que él ha discurrido y de cuya ineficacia ha podido cerciorarse; del hombre a quien le angustia la preocupación del mañana, y del sabio libertino que censura al asceta envidiado.„

Ocurrió en Alejandría un caso en extremo sorprendente..... Un individuo de la servidumbre del sultán abandonó su puesto, y al cabo de algunos días fué apresado por la guardia. Emprendieron la marcha con él para conducirlo a la presencia del sultán, cuando al cruzar una calle se les escapó, y se arrojó a uno de los pozos que había en la ciudad, cuyo suelo estaba minado por galerías, por las que se podía andar de pie y atravesar y recorrer toda la ciudad, porque tenían unos pozos que las ponían en comunicación con las casas. Iba aquel sujeto discurriendo por dichas galerías, cuando vió resplandor de luz que entraba por uno de los pozos. Se lanzó por él hacia arriba; pero era precisamente del palacio del sultán, y resultó que él, por sí mismo, fué quien se con-

dujo a palacio. El sultán le impuso el correspondiente castigo.

Ocurrió con él como dice el conocido proverbio: "Quien pretende eludir el decreto inmutable de Dios, hace lo mismo que si alguien emprendiera la fuga cogiendo de la mano a su perseguidor.„

Dice Abenmasud: "Cuando el hombre está a punto de lograr su engrandecimiento por medio del poder o de los negocios o de cualquier otro modo, acuérdase Dios de él desde el cielo, y dice a su ángel:

— Quita eso del alcance de mi siervo, pues si le facilito su logro, lo envío con ello al infierno, porque vivirá constantemente odiando a sus prójimos, pensando en si me aventaja Fulano o en si Fulano ambiciona lo que yo poseo. Sólo Dios puede evitarle semejante situación.

Dicen unos versos:

«Estate quieto, porque el enemigo te rodea y no escaparás.
Y yo les digo: El tiempo que el anciano ha pasado sin beneficiarse de la ciencia, ha vivido en el engaño.
No he logrado bien alguno desde que vivo,
ni hay sinsabor que al destino se le haya olvidado hacerme sufrir.
¡Si hubiera sabido que alguien que no fuera Dios
es el origen de bienes y males!.....»

Pidió permiso el talento para entrar donde estaba la buena fortuna, y le contestó ésta:

— Márchate, que no me haces falta.

— ¿Y por qué? — replicó el talento.

— Pues porque tú necesitas de mí y yo no tengo necesidad de ti.

Comunicaba un sabio sus instrucciones a su hijo, y entre otras cosas, le decía: "Hijo mío, que Dios te favorezca con una fortuna, debido a la cual estén a tu servicio [161] los hombres de talento, y no te dé un talento con el que tengas que servir a gentes afortunadas.„

Se dice que el demasiado talento es un obstáculo para alcanzar la felicidad.

Cuentan que dieron a un individuo para que eligiera una cosa, y rehusó hacerlo, diciendo:

— Yo tengo más confianza en mi buena suerte que en mi talento. Decidid, pues, vosotros.

Dice en los Proverbios:

"Aspira a tener buena suerte, y no a realizar grandes obras.„ "Confía en tu buena suerte, y no en tu esfuerzo.„ "La buena suerte, y no el esfuerzo.„ "La buena suerte es cosa que enriquece más que el esfuerzo.„

Ten presente que la asistencia divina es la rienda que guía la marcha de los asuntos, y que nada desciende del cielo en porciones tan exiguas como esa asistencia, la cual va estrechamente ligada a la lucha por la causa de Dios. Así lo hace presente el Señor, al decir: "A los que combaten en favor nuestro los guiaremos por nuestro camino„ [1].

Acerca de la gracia o asistencia divina yo he compilado un libro (que forma parte de mi libro sobre los misterios) en el cual discuto si la gracia es adquirida o infusa, o generosamente otorgada por Dios sin causa. No hay por qué añadir nada a lo que allí digo.

1 Alc., XXIX, 69.

No ha llegado a mis noticias nada que de un modo tan exacto dé idea de los extraños caminos por los cuales se cumple lo que está predestinado y dispuesto por Dios, y de que quien pretende escapar de aquello que sobre él está decretado hace igual que quien emprendiera la huída empezando por cogerse de la mano de su perseguidor, como el caso arriba citado, que ocurrió con aquel individuo de Alejandría.

CAPÍTULO LXIII

Contiene una colección de noticias y de historias relativas a reyes extranjeros. Consta de cinco partes.

La primera comprende algunas noticias recogidas después de la terminación del libro y se han añadido a continuación. La segunda contiene, especialmente, noticias de un sabio persa. La tercera, sentencias de un sabio de Sind. La cuarta, de un sabio árabe y la quinta es una compilación de máximas escogidas.

TRAZAMOS estas páginas para que consideres el acierto con que las gentes han discurrido, en qué fundan sus anhelos, y cuál es el fin de sus aspiraciones, tomándolo del libro de Chauidan Jird, el persa.

Dice así: "Hay tres cosas altamente perturbadoras, y para cuya corrección no existe remedio, a saber: la enemistad entre parientes; la envidia entre colegas, y las flaquezas en los hombres de talento. Otras tres de beneficiosos efectos que no se logra alterar por medio ni traza alguna, a saber: la piedad en los sabios, la conformidad en los hombres inteligentes y la generosidad en los de noble condición. Otras tres, de las cuales nadie se harta, y son: la vida, la salud y la riqueza.

Preguntó el hijo de Locmán a su padre:

— ¿Cuál es la enfermedad más difícil de curar?

— La tontería de nacimiento.

— ¿Y la llaga más maligna?

— La mujer mala.

— ¿Y la carga más pesada?

— La cólera.

Leía este pasaje Abuabdala el Secretario, que era muy ingenioso en sus expresiones, y repuso: "Vive Dios, que para mí es la cólera más ligera que una pluma!„

Era, en efecto, de las personas más prontas en dejarse llevar de la cólera. Alguien le indicó que lo pesado, en sentir de Locmán, era reprimir la cólera, y le replicó: "No, ¡por Dios! Sólo el camello ha de esforzarse en reprimir la cólera.„

Enojóse un día contra uno de los que le acompañaban y le arrojó un tintero, haciéndole una descalabradura de la que brotó la sangre. Al ver aquello, dijo: "Bien dice el Señor Todopoderoso: Aquellos que..... dominados por la cólera, perdonan.....„ [1].

Le hizo Almamún comparecer ante su presencia, y le habló así:

— ¡Desgraciado! No está bien que recites versículo alguno del Libro de Dios.

— Al contrario, príncipe — replicó —, voy a leer de un solo capítulo mil versículos.

Rióse Almamún y ordenó que lo pusieran en libertad.

Preguntaron a Anuxiruán:

— ¿En qué consiste el talento?

1 Alc., XLII, 35.

— En guardar el justo medio en todas las cosas.
— ¿Y la valentía?
— En desechar las vacilaciones.
— ¿Y el desprendimiento?
— En ceder lo que es justo, a costa de ti mismo.
— ¿Y la insensatez?
— En excederte en el vituperio y el elogio.

Preguntaron a un sabio:
— ¿En qué consiste la fortaleza de espíritu?
Y respondió:
— En pensar mal.
Según un comentarista, el sentido de esas palabras es: "Pensar mal de ti„, no de los demás.
Siguieron preguntándole:
— ¿Cuál es la base del acierto?
— Dejarse aconsejar — respondió.
— ¿Qué es lo que une a los corazones con el amor?
— La mano generosa y el semblante afable.
— ¿En qué consiste la circunspección?
— En mantenerse en el justo medio entre el amor y el odio.

Cuando nombró Moauía a Ziyad gobernador del Irac, le hizo las siguientes recomendaciones: "Sean moderados tu cariño y predilección por las personas y tu aborrecimiento hacia ellas, porque la envidia siempre acecha. Deja en tu corazón espacio para reintegrar en el afecto y para privar de él. Evita los violentos impulsos de la pasión, porque conducen a la perdición.„

Esto es también parecido a aquella advertencia de Alí, hijo de Abutálib: "Sé moderado en el afecto a tu

amigo, pues puede ser tu enemigo el día de mañana, y lo mismo en el aborrecimiento a quien odias, por si cualquier día se hace tu amigo.„

También dice el poeta de la antigüedad:

«Quiere a tu amigo con afecto mesurado,
pues no es difícil que os distanciéis.»

Dice otro:

«No pierdas la esperanza de conseguir con el tiempo el cariño de quien [te aborrece,
ni confíes en que no vendrá con el tiempo el desvío del amigo.»

Preguntaron a Buzurchomihr:

— ¿En qué consiste el talento?

— En desentenderse de aquello que para nada nos incumbe — respondió.

— ¿Y la fortaleza de espíritu?

— En aprovechar rápidamente las ocasiones.

— ¿Y la clemencia?

— En perdonar, pudiendo castigar.

— ¿Y la energía?

— En dominar la ira.

— ¿Y la estupidez?

— En un cariño desmedido y un [162] excesivo aborrecimiento.

Preguntaron a un rey que había alcanzado un rango y un poderío al que no llegaba ninguno de los reyes de su tiempo:

— ¿Cómo has llegado a tan preponderante situación?

— Prodigando mi perdón, a la vez que impongo mi autoridad; alternando mi dulzura con mi energía; impo-

niendo la justicia; considerándome digno de reproches, y dejando, tanto en el amor como en el odio, espacio para dar lugar al cambio de los mismos por los afectos contrarios.

Pidió Alejandro a un sabio que le indicara la norma de conducta más adecuada para afianzar su autoridad, y le contestó el sabio:

— Que no se adueñe de tu corazón el amor de cosa alguna ni te domine el odio hacia ella. Sostén estos dos afectos en un justo medio, pues el corazón, como su nombre indica, es una cosa que cambia, y en sus cambios tiene la propiedad de recobrar y desprenderse de los afectos. Toma por ministro a la perseverancia, y por compañero nocturno a la vigilancia. No vayas adelante sin haberte aconsejado, porque el consejo es un guía excelente. Si esto haces, dominarás los corazones de tus súbditos, igual que se dominan los esclavos.

Dijo el poeta:

«Es el hombre así llamado por razón de su sociabilidad,
y al corazón se le da tal nombre a causa de sus mudanzas» [1].

Preguntaron a un sabio:

— ¿Cuál es el guía más seguro?

— La razón natural juntamente con los impulsos del instinto — respondió.

— ¿Por qué cosa nos dejamos llevar más a gusto?

[1] La palabra «hombre» se deriva de la raíz ANASA, de la cual se forma asimismo la voz que significa «familiaridad», «sociabilidad», y la palabra «corazón», de la raíz CALABA, de la que también se deriva el significado de «mudanza», «cambio».

— Por las buenas palabras.

— ¿Cuál es el esfuerzo más molesto?

— El empleado en adiestrar a quien no tiene disposición para ello.

Contó Alfádal, hijo de Meruán, que preguntó al embajador de un rey cristiano acerca del modo de proceder su soberano, y le contestó el embajador:

— Prodiga copiosamente sus mercedes, y su espada está pronta para caer sobre el culpable, con lo cual tiene de su parte los sentimientos de todos, unos por amor y otros por terror; no mantiene a sus tropas en incesante ajetreo ni oprime a los vasallos; es fácil para la dádiva y sus castigos dan que sentir. En su mano se hallan estrechamente ligados la esperanza y el temor.

— ¿Cómo impone la justicia?

— Mediante la reparación de la injusticia y la severa sanción a quien la comete; otorga a cada cual su derecho, y como consecuencia, sus vasallos están en dos bandos, que son: el de gentes conformes y el de gentes agradecidas.

— ¿Y qué actitud adoptan los vasallos con respecto a él?

— Lo llevan grabado en el fondo de sus corazones, pero no levantan los ojos en su presencia.

Mientras hablábamos, estaba un embajador del rey de Abisinia observando la atención con que yo lo escuchaba y fijaba en él la mirada, y preguntó a su intérprete qué era lo que me estaba diciendo el cristiano.

— Le explica las condiciones de su rey y le da cuenta de cómo se conduce — contestó el interpelado.

Cambió entonces algunas palabras con él el embaja-

dor (los embajadores estaban instalados en mi casa) y me dijo el intérprete:

— Dice que su rey es muy complaciente en el ejercicio de la autoridad, y siempre afable, aun cuando se halle enojado. Es hombre de fiero arrojo para la lucha, y no deja ningún delito sin su adecuado castigo. Envuelve materialmente a sus vasallos con todo género de favores, y reduce al mínimo sus duros castigos. Lo consideran como a la luna llena en cuanto a facilidad para poner las cosas al descubierto, y como a la muerte le temen cuando llega la ocasión del castigo. Su equidad les hace vivir dichosos, y su claro entendimiento les evita los efectos de su impetuosidad. No es amigo de chanzas ni descorazona ante lo imprevisto. Cuando otorga sus dones, lo hace con largueza, y cuando castiga, da que sentir. Las gentes, por tanto, tienen por qué esperar y tienen por qué temer: el que espera, no queda defraudado en sus esperanzas, y el que teme, no escapa sin su merecido.

— ¿Y hasta qué punto son respetuosos con él?

— En presencia suya no levantan los ojos sus párpados, ni los hombres lo siguen con la mirada. Ante él se mantienen los vasallos en la actitud del gato que ve revolar sobre sí a los sacres.

Expliqué a Almamún los dos relatos, y él me dijo:

— ¿Cuánto te parece que debe ser su asignación?

— Mil dracmas — respondí.

— ¡Oh, Fádal! — replicó — . Su asignación debiera ser algo de más valor que el mismo califato. ¿No conoces aquellas palabras que la Tradición cuenta dijo Alí, hijo de Abutálib: "Cada hombre vale con arreglo al bien que hace„? ¿Y acaso tienes noticia de que alguno de los más elocuentes predicadores, al hacer el panegírico de los

virtuosos y piadosos califas de Dios, haya hecho de ellos una apología tan brillante como la que éstos han hecho?

— No — contesté.

— Pues bien — repuso —, ordeno que se les den veinte mil dinares por el pronto, y atiéndelos de modo que vaya en aumento por su parte, como por la mía, el deseo del regreso. Y si no fuera por respeto al derecho que a los musulmanes asiste sobre los fondos pertenecientes al tesoro particular y público, se los entregaría íntegros, a más de lo que en ley les corresponde.

Refiere lo siguiente Alfádal, hijo de Sahl:

— Estaba en mi casa el embajador de un rey cristiano, y hablándome de una hermana de su rey, llamada Jatún, me contó lo que sigue: "Nos sobrevino un año que nos hizo sufrir con furia desatada las mayores desgracias y las más duras calamidades de todo género. Acudieron las gentes, aterradas, ante el rey; pero en vista de que éste no sabía qué responderles, le habló su hermana de esta manera:

„ — La entereza de ánimo es una joya siempre flamante, que no se gasta por el uso, y cuya finura no desmerece en nada por causa del roce. Es el adalid que el rey necesita para mantener en orden a su grey y evitar que se entreguen al desenfreno.

„Tu pueblo recurre a ti en la imposibilidad de hacerlo ante Aquél cuya gloria no aumentará porque remedie calamidades de las gentes, ni disminuirán sus bienes, por repetidos que sean los favores que les prodigue.

„Nadie está más obligado a cumplir los preceptos que el encargado de hacerlos cumplir a los demás; nadie antes que el guía ha de exponerse a las consecuencias de

sus indicaciones, ni hay nadie más obligado a procurar el bienestar del rebaño, que el pastor que lo tiene a su cuidado.

„Jamás te ha concedido el Señor una merced que tú no hayas desvirtuado, imponiendo algún castigo, ni una satisfacción que no hayas turbado con algún arrebato de cólera, hasta que el hado ha dispuesto aquello que los ojos no quisieron ver y la previsión no se cuidó de evitar. Y ha venido el despojo de los bienes, siendo el aprehensor el propio donante. Vuelve, pues, a El con el agradecimiento a sus mercedes y busca en El un refugio que te guarde de imponer el afrentoso castigo, porque, si tú te olvidas de El, El se olvidará de ti.

„No incurras en el oprobio de emplear el sentimiento de inferioridad de que el humilde se halla poseído ante el poderoso, como medio de relación entre tus vasallos y tu persona, porque atraerías sobre ti las más deplorables consecuencias. Ordénales, por el contrario, y ordénate a ti mismo que los corazones se consagren a proclamar que [**163**] en Dios reside el *summum* del poder, y ordénales, igualmente, que las lenguas se ejerciten en dirigir al Señor humildes plegarias, inspiradas en el más puro agradecimiento a sus mercedes.

„Hay que tener en cuenta que si en alguna ocasión castiga el rey a cualquiera de sus siervos, para que no siga haciendo ciertas cosas y observe un proceder digno, y para estimularlo a cumplir con lo que exige el reconocimiento al Señor, ese rey se hace acreedor, por lo mismo, al más preciado galardón.„

Ordenó el rey que se dirigiera a la multitud con aquellas palabras. Hízolo así, y el pueblo se retiró de la puerta de palacio.

Pronto advirtió el Señor los efectos de aquella exhortación en que la gente practicaba lo mandado y se abstenían de lo prohibido, y cambió la situación para el rey y su hermana. Y a la penuria de bienes que el pueblo había padecido por haberlos privado el Señor de los que poseían, sucedió ya sin interrupción el colmo de la abundancia, debido a la excelente conducta que siguieron observando.

Comprendiendo el rey cuánta era la valía de su hermana, la designó para ocupar el trono después de él, y el pueblo se sometió unánimemente a su obediencia, tanto para lo que les complacía como para lo que les contrariaba.

Esto hace el Señor con sus enemigos y los que rechazan su gracia, cuando se les muestran reconocidos: devolverles los bienes que les había retenido y añadirles con exceso todo cuanto pueden desear. ¿Qué no hará, pues, con quienes creen en el Dios único y a El se confían, si nuestras intenciones son puras y es limpio el fondo de nuestros corazones?

Refiere el Uaquidí que en tiempos del califato de Hixem sorprendió la muerte, en Damasco, a un emisario de cierto monarca, y le hallaron en el bolsillo una lámina de oro con la siguiente inscripción: "Cuando desaparece la lealtad, sobreviene la ruina; cuando muere la honradez, toman vida las venganzas, y cuando la perfidia impera, se extingue la prosperidad.„

Cuenta el Uadahí que envió Anuxiruán un embajador a un rey contra el cual había decidido hacer la guerra, encargándole que se informara de la conducta que

dicho rey observaba en su vida privada y en el trato con sus vasallos. Regresó el emisario e hizo saber lo siguiente a Anuxiruán:

— He hallado que para él tiene más importancia la chanza frívola que la formalidad; la mentira es cosa más corriente que la verdad, y la injusticia predomina sobre la equidad.

— Pues entonces, el Señor me ha concedido el triunfo sobre él — contestó Anuxiruán, al oírlo — . Marcha contra él y atácalo, procurando al combatir hacer todo aquello que él considere más ineficaz, más raro y menos importante, porque de este modo lograrás el auxilio divino y el otro se verá privado de él.

Fué a su encuentro, lo mató y conquistó su reino.

Dice Buzurchomihr:

— La broma perjudica notablemente el prestigio, la mentira es incompatible con la confianza inspirada a los demás, y la arbitrariedad es la ruina del poder.

Por eso, cuando el rey se entrega a la diversión, pierde el respeto de la gente; si se da a la mentira, se le tiene en poco, y si prodiga con exceso las injusticias, la nación se le amotina.

En el anillo de Rostam había una inscripción que decía: "La chanza, es cosa irritante; la mentira, degradante, y la arbitrariedad, revolucionaria.„

Dió muerte un turco a uno de los que iban con Asfandiar, y le encontraron al muerto una lámina de oro, colgada al cuello, con la siguiente inscripción: "La cobardía es un inconveniente para la fortaleza; la vergüenza, para hablar, y la mentira, para todo.„

Preguntaron a un sabio:

— ¿Cuál es el precio de la verdad?

— La inmortalidad en este mundo.

— ¿Y el de la mentira?

— La muerte anticipada.

— ¿Y el de la justicia?

— El reino de la eternidad.

— ¿Y el de la arbitrariedad?

— Una vida de vilipendio.

Preguntó el rey de la India a Alejandro, cuando éste penetró en sus estados:

— ¿Cuál es la señal del poder y del ejercicio del mismo?

— La formalidad en los asuntos — respondió.

— ¿Y cuál es la señal de que va a cesar?

— La ligereza para ocuparse de los asuntos.

— ¿Cuáles son las alegrías de que se goza en el mundo?

— La conformidad con aquello que Dios te ha concedido.

— ¿Y las penas que en él se padecen?

— El ansia de poseer lo que no estás seguro de alcanzar.

Dice Buzurchomihr:

— Hay en el mundo tres goces y tres sufrimientos. Los goces son: la conformidad con la parte de bienes que Dios te ha destinado; la humilde sumisión al Señor cuando la fortuna nos sonríe, y el desechar toda preocupación por los medios de vida del día de mañana. Y los sufrimientos, el pesar por la privación de aquello que se

ha despilfarrado, tener que pedir lo que la ruina nos arrebató, y desear aquello que se ansía con avidez.

Pasó un rey junto a un muchacho que llevaba un asno de paso cansino, al cual hostigaba cruelmente para que avivara la marcha. Le dijo el rey que tuviera compasión del animal, y le contestó el muchacho:

— El tenerle compasión es hacerle un perjuicio.

— ¿Y qué perjuicio se le causa con ello? — repuso el rey.

— Pues que será más largo el tiempo que vaya de camino y le apretará más el hambre, mientras que al hostigarlo se le hace un bien.

— ¿Y qué bien es ése? — preguntó el rey.

— Acortarle el tiempo de ir cargado y alargarle el de estar comiendo — repuso el muchacho.

Admirado el rey de sus palabras, le dijo:

— Voy a mandar que te entreguen cien mil dracmas.

— Es una dádiva que Dios tenía dispuesto que se hiciera, y el donante alcanzará por ella la debida recompensa.

— Y también voy a disponer — prosiguió el rey — que inscriban tu nombre entre las gentes allegadas a mi persona.

— Largamente favoreces, y con tu favor te has ganado un fiel auxiliar.

— Si no fuera — prosiguió el rey — por tus pocos años, te nombraría visir.

— Aquel a quien Dios dotó de talento, no carece de méritos para nada.

— Luego, ¿te consideras capaz de serlo?

— La alabanza o el vituperio deben venir después de

la prueba, pues hasta tanto no se ha experimentado, no se conoce el hombre a sí mismo.

Le nombró visir, y halló en él un hombre dotado de gran acierto en sus ideas, vasta inteligencia y un tino tal en sus consejos, que constituían verdadera garantía de éxito.

Cuando Alejandro había ya cruzado de parte a parte por Oriente y Occidente, llegando en uno y otro sentido hasta donde nadie antes que él había llegado, escribió a Aristóteles, diciéndole: "Escríbeme algunas sentencias que, en forma breve, encierren útiles enseñanzas y provechosos avisos.„ Y le escribió:

"Cuando hayas logrado el bienestar a que aspirabas, acuérdate con frecuencia de la miseria; cuando disfrutes de salud perfecta, anúnciate a ti mismo la enfermedad; cuando te halles tranquilo y seguro, échate en brazos del miedo; y cuando hayas alcanzado el límite de tus aspiraciones, piensa en la muerte.„

"Si a ti mismo te estimas, no consideres como una suerte aquello que pueda redundar en perjuicio tuyo.„

Hizo un sabio a un rey las siguientes reflexiones:

"Este mundo es la casa del trabajo, y la vida futura, la casa donde se cobra el precio del trabajo aquí realizado. El que nada hizo previamente, nada encontrará después. Procura, pues, para tu alma una vida de dulzuras, apartándote de cuanto pueda serle perjudicial.„

"Has de saber que las riendas de la salud están en manos de la enfermedad; la salvaguardia del bienestar, bajo las alas de la miseria, y la puerta de tu seguridad personal, cerrada está por el miedo. Por lo tanto, cuando

te halles gozando de alguna de estas tres cosas, salud, bienestar o seguridad, [**164**] no dejes de considerarte como si estuvieras bajo la pesadumbre de sus contrarias.„

"No te expongas a los dardos que la muerte lanza al azar, porque la fortuna es enemiga del género humano; guárdate, pues, de tu enemigo por todos los medios, y si piensas en tu alma y en su enemigo, no tendrás necesidad de advertencias de ningún género.„

Pusieron en la ciudad de Alejandría, por orden de Alejandro, la siguiente inscripción:

"Próximo está el fin del plazo a cuyo término te aguarda la muerte, sin que esté en tu mano retrasar dicho término, y los días y las noches se suceden con vertiginosa rapidez. Y cuando la duración del mismo llega a su fin, se ha cerrado el camino de granjear méritos para la otra vida. Aplícate, pues, antes que sea imposible hacerlo y provee generosamente para cuando llegue el límite de tu vida terrena, acompañándote de gentes que te conduzcan por el camino del bien.„

"Si gozas de la grata compañía de la dicha, considérate como si estuvieras sometido al duro yugo de la desgracia, pues a eso se viene a parar fatalmente; cuando te hallas satisfecho por la salud de que gozas, entristécete, como si estuvieras enfermo, pues ése ha de ser el resultado final; y si tienes satisfechas todas tus aspiraciones, no te juzgues por ello dichoso, sino piensa en el término de la vida, lugar a donde estamos llamados y a donde todos hemos de acudir.„

Según refiere Benalarabí, habló con un individuo que había visto entre Ispahán y la provincia de Faris la si-

guiente inscripción en una lápida: "La salud va emparejada con la enfermedad; la felicidad, con la desgracia, y la seguridad, con el espanto del peligro.„

Cuando decapitó Anuxiruán a Buzurchomihr, por haber éste renegado de la religión de los magos, convirtiéndose al cristianismo, le encontraron en el cinto un escrito que contenía estos tres pensamientos:

"Puesto que necesariamente ha de cumplirse lo que Dios ha dispuesto, no tiene razón de ser la ambición humana; siendo la deslealtad algo inherente a la condición de las gentes, el fiarse de cualquiera es torpeza manifiesta; y puesto que la muerte ha de alcanzar a todos sin excepción, es gran insensatez vivir confiado en este mundo.„

Cuando perdonó el Señor al profeta Salomón y le devolvió su anterior poderío, hizo dicho profeta escribir sobre su trono la siguiente inscripción:

"Cuando más cabal es la salud, entonces sobreviene la enfermedad; cuando se ha logrado un bienestar completo, es cuando hace su aparición la miseria, y cuando más en salvo nos hallamos, surge el motivo de espanto.„

Practicando unas excavaciones en Persia, hallaron una plancha de mármol con cuatro líneas grabadas en que decía lo siguiente:

En la primera línea: "¡Oh, tú, que gozas de salud! Ya puedes precaver la enfermedad.„ En la segunda: "¡Tú, que disfrutas de felicidad completa! Aguarda la llegada de la desgracia.„ En la tercera: "¡Oh, tú, que te hallas a salvo de todo riesgo! Prepárate para escapar del peligro.„

En la cuarta: "¡Oh, tú, que vives en la abundancia, no está lejos de ti la miseria!„

Cuando residía Abumóslem en la ciudad de Samarcanda, se presentó a él el Ispahand de la misma y le refirió lo siguiente:

— ¡Oh, rey! Hay enterrada en Candahar una lápida con tres sentencias grabadas, y respecto de la cual se ha averiguado por los libros que fué enviada por Salomón, hijo de David, y la enterraron en dicho lugar, y también se ha averiguado que tú eres el designado para sacarla de donde se halla y poner en práctica lo que en ella se recomienda.

Dispuso que la sacaran, y he aquí su contenido:

En la primera línea: "La pujanza en el hombre consiste en aprovechar resueltamente las ocasiones, prescindiendo de toda vacilación cuando se teme que la oportunidad pueda escapar.„ En la segunda línea: "No es perfecta la autoridad que no se inspira en principios de bondad.„ En la tercera: "No se mate a los padres, por las omisiones de los hijos„ y "No acierta el que no ha fracasado.„

Y decía Abumóslem:

— Magníficas enseñanzas con las que este gobierno será perfecto, si no es que el hado ha dispuesto algo que estorbe mis previsiones.

Siguió, efectivamente, aquellas enseñanzas, hasta que por disposición divina prescindió, obcecado, de la prudencia, y fué al Irac, donde le dió muerte Abucháfar Almansur.

Yendo Abumóslem en peregrinación a la Meca, le dijeron que en la ciudad de Hira había un cristiano de

doscientos años de edad, que poseía las ciencias de la antigüedad.

Envió en busca suya, y cuando lo trajeron, al divisar a Abumóslem, le dijo:

— Fuiste audaz y capaz; no anduviste remiso para desplegar el máximo celo y lograste el límite de las aspiraciones. Abrasaste tu alma para quien reducirá al silencio tu voz. Ya parece que con mis ojos estoy viendo tu sepulcro.

Rompió Abumóslem a llorar, y prosiguió el anciano:

— No llores, pues no es que sobre ti pese una resolución irrevocable, un propósito incontrastable, un plan de fatales resultados o una tajante espada. Lo que ocurre es que nadie consigue llegar al límite de sus aspiraciones sin que, al mismo tiempo, haya apresurado la proximidad del plazo final de su vida.

— ¿Y cuándo crees que éste llegará? — le preguntó.

— Cuando los dos califas se pongan de acuerdo sobre cualquier cosa. Sólo que el poder de que las cosas lleguen a efecto se halla en manos de quien, en virtud de dicho poder, destruye cualquier plan. Si te vuelves al Jorasán, te salvarás, y guárdate de no hacerlo. Resolvió regresar hacia allá; pero le escribió el sultán que fuera ante su presencia y le envió quien lo decidiera a ir [1].

Y si no fuera porque los entendimientos se ciegan cuando el destino así lo ha dispuesto, este hecho constituiría

[1] Abumóslem era gobernador del Jorasán, por el califa Abucháfar Almansur. Disgustado con éste, desobedeció sus órdenes y se declaró de hecho independiente en el país que gobernaba. El sultán lo hizo llamar, con propósito de deshacerse de él, y Abumóslem, confiado o llevado de un exceso de orgullo, se aventuró a ir a la corte, donde le dieron muerte. Herbelot, Bib. Or., I, 14.

una demostración tan palpable, como si se viera con los ojos (y que estimula a la previsión vigilante y a procurar escapar del mejor modo posible) de que toda persona tiene un fin y todas las cosas un término.

Encontrándose enfermo Galeno, que fué un hábil médico y sabio filósofo, le preguntaron por qué no se ponía en cura, y contestó:

— Cuando el cielo envía las enfermedades, son ineficaces los medicamentos, y es en vano que los siervos quieran librarse de aquello que el Señor dispone. Excelente medicamento es que el plazo de la vida no se haya acabado, y mala enfermedad es el término de ese plazo.

Contó un guerrero que en un castillo que conquistaron en tierra de cristianos vieron una estatua de piedra, representando un león, sobre la que estaba escrito lo siguiente:

"Más vale maña que fuerza.„ "Preferible es la calma a la precipitación.„ "En la guerra es más atrevida la ignorancia que el talento.„ "El preocuparse de lo que sucederá es aumentar la ansiedad.„

Refiere Ahmed, hijo de Sahl, que un rey cristiano envió a Harún Arraxid un rico presente del que formaban parte tres espadas con las siguientes inscripciones grabadas:

En una de ellas decía: "¡Combatiente!, acomete ciegamente y triunfarás; no pienses en las consecuencias a que te expones, porque serás vencido.„ En la segunda había escrito: "Si quedan cortos los golpes de la espada, hazlos tú llegar a su sitio, arrojando el miedo de ti.„ Y

en la tercera: "La calma, en las cosas que dan tregua, es más provechosa [165] que la precipitación para el logro de cualquier propósito.„

Decía Alhasán, hijo de Sahl, que leyó lo siguiente en el libro de Chauidán Jird: "Tres cosas se neutralizan con otras tres, a saber: la fuerza, con la astucia; la impetuosidad, con la calma, y la prodigalidad, con la economía.„

Contó Aljádar, hijo de Alí, que vió en Aden una lápida en la que se leía en lengua himyarí: "¡Hombre fuerte! Guárdate de la astucia. ¡Hombre precipitado! Guárdate de la calma. ¡Combatiente! No esperes nada bueno de pensar sobre los resultados. ¡Oh, tú que pretendes lo que está dentro de lo posible! No pierdas la esperanza de lograrlo.„

Escribió el César a Cosroes, diciéndole:

— Explícame cuatro cosas de las cuales no he encontrado a nadie que estuviera enterado y que tú has de conocer, según presumo: Quiero que me indiques cuál es el enemigo de la fuerza; el compañero del triunfo; el medio de lograr las aspiraciones, y la llave que cierra las puertas a la miseria.

Y le contestó:

— La astucia, es el enemigo de la fuerza; la perseverancia, la compañera del éxito; la calma, es el medio de conseguir el logro de las aspiraciones, y la generosidad, la llave de la miseria.

Disponíase un rey a emprender un viaje, y dijo a un sabio:

— Díctame algunas máximas, fruto de tu sabiduría, para atenerme a ellas durante mi viaje.

—Pues—respondió el sabio—emplea la calma como rienda para reprimir tu precipitación; sea tu sagacidad la que haga las veces de tu fuerza, y vaya siempre tu clemencia dominando a tu poder, y yo te garantizo la adhesión de los corazones de tus súbditos, sin oprimirlos con violencias ni ablandarlos a fuerza de favores.

Refiere Aljádar, hijo de Alí, haber leído lo siguiente en el libro de Chauidán Jird, un magnífico libro persa: "Más aprovecha la astucia que la fuerza más poderosa; un poco de calma vale más que la mucha precipitación; la suerte es el emisario de lo dispuesto por el destino; cuando el hombre se guía sólo por sus propias ideas, se le cubren de oscuridad los caminos del acierto.„

Era Altachtacán, padre de Buzurchomihr, hombre de condición oscura, de posición humilde y torpe de expresión. Cuando Buzurchomihr apenas había cumplido quince años, se presentó ante el Consejo del rey, en el cual se hallaban presentes ministros y sátrapas, instalados en sus escaños y sitiales, y situándose frente al soberano, habló de esta manera:

— Alabado sea el Señor. Aquél en cuyas mercedes se ha de confiar y cuyos castigos se han de temer; El que guía hacia sí a quien se lo pide; El que apoya al rey con la buena fortuna que el hado le depara, hasta tal punto, que ha realzado su condición, ha engrandecido su poderío, ha llenado con él de resplandor al país y de prosperidad la vida de los vasallos, le ha otorgado en su divino decreto el don de gobernar con acierto, y hace gozar a

sus vasallos de la superabundancia de su dicha, evitándoles todo quebranto, apacentando a su grey en feraces praderas, librándola de salteadores y tratándola con misericordia y dulzura. Todo por merced que el Señor le ha dispensado, y para afianzamiento del poder que ejerce.

Yo le pido que sea para dicha del soberano todo aquello que de El ha recibido, que se le muestre propicio en todo cuanto de El pretenda, que realce su condición por encima de los cielos y difunda su renombre por bajo de las aguas, hasta que en todo el espacio entre ellos comprendido no quede quien sea capaz de oponérsele ni en ellos se halle quien se le aproxime. Concédale una vida exenta de inquietudes, un poder al que ningún otro haga sombra, un reinado libre de adversidades, una salud que le permita gozar de larga vida y acrecer copiosamente su grandeza, y una fuerza que lo ponga a cubierto de cualquier mudanza de su pueblo, o de una senectud incapaz, pues El es el Señor de los bienes y el que libra de los males.

Ordenó el rey a boca llena que le fueran entregadas las más hermosas y ricas perlas, y no fué obstáculo la temprana edad del muchacho para que lo nombrara su visir, por lo admirablemente que se había expresado, y a él se confiara para bien o para mal. El era el primero que entraba y el último que salía de la presencia del rey.

Dijo Omar, hijo de Abdelaziz:

— De entre todos los beneficios que el ser inteligente ha de agradecer al Señor, no hay ninguno tan preciado, después del islam, como el de haberlo distinguido especialmente del resto de los seres terrenos por medio de la

razón y el entendimiento. Si así no fuera, solamente se habría dado a conocer el Señor a los ignorantes, y ¿acaso no ves que no ha hecho escuchar su palabra sino a personas adornadas de clara inteligencia y dotadas de sutil ingenio y aguda penetración? Luego los seres favorecidos con tan valiosa superioridad deben dar al Señor tantas gracias sólo por el hecho de haberlos distinguido de los seres inferiores por medio de la razón y el entendimiento, como gracias le prodigan por el conjunto de las demás mercedes que de El han recibido.

Preguntaron a Meruán, hijo de Mohámed, último soberano de los Beniomeya:

— ¿Cuál es el motivo que te ha traído al estado en que te encuentras?

— El guiarme por mi sola opinión. Me envió Nasar, hijo de Sayyar, repetidas cartas pidiéndome que le facilitara hombres y dineros. Pero dije para mí: "Este solicita dineros y tropas por causa de una sublevación que, según me da a entender, ya existía con anterioridad a su llegada..... ¡No esperes que el Jorasán se declare independiente de mi autoridad!„

Y el Jorasán quedó separado de sus estados.

Refiere el Uaquidí que contó lo siguiente Alfádal, hijo de Sahl:

— Cuando proclamaron califa a Almamún en el distrito de Jorasán, recibimos presentes de los reyes, en testimonio de la satisfacción con que veían el advenimiento de Almamún al califato. El rey de Cabalistán envió un anciano llamado Dubán con unas cartas, diciendo que enviaba un regalo como no había en la tierra otro

más espléndido, más valioso ni de mayor mérito ni más suntuoso. Extrañado de aquello el rey, me mandó preguntar al anciano qué era lo que traía.

— Solamente traigo mi sabiduría — contestó.

— ¿Y en qué consiste tu sabiduría?

— En ideas provechosas, planes eficaces y advertencias que merecen el asentimiento general.

Alegró aquello mucho a Almamún, y dispuso que lo aposentaran y lo colmaran de agasajos y guardaran secreto acerca de él. Cuando se disponía a partir para el Irac, con propósito de luchar con su hermano, preguntó a Dubán:

— ¿Qué te parece de la marcha al Irac?

— Es una idea muy bien fundada, una resolución del mayor acierto y una próxima dominación. Mas el tiempo pasa y debes disponer cuanto sea necesario.

— ¿Y a quién enviaremos?

— El hombre arrojado, arrollador, y el hombre santo, de virtud acendrada, van siempre adelante, sin tropezar; el que se hace temer por su fuerza es un combatiente invencible.

— ¿Cuántos guerreros enviaremos?

[**166**] — Cuatro mil que manejen bien la espada. Y no se reduzca esa cantidad, ni hace falta que se le añada nada más.

Conforme con aquello, decidió Almamún enviar a Táhir, hijo de Alhosáin.

Volvió a preguntar:

— ¿A qué hora ha de salir?

— Con las primeras luces de la aurora todo te resultará bien y caminará hacia la victoria. Una rápida victoria, un breve combate y la dispersión de aquellas tropas. La

victoria será en su favor, no en contra suya, y después te restituirá el poder El señor del mismo.

Quedó, en efecto, Táhir vencedor, logrando un gran triunfo. Dió muerte a Alí, hijo de Isa, visir de Alamín, se hizo dueño de sus tropas y le arrebató sus riquezas.

Mandó el rey que entregaran cien mil dracmas a Dubán; pero éste los rehusó, diciendo:

— ¡Señor! No me ha enviado a ti mi soberano para que menoscabe tu hacienda, y no tomes a desaire que rechace tu obsequio, porque estoy dispuesto a aceptar algo que compensa con creces este dinero.

— ¿Y qué es ello? — preguntó el rey.

— Un libro que hay en el Irac y que contiene las más preciadas normas de conducta y lo más valioso de la sabiduría de todos los pueblos. Es un libro de un ilustre persa, que encierra grandes remedios para el espíritu, consistentes en sabias advertencias de todo género, tales como no las hay en libro alguno de los que se hallan en manos de los sabios más inteligentes y de los hombres de más aguda penetración. Se halla bajo el piso de un palacio en Almadáin.

Mídanse dos codos en medio del palacio, ni más ni menos; cava la tierra, arranca la piedra, y cuando llegues al velo, descórrelo y encontrarás lo que hace falta. Y no te ocupes de ninguna otra cosa, porque, si lo hicieres, te sobrevendrían funestas consecuencias.

Envió Almamún gente que hiciera excavaciones en el palacio de Cosroes, y en el centro del mismo hallaron una cajita de cristal con un candado del mismo material. Llevároulo a Almamún, el cual preguntó a Dubán:

— ¿Te basta con esto?

— Sí — respondió.

— Pues tómala y vete.

Pronunció unas palabras en su idioma, sopló sobre el candado y la caja se abrió. Sacó de ella un paño de seda, lo desdobló y cayeron unas hojas en número de cien. No había en la caja nada más. Cogió las hojas y marchó a su habitación.

— Fuí a verlo — siguió diciendo Alfádal, hijo de Sahl —; le pregunté qué era aquello, y me dijo:

— Este es el libro de Chauidán Jird, obra de Caichuruziz, célebre rey de Irán.

Le pedí algunas de aquellas hojas y me dió unas cuantas que me tradujo Aljádar, hijo de Alí. Se lo hice saber a Almamún y me ordenó que se las llevara. Al leerlas, exclamó:

— ¡Vive Dios!, que no hay en estas frases los retorcimientos de lenguaje que nosotros usamos.

PARTE QUE CONTIENE LOS EXTRAORDINARIOS PENSAMIENTOS DE BUZURCHOMIHR

Me han aconsejado los consejeros y me han amonestado los censores con solicitud, sinceridad y acertados avisos, pero nadie me ha corregido tan eficazmente como mis canas, ni de ningún consejero he sacado tanto fruto como de mis meditaciones.

Me he alumbrado con la luz del sol y con la luz de la luna; pero con nada me he alumbrado que me ilumine con tan brillante fulgor como el fuego de mi corazón.

He estado junto a hombres libres y esclavos, y nadie me ha dominado ni me ha sojuzgado sino mis pasiones.

He tenido enemigos; mas ninguno ha sido tan enemigo mío como yo mismo.

Cuando, ignorante, busqué en mí mismo un refugio para mi alma contra las gentes, queriendo evitarle el contacto con todas ellas, me encontré con que ella era peor que ninguna para consigo misma y que su perversión no le había venido sino de sí propia.

He pasado por situaciones apuradas que me han puesto en graves aprietos, mas nada me ha creado conflictos tan serios como el mal carácter.

Me han acontecido las cosas más extraordinarias y más peregrinas, mas ninguna ha sido para mí tan dañina como mi propia lengua.

He andado por encima de las ascuas y he caminado, hollando con mis pies la tierra candente por los rayos del sol, mas no he visto fuego tan abrasador como mi cólera. Cuando de mí se apodera y me tiene sometido a su dominio, nada hay que tan fácilmente me maneje como una persona de trato afectuoso.

He indagado cuál es el mal de muerte y por dónde me ha de alcanzar, y he averiguado que ese mal llega al pecar contra el Señor.

He procurado afanosamente mi tranquilidad, y no he encontrado cosa mejor para alcanzarla que desentenderme de lo que no me concierne.

He surcado los mares y me he visto en graves peligros, mas ninguno de ellos comparable al de permanecer junto a un príncipe cruel.

He padecido los horrores de la soledad por desiertos y montes, mas no pasé en ellos por nada comparable a tener al lado un mal compañero.

He cuidado leones, hienas y chacales, llegando a familiarizarme con ellos, y ellos conmigo, y a dominarlos, mas no he podido resistir al hombre de mal carácter.

He comido los manjares mas sabrosos, he bebido las más exquisitas bebidas, he aspirado los más delicados aromas, mas no he hallado nada tan grato como la salud y el hallarse a salvo de peligro.

Me he hallado en medio de los demonios en la soledad de los montes y rodeado de leones sin sentir espanto, pero lo siento del hombre malvado.

He comido acíbar y he bebido las cosas más amargas, pero no sé de ninguna que lo sea tanto como la pobreza.

He asistido a batallas y he tomado parte en expediciones guerreras, he manejado la espada y me he batido con los adversarios, mas no he visto adversario más temible que la mala mujer.

He vencido la resistencia del hierro y he transportado rocas, mas no he visto carga más pesada que las deudas.

He reflexionado sobre las cosas que degradan al hombre honrado, quebrantan al fuerte y envilecen al ilustre, y no he visto nada tan menospreciado como el hombre que se halla en poder de la miseria y de la necesidad.

Me han disparado flechas y me han arrojado piedras, mas nada he visto que tan hondo penetre como las palabras duras en boca de quien reclama la satisfacción de un derecho.

He habitado en la cárcel, me he visto amarrado con ligaduras y golpeado con varas de hierro, y nada de ello me ha abatido en el grado que lo han hecho los cuidados, las preocupaciones y los pesares.

Se favorecen los hermanos unos a otros y se ayudan entre sí las gentes para sus empresas y en las adversidades y contratiempos, pero no considero que con esto se

hagan más favor que si se guardan mutuo respeto y consideración.

[167] He buscado la riqueza por todos lados, y no he visto riqueza mayor que la conformidad con aquello que se posee.

He distribuído en limosnas verdaderos tesoros, mas no creo que haya ninguna tan beneficiosa como la de reintegrar al extraviado al camino recto.

He probado lo que es el aislamiento, el vivir en país extraño y el sufrir desprecios, mas con nada he visto que se sufran tantas vejaciones como con la insolencia de un mal vecino.

He construído edificios para realzar con ellos mi gloria y mi renombre, mas no he visto honor que realce más que la práctica de los beneficios.

Me he ataviado con los ropajes más suntuosos, mas ninguno de ellos comparable a una conducta virtuosa.

He buscado todo aquello que para las gentes constituye un bien, y no he hallado cosa más excelente que la bondad de carácter.

He tenido la satisfacción de recibir dones y presentes de los reyes, pero nada me ha alegrado tanto como el verme libre de ellos.

SENTENCIAS DE XABAC EL SINDÍ

Tomadas de su libro *Selección de perlas*, dedicado al rey, hijo de Cambises, rey de la India:

Teme, ¡oh rey!, en gran manera las contrariedades que los tiempos llevan consigo, considera con terror profundo la desatada furia que la sucesión de los días des-

encadena, y abomina de las situaciones a que encumbra la mudable fortuna.

Has de saber que los actos humanos deben recibir aquella compensación a que se hagan acreedores; teme, por tanto, las consecuencias de los que tú realices; que los días, al sucederse, traen consigo contrariedades sin cuento; está, pues, prevenido contra ellas; que los poderíos sufren sus eclipses; está, pues, preparado para cuando lleguen, y que en los tiempos hay grandes mudanzas; precave, pues, sus cambios.

Repara los daños causados por los altibajos de la fortuna y teme el rigor de sus asaltos.

No escaparás de algún contratiempo, siempre que procedas con precipitación irreflexiva.

Quien no cura a su alma de los males que el pecado le hace padecer, durante los días de su vida terrena, ¡cuán lejos está de curarla en una mansión donde no hallará remedios que aplicarle!

Quien subyuga sus sentidos, haciéndolos servir tan sólo para lo que beneficia a su alma, pone de manifiesto su virtud y revela su mérito.

Quien no domina a su alma, siendo una sola, mal podrá dominar a sus sentidos, que son cinco; y si no logra gobernar a éstos, no obstante su corto número y su pequeñez, difícil le ha de ser manejar a los funcionarios, que son en número tan considerable y de rebelde condición, y más difícil aún gobernar a la totalidad de los súbditos, hallándose diseminados por las diferentes comarcas del país y los últimos confines del estado. Debe, pues, el rey comenzar por imponerse a su propia alma, que es el enemigo indicado para que se le sojuzgue, con preferencia a cualquier otro; continuará después la tarea

de abatir el imperio de los cinco sentidos corporales, ya que el poder de cualquiera de ellos, por sí solo, aun sin el concurso de los restantes, es suficiente para conseguir que el alma, con toda su fortaleza, renuncie a su propia defensa. ¿Qué ocurrirá, por tanto, si se juntan cinco individuos contra uno solo?

Ten en cuenta que cada uno de estos sentidos causa una especie de daños, peculiar suya, que no causan los demás. Atiende, pues, separadamente a cada uno en particular y te librarás de sus perniciosos efectos.

Los animales perecen por dejarse llevar de las inclinaciones de su instinto. Habrás visto que la mariposa, a pesar de que tiene aversión al sol y se resguarda de sus rayos, se deja arrastrar por la fascinación que sobre ella ejerce el resplandor de la luz, y tanto se le aproxima, que perece en la llama; el corzo, con su ánimo asustadizo y su insociable condición, se para a escuchar el grato son de los instrumentos de música, dando lugar a que lo coja el cazador; la mosca de la rosa, que tiene afición a los aromas agradables, va en busca de la sustancia que gotea de la oreja del elefante por el buen olor que despide, parecido al del almizcle, y por gozar del placer que les causa aspirar aquel perfume, no se cuidan de los movimientos que hace el elefante con la oreja, se acercan a la base de la misma, reciben un golpe y mueren; al pez, en el mar, le incita el agradable sabor del cebo a tragárselo, y al hacerlo, llega a su vientre el anzuelo, y en él, su muerte.

Explica el sabio que ciertas aficiones que en sí nada tienen de perjudiciales, llevadas hasta el abuso, han originado la muerte a varios reyes conocidos: en la caza murió el rey Quido; el abuso de los placeres sexuales

causó la muerte del rey Sabab; el rey Jazac murió de embriagarse con exceso; por su desmedida glotonería, el rey Mahric; de un arrebato de cólera, el rey Ajarsaji; por su avidez, Uail; por la afición a las diversiones, Uatbat; de vergüenza, Bulis, y por la indolencia, Zamirbahar. Bien merecen, pues, unas aficiones que han hecho perecer a algunos reyes, que los demás se prevengan contra ellas.

Y has de saber que el pueblo anhela tener un rey justo con la misma ansia con que anhelan la lluvia las gentes angustiadas por pertinaz sequía. A su advenimiento el pueblo cobra alientos, en la forma que se yerguen los brotes de las plantas, cuando les llega la lluvia bienhechora. Mas los bienes que el pueblo logra con el rey son más completos que los beneficios que a las plantas proporciona la lluvia, porque la acción bienhechora de ésta sólo tiene lugar en determinadas épocas, mientras que los beneficios de la justicia del rey son permanentes, no hay un tiempo señalado para que se produzcan.

Será muy conveniente para el rey imitar en sus procedimientos de gobierno la marcha que, por razón de su condición natural, siguen las ocho cosas siguientes: la lluvia, el sol, la luna, el viento, el fuego, la tierra, el agua y la muerte.

Se parecerá a la lluvia en que, así como la caída intermitente de ésta sólo tiene lugar durante cuatro meses del año, alcanzando sus beneficiosos efectos a todo el año, de igual modo conviene que el rey entregue a su ejército y a sus funcionarios, en los cuatro meses, la soldada correspondiente al año entero. Y será, además, semejante a ella en cuanto a considerar al grande y al pe-

queño como de la misma condición para el reconocimiento de los derechos que en cada caso les asisten, lo mismo que la lluvia se derrama por igual sobre la elevada eminencia y sobre la profunda hondonada, y rocía a ambas con sus aguas en toda su extensión. En el trascurso de los ocho meses restantes cobrará el rey los impuestos sobre las cosechas y toda clase de tributos, al modo como el sol enjuga con su calor y la fuerza con que se deja sentir, la humedad de las lluvias caídas durante los cuatro meses.

Se asemejará al viento en ser como éste, una cosa que sutilmente penetra por cualquier resquicio, sin que haya lugar alguno donde él no se halle, porque conviene que el rey se deslice hasta el fondo del corazón de los hombres por medio de sus espías y de sus propios ojos, a fin de que no haya en ellos nada que se le oculte y pueda conocer en qué sentido se ocupan de él, ya en el interior de los hogares, ya en las reuniones de las plazas.

Y así como la luna, [**168**] cuando está iluminada, alumbra y reparte su luz por igual sobre las criaturas, alegrando a las gentes con su resplandor, conviene también que el rey se muestre rodeado de esplendor, ricamente ataviado, con brillante séquito, de modo que su aspecto cautive el ánimo de sus vasallos. No distinguirá al poderoso del humilde, al repartir la luz de su justicia.

Será como la tierra para callar los secretos, soportar pacientemente, sufrir contrariedades y guardar aquello que se le confíe.

Será como el fuego contra la gente libertina y disoluta.

E implacablemente, como llega la muerte, hará el rey llegar a efecto sus premios y castigos; el pago mere-

cido por las acciones no estará por otorgar a su debido tiempo, ni será adjudicado después de pasar el momento oportuno.

Será como el agua, por su blandura, con quien se conduzca mansamente, y por su ímpetu arrollador, capaz de arrancar de cuajo los árboles más corpulentos, con quien trate de resistirle.

Sabe que el sultán debe tener a su alrededor gentes y auxiliares de condición perversa, pues hay necesidad de servirse de ellos contra aquellas gentes que molestan o se hacen aborrecibles. Esto es lo que hace el sándalo con la serpiente, la cual se arrolla a su tronco, y allí le da la muerte el árbol con su grato perfume, su frialdad y su sequedad, logrando de ella un gran servicio, porque al verla, no se atreve a acercarse ninguno de los que intentan cortar el árbol.

Vaya tu afabilidad acompañada juntamente de severas correcciones para que no se propasen contigo: aunque la luna luzca con su más brillante resplandor, no por eso dejan las gentes de exponerse a sus rayos; pero contra los ardores del sol, buscan la sombra y se resguardan de ellos.

A propósito de esto, dice un proverbio: "No seas dulce, porque te tragarán; ni tampoco amargo, porque te escupirán de la boca.„

Emplea contra cada clase de enemigos gente de condición análoga a la que ellos poseen, para que se las entiendan con ellos, igual que se hace con el agua cuando penetra en el oído: para expulsarla no hay otro medio que el empleo de una sustancia afín a ella y más flúida.

Cuando te enemistes con una persona, no te pongas enfrente de todo su linaje. Conserva la amistad de alguno

de ellos, pues tal vez pueda serte provechoso. Entre la espada mortífera y el escudo protector existe estrecha relación.

No pretendas corregir al embustero y al inclinado al mal por naturaleza, haciéndoles mercedes, porque a éstos les pasa lo que al mico, que a medida que engorda a fuerza de alimentos dulces y nutritivos, aumenta la fealdad de su rostro.

Un solo hombre, si es inteligente, destruye la trama que entre varios han urdido, lo mismo que la sombra, cuando es bien tupida, neutraliza el ardor de los rayos del sol.

El más hábil tirador, gracias que mate a uno con su flecha, pero el disparo lanzado por un hombre entendido y sagaz, mata a un ejército entero.

En el rey poderoso y sensato no saca chispas el eslabón de la gente malvada. Sus adictos y allegados son como la perla, que brilla con luz propia, que no apaga el soplo del viento.

El que da acogida a cuanto hasta él llega, haciendo caso a todas las palabras que escucha, es lo mismo que la luz de la lámpara, que oscila al empuje del viento suave, pero que pronto se apaga, si el viento sopla con fuerza.

Adopte el rey diligente en la gobernación de su reino un proceder análogo al que sigue el jardinero en su jardín, cuando quita de él los brotes secos y las espinas de los árboles, y forma con ellos una cerca que rodea sus frutas y sementera, protegiéndolas contra la gente maleante e impidiendo que las estropeen. Así ha de hacer el rey, entresacando a las gentes díscolas y revoltosas, para enviarlos a las comarcas apartadas y a las fronteras para sostener el imperio.

Cuanto más en salvo se considere el rey, es cuando más ha de guardarse.

Gran acierto encierran aquellas palabras del poeta:

«¿Tal confianza tenéis en el incierto porvenir que os entregáis al sueño?; pues con frecuencia ha de temer quien está en lugar oculto y seguro.»

Ya sabrás que la mujer del rey Baharxán acostó en el lecho del marido a un hombre, y cuando aquél quiso irse a dormir, este hombre lo acometió y lo mató. Al rey Basrach lo mató la mujer con un brazalete envenenado. Al rey Doruf lo mató su mujer con un cuchillo que llevaba escondido entre los cabellos.

Ten entendido que el enemigo conoce los lugares donde estás bien resguardado, y en qué circunstancias te consideras en seguridad. Por tanto, en aquellas ocasiones en que te crees en salvo y en los lugares donde presumes que no es posible que tu enemigo se halle, es donde precisamente has de andar con mayor cuidado.

Las restantes sentencias relativas a esta materia ya las hemos expuesto en diferentes pasajes de nuestro libro.

Reflexiones de otros autores:

No le conviene al rey tener días señalados para mostrarse en público, porque hay en ello varios inconvenientes: uno de ellos, que en aquel día no puede ocuparse de ningún otro asunto ni entregarse al descanso o dedicarse a algún recreo a que sea aficionado, por verse obligado a salir a la fuerza. Además, si retrasa su aparición por cualquier motivo, empiezan las gentes del pueblo a estirar el cuello y a hacer conjeturas sobre si estará enfermo, si habrá muerto, si le habrá ocurrido cualquiera ccidente, con lo cual los contrarios cobran ánimos y se alegran, y los partidarios se afligen y abaten. También de este

modo da cita a su enemigo, para un día en que los dos, necesariamente, se encontrarán. No acuda, pues, a la cita puntualmente.

No conviene que el rey vaya y venga demasiado en épocas de turbulencia y cuando los vasallos se hallan revueltos, porque, como dicen los sabios: "Cuando el camello da muchos saltos es cuando mejor se aprovecha el lobo.„

PARTE QUE CONTIENE PENSAMIENTOS TOMADOS DE LOS ÁRABES

Sentencias de Actsam, hijo de Saifí.

Fué éste un hombre de gran entendimiento, versado en las ciencias, sabio eminente y experimentado, con cuyos sutiles conceptos han engalanado las gentes sus inteligencias y se han compuesto diversas obras.

He aquí algunas de sus máximas:

Aquel a quien se le insubordinan sus más allegados, se encuentra igual que quien se ve con el agua al cuello.

Más vale arrostrar peligros que pedir limosna.

Quien ve con pena el bien ajeno, empieza por hacerse daño a sí mismo.

El verdadaderamente necesitado es quien ha menester del hombre ruin.

El que no reflexiona va derecho a la perdición.

No cabe precaver todos los tropiezos ni lograr todas las ocasiones.

No es posible que exista lealtad [**169**] en quien carece de vergüenza.

A consecuencia de ciertas bromas salen a relucir las armas.

El que cumple aquello a que se obliga, logra que se le alabe.

¡Con lo cercana que está la muerte, y el hombre sin preocuparse de ella!.....

La cólera duradera deja como rastro la enfermedad.

A veces es peor la manumisión que la esclavitud.

El que da festines a las gentes, necesita de ellos algún día.

¡Qué extraño es que haya quien mienta, y qué aborrecible es el pecado!

Quien no rehuye los padecimientos, halla en ellos consuelo.

El hombre generoso te sirve a costa de su propia persona, el ruin prefiere su excusa dilatoria y guardar lo suyo.

No merece ser tenido como hombre aquel que carece de gentes con quienes tratar.

Tú mismo te desacreditas al acompañarte de gentes de condición inferior a la tuya.

Ten cuidado con los servicios que prestas a quien no conserva amistades duraderas.

En los libros se muestran los frutos de la experiencia.

Pierde todos sus méritos la persona que no tiene urbanidad.

La más meritoria de las acciones es la de conservar la honestidad teniendo riquezas.

Si alguien trata con necios, es que no se halla dotado de gran inteligencia.

Para un importuno no hay cosa mejor que despedirlo.

El que alterna con gente estúpida se dispone a ser objeto de la murmuración.

Nada te libra de olvidos, en el grado que lo hace la claridad en las ideas, ni nada aleja de ti la falsedad en la forma que lo hace la prueba apodíctica.

Ningún rico se libra de la muerte por su riqueza, ni pobre alguno por su pobreza.

Si quieres alejar al hombre digno, exige de él alguna vileza.

Las muchas excusas indican, ciertamente, falta de voluntad para conceder.

La ingratitud a los beneficios es vituperable, y la compañía del insensato una calamidad.

Es una acción generosa el tratar con afabilidad.

Guárdate de la impostura, pues es una fea condición.

Aconseja a tu hermano con toda sinceridad, tanto si el consejo es grato como si es desagradable.

La injuria es provocada frecuentemente por el insulto.

Lo verdaderamente calamitoso de la muerte son las cosas que se hacen para evitarla.

La lentitud es causa del fracaso.

El que pretende más de lo que le pertenece, se hace acreedor al fracaso.

Ni todo el que pretende logra, ni todo ausente es deseado.

Es un desarreglo el derrochar lo que sobra.

El hombre complaciente se adueña de las voluntades, y quien reflexiona, prospera.

No pongas tu cariño en quien se aparta de ti.

¡Cuántas veces lo que está lejos se halla más cercano que lo que hay próximo!

Las burlas engendran odios.

Infórmate acerca del compañero de viaje antes que del camino, y del vecino, antes que de la casa.

Más vale la res flaca que te pertenece, que la gorda propiedad de otro.

El que camina con diligencia, llega a tiempo donde pasar la siesta.

Oculta las cosas vergonzosas de tu hermano, por lo que él sabe de ti.

No gastes muchas bromas, porque te perderán el respeto, ni te rías demasiado, porque desmerecerás en el concepto de las gentes.

Al que persiste en hacer una cosa, se le conoce por ella.

La afabilidad en su justo medio, es un auxiliar.

El favor que se echa en cara, queda anulado.

Excelente cosa es el presente que se hace cuando hay necesidad de él.

A veces da acertados consejos quien nó acostumbra a darlos, y se equivoca aquel en cuyo acierto se confiaba.

El hablar de aquello que te beneficia es preferible al silencio, y el guardar silencio sobre las cosas que te dañan vale más que hablar de ellas.

No te atraiga la compañía, la vecindad ni el trato del necio, pues cuanto más te aproximes al fuego más expuesto te hallas a quemarte.

Aleja de tu lado a la gente baja y se aproximarán a ti las personas respetables.

Ante todo, apártate de las tertulias donde acude gente mal reputada, pues aunque tu piedad quede a salvo, no te librarás del descrédito.

El hombre noble es agradecido a Dios, aun en la tribulación; el ruin es ingrato a los beneficios.

El mérito de las acciones está en que se inspiren en puras intenciones.

No te hallarás a salvo de los demás, mientras los demás no estén a salvo de ti.

No des largas explicaciones sobre materias relacionadas con el derecho divino a la persona que carece de fe.

Los pesares trastornan el entendimiento y destruyen todo discurso.

El mucho dormir, embota las facultades del espíritu.

La precaución exagerada denota falta de fe.

El trato con la gente estúpida e insolente acaba por crear mal carácter.

Indicio seguro de necedad es que el hombre se muestre orgulloso de su talento.

Quien no atiende a la conversación, aparta de sí las provisiones de su entendimiento.

El que explica cosas a quien no las comprende, hace igual que quien invita a un festín a las gentes que habitan en las sepulturas.

No hables con quien interrumpe tu conversación, porque no es persona educada.

La persona conocida por su veracidad hace pasar sus mentiras, mientras que a quien tiene fama de embustero no se le aceptan las verdades.

Quien se junta con quien de él está envidioso, fortalece contra sí a su enemigo y se debilita a sí propio.

Disculpa las faltas de tu amigo.

Quien se enoja sin razón, también se halla satisfecho cuando no debiera estarlo.

Mucho le durará el disgusto a quien está airado contra alguien sobre quien no tiene poder.

El hombre es esclavo de sus pasiones.

Si no fuera por la ignorancia del necio, no sería reconocido el talento del hombre inteligente.

Quien teme al Señor, se abstiene de cometer infamias.

La pereza, en el pobre, es su perdición; la tacañería, en el rico, su oprobio.

Quien no reprime las licencias de su lenguaje, revela poseer baja condición.

Ten por sabido que lo acertado es siempre aquello con lo que el necio no está de acuerdo.

Si tu mujer te domina, lucha contra ella, porque es un enemigo tuyo.

Al que no distingue el bien del mal, inclúyelo entre las bestias.

El que depende de lo que pertenece al tacaño, muere de hambre.

Quien vive en la vecindad de un hombre generoso, está como quien reside junto al mar, donde no hay que temer la sequedad; y el vecino del avaro, igual que quien está en un desierto, donde reina la desolación y la muerte.

Cuando el trato de los vivos no te sea de provecho, márchate con los que habitan las sepulturas.

Aquel que se pone frente a su superior, es aborrecido por su inferior.

Dios ha asignado a cada cual los bienes que le corresponden, y por eso la ambición es cosa ilícita.

El que habla mucho en la mesa, engaña a su estómago y se hace enojoso a los comensales.

La sabiduría es ornato y provecho; la ignorancia, desdoro y perjuicio.

El necio encuentra placer en hacer mal; el inteligente, se abstiene de causarlo.

El que no encuentra placer en elogiar, no anda muy sobrado de generosidad.

Si tienes algún vecino o amigo de quien no sacas



ningún beneficio, pinta su efigie en la pared, pues así quedará ésta más adornada y te será menos gravoso el cuidado de atenderlo.

El hombre inteligente busca con anhelo la ilustración; el necio huye de ella.

[**170**] El hombre inteligente que no ha tenido ocasión de instruirse, es aficionado al silencio.

No pidas que hable aquel a quien tienes por embustero.

El hombre de talento duda de sus opiniones, el insensato sostiene con tesón sus necedades.

El que no se halla sometido al imperio de su razón, no es dueño de sí mismo.

La persona que da muestra de sus buenas cualidades, procurando reprimir las malas, es que tiene cabal entendimiento.

La persona cuyo entendimiento está sojuzgado por sus pasiones, se cubre de vilipendio.

Cuando un enemigo consulta a alguien acerca de su amigo, le manda romper con él.

La amistad con personas decentes es beneficiosa, y con gentes indignas, motivo de arrepentimiento.

No des motivo para que tu amigo dude de ti, porque dejará de ser sincero contigo.

Cuando quedan defraudadas las esperanzas que pusiste en un amigo, inclúyelo en la categoría de los enemigos.

Quien pretenda que los demás estén satisfechos de él sin hacer él por su parte nada para procurarlo, que busque sus relaciones entre los moradores de los sepulcros.

En el trato del hombre de talento no hay doblez.

El patrimonio del necio es la decepción, y de ella se

deriva el enojo; el capital del hombre bondadoso es el callar a todo, lo que da por resultado la magnanimidad.

Si tienes que sufrir la estupidez de un majadero, revístete con las armas de la dulzura y la afabilidad.

Todo hombre tiene un amigo en su talento y un enemigo en su necedad.

A quien se presenta a sí mismo como persona inteligente, tómanlo las gentes por necio.

Aquel a quien satisfacen los falsos elogios, pone de manifiesto ante el mundo su tontería.

El silencio es la respuesta adecuada para el necio.

El silencio realza al ignorante, y sus palabras lo echan por tierra.

No permita Dios que abunden mucho los individuos de la calaña de aquel que te habla largamente de su atavío exterior, y que se recrea en la consideración de sus propios méritos.

El generoso es amado, y el tacaño se hace odioso.

Si pones al avaro en el trance de socorrerte, te cobrará antipatía y odio.

El avariento rehusa lo que tiene y regatea al generoso su desprendimiento.

Quien buscando su remedio acude a un avaro, es otro peor que él.

Largamente durará el afecto del tacaño hacia la persona que le obsequia liberalmente, evitándole corresponder en forma adecuada.

El huésped del tacaño está a salvo de indigestiones.

Quien pretende remediar su necesidad a costa del avaro, consigue igual que quien se pone a buscar peces en terreno seco.

La palabra de un hombre honrado, es dinero contante; la de un villano, dilaciones para más adelante.

La persona de nobles sentimientos ampara a los suyos en la próspera fortuna; la de alma ruin, los aparta de sí.

No te encomiendes en el ser ruin, porque nada conseguirás; sólo el hombre dotado de leal corazón es el que pondrá a disposición tuya sus bienes para una necesidad, y su persona, ante una desgracia; quien te guardará su amistad en la ausencia y te será útil sin defraudar tus esperanzas.

Si eres amigo del ministro, no temas al príncipe.

Al que no es leal contigo en su trato amistoso, tenlo por un enemigo.

No reproches a quien, siendo tu enemigo, procede deslealmente contigo.

La persona a juicio de la cual todas las gentes son malas, no tiene amigos.

El que trata a sus semejantes con doblez, es correspondido con la mala fe.

Quien no favorece a los suyos en la próspera fortuna, se ve abandonado de todos en el aposento donde guarda sus tesoros.

No pretendas alcanzar el cariño de quien te envidia, porque nunca te será afecto.

El que te envidia por tu sabiduría evita escuchar tu conversación.

El envidioso ve con gusto tus tropiezos y pone faltas a tus aciertos.

Puesto que, según ves, te alegra estar a salvo de quien te envidia, encubre de él todos tus asuntos.

El que soporta la amistad de un embustero es otro como él.

Todas las cosas son algo; pero la amistad del embustero no es nada.

Al que empieza tratándote groseramente, correspóndele con afabilidad y le causarás un gran pesar.

Lo primero que requiere el pundonor es el semblante afable; lo segundo, trato afectuoso, y lo tercero, hablar con franqueza.

El hombre depravado no repara en lo que dice; el temeroso de Dios mide cuidadosamente sus palabras.

Quien añade nuevo agobio al que ya se halla agobiado, revela con ello poca delicadeza.

El que persevera en la práctica de un trabajo perjudicial, verá la fiebre en sus ojos.

Quien no se sobrepone a los pesares con la resignación, padecerá sufrimientos muy prolongados.

Quien tiene a su cargo gentes sobre las que no ejerce autoridad, ha de soportar desconsideraciones y menosprecios.

No desprecies al pobre magnánimo ni quieras al rico ruin.

No guardes consideraciones a quien, con apariencias de hombre de bien, está dominado por bajas pasiones.

En aquel a quien odias, todo lo repruebas, y en aquel a quien estimas, todo lo ves con agrado.

Quien se pone frente al jefe del Estado, se cae de cabeza en un pozo.

El que soborna con dinero, no es hombre honrado.

Los aficionados a los libros censuran a quienes sienten aversión hacia ellos, pero se enojan si alguien necesita los que ellos tienen y se los piden.

Si te trata soberbia y altaneramente alguna persona

de la que tú no obtengas alguna clase de ventajas, no te importe romper violentamente con ella.

El estúpido rompe una amistad que nunca se había enfriado y hace nacer odios que no existían anteriormente.

No son pesadas las cargas que impone el ser hombre de bien.

Quien vive en paz con las gentes, sale ganando.

Desamparar al prójimo es acción reprobable.

Pocos son los hombres capaces de resistir una prueba.

Vive en buena armonía con tus hermanos, y humillarás a tus enemigos.

¡Qué cosa más hermosa es sufrir aquello de que no tienes absoluta necesidad!

¡Desgraciado del que disfrutó largo tiempo su fortuna y luego van sus bienes a parar a otra persona!

No hay nadie más fuerte que quien se domina a sí propio, ni nadie más flojo que el incapaz para ello.

Es raro que los bienes se hallen en poder de quien los merece.

¡Qué débiles resultan las fuerzas de quienes luchan contra lo invencible!

CAPÍTULO LXIV

Máximas variadas.

SÁBETE, tú que aspiras a instruirte en la vida devota, que Dios somete a duras pruebas a sus profetas y a sus elegidos, valiéndose, como instrumentos, de los enemigos del Señor. Y pone a sus santos y a los amados de su corazón en el trance de sufrir a esos enemigos, con el fin de ensalzar y aproximar a sí a sus profetas, para borrar los pecados de sus santos, para que atesoren méritos y valimiento ante El y realcen el rango a sus ojos, con objeto de engrandecer su categoría, ennoblecer su dignidad [**171**] y elevar su consideración.

Dice el Señor, para consolar a su Profeta Mahoma del pesar causado por los duros ataques de que sus adversarios lo hicieron objeto: "Del mismo modo hemos concitado contra cada profeta como enemigos dos inductores de entre los hombres y los genios, cada uno de los cuales sugiere al otro en su ceguera las vanas palabras cuya apariencia seduce y extravía„ [1].

Y en otro lugar: "También hemos puesto facinerosos como enemigos a todo profeta„ [2]. No te apartes, pues,

1 Alc., VI, 112.
2 Alc., XXV, 33.

Mahoma de Nos, y no nos acuses por la conducta que seguimos con quien amamos y nos ama.

Porque hay dos clases de prueba: una, la que se sufre a consecuencia de algún pecado; y otra, la que tiene por objeto realzar el mérito y acrecentar la recompensa de quien la padece. Por eso las gentes que más hondas aflicciones han sufrido han sido los profetas, después los santos y luego los semejantes a éstos por su orden.

De modo que la prueba puede ser o un acto de misericordia del Señor para realzar al doble la categoría de una persona, para borrar las consecuencias de una mala acción, hacer llegar el mérito de alguien a su más alto grado o ensalzar su rango, o bien puede ser prueba de castigo por haber profanado inconsideradamente lo que debiera respetarse o haber cometido algún pecado.

Por consiguiente, las cosas que nos causan dolor, o sirven para despertar la divina misericordia — y no cabe, por tanto, oponerse a aceptar esa misericordia con que el Señor nos favorece —, o sirven también como corrección por algún extravío, y en este caso no hay sino apartarse de tal extravío. Luego tanto si se trata del uno, como del otro de los dos casos, la prueba es un beneficio importantísimo, toda vez que necesariamente contribuye al logro de la gracia del Señor.

Cuando ocurría a Cháfar, hijo de Mohámed, alguna contrariedad, exclamaba: "¡Haz, Señor, que sirva para enmendarme y no para irritarme!„

La Tradición ha conservado las siguientes palabras del Profeta: "Aunque se halle el creyente aislado en la cima de un monte, aun allí le envía el Señor alguien que lo mortifique.„

Tú que tienes el pecho angustiado, el corazón a punto de saltar y te encuentras del peor humor a causa de algún enemigo que turba tu sosiego o porque alguien te mortifica con su envidia, alégrate y refresca tus ojos y vive feliz, con tal que el Enviado de Dios esté bien cerciorado de tu fe y de que tu enemigo muge en la impiedad. Si bien lo consideras, ¿acaso no tienes en los profetas un ejemplo y en los santos un modelo? Si cuando comparezcamos ante Dios, no hubiéramos de llevar con nosotros otros méritos sino aquellos que por impulso espontáneo hubiéramos granjeado, seguramente nos presentaríamos a El muy pobres de méritos y pesadamente cargados de culpas.

Dijo un poeta:

«Favorece el Señor a las gentes afligiéndolas con desgracias crueles,
y hace a otros desgraciados, concediéndoles sus dones.»

Dijo un sabio:

— Más cosas encontramos dignas de ser amadas en aquello que nos inspira aversión que en aquello que despierta nuestra simpatía.

Decía Alí, hijo Abutálib:

— No me preocupa ningún pecado después del cual pueda rezar dos oraciones.

Las cárceles son sepultura de vivos, motivo de insana alegría para los enemigos y prueba de los amigos.

El hombre afortunado es aquel que recibe los favores de la suerte, siendo acreedor a ellos.

Al hombre noble lo vence cualquiera que contra él emplee la doblez.

El insulto es oprobio de la gente baja y una amenaza para las personas principales.

Los decretos de la divina Providencia se anticipan a toda previsión.

Quien se burla de algo, merece que a él le ocurra otro tanto.

El que afrenta a otro por cualquier motivo, se ve afligido por aquello mismo.

La presa de las desgracias son las criaturas.

El trato de los hombres fecunda las inteligencias.

Para lo que menos se buscan trazas es para salir de la abyección.

Quien atrae el castigo sobre su alma, es más cruel para con ella que si la mortifica para evitárselo.

Una parentela de la que no se obtiene ninguna ventaja, es una desgracia.

El hacer favores es adquirir bienes.

Para tu propia corrección te basta con tener presente aquello que en los demás te desagrada.

La altanería es la tempestad en que se resuelve el nublado de la insensatez.

El orgullo es la provisión de que se mantiene la estupidez.

La falta de decoro no siempre es consecuencia de la baja condición.

El hombre falaz es un emboscado de quien no se ha de fiar.

El amontonar razones envuelve en sombras la idea exacta.

Abandonad el hospedaje antes que os juzguen mal y os dirijan expresiones mortificantes.

¡Qué cosa más extraña es el corazón humano! Reci-

be sin cesar constantes aumentos de sabiduría, y a pesar de ello, se advierten en él cosas que se hallan en completo desacuerdo con dicha sabiduría.

Así sucede que al verse favorecido con el logro de sus aspiraciones, incurre en la vileza de la ambición; si ésta ha trastornado su ser, acaba con él la codicia; si conturba su ánimo la pérdida de una esperanza, lo mata la tristeza; si le sobreviene el enojo, estalla en violenta cólera; si se encuentra satisfecho, descuida toda previsión; si lo domina el miedo, sólo se ocupa de precaverse; cuando se halla en seguridad, se apodera de él el descuido; si alcanza una situación floreciente, lo domina el afán de gloria; si sufre una desgracia, incurre en la flaqueza de afligirse; si adquiere hacienda, lo vuelve déspota la riqueza; si padece la cruel mordedura de la miseria, todo su esfuerzo se reduce a lamentarse de su desgracia; si el hambre le acomete, lo abate el desfallecimiento; si se excede en el hartazgo, cáusale su vientre duras congojas, pues cualquier privación es para él un padecimiento, y todo exceso, causa de trastornos.

Las palabras de más mérito, son las que el hombre pronuncia espontáneamente, en las ocasiones en que el terror le domina.

No hay para el hombre pena tan honda como ver a otro en el lugar que él ocupaba anteriormente.

A nadie priva Dios de su poder, si no es que él se ha apartado de su divina obediencia.

Es muy extraño que no estés complacido de quien procura complacerte, y aún más extraño que te irrites contra él.

El rugido del león es adecuado a su impetuosa acometida.

Es indicio de sabiduría llevar vida honesta cuando se dispone de riquezas.

No os enemistéis con nadie, mientras no hayáis visto claros los motivos; no os envanezcáis, mientras vuestras acciones no lo permitan; no os reprimáis hasta que vayáis a cometer una indignidad.

El intercesor más eficaz es la pureza de intención.

Quien disfruta de salud y tranquilidad de espíritu, ha logrado la dicha y la felicidad.

Las historias de los antiguos son avisos para los modernos.

La investigación hace surgir claramente la verdad, al modo como el eslabón hace brotar el fuego.

No hay gloria junto con la envidia, ni sosiego con la ambición, ni cantos con el mal humor.

Dijo Cháfar, hijo de Mohámed, [172] el Sádic:

— Me admira en extremo que a gentes afligidas por cuatro cosas, se les pase por alto hacer otras cuatro, a saber:

Aquel que hallándose bajo la pesadumbre de un padecimiento, no se le ocurre decir: "El dolor ha hecho presa en mí. Tú eres el más compasivo de entre los compasivos„ [1], después que el Señor ha dicho: "..... lo hemos escuchado y lo hemos librado del mal que le aquejaba„ [2].

Admiro igualmente a aquel otro que viéndose afligido por un pesar, no cae en decir: "No hay más Dios que Tú, ¡glorificado seas! Yo soy un ser inicuo„ [3], habiendo dicho

1 Alc., XXI, 83.
2 Alc., XXI, 84.
3 Alc., XXI, 87.

el Señor: "..... lo hemos escuchado y lo hemos librado del pesar. Así libramos a los fieles creyentes„ [1].

También admiro a aquel que, temiendo alguna cosa, se abstiene de decir: "El Señor me basta. ¡Cuán excelente protector es!„ [2], ya que el propio Señor se expresa en estos términos: "Vuelven colmados de gracias del Señor. Ningún mal les alcanzará„ [3].

Y asimismo admiro a quien habiendo sido engañado, no dice: "A Dios me confío enteramente, porque El, con su mirada, descubre cuanto ocurre entre sus siervos„ [4], después que el Señor ha dicho: "Lo librará el Señor de las maldades que hayan tramado„ [5].

Y es de igual modo objeto de mi admiración aquel que ha recibido alguna gracia de la que teme ser desposeído, y se abstiene de decir: "..... y si no, cuando entres en tu jardín, dices: Será lo que Dios quiera, no hay fuerza ni poder sino en Dios„ [6].

Así es el proceder que el Señor sigue con aquellos que en El confían sinceramente y a El solamente se entregan en sus tribulaciones.

El juramento es un pecado y un acto reprobable.

No hay suceso más grato que el escapar de una perdición segura o la llegada de un ausente, después que las noticias de los viajeros habían hecho perder la esperanza de su regreso.

1 Alc., XXI, 88.
2 Alc., III, 167.
3 Alc., III, 168.
4 Alc., XL, 47.
5 Alc., XL, 48.
6 Alc., XVIII, 37.

Ni tampoco hay hecho tan execrable como el dar lugar a que por apatía de condición prevalezcan cosas contrarias a los dictados de la honradez. Mantén, pues, con firmeza aquello a que estás obligado, aun cuando sea opuesto a tus inclinaciones.

La brillantez de una reunión distinguida depende de los hombres de mérito que de ella forman parte.

La fe arraigada es descanso y sosiego.

La obra diestramente ejecutada es, en el hombre hábil, lo que el brillo de los jacintos y las perlas en las coronas de los reyes.

¡Qué resplandeciente es la vía de salvación, y qué tenebrosa la de perdición!

¡Qué noble es el temor de Dios, y qué traidoras las pasiones!

¡Qué rápidamente sobreviene la desgracia, y qué duraderas son las consecuencias de la apostasía!

La generosidad sacrifica el bienestar del cuerpo en beneficio del alma; el derroche sacrifica en beneficio del cuerpo el bienestar espiritual; la prudencia en el gastar proporciona a ambos sus bienes propios, y la avaricia priva de su bienestar al uno y al otro.

Un enemigo que, guiado por el temor de Dios, hace cosas que te desagradan, es preferible a un amigo que, por complacerte, se aparta del temor de Dios.

Es incomprensible que pretendiendo alcanzar nuestro bien por medio de las verdades contenidas en las ciencias, aceptemos estas verdades sin más que entregarnos en las manos de Dios y sin comprobar por nosotros mismos el grado de certeza que en sí llevan.

El testimonio del falsario no te librará de una inculpación que sobre ti pese; pero guárdate de que declare

la verdad contra ti, porque entonces hasta tu cara y tus ojos le darán fe en contra tuya.

Quien nunca hace obsequios, nunca recibe agasajos.

El ambicioso es un menesteroso en el grado hasta donde alcance la codicia que le domina.

Tan justicia es conceder como rehusar.

Sé tolerante con las faltas de las gentes, así te excusarás con ellos, y abstente de cometerlas tú, para que los demás no se excusen contigo.

La excesiva despreocupación respecto de las cosas de la muerte es un motivo de perversión.

La ira es una enfermedad.

El texto sagrado hace innecesaria la argumentación.

Demuestra en tus palabras la predilección que te merecen las gentes de elevada condición; pero en tus sentencias equipáralos a las gentes humildes.

Es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio.

Los compañeros pertenecientes al mismo gremio o corporación, se odian mutuamente.

Ninguna persona conocedora del valor que verdaderamente representa su alma, camina por senderos de perdición.

El descanso reparador viene después de acabado el trabajo.

No abandona el bien a quien de él está gozando, mientras éste no hace nada por apartarlo de sí.

El mejor de los hombres es aquel que hallándose en alto estado, se conduce humildemente, y quien teniendo el poder en sus manos, perdona.

El envidioso demuestra cariño en sus palabras y odio en sus actos: por el nombre, es un amigo; en el fondo, un enemigo.

La hipocresía destruye el mérito de las buenas acciones realizadas públicamente, y el orgullo el mérito de las que se practican en secreto.

A medida que aumentan los bienes de fortuna, disminuyen los deseos.

Del que sabe lo que vale, su persona te basta.

Basta con una uña para intercesor ante el misericordioso en favor del pecador.

La lengua es para el necio un guía que lo conduce a la muerte.

No hay triunfo donde interviene la felonía, ni salud junto con la glotonería, ni alabanza acompañada de orgullo, ni amistad verdadera cuando media doblez.

Al que no sabe lo que vale, tu persona le baste.

Las cosas que más justamente se refutan son aquellas que contradicen los dictados de la razón.

Nada hay que tan gravemente perturbe las conciencias como el proceder de dos clases de sujetos, a saber: un ferviente devoto, ignorante de los principios de la religión, y un sabio versado en las ciencias religiosas que se entrega al libertinaje. El primero, porque con su ferviente piedad arrastra a las gentes a vivir en la ignorancia que a él le domina respecto de las cosas de la fe, y el segundo, porque con su vida licenciosa ahuyenta a las gentes de su ciencia.

Cuando en una persona cobran imperio las pasiones, flaquea su entereza.

El que da muestras de cólera, es porque escasean en él los recursos del ingenio.

Basta con la arbitrariedad, por sí sola, para alejar cualquier provecho y para atraer contratiempos.

El que acepta tu presente te ha vendido su rectitud.

El obsequio salta los ojos del juez.

Preferible es transigir con una opinión, a abominar de la facultad de pensar.

Quien no cree en la Providencia divina es un infiel, y quien alaba a Dios se realza.

Ninguna utilidad reportan las apariencias de grandeza.

Aquel que sólo cifra en Dios todos sus bienes, se hace más necesario que nadie para las gentes.

La insuficiencia desvía del acierto; el exceso te arroja de cabeza en el error.

Hay tres cualidades que sólo se encuentran reunidas en gentes de relevante condición, a saber: trato agradable, paciencia para soportar las faltas de los demás y escasa propensión al enojo.

Con las cosas que han sucedido basta para averiguar las que están por venir.

Las gentes de cabal entendimiento no necesitan otros avisos que las lecciones de su propia experiencia.

La principal causa del fracaso estriba en considerar como demasiado fácil el logro de lo que se pretende.

La incertidumbre es oscuridad.

No hay hombre que falte a la corrección en las palabras sin que también falte en los actos.

No hay otro asunto tan excelente como aquel que desde su principio es motivo de alegría y del que se derivan resultados satisfactorios.

No hay preeminencia donde existe mala educación; ni caridad, junto con tacañería; ni escrúpulos para nada, mediando ambición; ni amor acompañado de vanidad.

Con el ejercicio del raciocinio se hace surgir la idea acertada. Con la equidad aumenta el número [173] de

los amigos. Con la calma bondadosa se logran las pretensiones.

La inmoralidad es un oprobio en todo momento y ocasión de castigos para la vida futura.

La alegría por el mal del prójimo lleva tras sí el arrepentimiento.

Quien se burla, atrae sobre sí la desgracia, pues, como dice el Señor: "Si os burláis de nosotros, nos burlaremos de vosotros igual que vosotros os burláis„ [1].

Cuando faltan los que van sin coraza, perecen los que llevan todo el equipo.

A veces se siembran desvíos tan sólo con una mirada, y se cosecha una guerra con una sola palabra.

No hay mejor guía para hallarse en presencia de un ausente que una mirada dirigida sobre el corazón.

El peor dinero es aquel que en nada se invierte, y el mejor el que se emplea en mantener la buena reputación, pues el propio mérito realza las elevadas dignidades.

El que a sí mismo se degrada es más despreciable que aquel a quien sus enemigos o las circunstancias han empujado a la abyección.

No confíes dineros en depósito.

Los apetitos son una esclavitud.

El ambicioso es un perro que pasa la lengua sobre el hombre y los ojos sobre las cosas que desea.

No hay nobleza más ilustre que el islam, ni honor más preciado que la fortaleza, ni intercesor más eficaz que el arrepentimiento.

La persona más indicada para ejercer un cargo de au-

[1] Alc., XI, 40.

toridad es aquella que mayor celo despliegue en su desempeño.

Sólo en proporción modesta logra los bienes aquel que los tiene como principal objeto de sus afanes, y alcánzalos copiosamente aquel que realiza sus actos con la mira puesta en Dios.

La codicia es llave de las empresas y cabalgadura del pesar.

La ambición desmesurada conduce al fracaso.

Rogando a Dios que inspire buenas obras, queda proscripto el pecado.

El recompensar las malas acciones es cooperar a ellas.

La iniquidad guía derechamente al infortunio.

La buena armonía entre soberano y vasallos es más provechosa que los numerosos ejércitos.

Al que necesita enmienda se le debe corregir, y a quien inspira lástima se le debe socorrer.

Es una estupidez y una grosería demostrar regocijo ante quien se halla afligido.

Al que está triste le molesta la alegría y acoge con satisfacción al afligido.

A la sombra de la felicidad se arrastran con su paso cauteloso las víboras de la desgracia.

No hay quien goce de posición tan elevada como quien estima que los bienes del mundo no realzan su condición en lo más mínimo.

Ningún innovador crea una nueva doctrina sin apartarse, al hacerlo, de algún principio fundamental de la ley religiosa.

Lo mejor en todos los asuntos es la perseverancia, y lo peor las innovaciones.

El rey logra sus beneficios a costa de los gastos por él realizados; el pueblo saca para sus gastos de los beneficios antes obtenidos.

El que emplea su vida en juntar dinero por miedo a las privaciones, no hace sino entregarse él mismo a tales privaciones.

Como dice el poeta:

«Quien invierte las horas en crearse una fortuna
por temor a la pobreza, no hace sino darse vida de pobre.»

El apartarse de los vicios es el mérito de quien no puede atesorar virtudes.

Si no eres sal que conserva las cosas, no seas mosca que las corrompe.

Con algunos enemigos es preferible reconciliarse a destruirlos.

Entre las dichas del hombre se cuenta el disfrutar larga vida y gozarse a costa de su enemigo.

El mejor libro es aquel merced al cual, a medida que el lector persevera en su estudio, aumenta sus buenas cualidades o afianza la bondad de su condición.

No hay carga tan pesada como la que ha de soportar quien tiene mucho pundonor y poco poder.

Respeta a Dios, a medida que se halle más cercano a tu entendimiento; obedécelo, en razón de la necesidad que de su auxilio tienes; témelo, conforme al poder que El tiene sobre ti. Si resistes contra El, sea tan sólo en la medida que resistes el fuego.

Trabaja por las cosas del mundo con arreglo al tiempo que tu estancia en él ha de durar, y por las cosas de la otra vida según el tiempo que allí has de permanecer.

El rey ha de gastar para obtener ganancias; el pueblo ha de ganar antes, para gastar.

La obediencia es proporcionada a la respectiva superioridad.

Es cosa execrable que, para rehusar un favor, se prescinda de los modales afables.

El asunto más importante para ti es aquel respecto del cual te hallas más obligado.

Los bienes de este mundo se resumen en la salud. La juventud consiste en el buen funcionamiento de los órganos.

Cuando llega el poder, guárdalo en secreto; cuando se marcha, divúlgalo.

Cuando el rey es justiciero, reina en el corazón de los vasallos; pero si es un tirano, sólo manda en su hipocresía y en sus fingidas maneras.

La limosna ha de hacerse sin escatimar; pero atiende en primer término a las personas que están a tu cargo.

Cuando la práctica de actos supererogatorios estorba el cumplimiento de los de obligación forzosa, se prescinde de aquéllos y se atiende a éstos preferentemente.

El mérito del hombre se halla en relación con los propósitos que le guían; su lealtad, en proporción con su pundonor; su valentía, es equivalente a su decoro, y su decencia, a su propia estimación.

Quien atiende al detractor, pierde al amigo.

El que infunde en su alma una dosis de optimismo, lleva el sosiego a su corazón.

Lo peor de tu hacienda es aquello cuya adquisición te ha llevado a cometer algún acto reprensible y lo que inviertes en conseguir cosas ilícitas.

Frecuentemente ocurre que en la noche en que al-

guien se considera más dichoso, surgen cosas que le hacen terminarla llorando amargamente.

No esperes bien alguno de quien no lo espera de ti, ni confíes en que te defienda quien no confía en que tú lo defenderás.

Más cabe esperar que reanude una empresa el que la abandonó por cansancio, que quien desistió de ella por incapacidad.

El fruto de las malas pasiones, son las afrentas.

La querella con el adversario, enferma el corazón.

De nada resultan beneficios tan completos como de la ausencia de gentes malvadas.

El que cumple como debe, está a salvo de enemigos.

Preferible al dinero que te proporciona satisfacciones es el que te libra de sufrimientos.

El impulso del hombre generoso va encaminado al bien.

Mejor es cola de león, que cabeza de perro.

Con la frente del asno, se rescata el casco del caballo.

Aquel que se atenga exclusivamente a los dictados del propio discurso, no ejercerá una dominación muy fuerte sobre sus adversarios.

De todos los bienes que hay bajo tu dominio, sólo posees realmente los enseres con que está arreglada tu casa.

A quien sigue, confiado, la corriente del siglo, éste lo traiciona, y a quien se sitúa por encima de él, lo humilla.

Así como se requiere que el espejo resplandezca más que quien en él se mira, requiérese igualmente que el educador sea persona de mayores méritos que el educando.

Si alguien se abstiene de hacer aquellas cosas cuya

ejecución sería conveniente, se hacen con él cosas que no convienen.

No ha de tomarse lo malo como ejemplo ni lo defectuoso por modelo.

No serás leal para con Dios, hasta que ames a tu enemigo, si, no obstante su enemistad para contigo, se ha mantenido dentro de la obediencia al Señor, y te desentiendas de aquello que ha motivado el odio que hacia él sientes. Y es indispensable que odies a tu amigo, si en su trato amistoso contigo peca contra el Señor, y renuncies a lo que ha servido para hacerlo amigo tuyo.

[**174**] No seas más fuerte para realizar el mal que para la práctica de buenas acciones.

El verdaderamente menesteroso, es aquel que junta riquezas para otro llevando él una vida de privaciones.

El peor rasgo que puede tener un hombre de condición generosa, es el de rehusar sus favores.

Quien considera como bienes principales los de la otra vida, vive prósperamente en este mundo, y quien sólo en los bienes terrenos cifra su ambición, se atrae su ruina para la vida eterna.

Lo más meritorio de la ciencia, es que el hombre persevere en la fiel observancia de las verdades contenidas en la ciencia que posee.

La hacienda mejor empleada es la que se invierte en el cumplimiento de los deberes.

Las herejías son trampas disimuladas sobre las que se ha colocado el cebo de proposiciones evidentes.

La generalidad de las gentes cifra sus esperanzas en falsas ilusiones; solamente los escogidos las cifran en algo evidente y seguro.

Lo poco de parte del rey, es como lo mucho de parte de otras personas.

El obsequio de los reyes, es preciado ornato para quien lo recibe, y sus peticiones, realzan a quien van dirigidas.

Dice en los Proverbios: "Vive cerca de mar o de rey.„

Cuando el emisario falsea las cosas, es inútil cualquier plan que se hubiera trazado.

La época más execrable es aquella en que no se hace aprecio de la conducta recta y honrada.

No os desprendáis de las cosas, si teméis que su falta os impida el cumplimiento de obligaciones ineludibles.

Los oídos, son embudos por donde pasan las cosas, y los corazones, recipientes que las recogen.

No revela gran discreción la persona a quien le complace ser reputada de discreta.

No hay guía que conduzca por el recto camino con tanto acierto como la ayuda de Dios.

La expatriación es una desgracia.

El que da motivos para que sospechen de él, no ha de censurar a quien de él forme mala opinión.

La memoria, es la ligadura que sujeta la sabiduría; el estudio, el despertador del entendimiento, y el hábito de averiguar por deducción, aviva la penetración.

Haz persistir los divinos favores, por medio del agradecimiento al Señor; el poder, por medio de la clemencia; la obediencia, mediante el trato afectuoso, y la ayuda divina, mediante la confianza en Dios y la piedad con las criaturas.

El estimar en poco lo que existe en abundancia, es expuesto a que sobrevenga un cambio.

Tres cosas denotan el talento de aquellos de quienes

proceden, a saber: el libro, que revela el talento de su autor; el emisario, que revela el de quien lo envía, y el regalo, que revela el de quien lo ha hecho.

No hay cosa que tan bien gobierne a los entendimientos como la observación, ni nada que los haga tan prudentes como las lecciones de la experiencia.

El que injuria a la gente baja la realza, y el que injuria a una persona de elevada condición, se degrada a sí propio.

Las personas más indicadas para confiar a su custodia bienes terrenos son aquellas que cifran sus anhelos en los bienes de la otra vida.

Es un ser sano aquel cuyos pensamientos íntimos son sanos, y está dañado aquel en quien es dañado lo que revela al exterior.

Por las palabras se conoce el mérito de la inteligencia, lo mismo que por el enviado se conoce la calidad de quien lo envía.

La base fundamental de todos vuestros asuntos es la piedad; vuestra más eficaz protección, la fortaleza; vuestro más preciado ornato, la ilustración, y la defensa más poderosa contra vuestras contrariedades, la prudencia.

Aun cuando a ti te den algo que no te deje satisfecho, quédalo siempre de lo que tú des.

A medida que aumenta la abundancia de bienes, mayor pesar causa verse sin ellos; con arreglo a la altura de la subida será el estrépito que produzca la caída.

La perseverancia en la práctica de las acciones es más eficaz que las mismas acciones.

Una forma de precaverse es evitar el exceso de precaución.

La herencia de las cargas y obligaciones es norma

que impone la honradez, lo mismo que la ley dispone la herencia de los bienes.

No elogies a un hombre en mayor grado que corresponde a sus merecimientos, pues al hacerlo así, te rebajas a ti mismo y engañas a los demás.

No te regocijes por la caída de tu amigo, pues no sabes cuándo provocarán la tuya las circunstancias.

Es una imprudencia tratar cuestiones graves sin asesorarse debidamente.

La mayoría de las gentes muestran empeño en engañarse a sí mismas: en lo que afecta a su cuerpo, haciendo uso de lo que puede serle nocivo; en lo referente a su decoro, cuando se entrega en poder de sus apetitos, y en lo relativo a su fe, al dejarse dominar por la duda.

Las desgracias surgen impensadamente.

El hombre sensato, vuelto de espaldas, acierta mejor que el loco, mirando de frente.

El favor más digno de estima es aquel que se lleva a cabo no para corresponder a otro anterior, ni con la mira puesta en lo que vendrá después.

Presta de antemano tu aquiescencia al hombre reflexivo y procura después hacerte igual a él; trata primero al ser frívolo y entonces escúchalo.

Nadie marcha exactamente por el camino del error ni por la senda de salvación, sino que o se pasan de ellos o no llegan.

El bien que haces a un hombre bien nacido lo mueve a corresponder al mismo; el que haces a un ser de ruin condición, lo anima a insistir en las exigencias.

La prueba del hombre honrado no está precisamente en el bien que haga, sino en el mal que deje de hacer.

Si alguien te hace un bien, devuélveselo duplicado, o, por lo menos, no cejes hasta hacer otro tanto.

Los malvados van tras las gentes de su ralea y evitan a las buenas personas, lo mismo que las moscas se acercan a los lugares inmundos del cuerpo y se apartan de lo que en él está limpio.

El chiste es una agudeza del entendimiento, combinada con la piedad religiosa, el respeto al prójimo y el temor de Dios. Si falta a la agudeza el temor de Dios, su autor no es persona grata a las gentes honradas; si ofende la piedad, y no hay en ella otra cosa que acierto de expresión, quien dijo el chiste no es buena persona.

El dicho chistoso es un modo de expresión que evitan emplear las personas que gozan de alta consideración, ya por su vida virtuosa en el seno del mundo, ya por su posición elevada.

Oí decir al Cadí Abulabbás el Chorchaní (que de Dios goce), en Basora, que el primero que usó esta palabra fué Omar, hijo de Aljatab.

Ocurrió que trajeron ante él un ladrón, y le preguntó:

— ¿Conque has robado?..... ¡Anda, dí que no!

Y contestó el hombre:

— No.

— Verdaderamente que eres chistoso — exclamó Omar.

La escasez y la familia hacen más aflictiva la desgracia.

El sabio debe ser tolerante con el necio en la medida en que el Señor lo ha realzado sobre éste.

Más necesitado está el entendimiento de la ciencia y la cultura, que el cuerpo de la comida y la bebida.

Las gentes que más sufren son las que habiendo perdido su fortuna siguen dominados por los apetitos, y se encuentran apurados de dineros.

El tener poca familia es una de las causas que contribuyen a vivir con desahogo.

Vale más procurar por lo presente que interesarse por aquello de que se carece.

Quien no se avergüenza de realizar acciones indignas, ni escucha pacientemente los sanos consejos, comete toda clase de pecados sin el menor esfuerzo.

Es el sabio comparable a una lámpara, porque quien se halla junto a ésta se ilumina [**175**] con su luz, y el que está junto al sabio se ilustra con su ciencia.

Quien procede con sana intención, recibe los auxilios de la divina gracia.

No serás perfecto ante Dios, hasta que no desees que tu enemigo se halle sumiso a la divina obediencia.

Cuando alguien maltrata a las gentes, no siendo en funciones de autoridad, acaba por verse despreciado de todos.

Si alguien, hablando con otro, te alaba de algo que en ti no existe, el aprobar su acto y el corresponderle son dos faltas en ti.

El engaño y el enredo están en el infierno.

El que no hallándose amenazado de un accidente toma precauciones para evitarlo, ya sufre los efectos del mismo.

Lo que se come, aprovecha para el cuerpo; lo que se emplea en dádivas por amor de Dios, sirve para la vida futura, y de lo que se guarda, se aprovecha el enemigo.

Quien se enoja contra alguien a quien no puede contrariar, se mortifica a sí mismo y sufre violento disgusto.

Procura por aquello que tiene interés para ti y desentiéndete de lo que no te importa, pues en prescindir de esto último está el logro de lo primero.

De las cosas que más molestan a tu enemigo, es hacerle ver que no le odias.

Siempre hay riesgo de que ocurra lo que puede ocurrir.

Más que el poseer las cosas, vale el poderse pasar sin ellas.

Entre las mejores nuevas que puedes recibir, se encuentra el escuchar el ruido de la lluvia.

No hay motivo para gloriarse por cosa alguna dotada de existencia perecedera, ni es riqueza la que no siempre ha de durar.

La peor falta es aquello que induce a faltar, y el más grave pecado el que da ocasión a la práctica del pecado.

No hay mensajero que tan bien se explique como las cartas.

Busca para los asuntos una solución justa, y yo te respondo del éxito.

El que quiera gozar de una hermosura que el transcurso del tiempo no alcance a destruir, tome por compañeras a la honradez y a la castidad, que son las más elevadas de las nobles cualidades.

En muchos casos los asuntos penosos llevan en sí algo que te libra de verte envuelto en ellos [1].

Dentro de las exigencias de la honradez, cabe el engaño en favor del débil.

La honradez prescinde de vacilaciones.

Muy propensa a ser injusta se halla la sentencia que

[1] Interpretación dudosa.

solicita el poderoso contra el desvalido, y también se halla propenso a ser abusivo el desquite que del pobre pretende obtener el rico.

Es el Alcorán, por su forma externa, una preciosidad. Abriga en su seno profundos conceptos y, desde el principio al fin, todo en él es sabiduría y ciencia.

El conversar sobre cosas de comer excita la gula, ahuyenta la urbanidad y acaba con la templanza.

No lograrás lo que deseas, sin antes haber soportado muchas cosas que te desagradan, y no te verás libre de enojos hasta que hayas prescindido de muchas cosas por ti deseadas.

La falta de comprensión es preferible a la reflexión en muchas ocasiones.

No des por irrevocable el propósito trazado a impulso del despecho.

Con la primera idea va la duda.

Las observaciones reiteradas rectifican las que anteriormente se habían llevado a cabo y amplían las que vengan tras ellas.

No merece elogios el hombre por haber realizado aquello que contribuye a su perfeccionamiento.

El más afortunado de los hombres es aquel que posee cuanto es necesario en el mundo, sin que su piedad tenga de qué acusarlo.

Es extranjero aquel que se halla apartado de sus compatriotas; pero hay gentes semejantes a él, aun cuando residan en su propio país. Por ejemplo: es un extranjero aquel que no tiene ningún amigo leal, lo es el pobre, lo es también el loco y también el que no cuenta con quien lo ampare.

De dos cosas no se avergüenza el hombre sensa-

to, a saber: ni de estar enfermo, ni de tener parientes pobres.

Cuando se contrae una amistad basada tan sólo en intereses mundanos, esos mismos intereses son la causa de que tal amistad se interrumpa. Guárdate, pues, de emplearlos como mediadores entre ti y los demás.

Es condición propia de malvados no dejar que escape con bien nadie que a ellos se arrime, y no dejar tampoco a salvo de su perversidad a quien de ellos se desentiende.

Quien frecuenta el trato de los buenos, sale beneficiado con ello, y el que los trata con doblez, yerra el camino del acierto.

La abnegación se revela de tres modos, a saber: procediendo lealmente, cuando hay odio de por medio; con la generosidad, en la escasez; con la indulgencia, cuando existe poder para castigar.

Aquel que se disgusta por las cosas que forzosamente llevan los tiempos consigo, sufrirá un disgusto muy duradero.

Lograrás seguramente todo cuanto te propongas, si al propósito acompaña conducta adecuada y firmeza de voluntad.

No se emancipa de la degradación quien está esclavizado por la ignorancia, no alcanzará las cumbres de la gloria la reputación de quien transige con la ruindad del pecado, ni sale de una vil situación el que emplea todos los recursos de su entendimiento en conseguir bienes mundanos.

Aquel que frecuenta la oscuridad, se hace sospechoso.

La mendicidad es el último medio de ganarse la vida.

No logra reputación de hombre inteligente aquel que se deja llevar de sus apetitos, ni son gentes temerosas de Dios quienes se apartan del camino del bien.

Aquel que reniega del beneficio fácil de conceder, por habérsele negado el de más importancia, es incapaz de agradecer ninguno de los dos.

Entre las cosas que arrastran a la perdición, se cuenta la sabiduría extraviada.

Cómo sorprende que haya quien se fabrique una casa mientras su cuerpo se derrumba, y quien se ocupe en arreglar las cosas que se relacionan con los intereses mundanos, mientras las relativas a su alma andan trastornadas.

Decía Alí: "El que no está conmigo, está contra mí.„

El que calla, hace igual que si prestara su aquiescencia.

Quien oculta la sabiduría, es igual que quien no la posee, o como aquel en cuyo acierto no debe fiarse.

El hombre está oculto bajo su lengua.

La valía de cada hombre está en lo bueno que hace.

El saber que la desgracia lleva consigo una recompensa, hace olvidarse de la desgracia.

Peor que la misma desgracia es tratar mal a las gentes por causa de ella.

La sabiduría es la florescencia primaveral que brota de los corazones.

La disputa pone al descubierto vergüenzas ocultas y lleva tras sí el crimen.

Son tan necesarios los padecimientos para la salvación del creyente, como lo es la combustión para que el fuego lance su resplandor.

Puesto que la codicia es un motivo de perdición, el renunciar a ella es un rasgo de inteligencia.

Cuando alguien deja de realzar su condición sobre la del necio, realza éste la suya sobre él.

Con la escasez va la humillación.

La mujer bien nacida pasa hambre y no come con sus pechos.

Una pronta muerte es preferible a una lenta enfermedad.

La cólera, con ocasión de la controversia, hace olvidarse de la argumentación.

La concisión da más fuerza a las palabras del que habla y las hace más comprensivas para el que escucha.

El perro, en la ciudad, ladra al huésped, ahuyenta al visitante y arroja al mendigo, y en la campiña, distingue al amigo, avisa la llegada del huésped y ahuyenta al ladrón.

No desoigas las palabras que el necio te dirija. En tu mano ostentas una perla, y bien sabes que no es sino un excremento.

Sucede con la oración y las restantes prácticas piadosas igual que con la embarcación y las gentes en ella embarcadas: si la nave arriba felizmente, también ellos arriban, y si se pierde, todos perecen.

El amor y el odio son una perturbación.

[**176**] El esfuerzo que, por lograr su anhelo, realiza aquel que vivamente lo siente, alcanza la máxima eficacia, y el que emplea quien sólo con tibieza siente tal anhelo, es de todo punto ineficaz.

Siempre pone atención a las palabras quien en ellas se siente aludido.

Cuando llegan tiempos de perversión, tienen poco despacho las virtudes, y son motivo de contratiempos, al paso que los vicios cuentan con clientela abundante y son de provecho. Entonces son más frecuentes las ocasiones de inquietud para el rico que para el pobre.

El trato con buenas gentes es el laboreo de los corazones.

No pesca gran cosa quien no ha pescado lo suficiente para él solo.

Por las obras son buenas las palabras, y por la fortaleza se llevan a cabo las obras.

La reflexión es un espejo.

Las gentes más dignas de estimación son las que a la escasez de medios de fortuna unen relevante calidad.

Un entendimiento con ilustración es comparable al árbol que da frutos, y el entendimiento inculto es como un hombre impotente.

El agua es más blanda que la palabra, y el corazón más duro que la roca; pues el agua taladra la roca, cuando persiste en caer sobre ella.

No hay cosa que se oculte tan cuidadosamente como la miseria.

No hay ser más digno de compasión que el hombre sabio sometido a la autoridad de un ignorante.

No está realmente ausente la persona cuya opinión se aduce en testimonio, ni tampoco ha muerto aquel cuya ciencia perdura a través de los tiempos. Ya dice un antiguo proverbio: "No muere quien deja algo como lo que dejó Málic.„

Así como está mal que, cuando montamos en un caballo, éste nos lleve corriendo por donde le plazca y no seamos nosotros quien dirigimos, también está muy

mal que el cuerpo y el alma, llevados de las pasiones, arrastren al entendimiento por donde ellos quieran.

Una de las cosas más difíciles es conocerse el hombre a sí mismo.

Aun cuando exista coincidencia de opiniones respecto de algún error, éste es discutible.

No hay cosa alguna, fuera de los términos de la piedad, que no sea una espinosa cuesta.

Es un rasgo de fortaleza vencer un oprobio arraigado o un deseo de venganza, cuya satisfacción se andaba buscando.

Preguntaron al Sabio:

— ¿Hay algún remedio contra la pesadumbre?

— Sí, lo hay — respondió —. Consiste en persuadirse el hombre de que los demás no están siempre obligados a obedecerlo, ni a servirlo en toda ocasión, ni a soportarle constantemente sus defectos, ni a sufrir siempre por él, sino que, por el contrario, él es quien ha de obedecer, servir, soportar las faltas de los otros y aguantar el peso de las calamidades. Si pensara de este modo, o no se irritaría o lo haría muy rara vez.

¡Afortunado el hombre a quien se amonesta con el ejemplo de otros, y desdichado de aquel a quien se toma como ejemplo para amonestar a los demás!

De nada sirve la mucha sabiduría a quien no la practica, como para nada sirve la luz del sol a quien está privado de la vista.

Demuestra hallarse a gusto en un estado de vilipendio quien pone de manifiesto tan desdichada situación con su apartamiento de los divinos respetos; y se degrada a sí propio quien se deja dominar por la codicia.

Las herejías son cepos disimulados bajo el falso oropel de las palabras y la seducción engañosa de la riqueza.

El hombre vive en este mundo con las personas que le rodean y en el otro con las acciones que en éste ha realizado.

El amigo del hombre es su talento y su enemigo la insensatez.

Todo aquel que reúne bienes de fortuna se halla en un estado de constante anhelo.

El necio se guarda de todo, menos de sí mismo.

No cabe esplendidez sin recursos, ni amistad sincera sin lealtad, ni dominio de las ciencias jurídicas sin temor de Dios.

Un hombre débil, impulsado por un deseo vehemente, tiene más probabilidades de lograr su objeto que el hombre fuerte a quien no domina un interés decidido por alcanzarlo.

Los corazones de los hombres son como animales irracionales, que van tras de la persona con cuyo trato se han familiarizado.

Poned entre vosotros y lo que os está vedado un valladar hecho con aquello que os está permitido.

El hallarse el hombre a solas consigo mismo, es un modo de evitarse preocupaciones.

El que no observa buen proceder en las cuestiones que afectan a Dios, tampoco lo observa en aquellas que a sí mismo afectan.

Los sueños son alegrías y pesares mentidos. El que obra dejándose guiar por sus sugestiones, hace igual que quien pretendiera apoyarse en una sombra fugaz.

Este mundo es una perpetua mudanza. Lo que de él

ha de ser para tu bien, ya te llegará, y lo que ha de ser en perjuicio tuyo, no te esfuerces por evitarlo.

Más vale la salud que lo que cueste el conservarla.

No se avergüenza el hombre generoso de dar poca cosa.

El decoro es el ornato del pobre.

La nobleza de carácter revela bondad perspicaz; el carácter ruin denota torpe malicia.

La contradicción entre las palabras de un hombre es indicio de que se inclina hacia donde le empujan las pasiones.

El bienestar requiere que se adviertan sus efectos.

El que sólo busca hartura de comida, no cesa de estar hambriento; quien funda su riqueza en el dinero, jamás deja de ser pobre; aquel que en los casos de necesidad recurre a las criaturas, sólo decepciones encontrará, y quien para sus asuntos pide otro auxilio que el de Dios, siempre se encuentra desamparado.

Quien teme a quien está más alto que él, es temido por quien él tiene debajo de sí, y quien no teme a quien está a mayor altura, no es temido por el que se halla debajo.

En el bien que realizas y en las buenas obras que llevas a cabo, otros disfrutan las flores y a ti te toca la aridez de la tierra.

Cuán extraño es que haya quien prefiere envilecerse para buscar cosas perecederas, en vez de realzarse para hallar lo que siempre ha de durar.

Quien te avisa para que te guardes, hace tanto como quien te comunica una nueva satisfactoria.

El intercesor sirve de alas al solicitante.

Si los bienes mundanos dan en acudir a ti, ya puedes

gastar de ellos, que no se agotarán; y si te vuelven la espalda, pues gástalos también, porque no han de permanecer en tu poder.

Ya dijo un poeta:

«Gasta sin tasa, cuando te halles en la abundancia;
gasta hasta donde te alcance, si vives en la estrechez.
Pues ni el desprendimiento aniquila la hacienda, si la suerte es propicia,
ni la tacañería la conserva, si la suerte es adversa.»

Dijo otro:

«No seas avaro de los bienes del mundo, mientras se te muestren propicios,
pues no los agotará el despilfarro ni el derroche.
Y si se muestran esquivos, vale más que los prodigues en obras generosas;
y en su lugar tendrás la gratitud de las gentes, cuando de ellos carezcas.»

El extranjero es vejado en todas partes.

Quien camina con precaución, está a salvo de tropiezos.

El que procede a impulsos de un propósito, no titubea.

Qué cosa tan chocante es el avaro. Persigue con tenaz empeño la miseria que de él había huído, y desaprovecha la grandeza que vino a buscarlo, arrastrando en el mundo vida de mendigo, para rendir [177] en la otra vida cuentas de rico.

Quien posee extensas riquezas sufre muchos pesares.

Dijo Alí:

— Todas las cosas a que alcanza la sombra de los actos de Dios están envueltas por su divina protección (?).

Más vale la res flaca que te pertenece, que la gorda perteneciente a otro.

Si no quieres que tus anhelos queden defraudados, cífralos en aquello que esté en tu mano lograr.

El que economiza, vive con desahogo, y el que derrocha, lleva una vida de agobios.

La sangría es equivalente al lavado que se practica por medio de las ayudas.

Mal viaje es el que se hace reventando cabalgaduras [1].

Búscate en las reuniones un lugar que no sea inferior al que mereces ocupar, ni tampoco te hayan de echar de él.

Arranca del pecho de tu prójimo aquello que le daña, y él lo arrancará del tuyo.

Para reprender al malvado, correspóndele con favores, pues así se despertará en él el deseo de obrar bien.

De todo cuanto posees, lo que no perece son los útiles avisos que hayas recibido.

La contradicción es el derrumbamiento de la opinión.

El mejor para con su prójimo es el que mejor sea consigo mismo.

Es un ingrato a los favores del Señor aquel que persevere en la práctica de un pecado inconfesable.

El disimulo llega a constituir una segunda naturaleza por la asiduidad y el hábito de practicarlo.

La piedra bien encajada en la construcción es una seguridad contra el hundimiento.

A veces se atraganta el que bebe antes que haya saciado la sed.

1 Texto: الحقحقة, que significa «obligar a la cabalgadura a apresurar la marcha, hasta hacerla caer extenuada». Cfr. *Tacholarús* (VI, 318) sub حقحق.

Hay casos en que una idea es más provechosa que el dinero; y un arranque decidido, de resultados más eficaces que el concurso de varios hombres.

Cuando alguno desarraiga de sí la inclinación a lo lícito, nace en su espíritu la tendencia a lo vedado.

El que lanza denuestos contra los tiempos que corren, no hace precisamente la apología de sus contemporáneos.

Cuando cambian las situaciones es cuando realmente se da a conocer la íntima condición de las personas.

Quien conoce claramente lo que son estos tiempos no necesita guía alguno; y aquel que está enterado de lo que lleva consigo la sucesión de los días, no se descuida para prevenirse.

Tu emisario es el intérprete de tu pensamiento.

El hacerse obedecer es una ventaja que consiguen las gentes despiertas ante la incapacidad de los torpes.

Cuanto más densa es la oscuridad, mejor alumbra la antorcha.

El elogio que excede al merecimiento, es servil lisonja, y si no llega a lo justo, es ceguedad o envidia.

No hay gentes más dignas de misericordia que aquellas a quienes, estando necesitadas de ella, se les rehusa.

Quien no ha conocido lo que representa la desgracia, no compadece a aquellos que la sufren.

Para corregirte a ti mismo te basta con tener presente aquello que en los demás te desagrada.

El tratar con el necio es un peligro, y el apartarse de su lado una victoria.

No trates de inquirir lo que aún no ha sido, pues ya hay trabajo con averiguar lo que fué.

Es la avaricia el compendio de los peores defectos, y rienda que guía hacia toda mala acción.

Cuando es sano el fondo de los corazones y lo son igualmente las obras, se logra la ayuda divina.

Luchando contra ellos se conjuran contratiempos esperados.

La actividad es la mercancía que mayores rendimientos produce.

El auxilio divino es la mejor guía.

La perfección de la obra depende de la ayuda divina.

El que procura alcanzar poco a poco el límite asequible de sus aspiraciones, logra su objeto.

El guiar los hombres rectamente sus inclinaciones naturales, los pone a salvo de muchas contrariedades.

No consideres a nadie con arreglo al lugar en que las circunstancias lo han colocado, sino considéralo atendiendo a su mérito real, porque ése es el lugar que naturalmente le corresponde.

Nadie ha de realizar viaje tan remoto como la persona que emprenda el camino en busca de un prójimo suyo, exento de toda tacha.

No es la abundancia la que atrae la bendición de Dios, sino que es la bendición de Dios la que atrae la abundancia.

Dijo David:

Si las necedades que adviertas provocan en ti la indignación, en tal caso, las necedades irán en aumento y tu desazón será más continua.

Preguntaron a Buzurchomihr:

— ¿Por qué no reprendes a los necios?

— Porque no quiero que los ciegos vean — respondió.

El amor apasionado es una enfermedad.

Un espíritu vacío no padece preocupaciones.

El ejercicio de la reflexión y los dictados del buen discurso hacen que al acto reprobable siga el arrepentimiento, y a éste la abstención radical de lo que al mismo ha dado origen.

Para hallarse en salvo, precisa estar libre de culpa.

La abundancia de amigos se logra con la humildad, y la cosa de donde más amplios provechos se derivan es de la ausencia de gentes malvadas.

El que siembra odios, cosecha arrepentimiento.

La comida suculenta fomenta en las mujeres la lascivia, y en los hombres la indolencia.

Dijo el Mesías:

No tiene prudencia quien no sabe reprimirse ante la estupidez; ni fortaleza, quien no arroja de sí la ira; ni piedad ferviente, quien no es humilde para con el Señor Glorificado."

Es condición propia del necio llegar inoportunamente y tratar de ocupar lugar más alto del que le corresponde.

Cuando sobreviene lo inevitable, queda fuera de lugar el consejo.

Dijeron a un sabio:

— Arroja de tu espíritu las preocupaciones.

— No han entrado con mi consentimiento — contestó él.

El que se muestra ufano de sus condiciones, es que anda escaso de discreción.

No tratéis de lograr las cosas por medios distintos de los adecuados para el caso, pues, de lo contrario, sufriréis la fatiga que os cause el esfuerzo realizado para alcanzar tales cosas, sin disfrutar ventaja alguna que en sí pudieran llevar.

El temor de equivocarse produce cortedad.

Preguntaron al Sabio:

—¿Por qué siendo tú tan corpulento te casas con una mujer tan menuda?

—Porque he escogido del mal, el menos—respondió.

Preguntaron a un sabio:

— Y tú, ¿qué dices del matrimonio?

Respondió:

— Que es un mes de placer y un siglo de fatigas.

En más estima el demonio la impiedad de un solo hombre versado en la ley divina, que el extravío de mil necios de esos que desean los reproches y no quieren las advertencias.

La amistad entre musulmanes obliga a tanto como el juramento entre infieles.

La invectiva del necio es realce para el sabio a los ojos de toda persona digna de estimación, puesto que el necio es así calificado por razón de la necedad de sus actos.

Así como al hombre discreto le desagrada la conversación de la gente estúpida, al estúpido le molesta escuchar cuanto va por el camino de la sensatez.

No hay quien esté más a salvo del odio que la persona que se estima lo suficiente para no ponerse enfrente de nadie.

No hay quien posea tan claro entendimiento como la persona ante quien halla más halagüeña acogida la dura reprensión de quien lo guía hacia el bien, que la grata lisonja de quien lo guía hacia el mal.

Toda vez que el bienestar es hijo de la buena suerte, ¿para qué los anhelos ambiciosos? Puesto que las cosas no son eternas, ¿para qué hallar goce en ellas? Y si esta vida es una vana ilusión, ¿a qué hallarse tranquilo en ella?

Dijo el Xaabí:

— No creo que el Señor haya otorgado a sus siervos don alguno más preciado que la amabilidad.

Dijo Omar, hijo de Aljatab:

— No confíes para nada de cuanto a este mundo ni al otro se refiere en la persona en quien no concurran cinco requisitos, a saber: origen absolutamente seguro, dulzura de carácter, [**178**] generosidad de condición, nobleza de alma y humildad ante su Señor.

Refiere Abuabdala, hijo de Hamdún, que iba con Almotauaquil cuando éste salió hacia Damasco, y un día se dirigieron a caballo a la Ruzafa de Hixem, hijo de Abdelmélic, donde se entretuvo en contemplar sus alcázares, viendo a la salida un antiguo monasterio [1] de hermosa construcción, situado en medio de campos sem-

[1] Texto, دير, palabra que traduzco conforme a la acepción que le asignan los diccionarios, aun cuando el autor debe emplearla con algún sentido que no corresponde al de nuestra voz *monasterio*, pues el contenido de los versos denota que no se trataba de un edificio destinado a albergar personas dedicadas a la vida devota. Tal vez quiera significar *hospedería*.

brados, riachuelos y arboledas. Penetró en él y, recorriendo uno de los aposentos, tropezaron sus ojos con un trozo de papel escrito que dentro de él habían pegado. Lo hizo arrancar y era su contenido las siguientes estrofas:

«¡Oh, mansión del monasterio! ¡Qué solitaria quedó!.....
el ábrego y el cierzo, en ella, a sus anchas juguetean.
Cual si en ti morado no hubieran la opulencia y la familiaridad
ni por tus ámbitos hubiesen paseado su gentileza lindas huríes
E hijos de reyes, soberbios señores,
(pequeñas gotas de lluvia ante el Gran Señor).
Que, si embrazaban sus escudos, imponían con su aspecto;
si ceñían sus coronas, refulgían cual la luna en su máximo esplendor
El día del combate conducíanse cual arrojados leones,
y el día de las dádivas, cual inagotables mares.
Largas noches moró Hixem en la Ruzafa,
y en ti, monasterio, el príncipe, su hijo.
Cuando la vida era pujante y el califato un goce,
cuando en ti reinaba la alegría y los tiempos eran de júbilo,
Tus jardines atraían los deseos y tus rosas lindamente florecían;
en ti, la vida de los Benimeruán era una pura delicia.
Mas cayó sobre ti la lluvia que en su seno albergaban unas nubes
y que para ti guardaban, tras un atardecer, las primeras lluvias primave-
He de consolar a mi alma, porque se halla en un estado [rales.
que, si le acude el recuerdo de mis gentes, tal recuerdo es un suspiro.
Tal vez el destino que un día fué cruel con ellos
se cambie y les conceda lo que las almas ansían.
Y entonces esté alegre el triste, sea dichoso el desgraciado
y quede libre de la opresión de sus cadenas el cautivo.
Ten, pues, calma, que a cada tiempo le sigue un mañana,
y las adversidades de la fortuna son mudables.»

Al leer aquello Almotauaquil, quedóse espantado, teniéndolo por mal agüero, y exclamó:

—¡A Dios pido que me ampare contra el mal que sobre mí está decretado!

Llamó después al individuo que estaba al cuidado del

monasterio para preguntarle quién había escrito aquello, y le contestó:

— No tengo acerca de ello la menor noticia.

Son los libros y sus cualidades algo que se halla por encima de toda ponderación.

He aquí las hermosas frases que al libro dedica Benalchaham:

«Es un visitante nocturno que, platicando contigo,
descarga tu pecho de penosas impresiones.
Perfecciona tu ilustración, acrecienta tu sabiduría,
sin que la envidia ni la rivalidad hallen albergue en su pecho.
Guarda con el celo más exquisito aquello que le confías [1],
sin traicionar jamás un compromiso, por antiguo que sea.
Es una perenne primavera que perdura a través del año entero,
ofreciendo a tus miradas florido vergel que no se marchita ni se agosta.
Siempre engalanado de lindas rosas,
las rosas que el alma apetece para su recreo, las más adecuadas para hacerle gozar.»

También, en elogio del libro, dice un persa:

«En aquellas horas en que las gentes se hallan recluídas en sus mansiones, saboreando selectos vinos y disfrutando los encantos de hermosas núbiles.
O bien, acompañados en las tinieblas de la noche por camaradas de orgía y abandonándose a los placeres de la gula.
También yo estoy recluído, en unión de mis compañeros, los libros de ciencia, sirviéndome de alcoba mi biblioteca.
Y como el estudio de la ciencia es la bebida propia de los entendimientos, los libros me dan de beber.
Todo cuanto el hombre atesora durante su vida, que no sea sabiduría, lo atesora tan sólo para el polvo.»

Entre las cosas más bellas que se han dicho acerca de los libros, se halla lo que viene a continuación:

1 Por «libros» se entiende los cuadernos donde cada uno hacía sus copias y anotaciones y escribía sus propias obras.

«Cuando me retiro de la tertulia de los amigos,
busco la compañía de mis cuadernos.
Y entonces tengo conmigo un poeta, creador de bellas composiciones;
un dechado de sana sabiduría, de la que se desprenden preciados avisos,
O una colección de sentencias en cuyo fondo se encierran
provechosas lecciones, para quien sobre ellas medita.
[179] Si mi pecho es avaro de sus secretos
y le encargo ocultarlos, no serán revelados.
Si el verso declara en forma explícita el nombre de la amada,
no he de sonrojarme por ello ni sentir reparo alguno.
Y si, dejando aparte las ansias de amor, la emprendo a satirizar
y a lanzar invectivas, aunque sea contra el califa, no he de andar con [miramientos.
Tengo en él un compañero que honra a los amigos en la ausencia
y da, acerca de ellos, las más satisfactorias referencias.
En mi vida he visto que la amistad de un compañero
dure hasta el día del juicio.»

Tomándolos de un literato, cita Abenházam los siguientes versos:

«Si frecuentamos el trato de los reyes, hemos de soportar su altanería
y que hagan siempre su voluntad, sin cuidarse de quien hay con ellos.
Si alternamos con mercaderes, nos convertimos en pordioseros,
pues acabamos preocupándonos por cuestiones de ochavos.
Recluyámonos, pues, en nuestros aposentos; aprestemos la tinta
y llenemos con ella caras y caras de hojas de papel.
Y cuando abandonamos aquella tarea, hemos logrado,
por nuestro solo deseo, una preciada adquisición.
Si no fuera que las gentes del día cifran sus anhelos en los bienes mundanos,
nos envidiarían a quienes nos consagramos a la vida del espíritu.»

Dice otro poeta:

«Me he habituado a pasar solitario mi vida entera
sin gozar en mi retiro del trato con ningún ser humano.
Para conversar conmigo, como confidente de mi alma
y como acompañante, me valgo de mis libros en lugar de la esposa.
Cuando viajo, las plantas de mis pies o una bien adobada suela
me sirven perfectamente de caballo.
Cada día consigo una nueva esposa,
tantas veces como arrojo de mí el deseo de tener alguna.

Mi despensa es mi vientre; mis alforjas, mi cuerpo;
no dispongo de más bolsa ni más talegas que mi boca.
Mi morada está allí donde la noche me sorprende,
y mi familia es todo el que posee entendimiento.»

Vemos, pues, que no ha faltado quien hable de los libros, ponderando la excelencia de sus cualidades en términos que no cabe superar y prodigándoles elocuentes e inspiradas expresiones; pero aún se han quedado cortos en sus elogios.

Y éste es, precisamente, el mayor elogio que de los libros puede hacerse, puesto que, de entre las cosas dignas de alabanza, ninguna lo es en tan alto grado como aquella cuya alabanza no hay posibilidad de llevar a cumplido término, por hallarse éste tan remoto que todas cuantas se le han tributado resultan exiguas ante la grandeza de su mérito extraordinario. ¿Y no se encuentra el libro en este caso?

El es inapreciable compañero en las horas de soledad; excelente camarada, en tierras de extranjería; magnífico acompañante y confidente íntimo e inapreciable auxiliar y huésped.

Es un sabio, repleto de ciencia; bandeja desbordante de ingenio; vaso henchido hasta los bordes de las cosas más variadas; linda floresta que se sostiene con un hilo; florido vergel que se extiende sobre un regazo.

¿Has oído, por ventura, de árbol alguno que dé en todo tiempo frutas en sazón para ser comidas, de diversas especies y gustos variados?

¿Acaso tienes noticia de algún árbol que nunca se seque, de alguna flor que no se marchite o de alguna fruta que no se pudra?

El te proporciona un contertulio que te enseña las co-

sas y sus contrarias, las especies y sus opuestas; habla de parte de los muertos, y declara el sentir de los vivos. Si contra él te enojas, no se resiente, y si descargas sobre él tu cólera, no replica. Es más reservado que la tierra y tiene, al mismo tiempo, mayor poder de difusión que el viento. Proporciona goces más gratos que el amor, es más atractivo que el objeto de los anhelos, más fecundo en emociones placenteras que la primera luz de la mañana, más elocuente que Sobhan de Uuail [1] y más sencillo que Baquil [2].

¿Tienes acaso noticia de algún maestro que se engalane con varios ropajes al mismo tiempo y que reúna en sí diversas naturalezas, siendo a la vez árabe, persa, indio, indochino, romano y griego?

Si reprende los vicios, se hace escuchar; si se propone recrear, produce gratísimas impresiones; si trata de conmover, hace brotar lágrimas, y si pega, hace sentir el dolor de los golpes.

Te ilustra, sin pretender que tú le enseñes; te proporciona provisiones, sin exigirte nada de las tuyas.

Aun cuando esté serio, no por eso deja de ser afable, y si se encuentra alegre, es regocijada fiesta.

Es sepultura de los secretos, fiel guardián de aquello que se confía a su custodia; es sostén de la ciencia, fuente de donde brota la sabiduría, mina de la que se extraen normas de noble conducta, compañero que nunca duerme.

Te instruye en el saber de los antiguos y te informa de muchas cosas nuevas de los modernos.

1 Individuo de Uail, cuya elocuencia era proverbial. *Tacholarús* (I, 294).

2 Personaje que se hizo famoso por su pusilanimidad. *Tacholarús*, (VII, 231).

¿Has oído quizá que desde los tiempos más antiguos o entre los antepasados haya habido alguien en quien concurran simultáneamente todas las cualidades enumeradas, no obstante el escaso gasto de manutención que exige y lo ligero que es de trasportar?

No menoscaba tus bienes en lo más mínimo, te proporciona tesoros y aptitud para adquirirlos, los frutos y el medio de lograrlos.

Es un amigo que en nada te perjudica, un compañero que no te enoja, está a tu servicio por la noche igual que por el día, y lo mismo viajando por los caminos que en la ciudad.

Si dedicas a él tu atención largos ratos, te proporciona un delicado goce, agudiza tus dotes de penetración, hace tu lengua más expedita, depura tu gusto y eleva el tono de tu lenguaje.

Si tú lo compones, perpetúa tu nombre a través de los tiempos; si enseñas la ciencia que en él se contiene, realza tu condición sobre el común de las gentes, y si lo aprendes, atrae sobre ti el aplauso de los demás.

Introduce a los vasallos en los salones de los señores y da asiento a las gentes de condición humilde en el Consejo [**180**] de los reyes, consiguiendo, merced al libro, una consideración más alta que muchos de los que gozan del real afecto.

También pertenecen al primero de los antes citados los versos siguientes:

«Tenemos unos amigos en cuyas conversaciones no entra para nada
la maledicencia, constantes y leales en ausencia y en presencia.
Con su sabiduría nos proporcionan el conocimiento de lo que pasó,
habilidad para discernir, educación refinada y recto discurso.

No existe en nosotros el temor de un rompimiento ni de una mala partida,
ni tememos cosa alguna de su lengua o de sus manos.
Si dices que están muertos, no mientes,
y si dices que están vivos, tampoco dices ningún desatino.»

Esto es lo que se nos ha ocurrido consignar en el presente libro.

Escribid, si queréis, el espíritu de las cosas que contiene, caso de que los espíritus sean susceptibles de escribirse.

NOTA DEL EDITOR

Dice el que espera ser perdonado por Aquél que está junto a todas las cosas, por Aquél que atiende a los que le invocan, Mohámed, siervo del Misericordioso, el Predicador:

"Bendito sea Dios, Aquél mediante cuya gracia llegan a feliz término las buenas obras y de quien se logran, por medio del agradecimiento, dichas constantes y duraderas; la bendición y la salutación para nuestro Señor Mahoma, el portador de la buena nueva y de útiles avisos, el que atrae a la verdad infinita, antorcha de luz esplendorosa; para las gentes de su familia, guías que conducen a las criaturas por el camino de salvación, y para los Compañeros del Profeta, resplandecientes estrellas del islam.

„Aquí termina, con loores al Señor (¡ensalzado sea!), la impresión de este libro titulado *Lámpara de los Príncipes,* el cual encierra excelentes consejos de la mayor utilidad, máximas, enseñanzas científicas y bellas letras, en términos que aprovecha a quien lo estudia tanto como la lectura de muchos libros.

„Y, ¡por vida mía!, que el libro es de hermosa invención, de gran utilidad y considerable provecho. Ha recogido lo más selecto de la Historia y de los consejos saludables, y ha bebido en los vasos de la ciencia reli-

giosa y de las bellas letras. Es, en resumen, libro tras del cual es difícil que se levante polvo o emparejar, corriendo con él en el hipódromo [1].

„Esta bonita impresión y excelente composición se ha llevado a cabo en la imprenta Elazharía del Cairo, instalada en la hospedería de Cháfar, contigua a la plaza Elhosainiya, oficina del que confía en el perdón de Dios, su excelencia el señor Mohámed Ramdán.

„Exhaló su perfume, grato cual el del almizcle, la terminación de la obra y acabóse de engarzar el collar de perlas a últimos del venerado mes de Xabán del año mil trescientos diecinueve de la hégira (sean para su fundador las más fervientes bendiciones y más sinceras salutaciones).„

1 Son comparaciones clásicas, tomadas de las carreras de caballos. *No se levantará polvo tras él*, por lo muy retrasados que dejará a sus competidores, ni tampoco ninguno de ellos conseguirá ponerse a su lado.

ÍNDICE

Páginas.

INDICE ONOMASTICO[1]

[1] Entre los nombres que figuran en el presente *Indice*, hay algunos cuya identificación no me ha sido posible llevar a cabo, y otros respecto de los cuales puede perfectamente prescindirse de informaciones más amplias que las consignadas en el texto.

Los números remiten a la página o páginas del texto en que el nombre correspondiente se halla citado. Se hace una sola referencia para cada relato, episodio o anécdota en que el nombre figura, aun cuando dentro de cada uno de ellos se le mencione repetidas veces.

Una «h.» tras del nombre es abreviatura de la palabra «hijo».

al del ala de un mosquito». Y añadió: «Mas el que lo estima y lo busca, es aún más ligero y más despreciable que él», I, 385.

ABUBÉQUER el Sidic. ابو بكر الصديق. V. *Abubéquer,* I, 89, 346; II, 102, 156.

ABUBÉQUER el Verídico. V. *Abubéquer.*

ABUBÉQUER, h. de Abderrahmán. ابو بكر بن عبد الرحمان. Noticia del texto, II, 276.

ABUBÉQUER, h. de Abumariam. ابو بكر بن ابى مريم, I, 147.

ABUBÉQUER, h. de Almoncádir. ابو بكر بن المنكدر. Mohámed de nombre, de la tribu de Temim, tradicionista, maestro de Málic y Abuhanifa, murió el año 130 hég., I, 386.

ABUBÉQUER, h. de Hazam. ابو بكر بن حزم, I, 430.

ABUCUTADA. ابو قتادة. Uno de los *Ansares* que formaban parte de las tropas enviadas desde Medina contra los Benitemim, al mando de Jálid, h. de Algualid. Las tropas de éste dieron muerte a un grupo de prisioneros enemigos, entre ellos a su jefe, Málic, h. de Nouaira, de cuya viuda se apoderó Jálid. Considerando Abucutada indigna la conducta del jefe, abandonó el campamento y marchó a dar cuenta al califa Abubéquer y a pedir que Jálid fuera castigado, II, 259.

ABUCHABAL. (Corríjase: *Abuchahal.)* ابو جهل. II, 299.

ABUCHÁFAR. ابو جعفر. Llamado Almansur Bilá, segundo califa de la dinastía Abasí. Sucedió a su hermano Abulabbás el Saffah el año 136 hég. Murió el año 158, yendo de camino para hacer la peregrinación a la Meca, I, 129, 134.

ABUCHÁFAR el Camudí el Eremita. ابو جعفر القمودى المتعبد, II, 197.

ABUCHÁFAR el Mansur. ابو جعفر المنصور. V. *Abucháfar,* I, 165; II, 86, 247, 375.

ABUCHÁFAR el Tahauí. ابو جعفر الطحاوى. Abucháfar Ahmed el Tahauí, doctor *sunnita,* autor de unas fórmulas de profesión de fe en las que se ponen de relieve las discrepancias que en ciertos pun-

dina el año 140 hég., I, 74, 96, 235; II, 10.

Abuhoraira. ابو هريرة. Abderrahmán, h. de Sajr el Dausí, apodado *Abuhoraira (el del gatito)*. Era un ciego al que Mahoma había tomado bajo su protección, y se convirtió al islamismo el año 7 hég. Murió en Medina el año 57. Por su conducto se han transmitido numerosas tradiciones proféticas, I, 140, 144, 160, 256, 327, 368, 402; II, 180, 200, 201, 210, 212, 213, 215, 231, 243, 247, 250, 253. 270.

Abuidrís el Jaulaní. ابو ادريس الخولانى. Personaje en quien Alí delegaba determinadas funciones, relativas a la administración de justicia, II, 211.

Abuimama. ابو امامة. Abuimama Soday ben Achlán el Bahilí: tradicionista y compañero de Mahoma, que murió a los ciento seis años, el 86 hég., II, 218.

Abuishac el Isfaraini. ابو اسحق الاسفرايذى. Célebre doctor xafeí, autor de una obra muy importante sobre la teología dogmática. Nació en Isfarain, ciudad del Jorasán, y murió en Nisapur el año 418 hég. En las obras escolásticas se le designa con el título de *Ostads* (maestro), I, 251.

Abulabás Asafah = Abulabás el Safah. ابو العباس السفاح. Primer califa de la dinastía abasí. Su nombre es Abdala Mohámed, y comenzó a reinar el año 132. Murió el 136 hég. La palabra *safah* significa en árabe *el que derrama sangre,* y según cuenta la historia, se le asigna ese calificativo a causa de las muchas muertes que tuvieron lugar para su advenimiento al trono, I, 356.

Abulabbás el Chorchaní. ابو العباس الجرجانى, I, 62, 64; II, 427.

Abulabbás el del Hechaz. ابو العباس الحجازى. Noticia del texto, II, 70.

Abulabbás el Safah. ابو العباس السفاح. V. *Abulabbás Asafah*, I, 242.

Abulabbás el Tausí (Tusí). ابو العباس الطوسى, II, 86.

Abulatahiya. ابو العتاهية. Es Abuishac Ismail, h. de Alcásim, h. de Suaid,

otra forma, porque siendo tan repetidas y frecuentes las alusiones al mismo, habría que remitir a la casi totalidad de las páginas.

Alabbás. العباس. V. *El Abbás*, II, 101.

Alacaba. العقبى. Colina próxima a la Meca, en la cual se entrevistaron con Mahoma unos vecinos de Medina en los primeros tiempos de la predicación de la nueva doctrina. Fueron dos las entrevistas allí celebradas, la segunda de ellas por la noche, y en ella se comprometieron los medineses a luchar por Mahoma y a darle asilo entre ellos, II, 245.

Alacraa, h. de Habis. الاقرع بن حابس, I, 214.

Aláfdal Benamiralchiux. الافضل بن امير الجيوش. Ministro del sultán fatimí de Egipto, Almostánsir, que reinó desde 1036 a 1094 J. C., I, 123.

Aláhnaf. الاحنف. V. *Aláhnaf, h. de Cais*, I, 255, 307, 312, 342, 345, 354, 357; II, 190, 299.

Aláhnaf, h. de Cais. الاحنف بن قيس. Se le denomina simplemente *Aláhnaf*. Doctor perteneciente al grupo de los *Tabiún*. Vivió en tiempos del Profeta, pero no se le incluye entre los *Ashab*, es decir, los *Compañeros* de éste, porque no lo vió ni lo oyó hablar. A esto se debe que no goce de las prerrogativas de los que tuvieron aquella ventaja. Era especialmente estimado por su paciencia y su mansedumbre, I, 94, 214, 296, 343, 344, 347, 351, 431; II, 71, 79.

Alaits, h. de Sáad. الليث بن سعد. Ejerció primeramente el oficio de calderero, pero cansado de aquella ocupación, se echó al campo y, acompañado de sus tres hijos, formó una cuadrilla de bandoleros, al frente de la cual realizaba sus correrías en la provincia de Sichistán. Trataba a sus víctimas consideradamente, no quedándose sino con una parte de los bienes que tenían en su poder. Enterado el rey Darham de su bravura, le hizo ir a la corte, y descubriendo en él excelen-

el agua de dicha fuente. Muchos lo confunden con el profeta Elías, a quien también se le atribuye la inmortalidad. Vivió en tiempos de Abraham, de quien era sobrino, y sirvió de conductor a Moisés en el paso del Mar Rojo y en la travesía del Desierto. Su vida ha de durar hasta que suene la trompeta del juicio final, I, 70, 148, 254.

Aljadra, الخضرا, I, 63.

Aljalil. الخليل. Puede referirse al célebre gramático de este nombre, o bien a Abraham, a quien lo denominan *Jalil Alá, el Amigo de Dios*, II, 58.

Almadáin. المدائن. Ciudad situada junto al Tigris, a una jornada, al Sur de Bagdad. Es مدائن كسرى, capital de Cosroes, II, 122, 383.

Almamún. المامون. Séptimo califa de la dinastía Abasí. Era hijo de Harún Arraxid y hermano de Alamín, al cual sucedió por disposición de su padre. Los historiadores lo describen como adornado de todas las virtudes que puede ostentar un personaje real: afable, liberal, gran capitán y amante de las letras. Se dedicó especialmente a las ciencias especulativas y realizó cuantiosos gastos para tener a su lado hombres doctos de todos los países y reunir los libros más curiosos escritos en hebreo, siríaco y griego, los cuales hizo traducir al árabe. Fué el más grande y el más renombrado de los soberanos abasíes. Murió el año 218 hég. (833 J. C.), I, 89, 252, 297, 298, 309, 311, 316, 321, 356, 363; II, 41, 57, 71, 91, 163, 168, 169, 177, 234, 236, 360, 365, 381.

Almamún Bendilnún. المامون بن ذى النون. Es el Alimenón de las crónicas cristianas. Reinaba en Toledo y acogió en ella a Alfonso VI, cuando éste escapó huyendo de la persecución de su hermano Sancho II. La familia a que pertenecía, los Benidilnún, estuvo establecida, desde la invasión, en Santaveria (prov. de Cuenca), I, 80.

Almansur. المنصور. Segun-

hacerse musulmán. Obtuvo sobre Heraclio una importante victoria en la batalla de Mutab, en Siria. Murió en Emesa el año 21 hég., durante el califato de Omar, I, 233, 275, 375.

Almoguira, h. de Xaba = Almoguira, h. de Xoba. المغيرة بن شعبة. Es el autor de que los soberanos musulmanes lleven el título de *Príncipe de los Creyentes*, pues, a propuesta suya, lo adoptó Omar, y después lo han seguido usando trás él los demás soberanos que le han sucedido, I, 273, 274; II, 19.

Almohálab. المهلب. Almohálab Benabisofra. V. este nombre, I, 311, 313, 326, 345; II, 314.

Almohálab Benabisofra. المهلب بن ابى صفرة. Fué durante cinco años gobernador del Jorasán, y murió en Meru el año 83 hég. (702 J. C.), siendo califa Aldelmélic, h. de Meruán, I, 113.

Almojtar. المختار. Almojtar, h. de Abuobaida. Jefe de las tropas organizadas para vengar la derrota y muerte de Alhosáin y sus partidarios en la batalla de Kerbela. Luchó contra los generales de Yazid, de Meruán y de Abdelmélic, y no perdonó a nadie sobre quien recayeran sospechas de haber intervenido en la matanza de Alhasán y sus adeptos. Se dice que dió muerte a más de 5.000 personas, sin contar las que murieron combatiendo, I, 51; II, 314.

Almoncádir. المنكدر, I, 386.

Almóndir, h. de Almóndir. المنذر بن المنذر. Rey de Hira, I, 117.

Almósab, h. de Azobair. المصعب بن الزبير. Hermano de *Abdala, h. de Azobail.* (V. este nombre), I, 51.

Almostáin, padre de Almoctádir. المستعين ابو المقتدر. Es el primero de los soberanos pertenecientes a la dinastía de los Abenhud, reyes de taifas, que gobernaron en Zaragoza. Su nombre es Suleimán Benhud Almostáin. Reinó de 1039 a 1046, II, 336.

Almostáin Benhud. المستعين بن هود. Al-

ALTO EGIPTO. الصعيدية. La parte más meridional de las tres en que los geógrafos orientales dividen el territorio de Egipto. Es la que comúnmente se denomina *Tebaida*, II, 103.

ALUALID, h. de Almoguira. الوليد بن المغيرة, II, 227.

ALUATIC. الواثق. Aluatic Bilá. Noveno califa abasí, h. de Móslem y nieto de Harún Arraxid. Sucedió a su padre el año 227 hég. Pertenecía a la secta motázil y defendía el dogma de la creación del Alcorán. Era muy liberal y caritativo, hasta el punto de lograr que no hubiera mendigos en la Meca ni en Medina. Murió el año 232 hég., II, 116.

AMIR, h. del Tofáil. عامر بن الطفيل. V. Alcama, h. de Alaba, I, 294.

AMMAR. عمار. Ammar, h. de Yassar. Uno de los primeros convertidos al islamismo. Condenado al fuego por los idólatras de la Meca porque les reprochaba su idolatría, libróse del suplicio gracias a un milagro de Mahoma. Fué nombrado gobernador de Cufa por el califa Omar. Destituido del cargo por Otsmán, se unió al partido de Alí y mandó el ala derecha de su ejército en la batalla de Sifín, donde encontró la muerte el año 37 hég., a los noventa y tres años de edad, II, 134.

AMRÚ BENALÁS = Amrú, h. de Alás. عمرو بن العاص. Uno de los más grandes generales que tuvieron los primeros musulmanes. Conquistó Egipto, la Nubia y gran parte de la Libia. Se le reputa como uno de los hombres más sagaces y astutos que ha habido entre los árabes. A su habilidad fué debida la proclamación de Moauía en perjuicio de Alí. Murió en la Meca el año 65 hég., poco después de la muerte de Yazid, h. de Moauía, I, 273, 274, 345, 430; II, 40, 90, 168, 241, 248, 338.

AMRÚ, h. de Alás. V. *Amrú Benalás*.

AMRÚ, h. de Coltsom el Taglabí. عمرو بن كلثوم التغلبي. Es el séptimo y último de los poetas cu-

hombres cultos y era muy aficionado al cultivo de las ciencias. Se hizo explicar la *Almuata* por su propio autor, Málic. Murió en la ciudad de Taus durante un viaje, I, 140, 243, 338; II, 79, 164.

ASARÍ. السرى. También llamado *el Raffâ*, porque durante su juventud fué zurcidor en Musul; después de la muerte de Saifedaula se trasladó a Bagda, al lado del ministro el Mohallabí. Era un notable literato, aun cuando alguien lo tacha de plagiario, II, 17.

ASARÍ, h. de Alaxats. اسارى بنـ الاشعث, I, 363.

ASFANDIAR. اسفنديار. Era hijo de uno de los reyes de la primera dinastía persa, pero no llegó a reinar por haber muerto viviendo aún su padre. Se le llamaba *Cuerpo de bronce* por su fortaleza y su arrojo. Pasa, junto con Rostam, por uno de los más grandes héroes de Persia, II, 369.

ASIM. عاصم, I, 141.

ASIM, h. de Abdala. عاصم بنـ عبد الله, I, 90.

ASMA, h. de Jaricha. اسماء بنـ خارجة. Hijo de Hisn, h. de Hodsaifa, h. de Bedr, señor de los Banufazara, de donde recibió el calificativo del Fazarí con que se le designa. Se le reputa como una de las personas más generosas de Cufa. Muere el año 96, I, 372.

ASMAÍ (EL). الاصمعى. Sobrenombre de Abusaid Abdelmélic, h. de Coraib. Nació el año 122 y murió el 215 hég., bajo el califato de Almamún. Es uno de los sabios más eminentes del islam, distinguiéndose especialmente en la Gramática y en la Elocuencia. Era muy versado en tradiciones y poseía perfecto conocimiento del Alcorán. Fué maestro de Harún Arraxid. De las varias obras que compuso se consideran como las más importantes las tituladas *Fundamentos de la Teología Escolástica* y *Cosas curiosas y raras*, I, 26, 52, 134, 243, 268, 329, 341, 350, 387.

ASUAD. السواد. «La tierra negra.» Región cultivada

cual tomó nombre. El número de sus partidarios creció sobremanera durante el reinado de los califas, y se hicieron tan poderosos que resistieron en varias ocasiones a los ejércitos que trataban de combatirlos. Se declararon enemigos de los Omeyas, a los cuales dieron mucho que hacer en los dos Iraques. Los califas Yazid y Abdelmélic consiguieron acabar con ellos, obligándoles a refugiarse en el Jorasán, donde acabaron por extinguirse. Negaban la legitimidad de todo poder espiritual o temporal y ayudaron a los enemigos del islam, II, 314.

Azrac (Sectarios de). الازارقة. V. *los Azareca*, I, 326.

Bagdad. بغداد. Es la capital de la antigua Caldea o Asiria de los griegos y latinos, o Irac Babilonio de los árabes. Fué fundada por Abucháfar Almansur, el segundo califa abasí, que abrió sus cimientos el año 145 hég. para instalar en ella la corte del califato. Quedó terminada el año 149. Estaba rodeada de una doble muralla, flanqueada de torres. Fué la capital del Estado musulmán por espacio de quinientos años, hasta que fué tomada y arrasada por los tártaros, I, 64, 120; II, 58, 86, 113, 216, 281.

Baharain. البحرين. Región de la Arabia que se extiende a lo largo del Golfo Pérsico, entre Basora y Omán, II, 138, 175.

Baharxán. بهرشان, II, 394.

Baihac. بيهق. Localidad situada a veinte o treinta parasangas de Nisapur, II, 279.

Baihaquí (El). (V. *Isnad.*) البيهقى. Abubéquer Ahmed, h. de Hosáin el Baihaquí. Natural de la ciudad de Josroguerd, de la jurisdicción de Baihac, en el Jorasán. Nació en 994 J. C., y realizó muchos viajes para recoger tradiciones del Profeta. Fué profesor en Nisapur, donde murió en 1066. Es el primero que recogió las decisiones jurídicas o sentencias del Xafeí, en diez volúmenes, II, 117, 121.

de las fronteras de Egipto hasta las del llamado reino de Ifriquía, II, 280.

Basora. البصرة. Ciudad situada a la orilla del Tigris, a jornada y media de Abadán, que se halla en la desembocadura de dicho río, en el Golfo Pérsico. Fué construída por orden del califa Omar, que gobernaba por el año 15 hég. (636 J. C.), I, 45, 62, 94, 127, 128, 325, 387, 428; II, 7, 91, 135, 147, 163, 180, 192, 427.

Basrach. باسراج. Rey, II, 394.

Baxar. بشار. Baxar, h. de Burd. Persa de raza. Nació en las inmediaciones de Basora, de padre esclavo. Vivió en Basora y Bagdad. Era ciego de nacimiento. Murió a los noventa años (el 783 J. C.), a consecuencia de una serie de setenta azotes que le aplicaron como sanción por sus ataques a un ministro, II, 353.

Baxar, h. de Meruán. (Léase: *Bixr.)* بشر بن مروان. Hermano del califa Abdelmélic ben Meruán, que fué nombrado por éste gobernador de Cufa y murió el año 74 hég., II, 158.

Beder = Bedr. بدر. Localidad donde se efectuó el primer encuentro que tuvo lugar entre Mahoma y los idólatras, el año 2 hég. Mahoma sólo llevaba consigo 390 combatientes para un millar, aproximadamente, con que contaban los enemigos. Estos resultaron vencidos, sin embargo, gracias a un milagro, que consistió en arrojarles Mahoma un puñado de tierra que les hizo emprender la fuga, y, además, en que las fuerzas de Mahoma aparecieron a los ojos de los contrarios tres veces superiores en número a las que ellos tenían, por haber enviado el Señor 4 000 ángeles, mandados por el arcángel Gabriel, los cuales se pusieron al lado de las tropas de Mahoma, II, 148, 324.

Benabbás. ابن عباس. Benabbás Abdala, primo hermano de Mahoma, h. de Abbás y nieto de Abdelmotálib, tío y abuelo del Profeta, respectivamente.

tes de que le sorprendiera la muerte. Cuando Almamún ocupó después el trono, fué Benalchaham uno de sus generales y personaje importante de su estado, II, 446.

BENALCHONDÍ. ابن الجندى. Noticia del texto, II, 283.

BENALHADAR. ابن الحضار. Noticia del texto, II, 206.

BENALMOCAFAA. ابن المقفع. Abdala Benalmocafaa. Persa de origen, que residió en Basora, donde se hizo amigo del gramático Jálid. Fué condenado a muerte por el califa Almansur el año 757 J. C., en castigo de haber redactado un documento en forma que desagradó al soberano. Tradujo al árabe las fábulas de *Calila y Dimna*. Es autor de *La perla solitaria*, que trata de la obediencia a los reyes; un tratado de biografías de los reyes de Persia, traducido también del pehlvi al árabe, I, 235, 249, 407; II, 71, 76, 77, 81, 203.

BENALMOSTAHFÍ. (Corríjase: *Benalmoshafí.*) ابن المصحفى. Tal vez se trate de alguno de los hijos del famoso visir Almoshafí, que tan activamente intervino en los acontecimientos de la corte de Córdoba en la época de Almanzor al advenimiento del califa Hixem II, II, 320.

BENALMOSTATARÍ. ابن المستكارى. Noticia del texto, II, 275.

BENALSANBASÍ. (Corríjase *Benalsinbisí.*) ابن السنبسى. V. *Cásim, h. de Mohámed el Sanbasí*, II, 284.

BENARRUMÍ. ابن الرومى. Sobrenombre por el cual es comúnmente conocido el ilustre poeta Alí, h. de Abbás. Residió ordinariamente en la ciudad de Emesa, en Siria. Era turco de origen, y debido a esto se le suele dar el título de *El literato de los turcos*. Compuso diversas obras, sobre las cuales escribió Avicena un comentario explicando los pasajes difíciles de entender. Murió el año 896 J. C., I, 423.

BENASAMAC. ابن السماك. Sobrenombre de Abulabbás Mohámed, h. de Sabih, de Cufa, al que se le denomina de ese modo por-

se hizo musulmana, II, 146.

BENITEMIM. بنى تميم. Tribu árabe a la cual perteneció una famosa impostora, pretendida profetisa, llamada Sichah, que declaró la guerra al falso profeta Mosailama y acabó casándose con él. Como dote matrimonial concedió Mosailama a los Benitemim el derecho a omitir la primera oración de la tarde, I, 345.

BENMASUD. ابن مسعود. Es el mismo llamado *Abenmasud.* Véase, I, 90, 148, 394, 403.

BENMOLCHAM. ابن ملجم. Abderrahmán Benmolcham. Asesino que dió muerte a Alí, I, 85.

BENSIRÍN. ابن سيرين. Mohámed Bensirín. Célebre tradicionista e intérprete de sueños. Murió el año 110 hég. Se le atribuye un tratado de oneirocrítica que lleva su nombre, pero hay indicios para creer que semejante tratado no es obra suya, I, 145.

BENOMAR. ابن عمر. Hijo del califa Omar, I, 15, 146, 276, 355; II, 81, 180, 189, 191, 201.

BENXIHAB. ابن شهاب. Mohámed, h. de Móslem el Zohrí, llamado Benxihab, del nombre de un antepasado suyo. Es uno de los que se dedicaron asiduamente al estudio de las tradiciones de Mahoma. Era natural de Medina y fué a Siria, donde el califa Hixem lo nombró preceptor de sus hijos. Omar II ordenó que en todos sus estados se adoptara como norma legal para resolver casos jurídicos la doctrina de Benxihab, I, 128.

BENZAID. ابن زيد. Tradicionista que vivió después del año 321 hég., I, 395.

BENZIYAD. ابن زياد. Abdala Benziyad, de Nisapur, jurista *xafeí* y tradicionista famoso, que murió el año 324 hég., I, 51.

BÉQUER, h. de Abdala. بكر بن عبد الله, I, 25.

BILAL. بلال. Bilal, h. de Rabh, Abuabderrahmán o Abuabdala o Abuamrú. Esclavo libertado por Mahoma. Fué uno de los primeros prosélitos del islam y uno de los más



CAIRO (EL). مصر. Se designa en árabe a esta ciudad, bien por medio de una palabra de la cual es transcripción aproximada, la nuestra «*Cairo*», o bien por la palabra *Misr*, que es la empleada en el texto, y que significa *provincia, gran ciudad, Egipto* en su totalidad y, concretamente, *el Cairo*, I, 378.

CAIROUÁN. القيروان. Ciudad del Norte de África, antigua Cirene, capital de la Cirenaica, que fué conquistada por los musulmanes el año 46 hég., bajo el califato de Moauía, el cual la hizo demoler y seguidamente edificó otra en el mismo lugar. Durante un tiempo fué capital de los estados que los Fatimíes conquistaron en África. Fué uno de los más importantes centros de cultura que tuvieron los musulmanes de Occidente, II, 276, 277.

CAIS BENSAAD = Cais, h. de Saada. قيس بن سعد. *El Jazrachí* de sobrenombre. Gobernador de Egigto en nombre de Alí. Fué designado para el cargo a principios del año 37 hég., I, 161, 373.

CAIS, h. de Asim el Moncarí. قيس بن عاصم المنقري. Poeta que murió el año 47 hég., I, 352; II, 190.

CAIS, h. del Hatim. قيس بن الحكيم. Poeta de la época anteislámica, que tuvo su residencia en la ciudad entonces llamada *Yatrib*, actual Medina. Se hizo célebre por la venganza que tomó del matador de su padre y de su hermano y por la contienda que con tal motivo se promovió entre las tribus de Aus y de Jazrach. Se le cita como el prototipo de la belleza varonil, I, 429.

CAIS, h. de Sáad Benibada. قيس بن سعد بن عبادة. V. *Cais, h. de Sáad, h. de Abada*, I, 380.

CAIS, h. de Sáad, h. de Abada = Cais, h. de Sáad Benibada. قيس بن سعد بن عبادة, I, 274, 380.

CAIS, h. de Saada. (Corríjase: *Cais, h. de Sáad.)* V. *Cais Bensaad.*

CALILA Y DIMNA. كليلة ودمنة. Colección de fábulas indias traducidas al persa y de éste al árabe por

famoso por su memoria, que murió el año 127 hég., II, 55, 123, 249, 266.

CHÁBIR. جابر. Abuabdala Chábir, h. de Abdala el Ansarí. Fué uno de los primeros compañeros y discípulos de Mahoma, I, 393.

CHÁBIR, h. de Abdala. V. *Chábir*. جابر بن عبد الله, I, 330.

CHÁFAR, h. de Handala. جعفر بن حنظلة, II, 197.

CHÁFAR, h. de Mohámed. جعفر بن محمد. Llamado el Sádic. Individuo descendiente de Alí, al cual intentó hacer proclamar califa en la ciudad de Cufa Abusalama, visir del primer califa abasí; pero Cháfar no se prestó a ello, I, 337, 342, 349, 354; II, 408.

CHÁFAR, h. de Mohámed el Sádic. جعفر بن محمد الصادق. V. *Cháfar, h. de Mohámed*, II, 412.

CHÁFAR, h. de Otsmán. جعفر بن عثمان, I, 430.

CHÁFAR, h. de Suleimán, h. de Abdala, h. de Abutálib el Haxemí. جعفو بن سليمان بن عبد الله بن ابى طالب الهاشمى. Gobernador de Medina, nombrado por el califa abasí Almansur el año 146. Fué destituído por el mismo soberano el año 156, I, 133.

CHÁFAR, h. de Yahya. جعفر بن يحيى. De la familia de los Barmecidas. Visir de Harún Arraxid, cargo en el que sucedió a su padre Yahya. Llegó a adquirir gran ascendiente en el ánimo del soberano y a ejercer omnímoda autoridad. Disgustado con él Harún por cierto asunto, ordenó a uno de sus oficiales de que le presentara la cabeza de Cháfar, dando aquél cumplimiento a tal orden. Tuvo lugar el hecho el día 1.º de Safar de 187 hég., II, 90.

CHAHIL. جهيل. Noticia del texto, II, 346.

CHARIR, h. de Yazid. جرير بن يزيد, I, 387.

CHARIR, h. de Abdala. جرير بن عبد الله. Compañero del Profeta, denominado *el José* de los musulmanes a causa de su belleza, I, 353.

CHAUIDÁN JIRD. جاويدان خرد. Tratado de filosofía moral, compuesto por Huxenc, antiguo rey de

naa, y el famoso templo que competía con el de la Meca. A este templo se le denomina frecuentemente Gamdán, I, 28.

HABIB. حبيب. Abutemam Habib, h. de Aus. Llamado también *Abutemam*. V. este nombre, II, 19, 246.

HABIB, h. de Abuhabib. حبيب بن ابى حبيب, I, 408.

HAMID el Tauil. حميد الطويل. Tradicionista y asceta de Basora, que murió el año 140 hég., I, 22.

HANDALA. حنظلة. Antiguo poeta árabe a quien se le denomina frecuentemente Ben Handala, I, 373.

HANÍ. هنى. Noticia del texto, II, 174.

HÁQUIM, h. de Hazam. حكيم بن حزام. Tradicionista de Cufa, que vivió en el siglo II hég., I, 376.

HARIZ. حريز. Noticia del texto, II, 276.

HARM, h. de Cotba. هرم بن قطبة, I, 294.

HARÚN. هرون. Harún Arraxid. V. este nombre, I, 131, 132.

HARÚN ARRAXID = Harún. هرون الرشيد. Quinto califa abasí. Dió principio su reinado el año 170 hég., por muerte de su hermano, al cual sucedió, I, 21, 52, 95, 114, 120, 173, 277, 362; II, 83, 377.

HASÁN, h. de Barzí. حسن بن برزى. Noticia del texto, II, 148.

HASÁN, h. de Tabit. (Corríjase: *Tsabit.*) حسان بن ثابت. Poeta nacido en Medina. Durante su juventud visitó Hira y Damasco, y después se agregó a los allegados a Mahoma como poeta encargado de contestar a los poetas que los delegados de las tribus traían con ellos cuando venían a someterse al Profeta. Fué el que hizo el panegírico del Profeta y cantó sus triunfos, y a esto se debe su gran nombradía entre los musulmanes, II, 228.

HÁTEM TAI. حاتم طى. Abu Adí. Hátem, h. de Abdala, h. de Saad el Tai, denominado ordinariamente Hátem Tai. Personaje famoso por su valor y sabiduría, pero sobre todo por su generosidad, hasta el punto de que cuando se desea alabar a alguno por esta circunstancia se le llama *Hátem Tai*. Vi-

en el trono a su hermano Yazid, y fué el cuarto hijo de Abdelmélic que ejerció el cargo de califa. Dejó fama de avaro y de gran devoto, I, 89, 107, 298; II, 157.

HIXEM, h. de Háquim. هشام بن حكيم, II, 219.

HODSAIFA = Hodsaifa el Aduí. حذيفة. Jefe de las tropas del Irac y de Siria, que peleaban en Armenia y Adsarbichán. Ante las disputas surgidas entre los soldados de una y otra procedencia, acerca del modo como debía leerse el Alcorán, Hodsaifa planteó la cuestión al califa Otsmán, y éste ordenó entonces que se hiciera una redacción definitiva, destruyendo después de hecha todas las copias existentes, I, 24; II, 230.

HODSAIFA el Aduí = Hodsaifa. حذيفة العدوى. V. *Hodsaifa*, I, 369.

HODSAIFA BENALYAMÁN. حذيفة بن اليمان. Su nombre figura entre los de los Compañeros del Profeta, y de él procede una tradición, según la cual el Profeta había anunciado la serie de dinastías que se habrán de suceder hasta el fin del mundo. Murió en Madaín el año 36 hég. (656 J. C.), I, 145.

HOMRÁN. حمران. Noticia del texto, I, 427.

HUESCA. وشقة, II, 318.

IBRAHIM BENALABBÁS el Secretario. ابراهيم بن العباس الكاتب. Murió el año 243 hég., I, 296.

IBRAHIM el Najai. ابراهيم النخعى. Ibrahim, h. de Yazid el Najai. Tradicionista a quien se le reconocía gran autoridad. Murió el año 96, II, 176.

IBRAHIM, h. de Adham. ابراهيم بن أدهم. Místico contemplativo, de raza árabe, natural de Balj. Murió en Siria el año 160 hég. También se le menciona añadiendo a los nombres indicados el de *hijo de Mansur*, I, 31, 32, 333; II, 193, 196.

IBRAHIM, h. de Adham, h. de Mansur. ابراهيم بن ادهم بن منصور. V. *Ibrahim, h. de Adham*, I, 29.

IBRAHIM, h. de Baxar. ابراهيم بن بشار, I, 29.

IBRAHIM, h. del Mahdí. ابراهيم بن المهدى. Tío de Almamún, a quien los

minamos *Indias Orientales*, que se dividen por los orientales en dos comarcas, llamadas respectivamente *Hind* y *Sind*. El Hind está al E. del Sind, y limita al O. con el Golfo Pérsico, al S. el Océano Índico, a Oriente con grandes desiertos que la separan de China y al N. con los Tártaros, I, 309, 321, 325; II, 69, 70, 95, 370, 387.

INDOCHINA. السند. Más propiamente podría llamarse *Indostán*, pues la región que los árabes denominaban con el nombre de Sind, se halla enclavada en territorio de la península del Indostán. Es la parte de las Indias Orientales que se extiende a ambas orillas del río Indus, II, 95.

IRAC. عراق. Los árabes dan este nombre a la región que se extiende desde el desierto de Siria hasta el Mar Caspio. Distinguen en dicha región dos provincias o comarcas, a las que designan respectivamente con los nombres de *Irac pérsico* e *Irac arábico*, I, 79, 135, 276, 404; II, 101, 111, 174, 272, 328, 338, 375.

IRÁN. ايران. Llámase también *Airán*. Es el Estado persa, que recibió tal nombre de uno de sus soberanos; el llamado «reino de los Cosroes». Se halla comprendido entre el Éufrates, el río Chihón, el Golfo Pérsico y el Mar de las Indias, hasta el Mar de Coltsom, II, 384.

IRAQUES (LOS DOS). العراقان, II, 111.

ISAAC. اسحق. El hijo de Abraham, el personaje bíblico, I, 157, 337; II, 268.

ISAHAC, h. de Ibrahim, el de Musul. اسحاق بن ابراهيم الموصلى. Aparece su nombre mencionado en la siguiente anécdota de Alfádal, h. de Yahya (v. este nombre), que refiere el mismo Isahac. Regaló éste al citado Alfádal una esclava de mucho valor; pero el obsequiado le indicó que se la llevara otra vez a su casa, porque le había pedido el embajador de Egipto que solicitara de él cualquier obsequio y

le había ocurrido pedirle que le regalara aquella misma esclava que Isahac le ofrecía.—Tú te la llevas—propuso a éste—, y cuando el embajador vaya a comprártela, para obsequiarme con ella, no se la vendas por menos de cincuenta mil dinares. Todo ocurrió tal como había previsto, salvo en lo del precio, pues Isahac se conformó con sólo treinta mil dinares. Repitióse el juego dos veces más con otros tantos embajadores de distintos países y, por último, se la devolvió Alfádal definitivamente, cuando ya su dueño había obtenido, gracias a aquella estratagema, cien mil dinares. Entonces Isahac dió libertad a la esclava y se casó con ella, II, 27.

Isla Verde. الجزيرة الخضراء. La actual Algeciras, II, 326.

Ismael, h. de Abraham. اسمعيل بن ابراهيم, II, 157, 256.

Isnad (El) del Baihaquí. اسناد البيهقى. Quizá haya querido decir el autor *el Sonán* en vez de *el Isnad*, pues el citado personaje es autor de un *Sonán el quebir* y un *Sonán el seguir*, pero no se halla noticia de obra alguna suya llamada *Isnad*, II, 117.

Ispahán. اصبهان. Es la capital de la provincia denominada *Irac* pérsico, II, 114, 373.

Israel (Pueblo de). اسرائيل, II, 222.

Israelitas (Los). الاسرائيليات. Puede referirse a un libro así llamado que se atribuye a Uahb, h. de Monábih o simplemente a tradiciones dispersas relativas a dicho pueblo, II, 351, 353.

Istahirí (El). (Corríjase: *Istajrí.*) الاصطخرى, II, 154.

Istajar. اصطخر. La antigua *Persépolis*, capital de Persia propiamente dicha en tiempo de las tres primeras dinastías, porque los de la cuarta, los Cosroes, trasladaron a Almadain su residencia. Se dice que su longitud era de doce parasangas y de diez su anchura. Según antiguas tradiciones persas, fué construída por

las hadas y en el tiempo en que gobernaba el mundo un soberano que vivió mucho antes que Adán, I, 295.

JABAB BENALART. خباب بن الارت. Hombre profundamente piadoso, natural de la Meca, perteneciente a las clases inferiores de la población. Se hizo musulmán, y sus paisanos idólatras le maltrataron cruelmente, haciéndole sufrir duros tormentos. Tomó parte muy activa en las luchas del Profeta. A su muerte, ocurrida en Cufa el año 37, dejó una fortuna de 40.000 dracmas. I, 91.

JABIB. خبيب. Noticia del texto, II, 129.

JACOB. يعقوب. Personaje bíblico, I, 420, 425; II, 20, 201.

JÁLID, h. de Algualid = Jálid, h. de Alualid. خالد بن الوليد. Jefe de las tropas enviadas por Abubéquer a la conquista de Siria. Al morir Abubéquer y ocupar el trono Omar, destituyó del cargo a Jálid, nombrando en su lugar a Abuobaida Benalchirah. Antes había luchado contra los partidarios del falso profeta Mosailama, a los que derrotó, dando muerte al caudillo, II, 124, 344.

JÁLID, h. de Alualid. خالد بن الوليد. V. *Jálid, h. de Algualid*, I, 124.

JÁLID, h. de Osaid. خالد بن اسيد, I, 386.

JÁLID, h. de Safuán. خالد بن صفوان, I, 343.

JÁLIL. خليل, 379.

JANASORA. خناصرة. Ciudad de Siria perteneciente a la jurisdicción de Alepo, y también se dice que pertenece al territorio de Emesa, II, 141.

JAUARNAC (EL). الخورنق. Castillo construído en Hira por el rey Anomán. Cuenta la tradición que una vez terminado el edificio, hizo el rey arrojar al arquitecto desde la torre más elevada, según unos, para que no construyera otro igual para nadie; otros dicen que para impedir que pudiera revelar a los enemigos del rey cuál era una piedra que constituía el sostén de toda la fábrica, y otros explican que lo hizo matar, enojado el rey,

que recibe, además, como suyos propios los nombres de *islámica* o *musulmana*. Los musulmanes lo consideran como un profeta enviado por Dios para predicar dicha religión entre los hombres. Lo denominan por esto *el Profeta* y también el *Enviado de Dios*. En el texto se le cita indistintamente por su nombre propio o por cualquiera de dichos calificativos. Por ser muy frecuentes las alusiones que a él se hacen, omítese aquí la mención de las páginas en que se encuentran tales alusiones.

MAHRIC. مهريق, II, 390.

MAIMÚN, h. de Mahrán = Maimún, h. de Maharan. ميمون بن مهران. Se le conoce también por *Abuayub*. Había sido esclavo en la tribu de Benihassán. Recobrada la libertad, fué a establecerse en Raca, ciudad de la Mesopotamia. Pasa entre los musulmanes por uno de sus doctores más eminentes. Murió el año 118 hég., I, 83, 331, 374; II, 71, 210, 224, 351.

MÁLIC. مالك. Es el famoso personaje conocido por *Málic Benanas*. V. este nombre, I, 77, 331, 377; II, 118, 119, 152, 162, 180, 247, 434.

MÁLIC BENANAS = Málic, h. de Anas. مالك بن انس. Su nombre completo es Abuabdala Málic, h. de Anas, llamado Imam de Medina (امام دار الحجرة) por ser originario de dicha ciudad. Nació durante el reinado del califa Suleimán y muere en 179 (795 J. C.), reinando Harún Arraxid. Es el fundador de una de las cuatro sectas ortodoxas del islam, I, 37, 42, 76, 120, 129, 295.

MÁLIC BENDINAR = Málic, h. de Dinar. مالك بن دينار. Doctor muy reputado por sus grandes conocimientos de la ciencia de las Tradiciones y por su maravillosa elocuencia, que le hizo pasar por el más grande orador de su época. Mas no sólo fué famoso por su talento, sino también por su piedad. Goza consideración de santo. Se mantenía de lo que ganaba con

nes, debido a esta circunstancia y a hallarse en ella el sepulcro de Mahoma y los de los primeros califas, I, 14, 44, 119, 120, 133, 233; II, 47, 52, 126, 138, 151, 173, 174, 180, 344.

Merara, h. de Arrabia. مرارة بنت الربيع, II, 259.

Merúa. المروة. Colina en las inmediaciones de la Meca, donde se efectúan ciertas ceremonias rituales de la peregrinación, II, 258.

Meruán el Chadí. مروان الجعدي. Llamado también *Meruán, h. de Mohámed el Chadí.* Último soberano de los Omeyas. Proclamado califa el año 127 hég., al año siguiente principiaron a sublevarse las provincias en favor de los Abasíes. Después de sufrir varias derrotas se refugió en Egipto, donde murió a manos de sus perseguidores. Se le designa con el calificativo de *el Asno,* I, 211, 356; II, 313.

Meruán el Ichlí. مروان العجلي, I, 372.

Meruán, h. de Abdelmélic. مروان بن عبد الملك. Hijo del califa omeya de Oriente Abdelmélic, I, 360.

Meruán, h. de Mohámed. مروان بن محمد. Último soberano omeya. V. *Meruán el Chadí,* II, 381.

Meruán, h. de Mohámed el Chadí. مروان بن محمد الجعدي. V. *Meruán el Chadí,* I, 212.

Meruán, h. de Zanbáa el Abasí. مروان بن زنباع العبسي, II, 237.

Mesías (El). المسيح. Nuestro Señor Jesucristo, al cual reconocen los musulmanes por el verdadero Mesías anunciado y prometido a los judíos en los libros del Antiguo Testamento, I, 346, 353; II, 224, 254, 442.

Mesopotamia. الجزيرة, II, 315.

Mihiud. مهيود. Sacerdote zoroastra; juez encargado de los asuntos relativos a los partidarios de esa religión, I, 211.

Misterios (Libro de los). كتاب الاسرار. ¿El سر الاسرار de Aristóteles (apócrifo), o sea el *Secretum secretorum?,* I, 263.

Mixa, h. de José. ميشا بن يوسف. Tal vez ese nombre *Mixa* sea una altera-

الامين. El califa *Alamín.* (V. este nombre), II, 57.

MOHÁMED (El hijo de Alí). محمد. Lleva el sobrenombre de *Hijo de Hanifa.* Es hijo de la sexta esposa de Alí, llamada Jaula, I, 85.

MOHÁMED BENGUASÍA. محمد بن واسع, I, 123.

MOHÁMED BENSAFUÁN. محمد بن صفوان, I, 161.

MOHÁMED, h. de Abulatahiya. محمد بن ابى العتاهية. V. *Abulatahiya,* I, 59.

MOHÁMED, h. de Almoncádir. محمد بن المنكدر. Tradicionista que murió el año 130 hég., I, 386.

MOHÁMED, h. de Baxir. محمد بن بشير. El Moafirí. Cadí de la Aljama de Córdoba, nombrado por el califa Alháquem I. Fué en su juventud secretario del cadí Mosab, h. de Imrán. Hizo la peregrinación a la Meca, donde encontró a Málic, y fué condiscípulo suyo en la clase de varios maestros. Dejó fama de haber sido uno de los mejores y más notables jueces que hubo en Andalucía. De él se refieren multitud de anécdotas, en las que demostró una rectitud y una entereza realmente extraordinarias, I, 412.

MOHÁMED, h. de Caab. محمد بن كعب. Individuo que vivió en tiempos de Omar, h. de Abdelaziz, y murió el año 108 hég., I, 101, 109.

MOHÁMED, h. de Házim. محمد بن حازم. Tradicionista de Cufa que murió el año 195 hég., I, 375.

MOHÁMED, h. de Ibrahim. محمد بن ابراهيم. Llamado *el Imam.* Fué nombrado gobernador de la Meca por Abucháfar Almansur el año 149 hég., I, 134.

MOHÁMED, h. de Ibrahim, h. de Hayuya. محمد بن ابراهيم بن جيوية. Noticia del texto, I, 111.

MOHÁMED, h. de Montaxir, محمد بن المنتشر, II, 148.

MOHÁMED, h. de Mosaab, h. de Xorhabil. محمد بن مصعب بن شرحبيل, I, 161.

MOHÁMED, h. de Moslama. محمد بن مسلمة, II, 172.

MOHÁMED, h. de Suca. محمد بن سوقة, I, 381.

MOHÁMED, h. de Yazdad. محمد بن يزداد. Su cunia *Abusálih.* Visir de Almostáin, que se hizo famoso por los términos ingenio-

y Basora. Gozaba fama de valiente, de persona distinguida, bien reputada. Estuvo casado a la vez con Socaína, h. de Alhosáin, y Aixa, h. de Talha. Murió luchando con Abdelmélic, h. de Meruán, el año 71 hég., I, 217, 339.

MÓSLEM. مسلم. Abulhosáin, h. de Alhachach, natural de Nisapur, en el Jorasán. Nació en 817 J. C., y murió en su ciudad natal el 6 de mayo de 875. Es autor de un *Sahih* o colección de tradiciones proféticas que juntamente con el del Bojarí han venido a ser libros canónicos del islam. En ambos se encierra el resumen de la ciencia de las tradiciones en el siglo III hég., I, 190; II, 250.

MÓSLEM, h. de Cotaiba. مسلم بن قتيبة, I, 310.

MÓSLEM, h. de Ocail. مسلم بن عقيل. (Ocail, h. de Abutálib.) Murió el año 60 hég., I, 318.

MÓSLEM, h. de Omar. مسلم بن عمر, II, 76.

MOSUL. الموصل. Hay dos ciudades de este nombre: la primera llamada *Musul el Atic*, que muchos identifican con la antigua Nínive, capital de los asirios. La segunda es la llamada solamente Musul. Ambas se hallan a orillas del Tigris, I, 135; II, 91, 289.

MOTÁLIB (EL). المطالب, I, 387.

MOTANABÍ (EL). المتنبي. *El que se hace pasar por profeta.* Sobrenombre de Abuttaieb Ahmed, h. de Hosáin. Pertenecía a la tribu de Chofah y nació en Cufa, en un barrio de la misma llamado Kenda, por lo que también se le designa con los nombres de *el Chofí*, *el Kendí* y *el Cufí*. Se le llama *Motanabí* porque en momentos de exaltación se atribuía la condición de profeta. Nació el año 303 hég., y fué un excelente poeta. Su colección de poesías ha sido explicada y comentada por cuarenta autores diferentes. Murió el 354 hég., I, 392.

MOTÁRRIF. مطرف. Debe ser el doctor malequí así llamado, que fué uno de

OYAINA, h. de Hisn. عيينة بن حصن, I, 308.

PARSALÁN (EL). البارسلان. Hijo de Daud, h. de Micail, h. de Selgiuk. Es el segundo sultán de la dinastía selgiucida. Sucedió a su tío Tsogrul-Beg, que murió sin hijos el año 455 hég. *Parsalán*, que significa en turco *león valeroso*, es más bien sobrenombre que nombre propio. Derrotó al emperador de Constantinopla, llamado Romanus. Fué ministro suyo el famoso Nidamalmolc, fundador de la Universidad de Bagdad. Murió el 465 hég., II, 328.

PERLA SOLITARIA (LA). كتاب اليتيمة. Libro de Abenalmocafaa. Se titula الدرة اليتيمة. Trata de la obediencia a los príncipes, I, 407.

PERSIA. فارس, I, 27, 323; II, 374.

PLATÓN. افلاطون. El filósofo griego, al cual le aplican el calificativo de *divino*. Estudió la Filosofía con Sócrates, e hizo tan grandes progresos que llegó a ser el maestro de Aristóteles y de todos los filósofos peripatéticos. Pasó a Egipto, donde encontró los discípulos de Pitágoras, y aprendió los misterios de Egipto y todas las ciencias de los pitagóricos. Lo pintan como hombre afable y austero y de gran don de gentes, I, 214, 316.

PRÍNCIPE DE LOS EJÉRCITOS (EL). امير الجيوش, II, 100.

PROFETA (EL). النبى. Nombre con que se designa a Mahoma. V. este nombre.

PROVERBIOS (LOS). الامثال. Se designa con este nombre, primeramente a los Proverbios de Salomón, que están traducidos al árabe y al siríaco. También lo han sido al persa. Los árabes han hecho varias colecciones de proverbios de su lengua. Una de ellas lleva el nombre de Locmán, I, 209, 283, 296; II, 45, 78, 80, 90, 175, 182, 309, 357.

QUELB. كلب. Nombre de tribu, I, 342.

QUELBÍ (EL). الكلبى. Es Alualid, h. de Alhosáin, llamado también el *Xarquí* y el *Cotamí*. Natural de Cufa, hombre culto e ilustrado, famoso por sus conocimientos históricos

369), personaje semifabuloso al que se considera como el más grande héroe de Persia. El otro (II, 307), como indica el texto, es el general persa que sufrió la derrota de Alcadisía, el año 15 hég., en el reinado de Yazdachird, último rey de la dinastía persa que precedió al islamismo, en la época de Omar, I, 37; II, 307, 369.

RUH, h. de Zinbaa. روح بن زنباع. Abuzara Ruh, h. de Zinbaa, h. de Ruh, h. de Salama el Chodsamí E año 64 hég. estaba de. gobernador en Palestina, por el califa Meruán, h. de Alháquem. Contribuyó eficazmente a que la población se declarara en favor de dicho califa y fuera proclamado en todas las provincias del imperio, después de aniquilar a sus adversarios. Debido a ello gozaba de la máxima consideración por parte del califa y de su hijo Abdelmélic, que le sucedió, I, 118.

RUZAFA DE HIXEM, h. de Abdelmélic. رصافة هشام بن عبد الملك. Forma parte de una serie de castillos situados en la costa de Siria, en la parte que se extiende entre Hama y Emesa, cerca de Trípoli, de Siria, II, 444.

SÁAD el Arbí. (Corríjase: *Sadc el Arabí.)* صدق الاعرابى, II, 86.

SÁAD el Axir. سعد العشير, I, 227.

SÁAD, h. de Abuguacas. سعد بن ابى وقاص. Caudillo elegido por Omar para mandar las tropas musulmanas que derrotaron a los ejércitos de los persas en la batalla de Alcadisía. (V. este nombre.) Es uno de los seis personajes de entre los cuales dispuso Omar que fuera elegido su sucesor, I, 48; II, 172, 180.

SÁAD, h. de Ibrahim. سعد بن ابراهيم. Noticia del texto, I, 161.

SAADARO. سعدارة. Noticia del texto, II, 334.

SAÁSA, el tío de Farazdac. صعصعة يعنى عم الفرزدق. Este Farazdac es un famoso poeta, que se hizo temible por sus mordaces y atrevidas sátiras. Pertenecía a la tribu de Temim y nació en Basora el 641 J. C., I, 22.

البخارى. La palabra *Sáhih* es un término técnico que designa una colección de tradiciones del Profeta, cuya autenticidad ha sido comprobada por los procedimientos que la ciencia de las tradiciones establece para el caso. Quiere decir, por tanto, *Colección de tradiciones auténticas*, compuesto por el Bojarí, II, 49, 167, 179.

SAHIH, de Móslem. صحيح مسلم. V. *Sahih, del Bojarí*, I, 139; II, 210, 215, 219, 230, 247, 250.

SAHL. سهل, II, 192.

SAHL, h. de Abdala. سهل بن عبد الله. Llamado el Tosterí. Discípulo del santo musulmán Dulnún el Egipcio, que murió en olor de santidad en Basora e hizo milagros. Es uno de los místicos que introdujeron en la exégesis alcoránica una multitud de interpretaciones esotéricas, para falsear el sentido acomodándolo a sus propias doctrinas, II, 22.

SAHL, h. de Ibrahim. سهل بن ابراهيم, I, 32.

SAHNÚN, h. de Said. سحنون بن سعيد. El Tanují. Jurisconsulto malequí, cadí de Cairouán antes de la redacción de la Almodauana, que se llevó a cabo para corregir la primitiva, hecha por Asad, h. de el Forat, con las soluciones que dió a sus consultas el discípulo de Málic Abderrahmán, h. de Alcasim. Nace el 776 y muere el 854 J. C., II, 216.

SAID, h. de Almosáib. سعيد بن المسيب. Tradicionista de Medina y maestro de derecho, que murió el año 94 hég., II, 137.

SAID, h. de Amir. سعيد بن عامر, II, 126.

SAID, h. de Chobair. سعيد بن جبير. Tradicionista de Cufa y maestro de derecho, que murió a los cuarenta y nueve años de edad, asesinado por Alhachach el año 95 hég., II, 125.

SAID, h. de Solimán, h. de Zaid, h. de Tsabit. سعيد بن سليمان بن زيد بن ثابت, I, 161.

SAID, h. de Zaid. سعيد بن زيد, II, 212.

SAIF, h. de Duyazán. سيف بن ذى يزن. Rey de la dinastía Himyarí, en el Yemen, I, 28, 53.

sulmanes multitud de episodios de índole parecida al que figura en el texto, I, 12, 13, 84, 124, 137, 153, 155, 156, 231, 295, 308, 315; II, 1, 2, 21, 51, 79, 165, 175, 266, 328, 355, 374, 375.

SALOMÓN (LIBRO DE). كتاب سليمان, I, 340.

SAMARCANDA. سمرقند. Importante ciudad del Turquestán, situada, según los geógrafos de la antigüedad, a los 88°20′ de longitud y a los 40° de latitud. Plaza fuerte, edificada junto a la margen del río, en una eminencia. Está rodeada de murallas y un gran foso. Desde ella se domina una gran extensión, llena de plantaciones de árboles, jardines, aguas corrientes, etc., II, 111, 375.

SAMID. ساميد. Noticia del texto, II, 81.

SAMIR. سمير, II, 91.

SÁNAA. صنعاء. Capital del Yemen, situada en el primer clima a los 77° de long. y 14°30′ de lat. sept., según las *Tables Arabiques* de Nasireddin. En ella tuvieron su residencia los reyes *Taba* o *Tabai* en los primeros tiempos del islamismo, I, 28, 396; II, 153.

SANABIHÍ (EL). الصنابحي. Tradicionista contemporáneo de Mahoma, II, 162.

SANCHAROLMOLC. سنجار الملك. Ministro de Fajrolmolc. (V. este nombre), II, 278.

SARA. سارة. La esposa de Abraham, II, 256, 266.

SARACA, h. de Chatsam. سراقة بن جعثم. Saraca, h. de Málic, h. de Chatsam el Modlachí el Quinchí, Abusofián. Se hizo musulmán después de haberse resistido a aceptar el islamismo, II, 101.

SASÁNIDA (Dinastía). الساسان. Cuarta dinastía persa, conocida también por *la dinastía de los Cosroes,* nombre derivado del de uno de sus soberanos más importantes, así llamado. Tuvo treinta reyes y ocupó el poder por espacio de cuatrocientos treinta y un años o de quinientos, pues no hay unanimidad entre los historiadores sobre este punto, I, 209.

su más temible enemigo, que sostenía contra él un fuerte partido en el Irac arábigo. Se cuenta que murió de pena por la muerte de una de sus mujeres, de la que estaba profundamente enamorado, II, 272.

YAZID, h. de Abumóslem. يزيد بن ابى مسلم. Noticia del texto, I, 283, 286; II, 272.

YAZID, h. de Almohalab. يزيد بن المهلب. Uno de los más grandes capitanes de su siglo; fué general de las tropas de Suleimán, séptimo califa Omeya. Conquistó la comarca de Chorchán y después el Turquestán, II, 352.

YAZID, h. de Anas. يزيد بن انس. Noticia del texto, II, 314.

YAZID, h. de Hátim. يزيد بن حاتم. Yazid, h. de Hátim, h. de Cobaisa, h. de Almohalab, h. de Abusofra. Primero de los gobernadores de los dominios musulmanes del Norte de África, nombrados por los soberanos abasíes. Era hombre piadoso, virtuoso y magnánimo. Fué nombrado para el gobierno de África por el califa Almansur e hizo su entrada en Cairouán el 26 de mayo del año 762 J. C., II, 216.

YAZID el Racaxí. يزيد الرقاشى. Se le menciona como uno de los tradicionistas de reconocida autoridad, I, 18.

YAZODICHIRD. يزدجرد. Tercero de los soberanos sasánidas de este nombre y último de la dinastía y del imperio persa, que bajo su reinado fué destruído por los árabes. Derrotadas sus tropas en la batalla de Alcadisía, el año 15 hég., anduvo errante y fugitivo por las comarcas de Kirmán, Sichistán y Jorasán, hasta su muerte, que tuvo lugar el año 31 hég., II, 307.

YEMEN. اليمن. Región de la Arabia a la que se le designa con el nombre de *Arabia Feliz*, I, 133, 149, 350; II, 96, 281.

YÚSUF, h. de Asbat. يوسف بن اسباط, II, 224.

ZAID, h. de Alí, h. de Alhosáin. زيد بن على بن الحسين. Individuo de la

Zohrí, conocido por *Benxihab*. (V. este nombre), I, 95.

ZULAIJA. زليخا. Nombre con que los musulmanes designan a la esposa de Putifar, el personaje egipcio a quien fué vendido José como esclavo, II, 107.

ERRATAS MAS IMPORTANTES

Tomo.	Pág.	Linea.	Dice.	Debe decir.
I.	54	10 inf.	Cuenta	Cuentan
I.	94	8	los	les
I.	191	4 inf.	Es	[45] Es
I.	230	1	resulta la	resulta de la
I.	290	2 inf.	hablaba a	hablaba Almamún a
I.	328	9	se aluden	aluden
II.	13	5 inf.	concederé bien	concederé un bien
II.	24	8 inf.	que	con
II.	70	13 inf.	India y	India [104] y
II.	81	nota, l. 1	conjeturas	conjetura
II.	168	2	El,	El
II.	194	16	deriba	deriva
II.	196	13 inf.	Corasán	Jorasán
II.	202	13	Ziyá	Ziyad
II.	233	13 inf.	Obispo Nachrán	Obispo de Nachrán
II.	272	1 inf.	la vida	el aliento



DEL LIBRO

LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES,

ESCRITO POR ABUBÉQUER DE TORTOSA Y TRADUCIDO DEL ÁRABE POR DON MAXIMILIANO ALARCÓN, SE HA HECHO UNA TIRADA DE QUINIENTOS EJEMPLARES EN LOS TALLERES DE DON ESTANISLAO MAESTRE, POZAS, 12, MADRID; TERMINÁNDOSE ESTE TOMO II EL DÍA DIECISÉIS DE ABRIL DEL AÑO DE MCMXXXI



PUBLICACIONES
DE
DON GUILLERMO J. DE OSMA

LOS LETREROS ORNAMENTALES EN LA CERÁMICA MORISCA DEL SIGLO XV. (Tirada aparte de la revista *Cultura Española*, Madrid, 1906.)

LOS AZULEJOS SEVILLANOS DEL SIGLO XIII. (Madrid, 1902. Reimpresión, Madrid, 1909.)

DOCUMENTOS VALENCIANOS:

I. LA LOZA DORADA DE MANISES EN EL AÑO 1454. (Madrid, 1906.)

II. LOS MAESTROS ALFAREROS DE MANISES, PATERNA Y VALENCIA. (Madrid, 1908. Segunda edición, Madrid, 1923.)

ADICIONES AL CUADERNO II. (Madrid, 1911.)

III. LAS DIVISAS DE REY EN LOS PAVIMENTOS DE «OBRA DE MANISES» DEL CASTILLO DE NÁPOLES. (Madrid, 1909.)

CATÁLOGO DE AZABACHES COMPOSTELANOS. (Madrid, 1916.)



PUBLICACIONES

DEL

INSTITUTO DE VALENCIA DE DON JUAN

DISCURSO DEL CAPITÁN FRANCISCO DRAQUE, por Juan de Castellanos. Prólogo y edición de A. González Palencia. (Madrid, 1921.)

CATÁLOGO DE LAS PINTURAS DEL INSTITUTO DE VALENCIA DE DON JUAN, por F. J. Sánchez Cantón. (Madrid, 1923.)

LOS MOZÁRABES DE TOLEDO EN LOS SIGLOS XII Y XIII, por A. González Palencia. — Volumen I. Documentos números 1 - 382. — Volumen II. Documentos n.os 383 - 726. — Volumen III. Documentos n.os 727 - 1.151. Volumen preliminar. Estudio e Índices. (Madrid, 1926-1930.)

CATÁLOGO DE ARMAS Y ARMADURAS ANTIGUAS DEL MUSEO DEL INSTITUTO DE VALENCIA DE DON JUAN, comenzado por D. J. M. Florit, y concluído por F. J. Sánchez Cantón. (Madrid, 1927.)

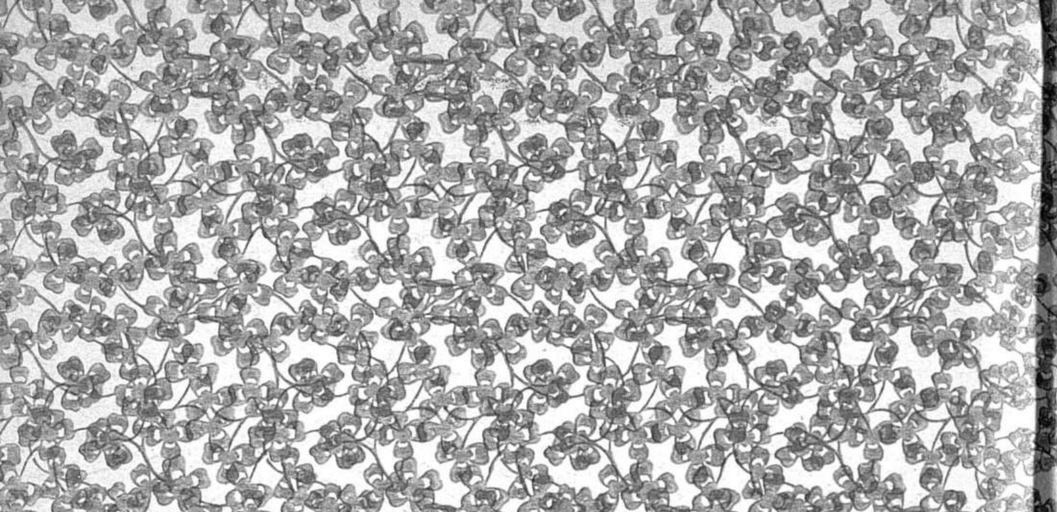
LA MÚSICA DE LA JOTA ARAGONESA; ensayo histórico, por Julián Ribera y Tarragó. (Madrid, 1928.)

EL JUSTO MEDIO EN LA CREENCIA. Compendio de Teología Dogmática de Algazel. Traducción española por Miguel Asín Palacios. (Madrid, 1929.)

UN TEXTO ÁRABE OCCIDENTAL DE LA LEYENDA DE ALEJANDRO. Edición, traducción española y estudio preliminar, por Emilio García Gómez. (Madrid, 1929.)

LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES, por Abubéquer de Tortosa. Traducción española de Maximiliano Alarcón, dos tomos. (Madrid, 1930-1931.)

CATÁLOGO DE LA COLECCIÓN DE DOCUMENTOS INÉDITOS PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA, por Julián Paz. Volumen I: tomos 1.° al 50. (Madrid, 1930. En prensa el volumen II y último.)




BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1000347820